



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

FORMACIÓN Y DESARROLLO DEL
ZAPATISMO EN PUEBLA (1910-1914)

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN HISTORIA

P R E S E N T A:

MIGUEL ALEJANDRO PÉREZ ALVARADO

ASESOR:
DOCTOR FELIPE ARTURO ÁVILA ESPINOSA

Ciudad Universitaria, Cd. Mx, 2019





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A todos los muertos sobre los cuales “estoy yo vivo”

Agradecimientos

Agradezco en primer lugar el amor inconmensurable y el ejemplo permanente de mi madre, Teresa Alvarado.

A mi hermana Laura por el cariño incondicional.

A nuestro único Maestro: Prometeo de los pobres de México.

A la vieja guardia del fuego que algún día iluminará la historia de nuestro país.

Agradezco el cariño y el sacrificio de mis primeros maestros así como al Plenito “Wenceslao Victoria Soto”.

A mis compañeros de la Casa Nacional del Estudiante “Calmécac”.

A los integrantes del Centro Mexicano de Estudios Económicos y Sociales.

A Victoria Herrera, por todo el cariño, el apoyo y la amistad.

A Aquiles Celis, mi amigo de toda la vida.

A Ehécatl Lázaro y Abentofail Pérez, por la amistad.

A mi asesor, el doctor Felipe Arturo Ávila Espinosa, por la paciencia, la comprensión y las valiosas sugerencias.

Agradezco por último la atención, los consejos y el apoyo de los lectores de la presente investigación: Martha Loyo, Bernardo Ibarrola, Elsa Aguilar y Edgar Damián.

Según la fórmula consagrada, yo soy el único responsable de las fallas y debilidades del texto subsecuente.

“La falla fundamental de todo el materialismo anterior (incluido el de Feuerbach) reside en que solo capta la cosa, la realidad, lo sensible, bajo la forma del *objeto* o de la *contemplación*, no como *actividad humana sensorial*, como *praxis*; no de un modo subjetivo”.

Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*

“El hombre se diferencia del resto de los seres vivientes, no solo porque crea algo y porque modifica el entorno mediante su actividad, sino también porque se propone objetivos, porque él mismo determina la dirección y la escala de su actividad y, de ese modo, también se crea a sí mismo. El hombre es el único ser que puede tener un ideal”.

Mihailo Markovic, *Dialéctica de la praxis*

“Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren”.

Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*

“Los calendarios miden el tiempo, pero no como relojes. Son monumentos de una conciencia histórica de la cual en Europa, desde hace cien años, parece haberse perdido todo rastro. Todavía durante la Revolución de Julio se registró un episodio que mostraba a esa conciencia saliendo por sus fueros. Cuando cayó la noche del primer día de combate ocurrió que en muchos lugares de París, independientemente y al mismo tiempo, hubo disparos contra los relojes de las torres. Un testigo ocular, cuyo acierto resultó tal vez de la rima, escribió entonces:
¡Quién lo creería! Se dice que, irritados contra la hora/
Nuevos Josués, al pie de cada torre,
/ Disparaban sobre los cuadrantes, para detener el tiempo”.

Walter Benjamin, *Textos sobre la historia y otros fragmentos*

Índice

Agradecimientos.....	4
Introducción.....	8
a) Los estudios sobre el zapatismo: la situación historiográfica del zapatismo en Puebla	12
b) El origen del zapatismo en Puebla	17
Capítulo I. El Porfiriato en Puebla: política y economía (1895- 1910)	22
1.1. La población agrícola de Puebla en el periodo pre-revolucionario.....	23
a) El Porfiriato en Puebla: paz forzada y crecimiento económico	23
b) Estructura económica y clases sociales en el Porfiriato. Haciendas y ranchos, peones y agricultores en Puebla (1877-1910).....	29
1.2. El Porfiriato como sistema político: la estructura política de Puebla en el periodo prerrevolucionario (1876-1910).....	40
Capítulo II. La formación del zapatismo en Puebla (1910- 1911)	50
2.1. Prehistoria de los zapatistas de Puebla.....	53
a) Conflicto municipal y liderazgos locales en los prolegómenos de la revolución maderista.....	53
b) La coalición de Tejalpa	58
2.2. La revolución maderista y la formación del zapatismo en Puebla	61
a) La revolución maderista y la doble raíz del zapatismo en Puebla	61
b) La formación del zapatismo en Puebla	71
Capítulo III. El desarrollo del zapatismo en Puebla (1912- 1914).....	81
3.1. La plaga (1911-1912)	83
3.2. Epílogo (1913-1914)	186
Conclusiones.....	190
Fuentes Consultadas	195

Introducción

La revolución mexicana de 1910, catalogada como una revolución social mayoritariamente campesina, provocó el surgimiento de varios grupos armados en la mayor parte de los estados de la República, entre los cuales destacó el contingente de Pablo Torres Burgos y Emiliano Zapata. Al principio, este último sólo comprendía un número reducido de campesinos descontentos, oriundos en su mayoría de varias localidades del municipio morelense de Villa de Ayala. Sin embargo, en el transcurso de la guerra civil que desembocó en la caída de Porfirio Díaz, acrecentó su influencia hasta algunas comunidades agrarias y distritos vecinos de los estados de Guerrero y Puebla.

De ese modo, el zapatismo se convirtió en un movimiento regional que en su mejor momento llegó a dominar amplias franjas del México central. Por supuesto, en cada una de estas regiones adquirió matices particulares y una fisonomía propia. La heterogeneidad del movimiento zapatista se explica por distintas razones. Algunas veces, los jefes de los contingentes más numerosos y sólidos -equiparables al contingente principal- alcanzaron a conformar una unidad hasta cierto punto independiente dentro de las filas del Ejército Libertador del Sur. En otras ocasiones, el Cuartel General Zapatista era incapaz de ejercer un control estricto sobre los generales de brigada o los oficiales medios que actuaban lejos de Cuernavaca, Cuautla o Tlaltizapán, en donde generalmente el Estado Mayor establecía el campamento central. Así pues, con todo y su férrea identidad social, el movimiento zapatista se compuso de una abigarrada variedad de grupos con características particulares.

Ahora bien, luego del silencio impuesto sin querer por el libro magistral de John Womack Jr.¹, los investigadores del zapatismo emprendieron, por primera vez, la tarea de conocer los rasgos propios de las principales partidas y grupos al interior de este movimiento. Con base en estas indagaciones aparecieron las fuerzas centrífugas que actuaron en el seno del movimiento zapatista.

Asimismo, el estudio de estos impulsos descentralizadores se sumó a la investigación de las fuerzas centrípetas del zapatismo, como el Cuartel General del Sur o la propia autoridad personal o el influjo individual que Emiliano Zapata, el caudillo principal, ejercía directamente sobre sus subordinados. De esta manera, saltaron a la vista las

¹ John Womack Jr., *Zapata y la revolución mexicana*, México, siglo xxi editores, 1974.

tensiones y las contradicciones internas del movimiento al mismo tiempo que sus elementos unificadores.

Sin embargo, la necesidad de conocer de una manera exhaustiva la composición diferenciada del movimiento zapatista y las fuerzas en tensión que anidaron en él, no implica la condición imprescindible de llevar a cabo un estudio pormenorizado hasta de sus células más insignificantes, al grado de inventariar a cada uno de sus integrantes. En cambio, sí obliga a llevar a cabo una investigación de los principales grupos y tendencias que confluyeron e incidieron de forma incuestionable en la composición del zapatismo, algunas veces estable y armónica, otras inestable y contradictoria-, y que, a la larga, definieron sus acciones y su desenvolvimiento ulterior.

A propósito, el zapatismo poblano descuella por su trascendencia e importancia numérica y estratégica. Los grupos zapatistas que actuaron en Puebla revestían una gran relevancia para el movimiento en general. Al principio, las partidas rebeldes dirigidas por Jesús el “Tuerto” Morales y Francisco Mendoza llevaron a cabo importantes operaciones en las regiones del estado colindantes con Morelos. En esta etapa, los zapatistas poblanos mantuvieron una relación cercana de subordinación respecto a los líderes morelenses.

A partir de ahí en varias localidades campesinas de los distritos agrícolas, ganaderos e industriales del sur y centro de Puebla comenzó la formación de brigadas por parte los líderes populares locales. En teoría las nuevas unidades pasaban a formar parte de una de las divisiones zapatistas poblanas, pero en los hechos los jefes de brigada o de mediano rango no siempre atendían las órdenes de sus oficiales superiores.

De esta manera, varios caudillos zapatistas locales circulaban con menor o mayor libertad más allá de su zona de operaciones, y establecían contactos, pactos y compromisos a título personal con los jefes insurgentes o con las élites de otras “jurisdicciones” o entidades, sin la autorización previa del Cuartel General Zapatista. Como se puede intuir, los pleitos entre ellos mismos aparecían con mucha frecuencia. En resumidas cuentas, la integración de las brigadas zapatistas poblanas a la estructura jerárquica del ejército campesino del sur presentó grandes complicaciones prácticas, y dificultó todavía más su control.

El movimiento zapatista poblano tampoco conformó un bloque uniforme y homogéneo, por el contrario, sus características variaron de una región a otra con arreglo a

las relaciones productivas dominantes en cada distrito. Los zapatistas que actuaron en la región azucarera de Izúcar de Matamoros se parecían en mayor grado a los campesinos rebeldes de los valles cañeros de Morelos, pero en los distritos agrícolas y textiles de Atlixco y Cholula, o en las zonas ganaderas de Tehuacán el zapatismo adquirió características diferentes.

Por tanto, el movimiento insurgente que arraigó en esas regiones debía de presentar diferencias respecto al movimiento campesino de las zonas cañeras de Morelos. En efecto, los jefes de los cuarteles zapatistas poblanos dirigían brigadas y partidas rebeldes muy variadas, con problemas propios y necesidades particulares. De esa manera, el contingente de Fortino Ayaquica, cuyo cuartel general casi siempre se mantuvo en la comunidad de Tochimilco, poseía una serie de características que lo unían y lo separaban a la vez tanto del zapatismo morelense como de los otros contingentes poblanos. Eso mismo ocurría en los casos de Dolores Damián, que actuaba por el rumbo de Tepexi de Rodríguez; Ricardo Reyes Márquez e Higinio Aguilar, a cargo de Acatlán de Osorio; o Marcelino Rodríguez, que cubría la región de Cholula y Atlixco.

El propósito de este trabajo es presentar un cuadro más o menos amplio de los grupos zapatistas que actuaron en Puebla con el fin de comprender su composición y sus problemas. De esa manera, tratará de definir en qué grado y bajo qué circunstancias los grupos militares de los zapatistas poblanos formaron una unidad independiente del zapatismo morelense, qué matices propios adquirieron en relación con el mismo, y cómo ejercieron el poder en sus respectivas regiones, tomando en cuenta la particularidad política y económica de cada una de esas zonas.

La idea de estudiar el zapatismo desde una perspectiva analítica no constituye una novedad. Cuando menos desde la década de los noventa comenzaron a ver la luz una serie de estudios históricos sobre la composición interna del movimiento zapatista. En todos ellos prevalecía la ambición de conocer una de las variedades locales de la revolución zapatista y subyacía la convicción de que más que un cuerpo monolítico organizado alrededor del liderazgo único e indiscutible de Emiliano Zapata, el zapatismo había sido una amalgama –unas veces más frágil y otras tantas más sólida- de movimientos con una trayectoria propia, un carácter particular y una fisonomía peculiar. A grandes rasgos la metodología de cada una de esas investigaciones consistió en investigar alguna de las partes

constitutivas del zapatismo aunque sin caer en la sinécdoque. Así aparecieron, sólo por poner tres ejemplos sobresalientes e ilustrativos, los rasgos particulares y las historias singulares de la revolución zapatista en Guerrero², del zapatismo en Juchitepec³ o de la zona armada de Genovevo de la O⁴ (incluso hace no mucho existía el proyecto de realizar un estudio sobre el zapatismo “chinampero” que surgió en los pueblos lacustres del sur de la cuenca de México⁵).

La presente investigación adoptó la metodología analítica anterior con el fin de definir y comprender cómo surgió y de qué manera sucedió el desarrollo del zapatismo en Puebla en el transcurso de la revolución democrática, el interinato, el régimen maderista y el huertismo. La selección del tema obedeció a la ausencia de investigaciones históricas sobre el particular y, por tanto, respondió a la necesidad de incorporar este objeto al cuerpo de estudios sobre el zapatismo, toda vez que el zapatismo en Puebla, a pesar de revestir una importancia comparable -hasta mayor en algunos periodos- a la que tuvo el mismo fenómeno en Guerrero o en la zona de Genovevo de la O, no ocupa aún, por derecho propio, un lugar al lado de las otras piezas del mosaico zapatista.

Las líneas siguientes ofrecen un estado de la cuestión sumario a partir de las obras históricas que refieren en menor o mayor grado uno o varios de los aspectos relativos a la formación y el desempeño ulterior del zapatismo en el estado de Puebla durante los casi cuatro años que median desde la última parte de 1910 hasta 1914. La revisión de cada una de ellas sigue el siguiente orden temático: primero aparecen las que hacen referencia a la situación del zapatismo en Puebla; después, las que contienen información respecto al problema del origen o la formación del zapatismo en Puebla. En último término, este estado de la cuestión presenta una breve declaración de intenciones que pretende tomar en cuenta el balance de la problemática.

² Renato Ravelo Lecuona, *La revolución zapatista de Guerrero*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1990.

³ Laura Espejel, "El movimiento campesino en el oriente del Estado de México: el caso de Juchitepec", *Cuicuilco*, v. 1, año 2, n. 3, México, 1981.

⁴ Salvador Rueda, "La zona armada de Genovevo de la O", *Cuicuilco*, año 2, n. 3, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1981; Camilo Eugenio Lund Montaña, "Fuego en la cima del mundo: la revolución mexicana en el noroeste del estado de Morelos (1910- 1920)", tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2010.

⁵ A fin de cuentas el proyecto no prosperó. No obstante Baruch Martínez Díaz presentó un avance de la investigación en la mesa 4 de un encuentro que El Colegio de México organizó el 22 y 23 de diciembre de 2016. El título de la ponencia fue "Revolución en el lago: el zapatismo en los pueblos lacustres del sur de la Cuenca de México".

a) Los estudios sobre el zapatismo: la situación historiográfica del zapatismo en Puebla

Alrededor del movimiento zapatista se ha producido una vasta y vigorosa historiografía, que todavía afronta nuevos retos. Con el paso de los años, la bibliografía académica sobre ese movimiento ha asumido perspectivas originales, desde las investigaciones culturales hasta los estudios regionales. De manera especial, estos últimos han contribuido a definir con exactitud las características internas del zapatismo, así como la gran variedad de manifestaciones particulares en su seno.

Empero, la historiografía regional sobre el zapatismo aún puede roturar campos vírgenes o poco cultivados, uno de los cuales es, precisamente, el estudio del zapatismo que surgió en Puebla a raíz del levantamiento armado de 1910. Las referencias a este tema particular sólo se encuentran en las historias generales de la revolución mexicana o el zapatismo, en la mayoría de los casos en forma de menciones aisladas.

En pocas palabras, no hay investigaciones dedicadas específicamente a este asunto. Por tal motivo, el siguiente estado de la cuestión revisará únicamente la literatura académica dedicada de manera directa al estudio tanto del movimiento zapatista como de la Revolución en Puebla. Por tanto, el propósito de este ejercicio consiste en conocer cómo ha sido tratado este tema en la historiografía producida alrededor de los dos tópicos mencionados.

Por supuesto, la obra clásica de John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*⁶, ocupa todavía un sitio preponderante dentro de los estudios acerca del zapatismo. Aun así, esta investigación fundacional presenta algunas insuficiencias, señaladas y superadas en el curso de los años por las nuevas generaciones de investigadores. Entre las principales limitaciones se identificaron algunas de carácter “geográfico-espacial”⁷ relacionadas con su enfoque principal. Womack centró su atención, sobre todo, “en los campesinos zapatistas de los valles centrales morelenses”⁸. Por esa razón, su obra no habla de los matices que el zapatismo adquirió fuera de los límites del

⁶ Womack Jr., *op. cit.*

⁷ Cfr. Felipe Arturo Ávila Espinosa, “La historiografía del zapatismo” en Horacio Crespo (dir.), *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*, tomo 7, Congreso del Estado de Morelos-L Legislatura/ Universidad Autónoma del Estado de Morelos/ Ayuntamiento de Cuernavaca/ Instituto de Cultura de Morelos, México, 2009. p. 22.

⁸ Ídem.

“corazón cañero”, es decir, en las regiones aledañas que estaban definidas por otro patrón en las relaciones de producción y la tenencia de la tierra⁹ y en donde, por la misma causa, surgieron otra clase de actores y otro tipo de liderazgos.

Por otra parte, la investigación de Womack acusa una limitación todavía más importante. En ésta “el conflicto en el interior del movimiento zapatista aparece en un lugar muy secundario y más bien después de 1915 (...). Antes de esta etapa el zapatismo aparece como un movimiento bastante cohesionado y asombrosamente armónico”¹⁰. En realidad, las disputas “entre muchos de los jefes zapatistas fueron una constante desde el principio, con altas y bajas según el curso de la lucha”¹¹.

A pesar de las insuficiencias señaladas previamente, *Zapata y la Revolución Mexicana* aun constituye un modelo a seguir y una fuente de información para las investigaciones en ciernes. En relación con los propósitos de la presente, el trabajo de Womack arroja luz sobre las actividades de los primeros líderes y grupos zapatistas en Puebla, en especial, las operaciones de Jesús “El Tuerto” Morales, Francisco Mendoza y Fortino Ayaquica. Asimismo, ofrece un relato pormenorizado de la formación del núcleo original del movimiento zapatista, las dificultades que éste enfrentó y los cambios que experimentó en el transcurso del conflicto armado.

No obstante, en ésta los grupos zapatistas de Puebla figuran en segundo plano, a veces como “apéndices” de los contingentes liderados por los morelenses, o de plano no figuran, a la vez Puebla sólo funciona como el escenario o telón de fondo de las escaramuzas, los conflictos y las campañas militares de los campesinos zapatistas de los valles de Cuautla y Cuernavaca, o como su refugio natural en las épocas de mayor peligro.

Por otra parte, Womack casi no fija su atención en las brigadas y divisiones zapatistas que surgieron y lucharon en los distritos poblanos menos cercanos a Morelos, bajo un patrón distinto en las relaciones de producción y tenencia de la tierra y, en consecuencia, integradas por actores diferentes y dirigidas por líderes *sui generis*. En resumen, el zapatismo poblano se presenta como el resultado mecánico y natural del movimiento zapatista de Morelos. En ese sentido, las partidas zapatistas formadas en

⁹ Cfr. *Ibíd.* p. 23. Un patrón que no “estaba marcado por el predominio de las haciendas e ingenios azucareros y el antagonismo entre pueblos campesinos y haciendas azucareras no existía o tenía una configuración distinta a la de los valles de Cuernavaca y Cuautla”.

¹⁰ *Ídem.*

¹¹ *Ídem.*

Tehuacán, Tepeaca, Tepexi y Acatlán merecen mayor atención, con el propósito de distinguir sus características propias y definir la relación que éstas sostuvieron con los caudillos morelenses.

En un capítulo de *Puebla. Historia breve*, Leonardo Lomelí Vanegas¹² ofrece un cuadro sucinto de la revolución mexicana en Puebla. Éste abarca desde la organización de la oposición política en el estado con vistas a la elección presidencial de 1910 hasta el asesinato de Venustiano Carranza, acaecido el 21 de mayo de 1920. No obstante, el propósito abreviador de la obra presupone una aproximación simplificada a un proceso en realidad más largo y complejo. En ésta, el zapatismo poblano resulta un movimiento importado de Morelos y que, como Atenea en la mitología griega, apareció en la entidad completamente armado y pegando gritos de guerra, con los rasgos de un movimiento maduro y armónico. En otras palabras, descarta a propósito el proceso formativo del zapatismo en la entidad y, por tanto, ignora las características propias de éste, además de omitir sus conflictos internos. Por supuesto, el libro no aspira a indagar y reconstruir la historia particular del zapatismo en Puebla, por lo que sería inadecuado esperar peras del olmo. Aun así, es pertinente reconocer que en sus páginas persiste un zapatismo derivado, coherente y artificial, en resumen, un producto acabado y trasplantado con éxito de Morelos a Puebla.

En *Los orígenes del zapatismo*, Felipe Ávila Espinosa¹³ adopta una postura distinta respecto al zapatismo poblano y su relación con el grupo de Anenecuilco-Villa de Ayala. En esta obra, el autor reconoce la influencia decisiva que el zapatismo concentró en Puebla hacia la segunda mitad de abril de 1911. En el mismo sentido, subraya la tensión que existía entre los jefes zapatistas y los líderes locales, muy leve en la parte de Puebla colindante con Morelos, en donde Eufemio Zapata y *El Tuerto* Morales “lograron imponer su hegemonía y subordinar al resto de líderes autóctonos desde el principio”.

De la misma manera, Ávila Espinosa señala que en la etapa posterior al Plan de Ayala, la segunda zona en importancia para la rebelión zapatista fue la de los distritos poblanos del suroeste: Atlixco, Izúcar y Acatlán, y que, por si fuera poco, esa zona fue “por una parte, el refugio natural al cual se trasladaban las huestes morelenses cuando los

¹² Leonardo Lomelí Vanegas, *Puebla: historia breve*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 2011.

¹³ Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México, UNAM, 2001.

avances del ejército federal los obligaban a replegarse y, a la vez, una región en donde los conflictos endógenos, agrarios y políticos contra las élites, las autoridades y las clases dominantes locales, produjeron un agudo conflicto de clase, en el cual la violencia rebasó a menudo la intensidad de los enfrentamientos que tuvieron lugar en Morelos y otras regiones”¹⁴.

En términos generales, Ávila esboza la presencia de una problemática endógena en las regiones poblanas bajo el control zapatista. Ese boceto es el punto de partida metodológico para el estudio de las particularidades del zapatismo que surgió en Puebla. A partir de ahí, el zapatismo poblanos puede salir del rango de manifestación derivada o producto importado que ocupa todavía y adquirir por derecho propio su carta de ciudadanía dentro de los estudios sobre el zapatismo. La intención de la presente investigación es profundizar en la dirección indicada por Ávila y explorar el abanico de posibilidades insinuado por él.

En los dos primeros libros¹⁵ de una trilogía muy sugerente, Francisco Pineda revela, por un lado, los aspectos militares del levantamiento zapatista contra el régimen de Porfirio Díaz, y por otro, señala el curso que siguió la rebelión a partir del Plan de Ayala hasta finales de 1914. En este periodo, el zapatismo se convirtió en una fuerza armada formidable, capaz de abrir y sostener más de un frente de batalla y de emprender campañas estratégicas de largo aliento. En ambas investigaciones, Pineda destaca la importancia de las partidas poblanas en el teatro de las operaciones zapatistas, sobre todo en las posiciones del centro y la vanguardia. Estas aportaciones permiten definir qué función cumplieron los zapatistas poblanos en los planes militares del Cuartel General. Sin embargo, esos grupos ocupan también aquí una posición pasiva, incapaces de reaccionar por sí mismos, más que por el impulso de fuerzas ajenas.

Por último, la intención de reconstruir la historia de la Revolución en Puebla despunta con más nitidez en un par de estudios¹⁶ emprendidos por David G. LaFrance. En los dos, el autor dirige sus energías a explicar la formación de los primeros grupos políticos

¹⁴ Ávila, “La historiografía del zapatismo”, p. 109.

¹⁵ Francisco Pineda Gómez, *Ejército Libertador, 1915*, México, Era, 2013; Francisco Pineda Gómez, *La irrupción zapatista, 1911*, México, Era, 1997; Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur, 1912-1914*, México, Era, 2005.

¹⁶ David G. LaFrance, *Francisco I. Madero y la revolución mexicana en Puebla*, Puebla, BUAP, 1987; David G. LaFrance, *La revolución mexicana en el estado de Puebla, 1910-1935*, México, BUAP, 2010.

maderistas y la conformación posterior de la rebelión armada en el estado. Así, relata las vicisitudes no sólo del maderismo, sino del reyismo, el vazquismo y el zapatismo. Sobre este último, ofrece información precisa, aunque limitada por la amplitud del tema general.

En suma, los estudios sobre el zapatismo y la revolución mexicana en Puebla hablan muy poco de la formación y las características específicas del zapatismo poblano. Además, la mayor parte del tiempo, desconocen su importancia como movimiento independiente y, por esa razón, éste resulta un producto importado de Morelos, a pesar de su inobjetable relevancia numérica, estratégica e histórica.

La ausencia de investigaciones académicas dirigidas a reconstruir la historia del zapatismo en Puebla justifica por sí sola la intención de emprender este estudio. En efecto, las obras generales acerca de la revolución mexicana o el zapatismo sólo contienen escasas referencias sobre el tema, por lo regular en forma de menciones aisladas, complementarias o de carácter anecdótico.

Este vacío historiográfico responde en primer término a un prejuicio interpretativo. Según este principio, el zapatismo poblano constituyó una transposición del zapatismo original y, por ese motivo, su estudio sería una redundancia injustificada, especialmente después de las investigaciones emprendidas al respecto desde la época de Womack hasta la actualidad.

Sin embargo, la formación y el desarrollo del zapatismo en Puebla siguieron un camino distinto en relación con el zapatismo de las regiones cañeras de Morelos. En efecto, las relaciones de producción en la mayoría de los distritos poblanos (excepto Izúcar de Matamoros), no estaban determinadas por el antagonismo entre pueblos campesinos y haciendas azucareras que sí marcó el rumbo y la orientación del zapatismo morelense.

Por otra parte, los grupos rebeldes de Puebla revistieron una gran importancia numérica y estratégica para el zapatismo en general. Las acciones militares que llevaron a cabo y la influencia que alcanzaron en el sur y el centro de la entidad trastocaron las relaciones sociales y políticas de la región. En tales circunstancias, resalta la importancia temática de los zapatistas poblanos.

En consecuencia, este trabajo persigue el propósito de contribuir en la tarea de subsanar ese hueco, abierto todavía en el sólido edificio de los estudios en torno al zapatismo.

b) El origen del zapatismo en Puebla

Este inciso escudriña las contadas obras que arrojan luz sobre una pregunta crucial: ¿por qué surgió el zapatismo en Puebla?

La primera de ellas es *Zapata y la revolución mexicana*, el estudio clásico de John Womack Jr. En ésta el primer dato a considerar tiene que ver con la biografía del propio Zapata: según Womack –quien en este punto sólo siguió a Jesús Sotelo Inclán- un Zapata de diecisiete años, prófugo de la justicia, “había tenido que salir del estado durante varios meses y esconderse en el rancho de un amigo, en el sur de Puebla”¹⁷. Este sería uno de los primeros contactos del futuro líder de la revolución agraria del sur con los hombres poblanos y explicaría no sólo los lazos de amistad y los contactos personales que fraguó con algunos de ellos¹⁸ sino el temprano arraigo que su movimiento alcanzó en los distritos cañeros de Puebla. Además el refugio de Zapata en esa zona de Puebla confirma que entre los habitantes de ambos estados existían conexiones culturales y cierta familiaridad tradicional, circunstancias que más adelante favorecerían el rápido crecimiento del zapatismo en la frontera poblana colindante con Morelos.

Por otra parte la obra de Womack reporta una respuesta indirecta al problema conducente a determinar las condiciones inmediatas que permitieron la formación del zapatismo en Puebla. La clave al respecto aparece en un par de párrafos que explican por qué la rebelión de Morelos fue la más clara y distinta de las rebeliones afiliadas a la coalición maderista¹⁹. En pocas palabras el desarrollo original del movimiento en Morelos fue producto de una contingencia histórica: el 13 de noviembre desapareció de la ciudad de México la dirección del ala sureña de la revolución y cuatro días más tarde desapareció también la dirección de la ciudad de Puebla²⁰. La doble contrariedad no sólo determinó el decurso independiente de la rebelión de Morelos sino también marcó la suerte subsecuente del movimiento revolucionario poblano.

En relación con el propósito de definir la génesis del zapatismo en el territorio poblano el mérito del libro de Womack reside en advertir el gran efecto que el vacío directivo ejerció sobre los grupos revolucionarios locales. Sin embargo en cuanto obra circunscrita a

¹⁷ Womack Jr., *op. cit.*, p. 3.

¹⁸ En el mismo sentido resulta importante constatar la presencia de Margarito Martínez entre los integrantes del grupo que, a fines de noviembre de 1910, “comenzó a reunirse en la casa de Pablo Torres Burgos, situada a las afueras de Villa de Ayala”. Martínez era oriundo, precisamente, del sur de Puebla. Cfr. *Ibíd.* p. 68.

¹⁹ Cfr. *Ibíd.* p. 66.

²⁰ *Ibíd.* p. 67.

relatar “la verdad de la revolución de Morelos”²¹ no revela el modo concreto en que la muerte repentina de Aquiles Serdán afectó el curso de la rebelión en Puebla. Sólo los trabajos enfocados en el fenómeno revolucionario poblano ofrecen información acerca de la cuestión precedente.

En este punto resulta necesario auscultar uno de los estudios más importantes del historiador norteamericano David G. LaFrance: *Madero y la revolución mexicana en Puebla*²². Aunque también de manera indirecta este libro contiene indicios y señales útiles para alcanzar el objetivo de conocer cómo surgió el zapatismo en el estado. Igual que Womack La France concede una gran importancia a la desaparición de la dirección de la ciudad de Puebla y valora del mismo modo las consecuencias determinantes que tal circunstancia ocasionó al interior del movimiento revolucionario de la entidad²³. Entre los efectos más importantes destaca en primer lugar el fracaso de la estrategia militar básica²⁴ de Serdán que –a grandes rasgos- consistía en atacar las áreas urbanas (ocupar la ciudad de Puebla y después marchar hacia la capital de la república)²⁵ y en segundo lugar el cambio del teatro de operaciones de los rebeldes desde las ciudades a las áreas rurales²⁶.

Las conclusiones de La France en torno a las repercusiones que la muerte de Serdán provocó en el movimiento revolucionario poblano ayudan a entender cómo y por qué surgió el zapatismo en Puebla. La gran influencia que el zapatismo logró ejercer ahí fue posible en un grado importante por la ausencia imprevista y definitiva del jefe oficial – designado por Madero- de la junta revolucionaria de ese estado²⁷ en tanto que tal eventualidad significó el fin de la posibilidad de mantener una dirección central capaz de sujetar y coordinar las actividades de los grupos locales. Al propio tiempo el deceso de Serdán representó un cambio en el escenario de las actividades bélicas: a partir de ahí la

²¹ *Ibíd.* p. XII.

²² David G. La France, *Madero y la revolución mexicana en Puebla*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1987.

²³ Cfr., por ejemplo, *Ibíd.* pp. 69- 70. En la primera de las dos páginas anteriores La France escribe que “la pérdida de Serdán resultó ser un duro aunque temporal golpe para los rebeldes (...)”; en la segunda, aduce que “el desastroso fracaso de la rebelión prematura del 18 de noviembre de 1910 dejó al movimiento revolucionario en un estado de confusión, sin el liderazgo de Serdán (...)”.

²⁴ *Ibíd.* p. 63.

²⁵ *Ibíd.* p. 64.

²⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 69. En palabras de La France “la pérdida de Serdán” obligó a los rebeldes “a cambiar su teatro de operaciones al campo”.

²⁷ *Ibíd.* p. 60.

rebeldes comenzaron a operar en el campo. Este hecho favoreció el contacto temprano de los insurgentes poblanos con los zapatistas de Morelos.

En síntesis por parte tanto de Womack como de La France parece claro que el origen inmediato del zapatismo en Puebla obedeció entre otras cosas al fracaso de la rebelión prematura del 18 de noviembre de 1910. En efecto una de las razones por las que el zapatismo pudo aflorar ahí respondió al hecho de que incursionó en una entidad que unos cuantos meses atrás -en un golpe único y repentino- había perdido a los principales organizadores de la revolución autóctona y con la cual, por otro lado, compartía una cultura similar.

Por otro lado a partir de Womack resulta válido tener en cuenta la circunstancia decisiva de que los principales líderes de la rebelión en Morelos mantenían antiguos lazos de amistad o viejos enlaces comerciales y compadrazgos estratégicos con algunos de los pobladores de los distritos poblanos limítrofes. Hasta cierto punto tales contactos propiciaron el origen casi “natural” del zapatismo en Puebla pero por sí solos no llegan a explicar el profundo arraigo que el mismo alcanzó ahí, quizá el más hondo e importante que logró obtener fuera de su estado natal.

Así como los nexos previos -de cualquier índole- entre los hombres de los dos estados no bastan para entender la singularidad del zapatismo que afloró en Puebla la cercanía espacial entre uno y otro constituye tan sólo una condición necesaria, en todo caso indispensable, pero no suficiente para dar pábulo a la originalidad que el zapatismo revistió en ese estado. En tal especificidad el factor geográfico -con todo y la importancia que tuvo- no desempeñó un papel determinante. Morelos también compartía frontera con Guerrero y también entre los pobladores de los dos estados prevalecían añejos vínculos comerciales, políticos y culturales y, no obstante, el zapatismo en Guerrero no presentó el origen semiautomático ni la clase de arraigo que mostró el zapatismo que brotó al interior del territorio poblano.

Al respecto Felipe Ávila Espinosa sostiene que “en la parte de Puebla colindante con Morelos, los jefes zapatistas como Eufemio Zapata y el Tuerto Morales lograron imponer su hegemonía y subordinar al resto de líderes autóctonos desde el principio”²⁸. En

²⁸ Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Tierra y Libertad. Breve historia del zapatismo*, México, Crítica, 2018. pp. 37-38.

cambio “en Guerrero fue mucho más fuerte el liderazgo local de los hermanos Rómulo, Anselmo y Francisco Figueroa, aunque muy atomizado y con grandes divisiones y enfrentamientos internos”²⁹. Así pues “la diferencia de la revuelta en Guerrero estribó en el hecho de que ahí sí hubo, desde el principio, numerosos y fuertes grupos rebeldes locales, con intereses, composición social, motivos y proyectos propios y, por tanto, se desarrolló una marcada rivalidad entre los líderes de Guerrero y entre los hermanos Figueroa y Emiliano Zapata por la hegemonía en Morelos”³⁰.

c) Conclusión

Este trabajo persigue el propósito general de establecer los orígenes y estudiar el desarrollo de los grupos zapatistas que surgieron y actuaron en Puebla desde el comienzo de la revolución maderista hasta el final de la dictadura militar de Victoriano Huerta. A pesar de que Emiliano Zapata trató de extender la influencia de su movimiento hacia las zonas altas del estado, dominadas históricamente por los liberales serranos, los zapatistas poblanos sólo alcanzaron a cubrir, en términos generales, el sur y el centro de la entidad, es decir, los distritos políticos de Chiautla, Izúcar de Matamoros, Acatlán de Osorio, Tepexi de Rodríguez, Tepeaca, Tecali de Herrera, Tehuacán, Huejotzingo, Atlixco y Cholula.

En consecuencia, el presente trabajo estudia el proceso formativo de las partidas zapatistas que eclosionaron en los distritos del sur y centro de Puebla a instancias de la revolución maderista, y también el desarrollo de las mismas en los años subsecuentes hasta la caída del régimen de Huerta. En ese sentido, apuntala los principales acontecimientos políticos y militares en relación con el zapatismo poblaro, trata de establecer la identidad individual y social de sus principales jefes y caudillos, la trayectoria que siguió cada uno de ellos, así como sus respectivas zonas de operaciones, y los conflictos internos que aparecieron en el curso del conflicto armado, además de analizar las condiciones económicas que hicieron posible su formación y desenvolvimiento.

En la misma medida, intenta determinar cómo evolucionó la relación de dependencia y subordinación entre los grupos zapatistas de Puebla y la dirección central del movimiento, con el fin de conocer los rasgos propios de los primeros en comparación con el zapatismo canónico de los valles centrales de Morelos. Por otra parte, trata de definir de

²⁹ *Ibíd.* p. 38.

³⁰ *Ibíd.* p. 40.

qué forma los zapatistas poblanos resolvieron las tensiones originadas por la guerra en las tres primeras etapas de la Revolución (caída del porfiriato, república democrática y huertismo), cómo atendieron las demandas sociales que planteó el movimiento armado y de qué manera ejercieron el poder político en cada uno de los distritos señalados, por último, busca comprender cómo respondieron las élites locales a la emergencia y el ascenso militar y político de los principales caudillos de los grupos zapatistas de Puebla.

Capítulo I. El Porfiriato en Puebla: política y economía (1895- 1910)

1.1. La población agrícola de Puebla en el periodo pre-revolucionario

a) El Porfiriato en Puebla: paz forzada y crecimiento económico

En 1910, Puebla era un estado próspero o, por lo menos, así parecía. En el curso de 33 años, la población no había dejado de crecer hasta el punto de sumar 1, 101, 600 habitantes en vísperas de la revolución maderista. Ese año pertenecía al quinteto de entidades federativas con más de un millón de habitantes³¹. En este aspecto, Puebla sólo había seguido el mismo camino que los otros estados mexicanos, excepto Campeche: en el transcurso de la administración porfirista, la población mexicana creció en términos absolutos.

En efecto, las estadísticas sociales de la época muestran un país en ascenso triunfal e irreversible hacia el progreso. Según la ideología del régimen, el desarrollo de la humanidad seguía una línea ascendente a través de tres estadios: el teológico, el metafísico y el positivo. Los dos primeros eran las etapas obligadas y necesarias para llegar al último, y al mismo tiempo, escalones en el tránsito de la barbarie a la civilización. En otras palabras, el progreso era la ley del desarrollo histórico³². Desde ese punto de vista, el porfiriato era el estadio positivo de la historia de México y, por tanto, una era de progreso en todos los sentidos.

Las estadísticas del estado de Puebla parecen confirmar esa opinión. Entre 1877 y 1910, no sólo la población creció en términos absolutos, también el número de edificios y la cantidad de escuelas³³. En consecuencia, la cantidad de alumnos también aumentó: en 1900 había 53, 071 y en 1907, 56, 536³⁴. En 1878, Puebla tenía el segundo presupuesto más alto de la federación, una cifra equivalente a 773, 312 pesos; en 1910, su presupuesto alcanzó 1, 834, 835 pesos, el tercero más alto después de Jalisco y Yucatán³⁵.

En 1895, había 1,039 profesores, 157 médicos y 284 abogados en el estado; en 1900, el número de profesores aumentó a 1,397, aunque el de los médicos y los abogados

³¹ Los otros eran Guanajuato, Jalisco, Oaxaca y Veracruz. Cfr. *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956. Los otros eran Guanajuato, Jalisco, Oaxaca y Veracruz. pp. 7-8.

³² Véase Abelardo Villegas, *Positivismo y porfirismo*, México, SEP/SETENTAS, 1972. pp. 5-10.

³³ Cfr. *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, *op. cit.*, p. 15. y pp. 56-58. En 1895, el número de edificios existentes en el estado era de 178, 022; en 1900, 251, 569; en 1910, 270, 408. En 1900, el número de escuelas existentes en el estado era de 1, 126; en 1907, había aumentado a 1193.

³⁴ Ídem.

³⁵ *Ibíd.* pp. 38-39.

presentó un ligero descenso -153 los primeros, 267 los segundos-; en 1910, había 1, 284 profesores, 171 médicos y 221 abogados³⁶. En suma, la tendencia permitía esperar en los años por venir, cuando menos, una cifra similar de profesionistas de distintas clases o, en el mejor de los casos, un número mayor.

El Porfiriato, pues, parecía en verdad el estadio positivo de la historia de México, “como si en él se hubiese descubierto la escarcela encantada de Fortunato”³⁷. El país independiente desde 1821, pero inestable y acosado por las potencias extranjeras, por fin había encontrado una ruta segura hacia el Progreso. En ese sentido, Porfirio Díaz era el artífice de una transformación nacional inédita en la historia mexicana. Díaz tan sólo había aplicado una fórmula: “poca política y mucha administración” para obtener el ansiado progreso ordenado en una nación que, hasta ese momento, había sido como un barril de pólvora proclive a estallar a la primera provocación. Un poeta modernista de la época, Amado Nervo, decía: “Hay algo tan necesario como el pan de cada día, y es la paz de cada día; la paz sin la cual el mismo pan es amargo”. En efecto, el secreto del “milagro económico” porfirista era la paz a cualquier precio: la célebre “paz forzada”.

En Puebla, la paz impuesta había producido resultados positivos en materia demográfica. La población capitalina creció de 65, 000 personas en 1877 a 96, 000 en 1910³⁸. No sólo la capital resultó beneficiada por la estabilidad política; también otras ciudades de importancia desigual en el estado experimentaron un crecimiento demográfico sostenido. Atlixco, un importante centro industrial y agrícola del centro de Puebla, pasó de 12, 257 habitantes en 1877 a 25, 723 en 1910³⁹; de la misma manera, la población de Huachinango -una localidad en la región serrana del estado- aumentó en el transcurso de los 33 años de paz: en 1877 sólo comprendía 8, 500 personas, mientras que en 1910 alcanzó las 23, 000⁴⁰. En términos absolutos, la población de Atlixco creció el 40. 68 % y la de

³⁶ *Ibíd.* pp. 16- 19.

³⁷ Según la frase de Carlos Marx sobre el periodo de veinte años (1846 -1866) de impresionante concentración y centralización de la riqueza en la sociedad industrial moderna. Cfr. Carlos Marx, *El Capital I*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014. p. 549.

³⁸ Cfr. *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, *op. cit.*, p. 9.

³⁹ Cfr. *Ibíd.* pp. 10-11.

⁴⁰ *Ídem.*

Huachinango el 63.08 %. Una situación muy similar ocurrió en Teziutlán y Zoquitlán⁴¹, aunque en Ixtacamaxtitlán y Tetela la población decreció en términos absolutos⁴².

Por otra parte, la población total del estado creció también durante el régimen porfirista. En 1877, había sido de 697,788 habitantes, en contraste con los poco más de un millón que tenía en 1910⁴³. En esas circunstancias, el crecimiento absoluto de la población poblana había sido del 36.65 % en casi tres décadas. Por otra parte, el 94% de las personas nacidas en Puebla residían ahí mismo en 1910⁴⁴, es decir, sólo 66,825 -un porcentaje mínimo- no vivían en su estado natal, por diferentes razones.

En 1907, la población total del estado era de 1,076,816 habitantes, de la cual un 42.48 % era menor de 15 años⁴⁵. En 1910, el 25.74 % de la población total de Puebla comprendía a las mujeres de entre 15 y 50 años⁴⁶. Si el primer porcentaje no varió o varió muy poco en 1910, entonces el 68.22 % de la población total del estado pertenecía al segmento de las personas menores de 15 años o al sector de las mujeres entre 15 y 50 años; en otras palabras, la población masculina poblana mayor de 15 años rondaría las 352,512 personas en el año de la Revolución –más adelante, este dato servirá para determinar el porcentaje de la población masculina de Puebla en relación con la cifra total de agricultores y peones del estado en 1910-.

Entre 1877 y 1910, creció el número de defunciones registradas en Puebla, pero a partir de 1895 también aumentó la cantidad de nacimientos. Con todo, en 1910 la cantidad de defunciones era un poco mayor que el número de nacimientos: 44,249 frente a 37,870 (en otros términos, 6,379 muertes de diferencia). Sin embargo, en 1905 esa razón había sido al revés: 36,292 nacimientos frente a 35,211 defunciones (1,081 nacimientos de diferencia). En general, creció el número de nacimientos en el estado: 26,2883 en 1895, 25,520 en 1900, 36,292 en 1905 y 37,870 en 1910, igual que el número de defunciones: 32,329 en 1895, 37,907 en 1900, 36,211 en 1905 y 44,249 en 1910⁴⁷.

⁴¹ Entre 1877 y 1910, el crecimiento absoluto de la primera fue de 51.17 %, en el mismo periodo, el crecimiento absoluto de Zoquitlán fue de 51.07%. Cfr. Ídem.

⁴² En el caso de Ixtacamaxtitlán, la población decreció el 8.58 %. En el caso de Tetela, el decrecimiento fue más severo y alcanzó el 17.63 %. Cfr. Ídem.

⁴³ *Ibíd.* pp. 8-7.

⁴⁴ En 1910, los nativos de Puebla que residían en el estado eran 1,056,193 y los nativos que no residían en él eran 1,123,018. Cfr. *Ibíd.* p. 12.

⁴⁵ Cfr. *Ibíd.* p. 27.

⁴⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 33.

⁴⁷ Cfr. *Ibíd.* pp. 19-27.

En 1903, el paludismo, la viruela, la tos ferina, la diarrea-enteritis y la neumonía eran las enfermedades que más defunciones producían en el estado: 4, 041, 6, 887, 2, 627, 3, 993 y 5, 383, en el mismo orden⁴⁸. Probablemente este aspecto siguió igual en los años posteriores hasta 1910, a juzgar por el porcentaje de habitantes vacunados en Puebla: tan sólo 24, 862 en 1907, aunque entre 1893 y 1907 la cantidad de personas vacunadas ascendía a 311, 626⁴⁹.

Tabla 1. Número de nacimientos y número de defunciones registradas en Puebla. Años 1895 a 1910.

	Número de nacimientos	Número de defunciones
1895	26, 283	32, 329
1900	25, 520	37, 907
1905	36, 292	36, 211
1910	37, 870	44, 249

*Tabla elaborada a partir de la información contenida en *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956.

De 1877 a 1910 aumentó también la cifra de localidades existentes en Puebla; en 1877 el estado tenía 143 municipios, 180 en 1900 y 183 en 1910⁵⁰. No obstante, la cantidad de matrimonios decreció de 6, 119 en 1895 a 3, 234 en 1900, y de 2, 854 en 1905 a 2, 659 en 1910⁵¹ (aunque por razones obvias el dato de 1910 podría ser impreciso).

A pesar de todo, la mayoría de las estadísticas manifiestan un cuadro de progreso y bienestar crecientes. A simple vista, Puebla era un estado próspero y, hasta cierto punto, constituía un ejemplo a seguir en materia industrial. En 1910, los casi ocho mil trabajadores de las más de cuarenta fábricas textiles establecidas en la capital y sus regiones aledañas elaboraban la tercera parte de la producción nacional de hilos y paños⁵². Sin embargo, alrededor del 84 % de la población vivía en las áreas rurales del estado⁵³. En pocas palabras, la economía poblana estaba determinada por la desigualdad entre la pujante

⁴⁸ Cfr. Ídem.

⁴⁹ Cfr. Ibíd. p. 27.

⁵⁰ Cfr. Ibíd. p. 15.

⁵¹ Cfr. Ibíd. p.p. 30-32.

⁵² Según datos de David G. La France, *Madero y la Revolución Mexicana en Puebla*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1987. Cfr. p. 15.

⁵³ Ídem.

industria textil concentrada en la capital y la zona metropolitana, y la agricultura semidesarrollada del norte y el sur del estado.

En 1910 el 67.94 % -poco más de las dos terceras partes⁵⁴- de los varones poblanos mayores de 15 años vivía de la agricultura, como agricultores o como peones en las haciendas, aunque esta conclusión ilustrativa únicamente sería válida en el caso, más insólito que común, de que los hacendados poblanos sólo emplearan peones de 15 a 50 años y de que los trabajadores agrícolas pertenecieran de manera exclusiva al género masculino. En los hechos no eran raros los trabajadores agrícolas menores de 15 ni los que rebasaban el medio siglo, por el contrario, las grandes haciendas poblanas empleaban varones desde los 10 hasta los 90 años.

En la región de Atlixco, la hacienda de San Lorenzo tenía una planta de 28 jornaleros, cuyo rango de edad oscilaba de los 12 a los 60 años⁵⁵. En la misma región, las edades de los 26 jornaleros de la hacienda de Menatla fluctuaban de los 16 a los 90 años.⁵⁶ A pesar de que los dos ejemplos previos pertenecen a un padrón elaborado en 1853, la situación que consignan no había cambiado en 1910. Ese año en cuatro haciendas de la zona -las de Coyutla, Acocotla, Tenex-tepec y Santa Teresa- había peones de 10 años en adelante⁵⁷ y, además, en las tres primeras había jornaleros de hasta 60 años. En las otras haciendas de la región -como la de San Alejo y la de San Benito- la edad de los peones oscilaba de los 18 a los 60 años y sólo en la hacienda de Santa Catalina comprendía un rango de los 20 a los 40.

Aparte de la consideración precedente, habría que destacar que no todos los trabajadores agrícolas del estado eran varones. Una proporción considerable de la población

⁵⁴ Poco más de las dos terceras partes de la cifra aproximada -352, 512 personas- indicada líneas arriba, calculada sobre la base de dos datos: los 457, 539 menores de 15 años que había en Puebla en el año de 1907, equivalente al 42.48 % de la población total del estado en ese momento, y las 283, 640 mujeres entre los 15 y 50 años (que había en el mismo estado tres años más tarde, equivalente a su vez al 68.22 % de la población total del estado en ese momento. Si el primer porcentaje no varió o varió muy poco en 1910, entonces el 68.22 %, equivalente a 741, 179 o 751, 511 personas de la población poblana total en 1910, quedaría dentro de uno de esos dos sectores. De esa manera, entre 350, 089 y 352, 512 personas estarían en el segmento de la población masculina mayor a 15 años.

⁵⁵ Cfr. María Lourdes Herrera Fera, "Trabajadores prófugos y endeudados en la región de Atlixco, durante la segunda mitad del siglo XIX", en María Teresa Jarquín Ortega, Juan Felipe Leal, Patricia Luna Marez, Ricardo Rendón Garcini y María Eugenia Romero Ibarra (coords.), *Origen y evolución de la hacienda en México: siglos XVI al XX*, Memorias del Simposio realizado del 27 al 30 de septiembre de 1989, Estado de México, El Colegio Mexiquense, Universidad Iberoamericana, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990. p. 144.

⁵⁶ Ídem.

⁵⁷ Herrera Fera, *Ibíd.* p. 147.

agrícola pertenecía al género femenino. En 1904 había 104 jornaleras por 997 peones masculinos en la municipalidad de Tianguismanalco, 201 por 726 en la municipalidad de Atzitzihuacán, 18 por 3074 en la de Huaquechula, 104 por 997 en la de Atlixco y 35 por 150 en la de Tochimilco⁵⁸. Con todo, el cociente de esta razón (mujeres/hombres) indica que los hombres constituían el factor dominante en la totalidad de la población agrícola poblana.

Por supuesto, la frágil posición de las jornaleras frente a los jornaleros incidía en la remuneración que recibían las primeras, más baja que el salario de los segundos. En la municipalidad de Tianguismanalco, un jornalero varón recibía 0.31 centavos diarios, en contraste con los 0.15 centavos por día que percibía una jornalera; en la de Huaquechula, el salario de un trabajador agrícola masculino ascendía a 0.33 centavos por jornada, a diferencia de los 0.25 centavos diarios que recibía una trabajadora agrícola⁵⁹. En otras municipalidades, como Atlixco, Atzitzihuacán y Tochimilco, existía una diferencia salarial⁶⁰ similar conforme al género del jornalero.

De todas maneras, las precisiones anteriores contribuyen a calibrar -no a minimizar- la gran importancia de la agricultura como principal actividad económica de Puebla en el preludio de la revolución mexicana, todavía más si el porcentaje de varones poblanos ocupados en las actividades agrícolas sumara a las mujeres y los niños que dependían de esa clase de trabajadores. Esta operación arrojaría un saldo muy plástico en el sentido de que mostraría cómo la inmensa mayoría de la población del estado dependía de la agricultura.

David G. La France sostiene que, en la primera década del siglo XX, un 84 % de población vivía en las áreas rurales de Puebla⁶¹. Jesús Silva Herzog considera una proporción similar en una dimensión nacional para “estimar el número de individuos que dependían del salario rural y que cabe estimar en 12 millones, o sea, aproximadamente 80

⁵⁸ *Ibíd.* p. 148.

⁵⁹ *Ídem.*

⁶⁰ Cfr. *Ídem.* En la primera, las mujeres percibían 0.25 centavos diarios y los hombres 0.31 por una jornada. En la segunda, las mujeres 0.25 por día y los hombres 0.31 diarios. Finalmente, en la municipalidad de Tochimilco las mujeres 0.25 centavos al día y los hombres 0.31 por una jornada.

⁶¹ Cfr. La France, *Madero y la Revolución Mexicana en Puebla*, p. 15. Al parecer, La France extrajo el porcentaje de 84 % de las Estadísticas económicas del porfiriato.

% de la población”⁶². Por su lado, Jean Meyer sugiere que “de 15 millones de mexicanos en 1910, 11 viven en el campo”, que “los campesinos forman el 64 % de la población activa” y que en el porfiriato la agricultura “aún es el sostén del 70 % de la población”⁶³. En general, la estimación de La France sobre la proporción de la población agrícola en Puebla coincide con las estimaciones nacionales de Herzog y Meyer.

Así las cosas, no es exagerado concluir que en las últimas dos décadas del siglo XIX y la primera del XX la economía poblana todavía estaba dominada por la agricultura. En consecuencia -parafraseando a Carlos Marx- la tierra será la sede de la historia⁶⁴ de Puebla en esos años. En la producción social de su existencia, los campesinos poblanos establecieron relaciones de producción determinadas, necesarias e independientes de su voluntad. Por su puesto, estas relaciones correspondían a un grado determinado de desarrollo de las fuerzas productivas de la entidad. El conjunto de estas relaciones de producción constituía la estructura económica o la base real de la sociedad campesina poblana⁶⁵.

b) Estructura económica y clases sociales en el Porfiriato. Haciendas y ranchos, peones y agricultores en Puebla (1877-1910)

Hacia 1910, la agricultura poblana seguía una estructura económica definida por un antagonismo principal, entre los hacendados y los peones, y otro tipo de antagonismos de carácter secundario, entre los cuales sobresalía el sector de los agricultores como clase social hasta cierto punto independiente. Según las estadísticas de la época, el suelo poblano estaba dividido, a rasgos generales, en haciendas y ranchos. Estas categorías permiten establecer un panorama socioeconómico de la tierra y los campesinos de Puebla en los años anteriores a la revolución. Las líneas subsecuentes están dedicadas a observar el desarrollo

⁶² Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972. p. 31.

⁶³ Cfr. Jean Meyer, “Haciendas y ranchos, peones y campesinos en el Porfiriato. Algunas falacias estadísticas”, en *Historia Mexicana*, México, vol. 35, no. 3, 1986, pp. 478-479.

⁶⁴ “La Edad Media (época germánica) surge de la tierra como sede de la historia (...)”. Cfr. Carlos Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, México, siglo XXI editores, 1989. p. 77.

⁶⁵ Las últimas líneas de este párrafo constituyen una paráfrasis de “Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política” en Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Ediciones Quinto Sol, 1984. p.37.

de las haciendas y los ranchos, los peones y los agricultores en las tres décadas del régimen porfirista.

Por regla general, la agricultura poblana no era de carácter capitalista, y tampoco era homogénea. Había haciendas modernas en las regiones colindantes con Morelos y Tlaxcala. En Izúcar de Matamoros las grandes propiedades ubicadas en la cuenca del río Nexapa estaban orientadas a la producción comercial de caña de azúcar⁶⁶; en Atlixco había haciendas muy productivas encaminadas a la comercialización de enormes volúmenes de trigo⁶⁷. Sin embargo, una gran parte de la entidad estaba cubierta por pequeñas y medianas propiedades, en donde un conjunto considerable de campesinos vivía dedicado a la agricultura de subsistencia y, en cierta forma, en una suerte de indiferencia local hacia el mundo exterior, sustraído del influjo que ejercían las haciendas en otras zonas.

Según las estadísticas oficiales, el número de las haciendas en Puebla disminuyó significativamente en el transcurso del Porfiriato de 480 unidades en 1877 a 376 en el año del levantamiento maderista⁶⁸. Paradójicamente, aumentó la cantidad de ranchos en el estado, en 1877 había 587 y 901 en 1910 -314 más-⁶⁹. La siguiente tabla muestra cuántas haciendas y ranchos había en el estado en 1877, 1900 y 1910.

Tabla 2. Haciendas y ranchos existentes en Puebla. Años 1877 a 1910.

Haciendas		
1877	1900	1910
480	359	376
Ranchos		
1877	1900	1910
587	566	901

*Tabla compuesta con datos extraídos de las *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956.

⁶⁶ Cfr. Francisco Javier Gómez Carpinteiro, *Gente de azúcar y agua. Modernidad y posrevolución en el suroeste de Puebla*, México, El Colegio de Michoacán/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades BUAP, 2003, pp. 93-101.

⁶⁷ Cfr. al respecto: Hans Günter Mertens, *Atlixco y las haciendas durante el Porfiriato*, México, BUAP, 1988.

⁶⁸ Cfr. *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, p. 41.

⁶⁹ Ídem.

A nivel nacional, el número de haciendas y de ranchos había crecido. En 1877 había 5, 869 haciendas y 14, 705 ranchos⁷⁰; en 1910, 8, 431 haciendas y 48, 633 ranchos⁷¹. En otras palabras, las haciendas poblanas no siguieron la tendencia nacional, pero el incremento de los ranchos en el estado sí corresponde a la pauta de crecimiento que siguió esa entidad social en el curso de las tres décadas porfiristas.

En ese sentido, el ascenso de los ranchos en Puebla pudo estar asociado a la correspondiente regresión del número de haciendas en el estado. En Veracruz, Michoacán, Morelos y el Distrito Federal⁷² también decreció, de 1877 a 1910, el número de haciendas, y también aumentó la cantidad de ranchos en el mismo periodo, excepto en la capital del país. En suma, la caída de las haciendas en el porfiriato favoreció el incremento de los ranchos, por lo menos en las cuatro entidades federativas mencionadas líneas arriba.

En los mismos estados, la población agrícola siguió un desarrollo disparejo en la segunda mitad de la administración porfirista. En Puebla, decreció notablemente el número de agricultores desde los últimos cinco años del siglo XIX hasta 1910: de 16, 049 en 1895 a 7, 503 en 1910, mientras que la cantidad de peones creció de 207, 741 en 1895 a 232, 020 en 1910⁷³. No obstante, en el Distrito Federal, Morelos, Veracruz y Michoacán incrementó tanto la cifra de agricultores como la de peones.

La tabla siguiente concentra la cantidad de agricultores, peones y hacendados que había en los cinco estados seleccionados en los años de 1895, 1900 y 1910.

Tabla 3. Población agrícola

	Agricultores	Peones	Hacendados
Distrito Federal			
1895	28973	
1900	1970	39117	
1910	2072	44083	8
Morelos			

⁷⁰ Ídem.

⁷¹ Ídem.

⁷² Las haciendas veracruzanas disminuyeron de 237 en 1877 a 159 en 1910; en Michoacán, de 496 en 1877 a 397 en 1910; en Morelos, de 48 en 1877 a 40 en 1910; en el Distrito Federal, de 37 en 1877 a 11 en 1910. En cuanto a los ranchos, en Veracruz aumentaron de 657 en 1877 a 1807 en 1910; en Michoacán, de 1527 en 1877 a 4436; en Morelos, de 53 en 1877 a 102 en 1910. Sólo en el Distrito Federal los ranchos cayeron de 62 al principio del Porfiriato a 42 en 1910. Cfr. Ídem.

⁷³ Cfr. Ibíd. pp. 40-41.

1895	1412	41385	
1900	1629	40837	
1910	2072	47523	46
Michoacán			
1895	202659	
1900	5252	235217	
1910	14914	245410	18
Puebla			
1895	16049	207741	
1900	17403	217671	
1910	7503	232020	9
Veracruz			
1895	2476	189591	
1900	14268	228123	
1910	18355	294248	58

*Tabla estadística elaborada con datos extraídos de *Estadísticas sociales del porfiriato*⁷⁴.

En resumen, en el Distrito Federal, Morelos, Michoacán y Veracruz, el descenso de las haciendas y el incremento de los ranchos⁷⁵ coincidió con el aumento -en algunos casos muy ligero- del número de agricultores, por un lado, y el incremento de la cantidad de peones, por otro. No obstante, en Puebla la caída de las haciendas y el alza de los ranchos no significaron un aumento del número de agricultores o campesinos “libres”, aunque sí redundó en el incremento de la cantidad de peones en el estado.

A nivel nacional, también creció el número total de haciendas de 5, 869 en 1877 a 8, 431 en 1910, y el número de ranchos pasó de 14, 705 en 1877 a 48, 633 en 1910⁷⁶. La población agrícola nacional siguió un desarrollo similar: la cantidad de agricultores aumentó de 284, 965 en 1895 a 410, 345 en 1910⁷⁷, y el número de peones creció de 2, 595, 162 en 1895 a 3, 123, 975 en 1910⁷⁸. En términos nacionales, el incremento de las

⁷⁴ Cfr. Ídem.

⁷⁵ Con excepción del Distrito Federal en cuanto al aumento de los ranchos. Cfr. Ídem.

⁷⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 41.

⁷⁷ Aunque de 1900 a 1910 había decrecido de 578, 026 a 410, 345. Cfr. *Ibíd.* pp. 40-41.

⁷⁸ Cfr. *Ídem.*

haciendas trajo consigo el aumento de la cantidad de peones, y el aumento de los ranchos produjo el incremento de la cantidad de agricultores⁷⁹, en el periodo de 1877 a 1910.

Aun así, algunos estados no siguieron la tendencia nacional. En Veracruz, Morelos, la capital del país y Michoacán las haciendas cayeron, aunque los ranchos sí aumentaron en cantidad. El incremento de los ranchos puede explicar el crecimiento del sector de los agricultores en estas entidades (véase tabla 3), pero el incremento paralelo de los peones no correspondió con el descenso del número de haciendas, a menos que las haciendas sobrevivientes hayan absorbido la mano de obra de las haciendas que desaparecieron en el transcurso de las tres décadas porfirianas.

En Puebla tampoco se confirmó la tendencia global. El estado también experimentó el descenso de sus haciendas y el incremento de sus ranchos, pero tal incremento no trajo consigo el aumento de la cantidad de agricultores, como sucedió en el Distrito Federal, Michoacán, Morelos y Veracruz. En lugar de crecer en consonancia con los ranchos, ese sector de la población agrícola poblana decreció de manera apreciable (véase tabla 3). Por otro lado, la caída de las haciendas de Puebla tampoco explica el incremento regular del número de peones en el estado, a menos que, como en las otras entidades mencionadas, las haciendas supervivientes hayan absorbido la fuerza de trabajo liberada durante el proceso de desintegración.

En 1910, Puebla tenía menos agricultores y más peones que en 1895. El descenso de la clase de los agricultores o campesinos libres y el engrosamiento del sector de los peones en el estado coincidió con la declinación a nivel nacional de los salarios del proletariado rural. Entre 1885 y 1895, el ingreso rural aumentó en 25 %, pero de 1895 a 1910 los salarios agrícolas disminuyeron en 17 %⁸⁰. En este sentido, los agricultores libres de Puebla habrían caído un peldaño en la jerarquía social de la población agrícola a causa, entre otros factores, del mal desempeño del ingreso rural a partir de 1895.

No obstante, en otros estados la misma situación salarial no produjo un descenso de los agricultores (véase tabla 3), sino su crecimiento, muy importante en algunos casos - como Veracruz y Michoacán-. Por tanto, la disminución de los agricultores en Puebla no podía derivar tan sólo de la declinación general de los salarios del proletariado rural, cuanto

⁷⁹ Sólo si las estadísticas consideraron a los peones como trabajadores de las haciendas y a los agricultores como residentes o trabajadores libres de los ranchos.

⁸⁰ Según estimaciones de Jean Meyer, *op. cit.*, p. 478.

más después de 1895, cuando “la ruina del artesanado y la disminución de la mano de obra urbana” provocaron un reflujo hacia los campos⁸¹. En Puebla, la afluencia de esos sectores urbanos arruinados habría aumentado el volumen de la población agrícola total y, por consiguiente, compensaría el descenso de los agricultores transferidos -acaso- a la clase de los peones.

De cualquier forma, las principales ciudades industriales del estado, las únicas que podían expulsar un número considerable tanto de artesanos en ruina como de mano de obra urbana, no habían decrecido en términos demográficos: entre 1895 y 1910, la población de Puebla capital creció de 88, 684 en 1895 a 96, 121 en 1910⁸², y la población de Atlixco, el otro gran centro textil, aumentó de 21, 085 en 1900 a 25, 723 en 1910⁸³.

Por esa razón, parece poco probable que el reflujo de esos sectores hacia las áreas rurales de Puebla durante la declinación de los salarios agrícolas haya ocurrido en esta entidad, incluso resulta plausible pensar en un flujo del campo hacia la ciudad con base en la disminución de la población de algunas comunidades agrícolas de la entidad, como Ixtacamaxtitlán y Tetela, aunque la población de otras, como Huachinango, sí presentó un incremento importante a pesar de la desalentadora situación del ingreso rural. Así pues, la disminución de los salarios en el campo poblanos determinó el descenso de los agricultores y, al mismo tiempo, provocó la movilización de una fracción de los desplazados hacia las grandes ciudades industriales de la zona metropolitana de la entidad, el resto, probablemente, pasó a engrosar las filas de los peones.

A diferencia de los agricultores, la clase de los peones creció en Puebla de 207, 741 en 1895 a 232, 020 en 1910⁸⁴. Por supuesto, el incremento de los peones poblanos en los últimos quince años del porfiriato contrasta con el decaimiento de las haciendas en el estado de 1877 a 1910, pero sólo en el caso de que la desintegración de una parte de éstas haya permitido la liberación de la mano de obra agrícola y su emigración a las ciudades industriales del estado, sobre todo en vista de la mala condición del ingreso rural a partir de 1895.

⁸¹ *Ibíd.* p. 479.

⁸² Cfr. *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, p. 9.

⁸³ Cfr. *Ibíd.* pp. 10-12.

⁸⁴ Cfr. p. 40.

El crecimiento demográfico de Puebla capital y de Atlixco podría favorecer la última interpretación como una migración obligatoria de los peones liberados y desempleados hacia las sedes metropolitanas de la industria textil. De esa manera, la multiplicación de los peones poblanos resultaría incomprensible. Sin embargo, de 1900 a 1910 la población de Atlixco sólo aumentó en 4, 638⁸⁵ y la de Puebla sólo 2, 600, es decir, 7, 238 personas en total⁸⁶; en contraste, la clase de los peones creció el doble en esa década, o sea, 14, 349 integrantes más de 1900 a 1910⁸⁷. El otro sector de la población agrícola del estado -la clase de los agricultores- descendió en 9, 900 individuos en los diez primeros años del siglo XX⁸⁸.

En consecuencia, la hipótesis sobre la migración de una parte de los trabajadores, permanentes o eventuales, de las haciendas poblanas -o bien absorbidas por otras más grandes, o bien desintegradas en ranchos medianos o pequeños- pierde validez como explicación del camino probable que éstos tomarían en caso de perder su fuente de empleo, todavía más inverosímil en consideración de la situación de los salarios en las ciudades del estado, que tampoco era alentadora.

A partir de la década de 1880 el salario de los trabajadores tanto especializados como simples comenzó a perder su poder adquisitivo⁸⁹. En 1874, una galopina -o asistente de cocina- podía comprar dos canastas básicas⁹⁰. Esa capacidad adquisitiva del salario de la galopina duró hasta 1880, pues al año siguiente inició un descenso agudo, al grado de que, en 1906, el salario de este oficio era incapaz de comprar ni una sola canasta básica. En 1880, la rectora del orfanatorio de la ciudad de Puebla podía comprar 43 canastas básicas, a diferencia de las cinco o cuatro que podía comprar en 1906.⁹¹

Por otro lado, la elevación de los precios en el estado resultó superior al crecimiento de los salarios nominales de distintos oficios urbanos, como celadora, cocinera, costurera,

⁸⁵ Cfr. *Ibíd.* pp. 10-12.

⁸⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 9.

⁸⁷ Cfr. *Ibíd.* p. 40.

⁸⁸ *Ídem.*

⁸⁹ Según los resultados preliminares de un índice de precios y salarios preparado por Humberto Morales Moreno y Miguel S. Reyes Hernández, “Índice de precios y salarios en la Puebla porfirista: 1876-1910”, en “Terceras Jornadas de Historia Económica, Asociación Mexicana de Historia Económica, México, 2015.

⁹⁰ Con arreglo a una canasta de histórica de referencia compuesta por los autores del índice. Cfr. Morales Moreno y Reyes Hernández, *op. cit.*, p. 208.

⁹¹ *Ibíd.* p. 209.

enfermera y nodriza⁹². Desde 1880, subieron los precios de las mercancías más consumidas por los capitalinos -arroz, azúcar, carne de res, chile ancho, chile mulato, fideo, frijol, harina flor, maíz, manteca y sal de mar- y del carbón como componente fundamental de la canasta no alimentaria de la época, en comparación con los salarios nominales.⁹³

Un kilogramo de arroz, que costaba 0. 12 centavos en 1874, costaría 0. 30 en 1905, o sea, sufrió un incremento de 150 % de una a otra fecha. El frijol, que valía 0. 05 centavos en 1874, costaría 0. 11 en 1876 – un incremento de más del 100 %-, 0. 12 en 1891 y 0. 10 en 1905. El precio de otros productos básicos, como el azúcar y el carbón, presentó cierta estabilidad, incluso bajó. El primero, que valía 0. 22 centavos en 1874, costaría 0. 19 en 1905; el segundo, que costaba 0. 01 centavos en 1876, costaría 0. 015 en 1890⁹⁴.

En contrapartida, el salario nominal de una celadora del orfanatorio de la capital del estado presentó un desempeño estable en los últimos años del siglo XIX, es decir, no aumentó en consonancia con los precios⁹⁵; entre 1895 y 1914 -por lo menos- el salario de una cocinera en la misma institución aumentó entre 1 y 10 % de 1895 a 1914 (en realidad sólo mostró una indiscutible tendencia al alza hasta 1950)⁹⁶; por último, el salario nominal de una costurera asumió un comportamiento estable entre 1880 y 1914⁹⁷, cuando el precio del arroz subió el 150 % y el frijol llegó a costar el doble.

En síntesis, el salario real de los trabajadores urbanos de Puebla comenzó a decaer desde 1881 y no abandonó esa tendencia en los años posteriores. La caída constante del salario real de este tipo de trabajadores significó la incapacidad de éstos para comprar los productos de una canasta histórica básica compuesta tanto por alimentos como por mercancías no alimentarias, el precio de los cuales no dejó de subir en el porfiriato y, en esa medida, descendieron los niveles de vida de los trabajadores urbanos del estado. Por este motivo sería arriesgado suponer que un sector importante de los peones del estado haya seguido el camino de la migración hacia las ciudades que, además de eso, habían absorbido ya una fracción de los agricultores arruinados en los años de la primera década de 1910.

⁹² *Ibíd.* pp. 197-200.

⁹³ *Ibíd.* pp. 202-205.

⁹⁴ Sobre el carbón los autores no encontraron el precio que alcanzó en los años posteriores. Probablemente tendió a la baja como respuesta a su paulatina sustitución por el petróleo en los últimos años del siglo XIX. *Cfr. Ídem.*

⁹⁵ *Cfr. Ibíd.* p. 197.

⁹⁶ *Cfr. Ibíd.* pp. 197-198.

⁹⁷ *Cfr. Ibíd.* p. 198.

Aparte de la consideración previa, el crecimiento demográfico de la capital del estado y de Atlixco, bien vistas las cosas, resulta muy leve, casi insignificante. La población de la primera creció, en promedio, 260 personas por año, y la segunda, también en promedio, 463 personas en el mismo tiempo. La tasa de crecimiento anterior sólo permitiría pensar en un reflujo mínimo de artesanos arruinados o mano de obra urbana hacia los campos, aun cuando el descenso de los agricultores hace posible considerar un contraflujo, probablemente reducido, de un sector de éstos hacia las ciudades.

En suma, ni las hipotéticas desbandadas parciales o las huidas graduales de los peones de las haciendas absorbidas o desintegradas ni la llegada a los campos poblanos de un número no crítico de trabajadores urbanos desempleados, incidieron en el ascenso numérico de los peones. La probable transferencia de una fracción de los agricultores empobrecidos de Puebla a la clase de los peones explicaría únicamente una parte del problema, hasta en el extremo de que los 9, 900 agricultores poblanos que pasaron de esa clase a cualquier otra en el trayecto de la primera década del siglo XX hubieran “saltado” en bloque a la clase de los campesinos desposeídos.

En realidad, el incremento cuantitativo de los peones poblanos tuvo que ver, en primer lugar, con el repunte de las haciendas en Puebla en los albores del nuevo siglo. En términos absolutos, su número había descendido de 480 en 1877 a 376 en 1910⁹⁸ –más de cien haciendas poblanas desaparecidas en 33 años-. Sin embargo, a partir de 1900 el estado observó cierto realce de las grandes propiedades agrarias. Ese año había 359 haciendas dentro del territorio poblano, frente a las 376 que había en 1910, o sea, 17 haciendas más⁹⁹. Esta circunstancia, unida a la depauperación de un fuerte número de agricultores a causa de la contracción general de los salarios rurales, acrecentó el número de peones, fijos o parciales, en Puebla. De hecho, el inicio del retraimiento nacional del ingreso rural correspondió con un aumento súbito de los integrantes de esa última clase: éstos sumaban 207, 741 en 1895, en comparación con los 217, 671 de 1900, una diferencia total de 9, 930 peones en poco menos de cinco años, frente a la diferencia total de 14, 349 que arrojó de 1900 a 1910¹⁰⁰.

⁹⁸ Cfr. *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, p. 41.

⁹⁹ Cfr. *Ídem*.

¹⁰⁰ Cfr. *Ibíd.* p. 40-41.

Por otra parte, la elevación numérica de los peones poblanos obedeció también a la proliferación, notable desde 1900, de los ranchos en el estado. Desde ese año hasta 1910 los ranchos casi doblaron su número de 566 a 901 de un extremo a otro¹⁰¹. Como un sector de los rancheros o propietarios de ranchos empleaba peones en sus tierras de labores, el crecimiento del proletariado rural en Puebla estuvo íntimamente ligado al ascenso de los ranchos y los rancheros. En los años de la lucha armada, los peones y los rancheros del estado formarían varias veces una alianza dinámica e importante contra los propietarios extranjeros y nacionales de las grandes haciendas cañeras y trigueras de Izúcar de Matamoros y Atlixco.

Algunas veces, las víctimas del peonaje por deudas, prófugas de las haciendas, acudían a los propietarios de los ranchos en busca de trabajo y, en esa medida, el rancho llegó a funcionar como una suerte de refugio¹⁰². Los peones prófugos en ocasiones preferían sobre sí el patronazgo del rancho que la férula del hacendado. Sin embargo, esos casos hasta cierto punto excepcionales no validan los esquemas explicativos basados en la figura del rancho como defensor de los peones ultrajados y el hacendado como “señor feudal” del campo, inflexible y castigador. No todos los ranchos de Puebla podían entrar en el catálogo de las propiedades agrícolas como “comunidades libres” o paraísos de la libertad rural, enajenados de la zona de influencia de las haciendas, varios pertenecían a uno u otro de los hacendados de la entidad.

El empleo de peones por parte de los ranchos tenía un origen histórico lejano, no surgió en el porfiriato. En 1853, los peones ya satisfacían una parte de la demanda de mano de obra de varios ranchos en la región de Atlixco: el rancho Cantarranas ocupaba 23 jornaleros o “gañanes”; 21 el de Acatipa; 19 el de Tesayuca, y así por el estilo¹⁰³. Aun así, la expansión de los ranchos poblanos en el porfiriato supuso un aumento correspondiente del número de peones en el estado. En 1910 el rancho poblano de Jilotepec mantenía 8

¹⁰¹ Cfr. *Ibíd.* p. 41.

¹⁰² Véase Herrera Fera, *op. cit.*, p. 146. La autora presenta un ejemplo de 1895: el hacendado Mariano Olaso solicita al jefe político de Atlixco la captura de Vicente Guzmán, peón endeudado y prófugo de la hacienda de Santo Domingo, que en ese momento estaba trabajando en el rancho del Tronconal.

¹⁰³ Por ejemplo, los 15 jornaleros del rancho Mixiantla; los 15 del rancho Xonacalluca; los 13 del rancho El Bosque; los 11 del rancho San Gerónimo. Cfr. *Ibíd.* p. 144.

jornaleros de residencia permanente más 15 peones ocasionales, mientras que el rancho de Moyotzingo empleaba 15 peones acasillados y 40 ocasionales.¹⁰⁴

La cifra de los ranchos en Puebla creció en una etapa del porfiriato caracterizada por cuatro factores: la contracción general de los salarios agrícolas, la disminución de la clase de los agricultores poblanos, el incremento de los peones en el estado y, como quedó precisado en los párrafos anteriores, el repunte relativo de las haciendas poblanas.

La expansión de los ranchos en Puebla pudo responder a la consabida política agraria de los gobiernos liberales triunfantes, basada en la enajenación y el consiguiente deslinde de los terrenos nacionales baldíos, muchas veces en el despojo disfrazado de las comunidades indígenas. Entre 1867 y 1910, los regímenes liberales deslindaron 9, 160 hectáreas en Puebla, por las cuales otorgaron 143 títulos de propiedad a un precio total de 10, 973 pesos¹⁰⁵. De esa forma, la enajenación de las tierras nacionales emprendida por los liberales juaristas o porfiristas no trastocó críticamente la estructura agraria de Puebla. En su mayor parte, la desigual e injusta distribución de la propiedad agraria en la entidad estaba definida ya antes del porfiriato.

Si bien en el Distrito Federal, Morelos, Michoacán y Veracruz, la contracción de las haciendas significó un incremento correlativo del número de ranchos -como si las primeras se hubieran desintegrado en forma de ranchos-, el crecimiento relativo de las haciendas poblanas en la primera década del siglo XX -a pesar de su disminución absoluta de 1877 a 1910-, no permitiría establecer una relación causal entre el incremento de los ranchos poblanos a costa del decremento de las haciendas del estado. Ni siquiera en los últimos 23 años del siglo XIX, cuando éstas últimas decrecieron drásticamente de 480 a 359, los ranchos poblanos aumentaron en número, como cabría pensar, sino todo lo contrario, disminuyeron ligeramente de 587 a 566¹⁰⁶.

El relativo aumento numérico de las haciendas en Puebla entre 1900 y 1910, aunado a la expansión cuantitativa de los ranchos en los mismos años, sugeriría, a lo sumo, una contracción del tamaño de las haciendas poblanas menos productivas o la renta de una parte de sus tierras a una fracción arrendataria de la población agrícola del estado. Empero, esta última vía habría traído aparejada un crecimiento -inexistente, por lo visto- de los

¹⁰⁴ Cfr. *Ibíd.* p. 149.

¹⁰⁵ Cfr. *Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, p. 42.

¹⁰⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 41.

agricultores en el sentido de “campesinos libres”; en cambio, la primera opción habría permitido -como en efecto ocurrió - el crecimiento de los ranchos poblanos.

En esas circunstancias, la expansión numérica de los ranchos poblanos estaría determinada, en un sentido mínimo, por la limitada pero constante enajenación de las tierras nacionales baldías en el estado; y en un sentido más significativo, por la contracción de la superficie de las haciendas poblanas menos productivas, en beneficio de un sector ascendente de ranchos.

1.2. El Porfiriato como sistema político: la estructura política de Puebla en el periodo prerrevolucionario (1876-1910)

El triunfo de Porfirio Díaz en 1876 significó el inicio de un periodo de centralización del poder¹⁰⁷ que afianzó el proceso de formación del Estado nacional abierto en la época de la Reforma. La centralización y concentración del poder político durante el porfiriato correspondió a la centralización y la concentración del capital en ese periodo. En ese sentido, Díaz impulsó un proyecto modernizador de la economía nacional y, al mismo tiempo, trató de construir un Estado moderno.

Sin embargo, la legitimidad del estado porfirista respondió, al principio, más a la autoridad “carismática” pre-moderna del caudillo oaxaqueño que a la justificación “legal” o moderna de su dominio autoritario y, más tarde, adquirió algunos rasgos de la legitimidad “tradicional” o del “eterno ayer” -propia de los patriarcas o los príncipes de viejo cuño, en palabras de Weber-, opuesta a la “legalidad” teórica del dominio que ejerce el moderno “servidor del Estado”¹⁰⁸.

En consecuencia, el estado central porfirista presentó un carácter ambiguo. Algunas veces adoptó la forma clásica del Estado absolutista y, en esas ocasiones, parecía “la expresión y el garante de los intereses universales de la sociedad” o un “árbitro neutro en el conflicto de clases” -tal como Hegel había presentado al Estado, es decir, como la “esfera superior de la eticidad y la racionalidad de la sociedad moderna” o el “ámbito donde se

¹⁰⁷ Wil G. Pansters, *Política y poder en Puebla. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista, 1937-1987*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ Fondo de Cultura Económica, 1998. p. 61.

¹⁰⁸ Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, Editorial, 1998.

resuelven civilizadamente las contradicciones de la sociedad civil”-. En esas circunstancias, el porfiriato- como sistema político- cumplía aparentemente con las características de esos periodos excepcionales “en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea, respecto a una y otra”¹⁰⁹.

Otras veces, el estado porfirista revistió el perfil de los regímenes cesaristas o bonapartistas. En esos momentos, el porfiriato -como etapa posterior a la República restaurada (1867-1876)- formaría parte del “catálogo de acontecimientos históricos que han culminado en una gran personalidad «heroica»”¹¹⁰, en este caso, Porfirio Díaz. Aun así, el cesarismo, como solución “arbitral”, revela en esencia una fisonomía similar a la de las monarquías centralizadas de Francia, Inglaterra y España en el siglo XVI. Tanto éstas como aquél expresan una situación histórico-política en que “las fuerzas [o clases] en lucha se equilibran de modo catastrófico, es decir, se equilibran de modo que la continuación de la lucha sólo puede terminar con la destrucción recíproca (...)”¹¹¹, a tal punto “que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea, respecto a una y otra”, o surge una gran personalidad “heroica” que dirime ese conflicto por medio de una solución “arbitral”¹¹².

Según Antonio Gramsci, el *cesarismo* no siempre tenía el mismo significado histórico, pues podía revestir o bien un carácter progresivo, o bien un carácter regresivo. A su juicio, Cesar y Napoleón constituían ejemplos de cesarismo progresivo, y Napoleón y Bismarck de cesarismo regresivo. En este orden, Porfirio Díaz ocuparía un lugar ambiguo, ya como colaborador de las “fuerzas progresivas”, ya como apoyo de las “fuerzas regresivas”. Más bien, Díaz construyó un sistema anfibológico, “progresivo” o “regresivo” -en términos gramscianos- con arreglo a cada situación concreta que tenía frente sí o, en otras palabras, Díaz diseñó un instrumento eficaz de *realpolitik*, capaz de leer y comprender múltiples escenarios y de actuar sobre esa base.

¹⁰⁹ Véase Perry Anderson, *El Estado absolutista*, México, siglo xxi editores, 1998. p. 9.

¹¹⁰ Véase Antonio Gramsci, *La política y el Estado moderno*, España, Diario Público, 2009. p. 149.

¹¹¹ Cfr. *Ibíd.* p. 149.

¹¹² Aunque Gramsci especifica que “(...) el cesarismo es una fórmula polémico-ideológica y no una regla de interpretación histórica”. Cfr. *Ibíd.* 150.

Aunque Gramsci afirmó que podía existir “una solución cesarista sin una César, sin una gran personalidad «heroica» y representativa”¹¹³, Díaz “personificó” los intereses centralizadores del Estado nacional de esa época y, de esa forma, resolvió la “tensión entre la dinámica polarizante y excluyente de la sociedad civil (...) y las pretensiones integradoras y universalistas del estado (...)”.¹¹⁴ Como “solución arbitral confiada a una gran personalidad”, el porfiriato representó un esfuerzo dirigido hacia la “modernización” de México y, en esa medida, el Estado moderno “encarnó” en Porfirio Díaz.

En la opinión de Max Weber, el Estado moderno sólo podía ser definido, sociológicamente, “por referencia a un medio específico que él, como toda asociación política, posee: la violencia física”¹¹⁵. Para Weber, el Estado moderno era una “relación de dominación de hombres sobre hombres”¹¹⁶, que se sostenía por medio de la violencia legítima –“es decir, de la que es vista como tal”-. De ese modo, el Estado porfirista buscó la manera de justificar su estatus como “única fuente del derecho a la violencia” en México, o sea, como “asociación política que “dentro de un determinado territorio (...), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima”¹¹⁷.

Desde este punto de vista, el porfiriato sería “a la historia del Estado y de la modernización de México lo que la restauración Meiji es a la historia de Japón”¹¹⁸ (conforme a una analogía establecida por Claudio Lomnitz). A partir de 1876, Porfirio Díaz erigió un Estado “moderno” en México. En su carácter de “relación de dominación”, el régimen porfirista tenía la misión de legitimar el dominio que ejercía como monopolizador absoluto de la violencia legítima.

Al principio, Díaz detentó una forma de la autoridad “carismática” o de la *gracia* (*Carisma*) en su calidad de gran personalidad “heroica” y de caudillo. No obstante, la autoridad “carismática” original de Díaz devino en el curso de los años en una suerte de legitimidad “tradicional”, “como la que ejercían los patriarcas y los príncipes patrimoniales de viejo cuño”¹¹⁹, o sea, la legitimidad de su dominio quedó establecida como una

¹¹³ Cfr. Ídem.

¹¹⁴ Véase Atilio A. Boron, “Teoría política marxista o teoría marxista de la política” en *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.

¹¹⁵ Max Weber, *op. cit.* p. 83.

¹¹⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 85

¹¹⁷ Cfr. *Ibíd.* p. 83.

¹¹⁸ Véase Claudio Lomnitz, “II. Preguntas sobre el porfiriato” en *Nexos*, México, 2015.

¹¹⁹ Max Weber, *op. cit.*, p. 85.

“costumbre consagrada por su inmemorial validez y por la consuetudinaria orientación de los hombres hacia su respeto”¹²⁰.

De todas maneras, Porfirio Díaz intentó superar tanto la legitimidad del “eterno ayer” como la autoridad de la *gracia* personal. En su afán de formar un Estado moderno, trató de llegar al estadio de la “legitimidad basada en la «legalidad»”. Con el propósito de alcanzar en el futuro próximo la hegemonía política, Díaz recurrió a la construcción de consenso en el sentido de un “proceso mediante el cual un discurso específico adquiere validez y aceptación en una gran parte del campo de fuerzas sociales”¹²¹. Desde esta perspectiva, el porfiriato sería una “situación (temporal) en la cual los grupos dominantes [tuvieron] éxito (relativo) al generalizar la aceptación de su visión del mundo por parte de los grupos subalternos”¹²².

El programa de Porfirio Díaz –“imponer la paz y promover el desarrollo económico”¹²³- resumió la visión específica del mundo por parte del Estado porfirista en su papel de “mediador aparente” y de sistema cesarista anfibológico y, a fin de cuentas, adquirió validez y aceptación como “sentido común”. Tal visión de mundo comprendía dos objetivos, uno de orden político –“imponer la paz”- y el otro de naturaleza económica –“promover el desarrollo económico- y, por supuesto, partía de la certidumbre de que la paz impuesta era una condición previa indispensable del crecimiento económico.

Ese discurso político-económico legitimó el dominio del régimen porfirista y fortaleció la autoridad “carismática” de Porfirio Díaz. A partir de él, este tipo de legitimidad pre-moderna tomó las características de una legitimidad moderna basada en la legalidad e, incluso, esta última reforzó la legitimidad *tradicional* del “eterno ayer” que el régimen adoptó en las décadas venideras. Los ideólogos del régimen difundieron la idea de que la paz forzada y el orden impuesto por Díaz eran preferibles a la violencia y al caos de los años anteriores, aún a costa de las libertades individuales, municipales o regionales. Ese impulso pacificador y ordenador llegó a ser el “sentido común” en la época porfirista y jugó un papel muy importante en la construcción inicial de consenso que Díaz emprendió y en la hegemonía posterior que alcanzó su sistema político.

¹²⁰ Cfr. Ídem.

¹²¹ Cfr. Wil G. Pansters, *op. cit.*, p. 37.

¹²² Cfr. *Ibíd.* p. 37.

¹²³ Cfr. Felipe Arturo Ávila Espinosa y Pedro Salmerón Sanginés, *Historia breve de la revolución mexicana*, México, INEHRM/Secretaría de Cultura, siglo xxi editores, 2015. p. 26.

De esa manera, Díaz legitimó la “relación de dominación” y el poder que ejerció su régimen como “única fuente del derecho a la violencia”. A través del discurso ideológico del orden y el progreso, el Estado porfirista justificó el monopolio que estableció sobre la violencia física legítima y adoptó desde entonces el *medio* característico del Estado moderno.

En resumen, el sistema porfirista sorteó las primeras dificultades políticas por medio de la construcción de consenso y la consecución inmediata de la hegemonía. Esta última hace referencia a una “forma del ejercicio del poder que opera principalmente por medio del consenso”¹²⁴. Díaz aprovechó el “aspecto consensual” del ejercicio hegemónico del poder¹²⁵ para canalizar “las pretensiones integradoras y universalistas” del Estado nacional moderno frente a la “dinámica polarizante y excluyente de la sociedad civil”.

De ese modo, el Estado nacional hegemónico personificado por Díaz inició su plan modernizador y centralizador. Díaz reconoció la distancia que existía en medio de las organizaciones e instituciones políticas informales y la política formal y, en consecuencia, tendió un puente para conectar la sociedad civil y el Estado. Por ende, aparte de la sólida red jerárquica de funcionarios estatales, regionales y locales, el régimen fraguó alianzas con los caciques locales, una serie de figuras que actuaban en la “zona intermedia entre las instituciones políticas locales y las informales”.

A pesar de que “a partir de la revolución tuxtepecana se aceleraron (...), los procesos de integración económica y política”, “(...) el ritmo y grado de integración (...) de las regiones difería de manera substancial y muchas de ellas seguían caminos de desarrollo bien particulares”¹²⁶. Por ese motivo, el régimen porfirista no sólo atendió el aspecto consensual del ejercicio hegemónico del poder, sino que cuidó en especial las cuestiones de la coerción y la violencia. De hecho, el consenso porfirista sólo podía existir como una consecuencia del respaldo militar insoslayable que Díaz poseía como caudillo liberal y, más bien, legitimó y justificó las características coercitivas del sistema.

En suma, el régimen porfirista advino como una solución “arbitral” a una situación histórico-política excepcional, a saber, el equilibrio entre dos fuerzas en lucha: en palabras

¹²⁴ Véase Wil G. Pansters, *op. cit.*, p. 37.

¹²⁵ Por un lado, el concepto de hegemonía tiene un componente de integración; por otro, el ejercicio hegemónico del poder tiene un carácter integrante. Cfr. Wil G. Pansters, *Ídem*.

¹²⁶ Véase Romana Falcón, Raymond Buve (comp.), *Don Porfirio presidente..., nunca omnipotente: hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, México, Universidad Iberoamericana, 1998. p. 14.

de Gramsci, una fuerza progresiva A en conflicto con una fuerza progresiva B. El Porfiriato sería la tercera fuerza C que intervino y sometió los restos de A y B. En tanto poder con cierta independencia momentánea, el régimen porfirista actuó como “mediador aparente”, y Porfirio Díaz, la gran personalidad “heroica”, personificó los intereses centralizadores del Estado nacional. En el camino, Díaz trató de transformar su autoridad “carismática” en una “relación de dominio” moderna basada en la legalidad. Con eso en mente, construyó un consenso sobre la base de una ideología pacificadora y ordenadora, que redundó en la hegemonía política de su régimen y justificó la posición de éste como “única fuente del derecho a la violencia legítima”.

En realidad, el consenso porfirista legalizó los aspectos violentos y represivos del ejercicio hegemónico del poder por parte de Díaz y permitió la estabilidad política del sistema como instrumento político anfibológico capaz de responder a distintos escenarios sin perder de vista su objetivo histórico primordial: la centralización del poder. Las alianzas que Díaz estableció con distintos caciques locales probaron la capacidad camaleónica del régimen y comprobaron la eficacia práctica de la *realpolitik* porfirista. Al mismo tiempo, estos convenios pragmáticos funcionaron como puentes entre la política formal del Estado y las instituciones de la sociedad civil.

Empero, la integración política emprendida y dirigida por Díaz no siguió un ritmo uniforme ni alcanzó un grado similar en todas las regiones del país. Por esa razón, el Estado central porfirista puso un énfasis particular en las características represivas y coercitivas del ejercicio hegemónico del poder como condiciones previas para la construcción exitosa del consenso y, a la vez, como único detentador “legítimo” del derecho a la violencia, una prerrogativa que obtuvo, precisamente, a partir del consenso y de la ideología “ordenadora” que adoptó desde su ascenso triunfal. Estos elementos de orden militar, consensual e ideológico interactuaron entre sí para instalar a Díaz y a su régimen en una posición política hegemónica en el último tercio del siglo XIX.

Por otra parte, Díaz reprodujo su “estilo personal de gobernar” mediante una nutrida cadena de funcionarios regionales. Los más de 300 jefes políticos porfiristas funcionaron a modo de “catéteres” y alveolos del régimen porfirista. A través de ellos, Díaz imponía “las

decisiones del poder ejecutivo”¹²⁷ y, además, recogía información valiosa sobre la situación concreta de las fuerzas locales -aunque, naturalmente, esta información podía estar sesgada por los intereses personalistas, momentáneos o a largo plazo, de sus interlocutores-.

De modo similar a los caciques locales, los funcionarios regionales porfiristas fueron los enlaces entre la autoridad central y la sociedad civil, pero a diferencia de los primeros –a fin de cuentas, figuras de la política informal-, los segundos constituían instancias burocráticas autorizadas por el régimen porfirista, o sea, extensiones “legales” del poder central y, por tanto, el dominio que ejercían tenía un carácter “moderno” en el sentido de que estaba amparado por la ley, mientras que los caciques ejercían una autoridad de tipo “tradicional” o, en otros casos, “carismática”.

Por encima de esta sólida cadena de burócratas regionales figuraban los gobernadores de los estados, cuya autoridad política también estaba legitimada por la “legalidad”. Los gobernadores escogían a los jefes políticos y éstos procedían bajo sus órdenes directas. Entre ambas partes había una relación muy estrecha, más significativa para los jefes políticos que el vínculo muchas veces indirecto e impersonal que podían llegar a establecer con Porfirio Díaz, la pieza angular y explicativa de este sistema.

Sin embargo, los gobernadores sí sostenían un diálogo personal y directo con Díaz. En 1890, Lázaro Pavía publicó unos “ligeros apuntes históricos, biográficos y estadísticos” sobre los estados y sus gobernantes¹²⁸. Esta obra en dos tomos forma parte de la literatura apologética y de “las historias de bronce, de tema porfirico, erigidas en tiempos de don Porfirio”¹²⁹, de los “almíbares panegíricos” que, en opinión de Luis González, no merecían la denominación de retratos verídicos de la mayor dictadura de la historia de México. Aun así, los apuntes contemporáneos de Pavía muestran una serie de datos relevantes acerca de los “amigos” de Díaz, los partidarios de su “política de orden y moralidad”, como los llamó el mismo autor.

En primer lugar, catorce años después del golpe militar de 1876 casi todos los gobernadores porfiristas no eran oriundos de los estados que regían. En este conjunto

¹²⁷ Romana Falcón, “La desaparición de jefes políticos en Coahuila. Una paradoja porfirista” en *Historia Mexicana*, XXXVII, 3, 1998. p. 425.

¹²⁸ Lázaro Pavía, *Los estados y sus gobernantes. Ligeros apuntes históricos, biográficos y estadísticos*, México, Tipografía de Las Escalerillas, 1890.

¹²⁹ Luis González, “La dictadura de Díaz” en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Dictaduras y dictadores*, México, siglo xxi/ UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1986. p. 161.

destacaban algunos casos extremos como el del general Joaquín Z. Kerlegand, oriundo de Tamaulipas, en donde había iniciado su carrera militar como soldado del batallón “Hidalgo” de la Guardia Nacional, y que en ese momento fungía como gobernador en Campeche, a una gran distancia de su estado natal.

Un año más tarde, Pavía publicó unos nuevos apuntes, esta vez acerca de los jefes políticos de México¹³⁰. En éstos, el autor esbozó la biografía de 117 de ellos. Si, por regla general, los gobernadores porfiristas ejercían su poder en una entidad que no era su estado natal, la mayoría de los jefes políticos regionales era nativa de su jurisdicción. Pablo Bolio, el jefe político de Izamal, en el estado de Yucatán, había nacido ahí mismo¹³¹. Félix Bárcenas, el jefe político de Jiménez en el estado de Chihuahua era originario de la capital del estado¹³². Aunque también ocurrían implantes de figuras traídas de otros lugares: por ejemplo, el coronel Guillermo P. de Unda, jefe político de Catorce en San Luis Potosí, nativo de la capital de la república, o Juan N. Malda, el jefe político del distrito de Álvarez, Guerrero, procedente del Estado de México. En este aspecto residía una de las principales diferencias entre los jefes políticos y los gobernadores de los estados.

En segundo término, la mayoría de los gobernadores y funcionarios regionales había secundado la gran revolución “regeneradora” de Tuxtepec, o no se había opuesto tajantemente a ésta, aunque en pocos casos la afiliación lerdistista no formó un obstáculo insalvable, como el del general Bonifacio Topete, jefe político del distrito sur de Baja California en 1890, quien aún había tomado parte en la batalla de Tecuac en el bando enemigo de Díaz¹³³. Junto a ese rasgo distintivo, Pavía destacó el origen liberal de todos los gobernadores porfiristas. Todos habían participado en las filas del partido liberal en los periodos de la Reforma y la Intervención. Este respaldo “moral” los convertía en “acérrimos” partidarios de los principios liberales y, por tanto, en representantes “legítimos” de la nación pacificada.

Como el régimen porfirista adoptó el patrimonio ideológico de la revolución liberal, el pasado militante liberal de los gobernadores porfiristas ayudó a la tarea de identificar a Díaz como el continuador y el heredero natural de las ideas, las obras y el proyecto de

¹³⁰ Lázaro Pavía, *Ligeros apuntes biográficos sobre los jefes políticos de los partidos en los estados de la república mexicana*, Tipografía y Litografía de Joaquín Guerra y Valle, 1891.

¹³¹ Cfr. *Ibíd.* p. 9.

¹³² Cfr. *Ibíd.* p. 23.

¹³³ Cfr. *Ibíd.* p. 79.

nación de los liberales consagrados. Así, el simple acto de enunciar el partidismo liberal de un hombre cualquiera significaría a un tiempo el hecho “lógico” de que favorecía y aprobaba el régimen porfirista.

A grandes rasgos, los elementos precedentes definían los contornos de la función que cumplían los gobernadores al interior del sistema político porfirista. A través de ellos, Díaz instauró un sistema eficaz de mediación política. En las entidades que integraban el pacto social o Estado federal de raigambre liberal, implantó una plataforma de militares probados y respaldados por su pasado republicano, pero sobre todo, aliados a su proyecto político, que medió el conflicto entre las élites regionales divididas. La relación directa y el diálogo personalizado que Díaz consiguió entablar con los gobernadores de los estados posibilitaron el control que él mismo llegó a ejercer sobre la dilatada estructura de las jefaturas políticas.

En suma, el porfiriato -en un sentido político- articuló una sólida estructura sobre la base de los gobernadores y los jefes políticos. En teoría, unos y otros respondían a las órdenes del poder central como engranes del aparato burocrático profesional de un Estado nacional moderno. Sin embargo, algunos gobernadores construyeron polos de poder centrífugos circunscritos a las fronteras estatales o un poco más allá de éstas y hasta los jefes políticos regionales lograron establecer áreas de control relativamente autónomas del gobernador del estado.

En estas circunstancias, el sistema político porfirista fue la resultante de un conjunto de fuerzas locales y regionales en tensión entre sí y con una fuerza central emergente que produjo un equilibrio nacional y que trató de reproducir esa estabilidad mediante una estructura moderna compuesta por funcionarios “profesionales” y una plataforma de gobernadores de extracción republicano-liberal y aliados personales de un caudillo militar carismático, que aprovechó su fuerza bélica y su influjo personal para comenzar a construir un Estado nacional moderno en el decurso de la etapa imperialista del capitalismo a escala internacional (1875-1914).

Por ese motivo, la construcción porfirista de un poder central moderno no encuentra una explicación puramente sino que atendió una multiplicidad de factores de tipo económico e ideológico, no sólo de naturaleza local, regional o nacional, también de orden internacional, y algunos ajenos a la voluntad inicial de Porfirio Díaz.

En la medida de lo posible, los capítulos posteriores aprovechan el análisis desplegado en los párrafos anteriores, en especial, los conceptos relacionados con la construcción de consenso y el ejercicio hegemónico del poder, el carácter coercitivo y represivo del Estado, el cesarismo, la sociedad civil, la política formal y, por último, la función política desempeñada por los caciques locales, los jefes políticos y los gobernadores de los estados en el seno del sistema político porfirista con el fin de abordar el problema relativo a la génesis y el desarrollo del zapatismo en Puebla.

Capítulo II. La formación del zapatismo en Puebla (1910- 1911)

La formación o génesis del zapatismo en Puebla coincidió con la época de la revolución de 1910 y con el interinato de Francisco León de la Barra. Asimismo abarcó los albores del régimen maderista. En el curso del periodo anterior surgieron los liderazgos que -más adelante- encabezarían las partidas zapatistas del estado. Sin embargo muchos de ellos tenían una larga trayectoria como opositores locales y regionales.

El presente capítulo persigue el propósito general de presentar los primeros pasos del zapatismo poblano. En primer término pretende mostrar los movimientos previos de los hombres que asumieron la jefatura del movimiento zapatista en la entidad. Algunos de ellos tomaron parte de la revolución maderista antes de que el grupo rebelde de Villa de Ayala tomara las armas y al igual que los rebeldes de Morelos varios de los revolucionarios poblanos pertenecían a los grupos opositores de carácter informal que desde 1908-1909 persistían en la zona de Acatlán y Tepexi. Dicha carrera constituye la “prehistoria” de los zapatistas de Puebla.

En segundo lugar aspira a exponer el comportamiento de los jefes del grupo regional de opositores en los primeros momentos de la revolución en ciernes y a datar el momento en que los mismos personajes entraron por primera vez en contacto con Emiliano Zapata. A propósito tratará de determinar qué clase de relación mantuvieron con el futuro jefe del movimiento zapatista. Al mismo tiempo intenta demostrar que el nacimiento del zapatismo en Puebla tuvo lugar a partir de una doble raíz que involucró tanto a los rebeldes de la región de Acatlán y Tepexi como a una serie de figuras que ingresaron directamente a las filas zapatistas.

Por último hace notar que la ruptura entre Madero y Zapata repercutió en el carácter de la rebelión local. Al respecto apuró la escisión de la coalición regional de opositores y determinó el surgimiento de los líderes naturales que dirigirían el rumbo del zapatismo en el estado.

En el presente punto conviene recordar las palabras del historiador inglés E. P. Thompson a propósito de la clase obrera inglesa. Aquí también -aunque de una manera mucho más torpe- el término *formación* refiere un “proceso activo, que debe tanto a la

acción como al condicionamiento”¹³⁴. Igual que el proletariado inglés el zapatismo en Puebla “no surgió como el sol, en un momento determinado. Estuvo presente en su propia formación”¹³⁵. A propósito cabe ensayar una paráfrasis de la misma obra: no sólo en Puebla el zapatismo constituyó un fenómeno histórico que unificó una “serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia”¹³⁶. En efecto el zapatismo “tuvo lugar de hecho en las relaciones humanas” y revistió el carácter de una relación histórica que “encarnó en gente real y en un contexto real”¹³⁷. En pocas palabras “cobró existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes -heredadas o compartidas-”, sintieron y articularon “la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombre cuyos intereses [eran] distintos -y habitualmente opuestos- a los suyos”¹³⁸.

Así pues, el zapatismo en Puebla “no surgió como el sol...”

¹³⁴ Véase E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, España, Capitán Swing Libros, 2012, p. 27.

¹³⁵ Cfr. Ídem.

¹³⁶ Cfr. Ídem.

¹³⁷ Ídem.

¹³⁸ Ídem.

2.1. Prehistoria de los zapatistas de Puebla.

El suroeste fue la primera región de Puebla en prohijar a la que -con el tiempo- sería la rebelión zapatista. En ello influyó –en primer término- la cercanía geográfica de la zona respecto de los valles cañeros de Cuautla y Cuernavaca. Sin embargo tal circunstancia no explica por completo el arraigo que el zapatismo alcanzó en esa área del estado. Además de condiciones geográficas favorables los zapatistas encontraron ahí liderazgos naturales con una larga carrera como opositores locales y regionales. Sin ellos muy difícilmente habría logrado el éxito que obtuvo cuando –por fin- rompió con el maderismo y enfrentó la disyuntiva de constituir un movimiento propio y pujante o desaparecer.

Casi todos los liderazgos locales que –más adelante- abrazarían la causa del zapatismo aparecieron alrededor de una coalición regional encabezada por el grupo opositor de Tehuiztingo. ¿Cuáles habían sido los últimos pasos de los integrantes de tal grupo? ¿Quiénes integraban su núcleo directivo? ¿Cómo llegaron a dirigir a los opositores de la región de Acatlán y Tepexi –el futuro receptáculo de los primeros grupos zapatistas del estado-? Las líneas subsecuentes persiguen el propósito de responder todas las cuestiones anteriores.

a) Conflicto municipal y liderazgos locales en los prolegómenos de la revolución maderista

El primer domingo de diciembre de 1908 los vecinos de Tehuiztingo –un importante centro comercial, agrícola y ganadero del suroeste poblano- participaron en la elección del nuevo presidente municipal¹³⁹. Con todo y su mínima relevancia en el panorama político nacional y hasta estatal esta pequeña elección revestía una gran relevancia a los ojos de los campesinos, comerciantes, ganaderos y rancheros de la región. En una perspectiva local representaba la primera oportunidad de poner a prueba una de las aserciones que Porfirio Díaz había formulado en la entrevista con el periodista norteamericano James Creelman en relación con la madurez política del pueblo mexicano.

Acaso los peones de las haciendas de la región y los campesinos desposeídos de los alrededores no conocían las resonantes y al mismo tiempo desconcertantes declaraciones de Díaz, pero los grandes propietarios agrícolas y ganaderos que residían en la cabecera

¹³⁹ Cfr. Luis Hoyos Hernández, *Tehuiztingo. Vida rural y conflictos sociales, 1895-1920*, México, Ayuntamiento Municipal de Tehuiztingo, 2015. pp. 64-65.

municipal y que leían los principales periódicos de circulación nacional sí sabían de la célebre entrevista y leyeron las aseveraciones de Díaz con arreglo a su posición particular. Los que permanecían relegados de la política local pensaron en la pertinencia de aprovechar una coyuntura que a primera vista parecía un permiso paternalista favorable a las actividades de los opositores locales, regionales, estatales y nacionales, y los que ejercían el poder tal vez creyeron que sólo era una más de las hábiles artimañas de Díaz que en este caso serviría para desenmascarar a los enemigos del régimen.

Con todo la entrevista no originó nada nuevo, más bien polarizó un conflicto más o menos antiguo. Desde unos años atrás los integrantes de las élites locales estaban divididos por motivos que tenían que ver con la distribución del poder municipal. En estas circunstancias las fuerzas contrapuestas poco a poco habían coagulado en dos partidos políticos. Uno de ellos agrupó a los privilegiados “foráneos” y el otro integró a un sector políticamente desfavorecido de los propietarios nativos o “naturales” de Tehuiztingo. En pocas palabras la entrevista ahondó las diferencias entre unos y otros tan sólo unos meses antes de las próximas elecciones municipales.

Los comicios locales de diciembre de 1908 enfrentaron a los líderes de las dos fuerzas políticas municipales. El partido de los “foráneos” postuló a Juan Manuel Juárez y el partido de los ricos nativos apoyó a Margarito García. El primero era un destacado prestamista local que contaba con el respaldo de los comerciantes españoles Pérez y Cantero, avecindados en la cabecera municipal y poseedores de una de las tiendas comerciales más grandes del lugar¹⁴⁰. A su vez García era un rico ganadero y comerciante de Tehuiztingo¹⁴¹ y la cabeza de un fuerte grupo de comerciantes, terratenientes, ganaderos, rancheros y pistoleros oriundos de los pueblos, ranchos y rancherías del municipio.

Aun así Juárez era el candidato predilecto del gobernador de Puebla, Mucio P. Martínez. La injerencia de este último en la política local respondía a los cuantiosos y delicados intereses materiales –agrícolas y ganaderos- que poseía en la zona de Tehuiztingo y Tepexi. Él era dueño de grandes porciones de tierra en El Organal, La Noria y Boquerón –tres comunidades de Tehuiztingo- y en Coayuca, el Carrizal y Santa Inés Ahuatempan –

¹⁴⁰ Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 43 y p. 66.

¹⁴¹ Cfr. *Ibíd.* pp. 47-52. Asimismo García sostenía relaciones comerciales con la sociedad mercantil “J. Doremberg y Cía.” de la ciudad de Puebla. Cfr. *Ibíd.* p. 46.

en Tepexi¹⁴² y, al igual que los grandes hacendados de la región –como Agustín Mora- dedicaba una parte de sus tierras a la industria ganadera¹⁴³. En suma el apoyo que el gobernador Martínez prodigó al partido de los comerciantes “foráneos” acaso obedecía a su propia condición de “forastero” advenedizo no sólo en Tehuiztzingo sino incluso en Puebla: él era originario de Nuevo León¹⁴⁴.

Contra todos los pronósticos Margarito García ganó las elecciones municipales. El gobernador Martínez, molesto por la derrota de su favorito, tomó cartas en el asunto. En primer lugar ordenó al jefe político de Acatlán, Vicente Popoca, que anulara las recientes votaciones y que las volviera a organizar en una fecha posterior. Este último obedeció las órdenes superiores: enseguida anuló los comicios y anunció que las elecciones serían repetidas el 14 de marzo del año siguiente¹⁴⁵.

En segundo término el gobernador Martínez castigó la osadía de los electores rebeldes de Tehuiztzingo con una medida que hirió el orgullo localista de los seguidores de Margarito García y que agravó el encono que persistía entre el partido de los “foráneos” y el grupo de los “nativos”. La represalia consistió en degradar al pueblo de Tehuiztzingo a la categoría de junta auxiliar en perjuicio de su antiguo estatus de cabecera municipal¹⁴⁶.

En estas condiciones el partido de la élite nativa afrontó las nuevas elecciones locales. En el intermedio amplió el radio de sus alianzas, ganó la simpatía de la mayor parte de los vecinos del pueblo y propagó entre ellos la idea de votar otra vez por el contrincante del candidato de los comerciantes “forasteros”.

El 13 de marzo de 1909 -un día antes del proceso electoral- Popoca llegó a Tehuiztzingo y junto con él venía una fuerza del ejército regular del distrito de Acatlán y un cuerpo de rurales a las órdenes del comandante Manuel Espino¹⁴⁷. Popoca pensaba que la presencia de los federales y de los rurales aseguraría por sí sola la victoria de Juárez y que disuadiría a los partidarios de Margarito García. No obstante la artimaña sólo logró

¹⁴² Cfr. *Ibíd.* pp. 29-30 y pp. 34- 35.

¹⁴³ Cfr. “Lista de algunos de los ganaderos de la comarca de Tehuiztzingo, 1895- 1910” en *Ibíd.* pp. 37-38. También p. 39.

¹⁴⁴ ¿Por qué el gobernador Martínez prefirió a Juárez y a Pérez y Cantero sobre el partido de comerciantes, ganaderos, terratenientes y hombres de armas encabezado por Margarito García? En este punto las razones específicas del gobernador Martínez resultan oscuras e indefinidas. No hay pruebas de que entre él y el partido de Juárez mediara un pacto ventajoso.

¹⁴⁵ Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 65.

¹⁴⁶ *Ídem.*

¹⁴⁷ *Ibíd.* pp. 66-67.

enardecer el rencor que los lugareños sentían hacia las autoridades estatales y distritales. Para ellos dicho golpe de autoridad constituía otra insoportable violación de la soberanía del pueblo de Tehuiztzingo¹⁴⁸.

Poco antes de las nuevas elecciones municipales los simpatizantes del partido de García habían previsto la alta probabilidad de sostener un enfrentamiento directo con las fuerzas del gobierno. Desde los primeros días de marzo el sacerdote Vicente Soler había aprovechado la comunión de las ceremonias religiosas para convencer a los feligreses de tomar las armas y de acudir a los próximos comicios con ellas a cuestas¹⁴⁹. La mañana del domingo 14 de marzo el mismo Soler ofició una “misa de la libertad” al final de la cual los asistentes acordaron abrir fuego en el momento adecuado contra las tropas de Popoca y Espino¹⁵⁰.

El mismo día el jefe político en persona salió a supervisar el curso de la jornada electoral. Popoca rondaba las casillas y cada vez que veía venir a uno de los electores decía: “¡Voten por don Juan Manuel porque es el que va a triunfar!”¹⁵¹. Unos cuantos de los votantes repelaron de los alardes de la máxima autoridad del distrito y Popoca fuera de sí vociferó: “¡Si no votan por Juárez como a perros los matamos!”¹⁵². La amenaza explícita conmovió todavía más el ánimo de los opositores y por fin dos de ellos encararon al jefe político¹⁵³. Enseguida Espino y los rurales arremetieron contra la multitud armada y preparada a su vez para contestar la acometida. En el zafarrancho los vecinos armados gritaron las consignas de la revuelta: “¡Muera Vicente Popoca!, ¡Muera la imposición!, ¡Muera el dictador don Porfirio!, ¡Abajo Mucio Martínez!”¹⁵⁴.

Los gritos y mueras de los sublevados daban cuenta del motivo fundamental de la revuelta localista: la intromisión de las autoridades regionales, estatales y nacionales en la política local. A juicio de los lugareños la libertad municipal estaba coartada por el jefe político de Acatlán, el gobernador de Puebla y el dictador que ejercía el poder nacional. A su parecer, los tres personajes constituían los ejes de un sistema político centralista y autoritario que obstaculizaba el libre desarrollo del municipio.

¹⁴⁸ *Ibíd.* p. 67.

¹⁴⁹ *Ídem.*

¹⁵⁰ *Ídem.*

¹⁵¹ *Cfr. Ibíd.* p. 68.

¹⁵² *Cfr. Ídem.*

¹⁵³ *Ídem.*

¹⁵⁴ *Ídem.*

En la primera parte de la escaramuza uno de los rebeldes mató a Espino¹⁵⁵. Mientras tanto Juárez escapó y pidió auxilio a los destacamentos cercanos¹⁵⁶. Popoca encontró refugio en la escuela pública y ahí permaneció hasta la jornada siguiente que las fuerzas auxiliares –procedentes de Coahuila, Izúcar de Matamoros, Chinantla, Chiautla y Acatlán- entraron a Tehuiztzingo y apagaron la revuelta¹⁵⁷.

En los días inmediatos el jefe político organizó la aprehensión y la tortura consiguiente de los habitantes sospechosos con el objetivo de detener a los líderes de la revuelta frustrada. No obstante los organizadores de la sublevación escaparon del lugar de los hechos hacia el cerro de Teconcingo¹⁵⁸. A fin de cuentas el gobernador de Puebla –a través del jefe político- impuso a Juan Manuel Juárez y sostuvo la medida de rebajar a Tehuiztzingo al nivel de una junta auxiliar¹⁵⁹. La represión contra la población local –que no amainó en las semanas consecutivas- sólo agravó las cosas.

En tales circunstancias algunos de los líderes prófugos y simpatizantes del partido “nativo” organizaron un grupo de resistencia, a la cabeza del cual figuró Magdaleno Herrera -un prominente rancharo y temido pistolero de la ranchería de Tlachinola- además de integrar a Aureliano Martínez, Francisco Herrera, Francisco J. Ruiz, Andrés Flores, Ismael Romero, Camerino Michaca y Antonio E. Espinoza. Después de los hechos del 14 de marzo todos ellos comenzaron a participar en una serie de pequeñas y discretas reuniones conspirativas que tenían lugar en las localidades de Tejalpa y La Junta (ésta era un lugar inaccesible en medio de grandes cerros) casi en los límites con el distrito de Chiautla¹⁶⁰.

Hasta el otoño de 1910 el grupo sabotó el desempeño de las autoridades impuestas y trató de crear un ambiente de hostilidad hacia ellas¹⁶¹. Éste fue el germen preparativo de los liderazgos locales y regionales que saldrían a la luz hacia el penúltimo mes de 1910.

¹⁵⁵ Cfr. Ídem.

¹⁵⁶ Cfr. Ibíd. p. 70.

¹⁵⁷ Cfr. Ibíd. pp. 69-71.

¹⁵⁸ Cfr. Ibíd. pp. 71-72.

¹⁵⁹ Cfr. Ibíd. p. 75.

¹⁶⁰ Cfr. Ibíd. p. 79.

¹⁶¹ En Ibíd. pp.79-80 hay una descripción sucinta –aunque más o menos desordenada- de los atentados que protagonizaron los integrantes del grupo opositor entre marzo de 1909 y el otoño de 1910.

b) La coalición de Tejalpa

La formación del zapatismo en Puebla respondió, en primer término, a los acontecimientos que sobrevinieron con motivo de la muerte de Aquiles Serdán. Poco después¹⁶² una numerosa coalición regional acudió a Tejalpa, una pequeña localidad del distrito de Acatlán en los límites con Chiautla e Izúcar de Matamoros, y ahí, respaldados por un contingente de cerca de mil hombres, los representantes del grupo resolvieron tomar las armas en contra del régimen porfirista¹⁶³. A la cita concurrieron algunos de los líderes populares que más tarde encabezarían las partidas y contingentes zapatistas en Puebla¹⁶⁴.

Entre todos escogieron un jefe principal -Magdaleno Herrera, oriundo de la ranchería de Tlachinola- y formaron un Estado Mayor -compuesto por Francisco Herrera (uno de los cuatro hermanos de Magdaleno), Francisco J. Ruiz, Octaviano Solís del pueblo de Ayutla, Andrés Flores, Ismael Romero y Aureliano Martínez -los tres últimos naturales de la comunidad de Tehuitzingo-¹⁶⁵.

No resulta claro si los jefes del grupo en ciernes mantenían contactos con los hermanos Serdán, con alguno de los clubes antirreleccionistas de la capital del Estado o si actuaron por cuenta propia. Tampoco qué órdenes siguieron una vez que tomaron la peligrosa determinación de seguir los pasos de la rebeldía ni a qué mando militar respondieron a la hora de emprender las primeras operaciones bélicas. ¿Qué los había llevado a cambiar la relativa certidumbre de la paz por la absoluta incertidumbre de la guerra? En todo caso varios de ellos compartían una larga trayectoria como opositores locales y regionales.

Todos los integrantes del flamante Estado Mayor pertenecían al grupo de opositor de la municipalidad de Tehuitzingo que, desde mediados de marzo de 1909, sostenía reuniones conspirativas en las localidades de Tejalpa y La Junta. Los Herrera -Magdaleno y Francisco- pertenecían a uno de los clanes familiares más conflictivos de la zona. Junto con Teódulo, Arnulfo e Ignacio -sus tres hermanos- hacían escándalo en las fiestas de

¹⁶² La expresión “poco después” es tan exacta como la que presenta Hoyos Hernández al momento de fijar la fecha de la reunión en Tejalpa, a saber: “Recién pasados los hechos de Santa Clara (...)”. Cfr. *Ibíd.* p. 80.

¹⁶³ Cfr. Luis Hoyos Hernández, *Tehuitzingo. Vida rural y conflictos sociales 1895- 1920*, México, Ayuntamiento Municipal de Tehuitzingo, 2015. p. 80.

¹⁶⁴ Entre otros asistieron Clotilde Sosa, Julio Tapia, Antonio Michaca, José María Vargas, Gabino Lozano, Dolores Damián y Francisco Ballinas (sic). Cfr. *Ibíd.* pp. 80-81.

¹⁶⁵ *Ibíd.* p. 80.

Tlachinola y los pueblos aledaños¹⁶⁶. Los cinco tenían fama de valientes, borrachos y pendencieros; siempre andaban armados y, desde 1896, la justicia local y regional los perseguía por el homicidio de Rafael Gil (el comandante en turno de seguridad pública en Tehuiztzingo). Además de todo los Herrera “contaban con amigos en casi toda la región”¹⁶⁷.

Por otra parte, Ignacio Romero, Aureliano Martínez y Andrés Flores habían participado en la política local como aliados de Margarito García, un rico ganadero y comerciante de Tehuiztzingo. El primero de ellos -Romero- era nieto de Bernardino García, un prohombre de la región cuyo prestigio provenía de la lucha que había emprendido contra los franceses en 1865¹⁶⁸. El segundo -Martínez-, no sólo figuraba en la lista de los ganaderos más adinerados del municipio¹⁶⁹, asimismo constituía el enlace entre el pueblo y la “J. Romano y Cía.”, una empresa de mataderos con sede en Acatlán¹⁷⁰. El mismo Margarito García también contaba con el respaldo de los hermanos Herrera de Tlachinola y con el valioso apoyo de Camerino Michaca¹⁷¹ -descendiente directo de Catarino Michaca y Tapia, uno de los terratenientes y ganaderos más acaudalados de la zona¹⁷²-.

Este grupo de comerciantes, terratenientes, ganaderos y pistoleros había disputado el poder local en las dos elecciones municipales efectuadas en Tehuiztzingo en el curso de 1908 y 1909. En ambas el partido de García había enfrentado a Juan Manuel Juárez, un importante prestamista local que contaba con el apoyo de los comerciantes españoles Pérez y Cantero además de contar con el aval del gobernador de Puebla.

En 1910 los líderes del partido opositor de Tehuiztzingo asumieron el liderazgo de la gran coalición regional que tomó las armas en Tejalpa. Aunque algunos de los jefes presentes procedían del vecino distrito de Tepexi la mayor parte provenía de distintos pueblos, ranchos y rancherías del distrito de Acatlán. Entre ellos había terratenientes, ganaderos, comerciantes, rancheros y pequeños propietarios. Magdaleno y Francisco Herrera eran dos rancheros prominentes en Tlachinola; Aureliano Martínez poseía tierras y

¹⁶⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 79.

¹⁶⁷ Cfr. *Ídem.*

¹⁶⁸ Cfr. *Ibíd.* pp. 21-22 y p. 78.

¹⁶⁹ La lista completa se puede consultar en *Ibíd.* pp. 37-38.

¹⁷⁰ *Ibíd.* pp. 38-39.

¹⁷¹ Hoyos Hernández informe que “En cuanto a la gente nativa del municipio, el rico comerciante ganadero era Catarino Michaca y Tapia, el cual contaba con una buena cantidad de ganado cabrío y caballar, principalmente en Axuchitlán y Tehuiztzingo. Cfr. *Ibíd.* p. 37.

¹⁷² Cfr. *Ibíd.* p. 78.

ganado en Tehuiztzingo¹⁷³; Camerino y Antonio Michaca eran grandes propietarios y dueños de “cientos de cabezas de ganado caprino y caballar”¹⁷⁴ en la misma cabecera municipal. El origen social de los jefes de la rebelión regional concertada en Tejalpa estaba definido tanto por una problemática política común como por los lazos familiares, la lealtad tradicional y la complicidad que existían entre todos ellos.

Al lugar del encuentro también arribaron contingentes de los pueblos de Piletas, Guadalupe, Quicayán, Xuchapa, Coayuca y la Noria. La presencia de las representaciones anteriores permite suponer que los integrantes del grupo opositor de Tehuiztzingo establecieron vínculos estratégicos con los cabecillas de otros grupos opositores de la zona de Acatlán y Tepexi. En este punto parece válido destacar que no hay indicios que esclarezcan la razón de estas alianzas entre los opositores¹⁷⁵. En cualquier caso acudieron los siguientes liderazgos: Jesús Gil Montaña, Julio Tapia, Pedro Veleno, Vicente Bravo, Cleotilde Sosa, Miguel A. Espinoza, Camerino, Porfirio y Antonio Michaca, José María Vargas, Gabino Lozano, Jesús Chávez, Herlindo Herrera, Dolores Damián, Vital Campos, Mucio García¹⁷⁶, Tacho Plácido, Baldomero Márquez, Agustín Cortés, Jesús Huerta, Alfonso Morales, Francisco Ballinas y Felipe Guevara¹⁷⁷. Conviene hacer notar que la lista previa presenta nombres que más adelante aparecerán ligados a las partidas zapatistas de Puebla.

En síntesis, la coalición integró una parte relevante de los opositores de la región y a la cabeza de todos permanecieron los integrantes del grupo de opositores de Tehuiztzingo. La preponderancia de estos últimos al interior de la alianza regional opositora revela el papel que representaron en la formación de la red de opositores y, por consiguiente, en la convocatoria que los reunió en Tejalpa. En buena medida todos los asistentes estaban ahí porque reconocían el liderazgo -en realidad la fuerza económica, política y militar- de los terratenientes, ganaderos, comerciantes y rancheros rebeldes de Tehuiztzingo.

¹⁷³ Cfr. *Ibíd.* p. 33 y pp. 37-40.

¹⁷⁴ Cfr. *Ibíd.* p. 78.

¹⁷⁵ ¿Qué movió al círculo de Magdalena Herrera a entablar relaciones con los círculos opositores de la zona? A este respecto sólo pueden existir las siguientes explicaciones: 1) los vínculos ya existían; 2) la movilización respondió a un impulso o instinto interno de supervivencia con vistas a recuperar el terreno perdido en un tiempo futuro; 3) u obedeció a la directriz de una fuerza política externa. La segunda opción parece mucho más verosímil.

¹⁷⁶ Mucio García era uno de los ganaderos más importantes de Tehuiztzingo. Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 38.

¹⁷⁷ Cfr. *Ibíd.* pp. 80-81.

2.2. La revolución maderista y la formación del zapatismo en Puebla

a) La revolución maderista y la doble raíz del zapatismo en Puebla

Desde Tejalpa los seguidores de Magdaleno Herrera dirigieron sus pasos hacia la rica ciudad cañera de Izúcar de Matamoros, el centro político y comercial más importante de la tierra caliente poblana¹⁷⁸. Muy cerca del punto antedicho los federales que resguardaban la hacienda de San Nicolás batieron a los rebeldes. Tiempo seguido -según Hoyos Hernández- los vencidos huyeron por el rumbo de Morelos y ahí -con arreglo a la cronología del mismo autor- “se unieron a Emiliano Zapata”¹⁷⁹. El encuentro anterior sería el primer contacto de los rebeldes de Acatlán y Tepexi con el futuro jefe de la revolución agraria del sur.

A pesar de todo la versión de Hoyos Hernández presenta un aspecto incierto e impreciso. Si -como él mismo asegura- los jefes regionales de la alianza dirigida por los opositores de Tehuizingo acudieron a Tejalpa “recién pasados los hechos de Santa Clara”¹⁸⁰ (los cuales ocurrieron el 18 de noviembre de 1910) ¿cuándo ocurrió el descalabro que sufrieron en las cercanías de la ciudad cañera de Matamoros? Si -además- después de la derrota escaparon “hacia el estado de Morelos” en donde pasaron a formar parte de las fuerzas de Emiliano Zapata parece correcto afirmar que la propia derrota no pudo ocurrir mucho antes de que los “conspiradores de Ayala” tomaran las armas y entraran en “rebelión formal (...), de acuerdo con el Plan de San Luis”¹⁸¹ -circunstancia que tuvo lugar hasta el 11 de marzo de 1911¹⁸²-.

A propósito LaFrance asienta que “el 20 de noviembre, en el pueblo de Coatzingo, al sur del estado, los rebeldes atacaron a las autoridades, robaron armas y marcharon hacia la hacienda de Agustín del Pozo, a la que también asaltaron”¹⁸³. A continuación asegura que “seguidamente, el grupo continuo camino hacia Tehuizingo, adquirieron más voluntarios sobre la marcha huyendo finalmente en dirección al estado de Morelos cuando

¹⁷⁸ ¿Por qué no encaminaron sus pasos hacia Acatlán o Tepexi, las cabeceras distritales de los pueblos, ranchos y rancherías que componían la alianza regional opositora? Tampoco aquí hay información que arroje luz sobre este hecho.

¹⁷⁹ Cfr. Hoyos, *op. cit.*, p. 81.

¹⁸⁰ *Ibíd.* p. 80.

¹⁸¹ Womack, *op. cit.*, p. 74.

¹⁸² *Ídem.*

¹⁸³ Cfr. LaFrance, *Madero y la Revolución Mexicana en Puebla, op. cit.*, p. 72.

un contingente de rurales de Izúcar de Matamoros fue en su búsqueda”¹⁸⁴. Con todo el mismo historiador no establece la identidad del grupo precedente.

Asimismo Hoyos Hernández no define el carácter que adoptó la presunta unión de los opositores de Tejalpa con los rebeldes de Morelos: ¿revistió la forma de una fusión absoluta o -por el contrario- presentó la pauta de un simple pacto de ayuda mutua que no implicaba la subordinación irrestricta de los primeros a los segundos? En todo caso la rebelión cundió en otros puntos de la región y en los distritos colindantes.

De igual manera Francisco López Bárcenas reconoce que el “3 de marzo de 1911 un grupo de habitantes del municipio de Piaxtla, Puebla, se levantó en armas comandados por Jesús Chávez Carrera y pocos días después las autoridades municipales se unieron a la causa maderista igual que otros grupos rebeldes de otros municipios, entre ellos Ahuehuetitlán”¹⁸⁵. Enseguida aduce que “después se juntaron con la gente de Tehuiztzingo, quienes ya andaban en armas lideradas por un rancharo de nombre Magdaleno Herrera”¹⁸⁶.

Aun así López Bárcenas anota que “estos pequeños grupos de rebeldes se vieron beneficiados por el apoyo que recibieron de los rebeldes de Morelos”¹⁸⁷. La aseveración anterior contrasta con la que hace Hoyos Hernández al resolver el mismo problema. Mientras la primera admite que “la gente de Tehuiztzingo” recibió apoyo de los revolucionarios morelenses la segunda sostiene que los integrantes de la “coalición de Tejalpa” se “unieron a Emiliano Zapata”¹⁸⁸. Por otra parte la presencia de Jesús Chávez Carrera en el acto fundacional de la coalición de Tejalpa explica la unión ulterior que él mismo fraguó con Magdaleno Herrera¹⁸⁹.

Toda la información previa permite suponer que la derrota coalición de Tejalpa en las inmediaciones de la hacienda de San Nicolás acaeció entre la última semana de noviembre y los primeros días de diciembre de 1910. Por otro lado indica que sólo a partir de marzo del año siguiente los seguidores del grupo opositor de Tehuiztzingo recibieron

¹⁸⁴ Ídem.

¹⁸⁵ Cfr. Édgar Castro Zapata y Francisco Pineda Gómez (comp.), *A cien años del Plan de Ayala*, México, Fundación Zapata y los Herederos de la Revolución, A. C./Ediciones Era, 2013. p. 257.

¹⁸⁶ Ídem.

¹⁸⁷ Ídem.

¹⁸⁸ Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 81.

¹⁸⁹ El nombre de Jesús Chávez aparece en la lista de los jefes locales y regionales que asistieron a la reunión de Tejalpa. Cfr. *Ibíd.* pp. 80-81. Cfr. también nota al pie de página número 172.

apoyo de los “rebeldes de Morelos” (los datos no apoyan la opinión relativa a una unión o fusión de ambos grupos).

Mientras tanto la rebelión cundió en otros puntos de la región y en los distritos colindantes. Alrededor del tercer mes de 1911 Marciano Cruz y treinta hombres más invadieron el rancho de San Miguel en el municipio mixteco de Tecamatlán¹⁹⁰. Aunque Cruz no había asistido a la reunión de Tejalpa figuraba en el catálogo de ganaderos de Tehuiztzingo como propietario en la ranchería de Boquerón¹⁹¹. Por tanto no resulta descabellado pensar que el mismo rebelde conocía a los directores de la coalición regional encabezada por Magdaleno Herrera -entre los cuales destacaban varios ganaderos del mismo rumbo¹⁹²-.

Al mismo tiempo “bandas encabezadas por José Acevedo, con setentaicinco hombres, y José Mariano Leyva con casi doscientos, operaban por la región de Acatlán”¹⁹³. A propósito Hoyos Hernández coincide con LaFrance¹⁹⁴. No obstante el perfil de los dos personajes anteriores presenta un aspecto poco nítido: ¿perteneían a la coalición de Tejalpa? ¿Obedecían las órdenes de Magdaleno Herrera o constituían una partida independiente? ¿Recibieron apoyo de los rebeldes de Morelos? Aquí la escasez de datos precisos impide la posibilidad de responder las tres preguntas precedentes¹⁹⁵.

Alrededor del 25 de marzo “200 hombres al mando de Magdaleno Herrera” incursionaron en el distrito oaxaqueño de Silacayoapan¹⁹⁶. Lorenzo Barroso -el jefe político- “tuvo aviso” de que los rebeldes exigían “la capitación, dinero y caballos”¹⁹⁷ y sin dilación “dio parte al Gobierno del Estado”¹⁹⁸. Los destacamentos de Tlaxiaco, Huajuapán y Teposcolula persiguieron a los intrusos y “el Superior Gobierno, en combinación con el de Guerrero y el de Puebla, ordenaron que los Jefes políticos de Chiautla, Huamuxtitlán, Tlapa, Acatlán y Huajuapán obraran de acuerdo con el de Silacayoapan para la persecución

¹⁹⁰ Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 81.

¹⁹¹ Cfr. *Ibíd.* p. 38.

¹⁹² Cabe destacar que ni LaFrance ni López Bárcenas registran la rebelión de Marciano Cruz. Hoyos Hernández es el único que la considera (aunque en menos de dos renglones).

¹⁹³ Cfr. LaFrance, *op. cit.*, p. 83.

¹⁹⁴ Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 81.

¹⁹⁵ A propósito toda la información se reduce a los dos renglones de Hoyos Hernández y los tres de LaFrance.

¹⁹⁶ Cfr. Cayetano Esteva, *Nociones elementales de geografía histórica del estado de Oaxaca*, Oaxaca, Tipografía San Germán Hermanos, 1913, p. 320.

¹⁹⁷ Cfr. *Ídem.*

¹⁹⁸ *Ídem.*

de los rebeldes hasta exterminarlos”¹⁹⁹. Luego de “diez días de persecución los dispersaron, quedando con esto restablecido el orden en aquella región”²⁰⁰. A propósito cabe notar la sorprendente elasticidad de los movimientos del líder de la coalición regional de Tejalpa. La notable movilidad de Magdaleno Herrera indica la magnitud de la influencia que él mismo alcanzó en la zona limítrofe de Puebla y Oaxaca.

Por otra parte LaFrance sostiene que “la actividad en el sudoeste adquirió especial intensidad durante el mes de abril”²⁰¹. Al propio tiempo arguye que “allí, muchos de los jefes rebeldes operaban bajo el comando general de Emiliano Zapata”²⁰² y señala que “entre los poblanos que se unieron a las fuerzas zapatistas estaban Fortino Ayaquica, obrero textil de Atlixco, Francisco Mendoza, ranchero de los alrededores de Chietla y Jesús Morales, cantinero de Ayutla, viejo amigo de los hermanos Zapata”²⁰³. El mismo investigador subraya que “cada uno trajo consigo entre cincuenta y trescientos hombres”²⁰⁴ e indica que “los rebeldes, organizados en bandas de varios cientos de hombres cada una, luchaban contra las fatigadas fuerzas del gobierno por el control de pueblos claves y la línea del Ferrocarril Interoceánico, que pasaba por los importantes pueblos de Cholula, Atlixco e Izúcar de Matamoros en su ruta entre Puebla y el vecino estado de Morelos”²⁰⁵.

En realidad la información de LaFrance en relación con los “poblanos que se unieron a las fuerzas zapatistas” procede de Womack. El autor de *Zapata y la revolución mexicana* explica que “a medida que el grupo de Ayala fue cobrando distinción (...) nuevos jefes se fueron pasando diariamente a su bando”²⁰⁶: aparte de hacer notar la incorporación de Fortino Ayaquica, Francisco Mendoza y Jesús Morales Womack destaca el ingreso de “José Trinidad Ruiz, predicador protestante de Tlaltizapán”²⁰⁷. A juicio del mismo autor “a mediados de abril, Zapata era evidentemente el jefe revolucionario supremo de su estratégica zona”²⁰⁸.

¹⁹⁹ Ídem.

²⁰⁰ Ídem. Al respecto López Bárcenas repite la versión de Cayetano Esteva. Cfr. Edgar Castro Zapata..., *op. cit.*, p. 259.

²⁰¹ Cfr. LaFrance, *op. cit.*, p. 86.

²⁰² Ídem.

²⁰³ Cfr. *Ibíd.* pp. 86-87.

²⁰⁴ *Ibíd.* p. 87.

²⁰⁵ Cfr. Ídem.

²⁰⁶ Cfr. Womack, *op. cit.*, p. 79.

²⁰⁷ Ídem.

²⁰⁸ Cfr. *Ibíd.* p. 80.

Ávila Espinoza mantiene la misma opinión. Él dice que “el movimiento armado, limitado inicialmente a pocos individuos con escaso equipamiento, se fortaleció y logró ocupar, en la segunda mitad de abril de 1911, varias poblaciones de una amplia zona: un perímetro que abarcaba el centro y el oriente de Morelos, así como los distritos limítrofes de Atlixco e Izúcar, de Puebla, y los de Alarcón, Hidalgo, Guerrero, Álvarez, Zaragoza y Morelos en la entidad guerrerense”²⁰⁹. A continuación escribe que “la influencia zapatista en Puebla se concentró particularmente en el suroeste, que colindaba con Morelos, en donde se asentaron los jefes zapatistas Fortino Ayaquica, Francisco Mendoza y, sobre todo, Jesús “el Tuerto” Morales, junto con líderes autóctonos como Benigno Centeno”²¹⁰. Más adelante agrega que “el 17 de abril de 1911, las fuerzas de Zapata tomaron Izúcar de Matamoros (...)”²¹¹ y aduce que “por esas fechas se les incorporaron personas que pronto tendrían un papel importante dentro del movimiento: los hermanos Gildardo y Octavio Magaña, Felipe Neri, Fortino Ayaquica, José Trinidad Ruiz y Juan Andrew Almazán”²¹².

En suma a juzgar por las aseveraciones de los tres historiadores anteriores parece legítimo aceptar que el ingreso de los “jefes poblanos” al bando zapatista sucedió hacia mediados de abril de 1911. A la vez resulta válido considerar que las incorporaciones coinciden en los siguientes nombres: Fortino Ayaquica, Francisco Mendoza, Jesús Morales, José Trinidad Ruiz y Juan Andrew Almazán. A pesar de que Womack toma en cuenta a los primeros cuatro de ellos la investigación de LaFrance omite el nombre del “pastor protestante de Tlaltizapán”. En cambio Ávila Espinosa incluye a los cinco personajes de la lista completa.

La llegada de los nuevos liderazgos determinó el ascenso de la rebelión en los distritos poblanos colindantes con Morelos. De acuerdo con LaFrance el 7 de abril “los zapatistas ocuparon Chietla por segunda ocasión en menos de una semana y continuaron su marcha hacia la ciudad de Izúcar de Matamoros, importante para el paso del ferrocarril, donde las tropas federales y rurales estacionadas prefirieron evacuar la plaza antes que defenderla”²¹³. El mismo día “en un lugar cerca de Atlixco, trescientos rebeldes

²⁰⁹ Véase Ávila Espinosa, *Tierra y Libertad. Breve historia del zapatismo*, op. cit., p. 37.

²¹⁰ Cfr. Ídem.

²¹¹ Cfr. *Ibid.* p. 38.

²¹² Cfr. Ídem.

²¹³ Cfr. LaFrance, op. cit., p. 87. Aunque el 8 de abril “refuerzos con artillería y ametralladoras llegaron desde Atlixco y expulsaron a los rebeldes, recuperando el control sobre Chietla y sus alrededores”. Cfr. Ídem.

emboscaron a tropas federales bajo el mando del coronel Torreblanca, matando a noventa soldados”²¹⁴.

Por otro lado a partir del 5 del mes en curso “noventaicinco soldados federales mantuvieron a raya a una fuerza rebelde de doscientos cincuenta hombres, comandada por Juan Sánchez, cuando atacaban Chiautla”²¹⁵. A fin de cuentas el 11 de abril “Emiliano Zapata, Gabriel Tepepa y Juan Andrew Almazán se hicieron con la plaza (...), donde recuperaron una buena dotación de rifles y parque, además, capturaron y pusieron en prisión a Ángel Andonegui, jefe político de ese lugar”²¹⁶. En opinión de LaFrance “el pueblo cayó sin ofrecer resistencia, cuando las fuerzas atacantes sumaron un total de entre dos mil y tres mil rebeldes”²¹⁷. Además el mismo autor afirma que “los rebeldes fueron encabezados por Francisco A. Gracia, Cleofas Rodríguez, Cándido Cusperina, Donaciano Ramírez y Miguel Celedonio Reyes”²¹⁸.

López Bárcenas informa que “después de la toma de Chiautla los revolucionarios acordaron que Juan Andrew Almazán y Gabriel Tepepa marcharan hacia Huamuxtitlán, en el estado de Guerrero, a preparar su ocupación”²¹⁹. LaFrance apunta que el resto de “los zapatistas [convergió] a Izúcar de Matamoros, cortando en el camino las líneas del ferrocarril y del telégrafo”²²⁰.

Mientras tanto el 16 del mes corriente “los rebeldes tomaron Xochihuehuetlán, dirigidos por Juan Andrew Almazán y Gabriel Tepepa (...); inmediatamente que se hicieron de la plaza los rebeldes comenzaron a saquear los comercios como forma de vengar añejos agravios”²²¹. Al respecto López Bárcenas sostiene que “Juan Andrew Almazán intentó detenerlos y como no lo lograra montó su caballo para retirarse, entonces algunos líderes le pidieron que regresara, a lo cual accedió a condición de que cesaran los saqueos”²²².

²¹⁴ Cfr. Ídem.

²¹⁵ Cfr. LaFrance, Ídem.

²¹⁶ Cfr. Edgar Castro Zapata, *op. cit.*, p. 257. Andonegui “fue juzgado públicamente y condenado a muerte, siendo fusilado en el paraje Cruz Verde”. Cfr. Ídem.

²¹⁷ Cfr. LaFrance, *op. cit.*, p. 87.

²¹⁸ Cfr. Ídem.

²¹⁹ Cfr. Castro Zapata, *op. cit.*, p. 257.

²²⁰ Cfr. LaFrance, *op. cit.*, pp. 87-88.

²²¹ Cfr. Castro Zapata, *op. cit.*, p. 255.

²²² Cfr. Ídem.

Finalmente Emiliano Zapata ocupó la ciudad de Izúcar de Matamoros. Raúl Martínez Vázquez -el actual cronista municipal de Izúcar de Matamoros- asevera que el 16 de abril “el mismo Emiliano Zapata, quien tenía el título de coronel, toma la ciudad”²²³. Al propio tiempo comunica que “era presidente municipal y al mismo tiempo Jefe Político, Bruno Guerrero Reyes”²²⁴ y advierte que “durante esta toma Zapata y sus huestes maderistas, le exigieron a Guerrero reunir dinero entre los vecinos, juntándose la cantidad de \$3605”²²⁵. Sin embargo Gildardo Magaña sostiene que la ocupación de la plaza de Izúcar de Matamoros ocurrió un día después (el 17)²²⁶.

López Bárcenas presenta la misma versión que Magaña y agrega que “entre el grupo que participó en esa acción se encontraba (sic) Jesús “el Tuerto” Morales y Francisco Mendoza, originarios de la Mixteca”²²⁷. LaFrance asegura que los zapatistas “volvieron a entrar al pueblo sin que se les presentara mayor resistencia, ya que el jefe político, Vicente Popoca y un grupo de treinta soldados habían abandonado el lugar, dirigiéndose a Atlixco”²²⁸. El primero de ellos afirma que después de ocupar la plaza de Izúcar “los rebeldes avanzaron rumbo al sur, se unieron a los rebeldes de Tehuiztzingo y el 18 de abril tomaron la plaza de Acatlán sin combatir, porque Miguel Gutiérrez, el Jefe Político del Distrito, al enterarse de la inminencia de esa acción militar huyó hacia Tehuacán protegido por un grupo de rurales”²²⁹.

La información precedente revela que el primer contacto de las huestes de Emiliano Zapata con los revolucionarios de la coalición de Tejalpa tuvo lugar hacia el 18 de abril de 1911. Un día más tarde el coronel insurgente José Paredes promulgó un manifiesto que trató de devolver a Tehuiztzingo la categoría de municipio que había perdido a raíz del decreto del 27 de septiembre de 1909. Magdaleno Herrera, Octaviano Solís, Aureliano

²²³ Cfr. Raúl Martínez Vázquez, “Noticias sobre el zapatismo en Izúcar de Matamoros y su región”, Ponencia presentada en la Segunda reunión Regional del Consejo de la Crónica del Estado de Puebla, Puebla, 2014, p. 3.

²²⁴ Cfr. Ídem.

²²⁵ Ídem.

²²⁶ Cfr. Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México (tomo I)*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, p. 112.

²²⁷ Castro Zapata, *op. cit.*, p. 257.

²²⁸ LaFrance, *op. cit.*, pp. 87-88.

²²⁹ Castro Zapata, *op. cit.*, pp. 257-258. Hoyos Hernández sostiene la misma opinión. Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 82.

Martínez y Andrés Flores -los integrantes del Estado Mayor del grupo opositor regional- firmaron el documento²³⁰.

Con todo y el avance arrollador de la rebelión el mismo día que la ocupación de Acatlán “el coronel Aureliano Blanquet se dirigió hacia el sur desde Atlixco a la cabeza de una tropa de entre seiscientos y setecientos soldados y logró expulsar a una fuerza enemiga de cerca de mil quinientos hombres en dos combates”²³¹. Así pues “el día 20 Izúcar volvió a las manos del gobierno”. A decir de Magaña el episodio previo constituyó la “primera derrota del núcleo maderista, que tomó rumbo a Jolalpan, adonde llegó el 22”²³².

Al mismo tiempo el 20 de abril Juan Andrew Almazán y Gabriel Tepepa “pusieron sitio a la plaza de Huamuxtitlán donde la guarnición militar resistió por dos días y noches seguidas. El 22 el capitán Emilio Guillemín llegó desde Tlapa en auxilio de los sitiados y Almazán ordenó la retirada. Para sorpresa de todos, los militares porfiristas no llegaron a defender la plaza sino a rescatar a los comerciantes españoles, con quienes marcharon hacia Tlapa, llevándose unos cien presidiarios para que los ayudaran con las cosas. Los comerciantes y caciques que se quedaron pidieron a Juan Andrew Almazán que tomara la plaza”²³³. López Bárcenas aclara que “lo que querían era asegurar que los rebeldes no saquearan sus bienes ni tomaran represalias contra ellos”²³⁴ y manifiesta que “el 23 los maderistas ocuparon la plaza. No hubo saqueos pero la fuerza de la resistencia campesina se mostró en toda su magnitud. Ahí estaban los pueblos de Tlatlauqui, Acatepec, Alcozauca, Tlalixtaquilla, Mexquititlán y Tecoyo, entre otros”²³⁵.

En el curso del mismo mes “los rebeldes atacaron dos veces (...) la fortificada hacienda azucarera [de Atencingo] y el día 24 capturaron y mataron a seis hombres e hirieron a otros cuatro”²³⁶. Un día después “las fuerzas revolucionarias pasaron al estado de Oaxaca con el fin de ocupar la ciudad de Huajuapán de León, pero cuando llegaron ya estaba en poder de gente de los pueblos de Acatlán, San Pablo Anicano, Guadalupe Santa Ana, Texcalapa, Petlalcingo, Chila de las Flores y de los poblados que iban pasando. Los rebeldes abandonaron luego la ciudad pero no dejaron de acosarla desde los pueblos

²³⁰ Cfr. *Ibíd.* p. 76.

²³¹ LaFrance, *op. cit.*, p. 88.

²³² Magaña, *op. cit.*, p. 113.

²³³ Cfr. Castro Zapata, *op. cit.*, pp. 255-256.

²³⁴ Cfr. *Ídem.*

²³⁵ *Ídem.*

²³⁶ LaFrance, *op. cit.*, p. 89.

vecinos”²³⁷. Hoyos Hernández insinúa que los Herrera -Magdaleno y Francisco participaron en la empresa frustrada: “sólo que [Huajuapán] ya se encontraba en manos de los revolucionarios Rafael Velázquez y compañía, teniendo que regresar a Tehuiztzingo”²³⁸.

El 26 de abril la ciudad de Acatlán volvió a caer en manos de los insurgentes²³⁹. Un día más tarde las tropas del gobierno tuvieron que atender la zona de “Chietla, donde los rebeldes pusieron en estampida a una tropa federal de doscientos soldados”²⁴⁰. Así las cosas los revolucionarios “estuvieron en condiciones de capturar Izúcar a los pocos días”²⁴¹. LaFrance informa que “los oficiales rebeldes que operaban en la región de Izúcar de Matamoros fueron Manuel Sánchez, Magdaleno Herrera y Pedro Rodríguez”²⁴².

La tendencia al alza de los rebeldes no varió en el transcurso del mes subsecuente. Según LaFrance a mediados de mayo “el número de rebeldes alcanzaba veinte mil, las fuerzas del gobierno apenas mil quinientos; pedían la rendición de Atlixco, San Martín Texmelucan y Teziutlán”²⁴³. El mismo historiador alega que “verdaderos rebeldes y bandidos operaban en las inmediaciones de la ciudad de Puebla atacando granjas y fábricas, buscando armas, caballos, dinero y otros botines”²⁴⁴. William Chambers -cónsul de los Estados Unidos en Puebla- informó que “los principales líderes rebeldes fueron E. Cortés, Felipe Neri, Marcos y Emiliano Zapata, Miguel Cortés y Francisco Gracia en el suroeste del estado”²⁴⁵.

El primer día del mes Manuel Sánchez “capturó Tepexi”²⁴⁶. También “para comienzos de mayo, los rebeldes controlaban todos los pueblos importantes del suroeste del estado, con la excepción de Atlixco y la vecina zona industrial de Metepec”²⁴⁷. Sin embargo a principios de la mensualidad en curso “los trabajadores de la planta textil de Metepec, conjuntamente con cuatrocientos revolucionarios, se rebelaron (...) saqueando y

²³⁷ Cfr. Castro Zapata, *op. cit.*, p. 258.

²³⁸ Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 82.

²³⁹ Cfr. LaFrance, *op. cit.*, p. 88.

²⁴⁰ Cfr. Ídem.

²⁴¹ Cfr. Ídem.

²⁴² Cfr. Ídem.

²⁴³ Cfr. *Ibíd.* p. 92.

²⁴⁴ Cfr. Ídem.

²⁴⁵ Cfr. *Ibíd.* p. 93.

²⁴⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 94

²⁴⁷ Cfr. *Ibíd.* p. 95.

destruyendo parcialmente la fábrica, además de robar y herir físicamente a los guardias rurales y los empleados extranjeros, muchos de los cuales eran españoles”²⁴⁸.

Entretanto la expedición de Juan Andrew Almazán estuvo en posibilidad “de marchar sobre Tlapa, el corazón de La Montaña. Después de una semana de combates, el día 7 de mayo la plaza cayó en poder de los maderistas y los porfiristas huyeron hasta Juxtlahuaca, en territorio oaxaqueño”²⁴⁹. Poco más tarde -la noche del día 9 del mes en decurso- “los maderistas de Tehuacán entraron a Santiago Chazumba para propagar la rebelión”²⁵⁰. De manera simultánea “otras fuerzas revolucionarias comandadas por el coronel Francisco J. Ruiz, originario del estado de Puebla, se internaron a territorio oaxaqueño por Huajuapán, llegando a Tamazulapán hacia el 22 de mayo”²⁵¹. Hacia la mitad del mismo periodo mensual “otra capital del distrito, Tecali, [cayó] en manos de los rebeldes”²⁵².

Por último LaFrance relata que “Atlixco (...) resistió hasta el 22 de mayo con ciento setentaicinco soldados antes de caer en poder de Emiliano Zapata”²⁵³ y manifiesta que “los líderes rebeldes bajo el mando de Zapata, eran Rómulo Valdez, Francisco Gracia, Severiano Martínez y Rómulo Guevara García”²⁵⁴. Finalmente López Bárcenas afirma que “el día 25 de mayo se rebelaron las fuerzas maderistas comandadas por Sebastián Ortiz, Faustino Olivera y Baldomero L. de Guevara, tres magonistas de la zona cuicateca, en una acción coordinada por Francisco J. Ruiz, ocuparon el distrito de Coixtlahuaca”²⁵⁵.

En términos generales el resumen precedente esclarece los primeros movimientos de los futuros líderes del zapatismo en Puebla. A grandes rasgos presenta los primeros pasos de los integrantes de la gran coalición de Tejalpa y revela la trayectoria de los liderazgos poblanos que ingresaron directamente a las fuerzas insurgentes del grupo de Ayala. Unos y otros constituyeron la doble raíz del movimiento zapatista local. Empero los primeros todavía no pertenecían al contingente de Emiliano Zapata. Claro que colaboraban con él y hasta cierto punto respetaban la sólida autoridad del líder principal de los rebeldes

²⁴⁸ Cfr. Ídem.

²⁴⁹ Cfr. Castro Zapata, *op. cit.*, p. 256.

²⁵⁰ Cfr. *Ibíd.* p. 258.

²⁵¹ Cfr. Ídem.

²⁵² Cfr. LaFrance, *op. cit.*, p. 94.

²⁵³ Cfr. *Ibíd.* p. 95.

²⁵⁴ Cfr. Ídem.

²⁵⁵ Cfr. Castro Zapata, *op. cit.*, p. 261.

de Morelos. A pesar de todo los seguidores de Magdaleno Herrera aun actuaban por cuenta propia y *stricto sensu* no seguían las órdenes de Jesús Morales o de cualquier otro de los jefes zapatistas de la entidad.

Sin embargo los acontecimientos por venir determinarían la suerte de los partidarios del grupo opositor de Tehuiztzingo y marcarían la génesis del zapatismo en Puebla.

b) La formación del zapatismo en Puebla

La revolución maderista terminó con “la firma de los tratados de Ciudad Juárez el 21 de mayo de 1911”²⁵⁶. A partir de ahí comenzó “el tránsito de lo que se percibía como el comienzo del fin de una era y el principio de otra, todavía indefinida, que la gente y los actores principales identificaban nebulosamente con el nombre de Revolución”²⁵⁷. La transición duró cinco meses: el 26 de mayo de 1911 Francisco León de la Barra asumió la cabeza del poder ejecutivo y el 6 de noviembre del mismo año Francisco I. Madero “asumió la presidencia constitucional de la nación”²⁵⁸. El presidente interino tenía que cumplir las siguientes “tareas y objetivos”: pacificar el país, restablecer el orden legal vigente y el funcionamiento de las instituciones, desmovilizar a las fuerzas rebeldes, convocar a elecciones federales y locales en el menor tiempo posible (...)”²⁵⁹.

A propósito Ávila Espinosa argumenta que “la insurrección suriana entró (...) en una fase de expectativa, durante el gobierno interino nacional encabezado por Francisco León de la Barra”²⁶⁰. Enseguida afirma que en Morelos “el desarme de los rebeldes zapatistas fue particularmente difícil puesto que pusieron como condición el cumplimiento de las promesas agrarias del Plan de San Luis y exigieron una cuota de poder dentro de las fuerzas de seguridad locales”²⁶¹. En pocas palabras Madero rechazó las demandas agrarias y políticas de los zapatistas porque implicaban una “redefinición del poder en el ámbito regional”²⁶².

²⁵⁶ Ávila Espinosa, *op. cit.*, p. 42.

²⁵⁷ Véase Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Entre el porfiriato y la Revolución: el gobierno interino de Francisco León de la Barra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, pp. 9-10.

²⁵⁸ Cfr. Ídem.

²⁵⁹ Cfr. *Ibíd.* p. 10.

²⁶⁰ Ávila Espinosa, *Tierra y Libertad. Breve historia del zapatismo*, *op. cit.*, p. 43.

²⁶¹ Cfr. *Ibíd.* p. 44.

²⁶² Cfr. Ídem.

No obstante el susodicho trató de llegar a un arreglo con Zapata: primero el 7 de junio en la Ciudad de México y después el 13 de agosto “viajó a Morelos y habló por teléfono con Zapata, sin llegar a acuerdo alguno”²⁶³. Entre una ocasión y otra “el gobierno provisional decidió la incursión en el estado [de Morelos] de una fuerte columna federal al mando de Victoriano Huerta, que comenzó su marcha el 9 de agosto de 1911”²⁶⁴. La irrupción militar “provocó el rechazo de los rebeldes, los radicalizó y los puso a la defensiva”²⁶⁵. En virtud de la intervención del ejército federal en la zona los zapatistas suspendieron el desarme. La ebullición del “ambiente político” y el “agravamiento de las tensiones hizo que Madero decidiera salir otra vez para Morelos a reunirse con Zapata”²⁶⁶. A fin de cuentas el primero “finalmente pudo reunirse en Cuautla” con el segundo “el 18 de agosto”²⁶⁷.

A pesar de todo “el presidente interino, León de la Barra, y Victoriano Huerta realizaron una campaña de obstrucción y sabotaje que dio al traste con los acuerdos alcanzados entre Madero y Zapata”²⁶⁸. El 19 del mes en curso Huerta “utilizó como pretexto supuestos desmanes de zapatistas en Jojutla e hizo avanzar sus fuerzas sobre Yauatepec”²⁶⁹. La artimaña provocó la suspensión de las negociaciones concernientes al desarme de las fuerzas zapatistas. Aun así Madero logró -por última vez- “calmar temporalmente los ánimos” y consiguió una tregua de 48 horas²⁷⁰. Por último en los días siguientes “por instrucciones del gobierno federal, las tropas de Huerta ocuparon, en un movimiento envolvente, las plazas de Yauatepec, Jonacatepec, Acatlán, Jojutla, la hacienda de San Carlos y una fuerte columna avanzó sobre Cuautla”²⁷¹. La maniobra anterior determinó “la suspensión definitiva del desarme zapatista y la ruptura con Madero, que se encontraba en Cuautla supervisando personalmente el licenciamiento”²⁷². Ávila Espinosa describe que “en los días finales de agosto las tropas federales ocuparon más plazas:

²⁶³ Cfr. *Ibíd.* p. 47. A fines de junio “Zapata visitó una vez más la ciudad de México para hablar con Madero y desmentir los rumores sobre que preparaba un levantamiento”. Cfr. *Ibíd.* p. 45.

²⁶⁴ Cfr. *Ibíd.* p. 46.

²⁶⁵ Cfr. *Ibíd.* p. 44.

²⁶⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 50.

²⁶⁷ Cfr. *Ídem.*

²⁶⁸ Cfr. *Ídem.*

²⁶⁹ Cfr. *Ibíd.* p. 51.

²⁷⁰ Cfr. *Ibíd.* p. 52.

²⁷¹ Cfr. *Ibíd.* p. 52.

²⁷² Cfr. *Ibíd.* p. 53.

Cocoyoc, Cuautla, Jonacatepec, Villa de Ayala, Tlaltizapán, Yautepec, estrechando el cerco contra los zapatistas”²⁷³.

Los seguidores de Emiliano Zapata interpretaron la actitud de Madero como una traición. La irrupción del ejército federal los obligó “a defenderse y a salir del estado para refugiarse en la frontera poblana”²⁷⁴. Más importante todavía: todos los acontecimientos anteriores “hicieron que el grupo de Zapata, que en un principio se consideraba a sí mismo como parte subordinada del maderismo, se fuera cohesionando como un grupo con intereses propios”²⁷⁵ y “lo obligaron a delinear su autonomía y su proyecto”²⁷⁶. Asimismo la ruptura con Madero “implicó una segunda rebelión, en menos de un año, ahora contra el jefe nacional de la revolución triunfadora”²⁷⁷.

En palabras de Francisco Pineda “el año de 1911, con su velocidad implacable, vio nacer al zapatismo. Desde el primer hecho de armas hasta el Plan de Ayala, la rebelión del sur se transformó radicalmente”²⁷⁸. Ávila Espinosa afirma que la “ruptura (...) fue una ruptura política que maduró endógenamente en el grupo rebelde (...)” y agrupa los eventos precedentes en una fase que denomina “etapa formativa del zapatismo”. Por supuesto los liderazgos poblanos que ya reconocían la autoridad de Zapata participaron en el proceso formativo del movimiento. Pero el desarrollo de las circunstancias afectó sobre todo la posición de los partidarios de Magdaleno Herrera y alteró el carácter de la coalición regional de Tejalpa.

En relación con el último juicio López Bárcenas afirma que “la acción más clara de rebelión contra el maderismo se dio el 24 de septiembre de 1911, cuando Jesús ‘el Tuerto’ Morales y Magdaleno Herrera al frente de 200 elementos de tropa, se levantaron en armas en Tehuitzingo, desconociendo al presidente electo Francisco I. Madero, secundando la actitud asumida por Emiliano Zapata en el estado de Morelos”²⁷⁹. Sobre el particular Hoyos Hernández agrega que el mismo día “a iniciativa del general Zapata se reunieron en Tehuitzingo los coroneles revolucionarios Jesús Morales y Magdaleno Herrera cada cual con su estado mayor para deliberar sobre la situación política del país”. El mismo autor

²⁷³ Cfr. Ídem.

²⁷⁴ Cfr. Ídem.

²⁷⁵ Cfr. *Ibíd.* p. 43.

²⁷⁶ *Ibíd.* p. 55.

²⁷⁷ Cfr. *Ibíd.* p. 55.

²⁷⁸ Pineda Gómez, *La irrupción zapatista. 1911, op. cit.*, p. 11.

²⁷⁹ Cfr. Castro Zapata, *op. cit.*, p. 266.

relata que “después de una ligera discusión acordaron empuñar nuevamente las armas”²⁸⁰. Además presenta el manifiesto o proclama revolucionaria que ambos firmaron en ocasión del acuerdo²⁸¹. López Bárcenas explica que “para perseguirlos, Victoriano Huerta, que se encontraba al frente de la campaña contra los zapatistas, ordenó al brigadier Arnoldo Casso López que explotara (sic) la zona”²⁸².

Los apuntes supracitados ofrecen una relevancia singular. En primer término demuestran que las fuerzas de Magdaleno Herrera no pertenecían al contingente de Jesús Morales: así parece por la necesidad de convenir la acción de tomar “nuevamente las armas”. En segundo lugar denotan una alianza más estrecha entre ambos grupos: a partir de entonces operarían de manera conjunta. Por último revelan una parte determinante del proceso genético del zapatismo poblano: el acercamiento de las dos fracciones permitió la ulterior integración de los integrantes de la coalición de Tejalpa a las fuerzas zapatistas y la formación de un movimiento local con un desarrollo propio.

En las semanas subsecuentes los rebeldes operaron por la región. El 3 de octubre Arnoldo Casso López “comenzó una expedición por el Distrito de Chietla incursionando en Tlancualpicán, Ixcamilpa y Chila de la Sal, donde andaba operando la gente de Jesús “el Tuerto” Morales, quienes se replegaron para Tehuiztingo”²⁸³. El mismo día “salió de Chiautla con rumbo a Acatlán una brigada de infantería al mando del mayor Felipe Álvarez compuesta por una compañía al mando del Capitán 10 Conrado Benítez, las dos compañías del 2º Batallón de infantería al mando del mayor Eduardo Ocaranza y los jinetes del 19º Cuerpo Rural del Comandante Camerino Z. Mendoza”. A juzgar por los datos de López Bárcenas “en el trayecto pasaron por Tehuiztingo donde entablaron combate con las fuerzas zapatistas que tuvieron que abandonar el lugar”²⁸⁴.

Un día más tarde “hubo otro combate en el centro de Acatlán, con saldo también favorable para los federales”. En vista de los malos resultados Jesús “el Tuerto” Morales “y

²⁸⁰ Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 83. Al respecto el autor agrega que “hubo mucha gente de Tehuiztingo que se convirtió al zapatismo, algunos por la fuerza otros por su voluntad, tales como Arnulfo Romero, Martiniano Flores y Vicente Morales”. Cfr. Ídem.

²⁸¹ Cfr. *Ibíd.* p. 84. Ahí el propio Hoyos Hernández reproduce una fotografía -más o menos legible- de dicho documento. El manifiesto apareció originalmente en una publicación conmemorativa que la asociación de profesionistas de Tehuiztingo editó a propósito del “50 aniversario del movimiento del 14 de marzo de 1909”. Cfr. *Ibíd.* p. 81.

²⁸² Cfr. Castro Zapata, *op. cit.*, p. 266.

²⁸³ Cfr. *Ídem.*

²⁸⁴ Cfr. *Ídem.*

su ejército se dirigieron a Tamazola, en el Distrito de Silacayoapan, Oaxaca, de ahí pasaron a Ihualtepec y llegaron a Santa Ana Rayón, en los límites con el estado de Guerrero, hasta donde las tropas federales de Puebla ya no los siguieron, dejando que lo hicieran las de Oaxaca”²⁸⁵. Al mismo tiempo y “a consecuencia de que el movimiento zapatista se intensificó en esta zona (...), sabedor el gobierno que varias fuerzas se encontraban asentadas en Tehuiztingo, mandó un destacamento al mando del general Victoriano Hernández a combatirlos”²⁸⁶.

Unas semanas después -el 17 de octubre- “las fuerzas zapatistas al mando de los generales Jesús “el Tuerto” Morales y Magdalena Herrera atacaron y tomaron la hacienda La Pradera en el Distrito de Huajuapán de León, una de las más importantes del estado de Oaxaca”²⁸⁷. López Bárcenas relata el episodio posterior de la manera siguiente:

Enterado de la situación, el comandante de la 8ª zona militar del estado de Oaxaca ordenó al mayor Eugenio Escobar, que se encontraba en el municipio de Tamazola, que marchara sobre ellos. El día 18 a las seis de la mañana el mayor y la gente a su mando salieron a enfrentar a los zapatistas. Dos horas y media después llegaron al pueblo de Guadalupe de Ramírez en donde se encontraron con la vanguardia del ejército integrada por quince hombres y comandada por los subtenientes Juan J. R. Stecker e Ignacio Ramírez, quienes les informaron que al intentar acercarse a la hacienda fueron recibidos con descargas cerradas de la avanzada de los zapatistas, que calculaban en cincuenta hombres. Con esta información y otra más de la situación el mayor Eugenio Escobar preparó el asalto a la hacienda para desalojar a los zapatistas. Primero desplegó a sus fuerzas por las principales alturas del terreno obligando a la avanzada zapatista a replegarse al centro de la hacienda, junto a sus compañeros. Conseguido lo anterior ordenó un descanso de la tropa (...). Ante el inminente asedio militar, los zapatistas concentrados en la hacienda organizaron la defensa. Después de colocar a la gente en los lugares que consideraron estratégicos, los comandantes decidieron tomar la iniciativa y dieron la orden de ataque²⁸⁸.

A las diez de la mañana “se rompió el fuego lento (...)”²⁸⁹. Al fin y al cabo “como a la una de la tarde (...) los militares recuperaron la hacienda”²⁹⁰. Con todo “los zapatistas no

²⁸⁵ Cfr. *Ibíd.* p. 267.

²⁸⁶ Cfr. *Ídem.*

²⁸⁷ Cfr. *Ibíd.* pp. 267-269.

²⁸⁸ Cfr. *Ídem.*

²⁸⁹ Cfr. *Ídem.*

²⁹⁰ *Ídem.*

se dieron por vencidos. En los pueblos vecinos se reorganizaron y, antes de las dos de la tarde, contraatacaron apoyados por los habitantes de Tacache de Mina, al mando de Jesús Montaña, que entre todos sumaban alrededor de setecientos rebeldes²⁹¹. A fin de cuentas “después de dos horas de combate y sin que los zapatistas vieran la posibilidad de lograr su objetivo se volvieron a dispersar. Los militares los persiguieron hasta Tacache de Mina, donde los zapatistas se dispersaron²⁹². A juicio de López Bárcenas “ahí cesó la persecución, pues los federales sabían que fuera de la hacienda y sin conocer el terreno podían ser presa fácil de sus enemigos²⁹³”.

En las semanas siguientes la situación no varió. El 21 de octubre la gavilla zapatista de Juan B. Flores enfrentó a las tropas del teniente Vicente Leyva. El enfrentamiento tuvo lugar en un rancho de la jurisdicción de Ahuatlán²⁹⁴. El 25 del mes corriente el mismo rebelde agredió a Vicente Castilla Torres -originario de la comunidad de Santa Ana Necoxtla de la municipalidad de Epatlán-: con un machete hirió a la víctima “en la espalda y un brazo”²⁹⁵. Además “se llevó de la tienda propiedad de la madre del herido, dinero y varios objetos para su tropa (espuelas, monturas, armas, entre otras cosas)”²⁹⁶. Con arreglo a los datos del cronista municipal de Izúcar de Matamoros “el zapatista Juan B. Flores tuvo incursiones en poblaciones como Coatzingo, Huehuetlán y Ahuatlán²⁹⁷”.

El 30 de la mensualidad en transcurso “168 hombres armados comandados por el (...) coronel Edmundo Montaña²⁹⁸ irrumpieron en la comunidad de Tepexco²⁹⁹. El cronista aludido relata que “después de exigir que se les entregaran los fondos municipales incendiaron el sello y el archivo; por tantas súplicas el presidente municipal Pablo Cortés logró salvar el libro de Registro Civil y luego que se fueron los zapatistas encontró tirado el sello municipal³⁰⁰. El mismo día Montaña prorrumpió en el municipio de San Marcos

²⁹¹ Cfr. Ídem.

²⁹² Cfr. Ídem.

²⁹³ Cfr. Ídem.

²⁹⁴ Según los datos del actual cronista municipal de Izúcar de Matamoros. La información la obtuvo de un “legajo de casi 100 fojas con documentos relativos al zapatismo”. El Archivo Municipal de la ciudad de Matamoros resguarda la documentación. Cfr. Martínez Vázquez, *op. cit.*, p. 6.

²⁹⁵ Cfr. Ídem.

²⁹⁶ Cfr. Ídem.

²⁹⁷ Cfr. Ídem. En Ahuatlán Juan B. Flores fue acusado de “estuprar a una mujer casada y robar varias cosas”. Cfr. Ídem.

²⁹⁸ Cfr. *Ibíd.* p. 4.

²⁹⁹ Cfr. Ídem.

³⁰⁰ Cfr. *Ibíd.* pp. 4-5.

Acteopan. A la cabeza de “500 hombres armados y a caballo” saqueó las casas y “obligó a varios vecinos a contribuir con dinero a la causa” además de tomar “caballos y mulas”³⁰¹. En ausencia del presidente municipal en turno -que huyó del pueblo- Fortino Padilla -el primer regidor del municipio acéfalo “se quejaba amargamente de las molestias que causaban los zapatistas, quienes prácticamente residían en el vecino Cohuecan y por las noches se adentraban en Acteopan”³⁰².

A principios de noviembre Juan B. Flores reapareció en las inmediaciones de Patlanoaya. Ahí protagonizó un “tiroteo (...), donde hubo muertos cuyos cadáveres no se localizaron pero sí se capturaron armas y dos prisioneros”³⁰³. El primer día del mismo mes ¡los zapatistas entraron al pueblo [de Xicotzingo], saqueándolo, reteniendo al presidente municipal Petronilo Monroy y quemando documentación oficial”³⁰⁴. El mismo día un “grupo de zapatistas” rompió “la puerta de la presidencia auxiliar” de la población de Ayotlichca -una pequeña localidad del municipio de Tlapanalá- “llevándose dos fusiles, una carabina y 2 pabellones”³⁰⁵. Poco tiempo después -el 5 de noviembre- los rebeldes atacaron la Hacienda de Colón. Las tropas federales “que resguardaban la factoría” repelieron el ataque. La refriega consecuente “duró cerca de dos horas y tuvo como resultado la muerte de 5 personas”³⁰⁶.

Los ataques anteriores coincidieron con los estertores del interinato.

Un día más tarde Francisco I. Madero asumió la presidencia constitucional de la nación. Hoyos Hernández afirma que “el Tuerto Morales siguió con sus ataques desconociendo a Madero y fraguando ataques desde Tehuitzingo”³⁰⁷. Sin embargo subraya que “no así los Herrera, que pese a que se habían aliado a Morales eran cien por ciento maderistas”³⁰⁸. La aseveración anterior presenta una parte relevante del “parto” del zapatismo en Puebla. Empero el autor no esclarece las razones que motivaron el brusco viraje de los líderes de la coalición de Tejalpa: ¿por qué tomaron la determinación de suspender las hostilidades contra el nuevo gobierno?

³⁰¹ Cfr. *Ibíd.* p. 4.

³⁰² Cfr. *Ídem.*

³⁰³ Cfr. *Ibíd.* p. 6.

³⁰⁴ Cfr. *Ibíd.* p. 5. Martínez Vázquez explica que “en la actualidad este municipio ya no existe, siendo ahora esta comunidad dependiente del de San Felipe Tepemaxalco”. Cfr. *Ídem.*

³⁰⁵ Cfr. *Ídem.*

³⁰⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 6.

³⁰⁷ Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 85.

³⁰⁸ Cfr. *Ídem.*

Acaso el cambio respondió a la propia naturaleza de la rebelión que estaba dispuesto a dirigir Magdaleno Herrera. Él -igual que Madero- sólo quería llevar a cabo una revolución de orden político. Como integrante de la élite “nativa” o “natural” de Tehuiztzingo aspiraba a terminar con la preponderancia regional del grupo de los “foráneos” -compuesto por políticos, terratenientes, ganaderos y comerciantes que provenían del “mundo exterior”-. También peleaba por recuperar la soberanía de la municipalidad. No obstante el 3 de octubre Rafael P. Cañete -el gobernador del estado- anuló el decreto que había degradado a Tehuiztzingo a la categoría de junta auxiliar³⁰⁹. En suma hacia los últimos días de octubre y los primeros de noviembre Herrera ya no tenía motivos de peso para permanecer en rebeldía.

Sin embargo la decisión de los Herrera no provocó la disminución de los embates zapatistas. El 14 de noviembre el presidente municipal de Puctla -un ayuntamiento del distrito de Izúcar de Matamoros- informó que los rebeldes “lo arrojaron de la población y le quitaron documentos y fondos de la tesorería”³¹⁰. Hoyos Hernández escribe que “en medio de los continuos ataques” ocurrió “el cambio de jefe político de Acatlán”³¹¹: José Guadalupe Caloca entregó el poder a Juan Zafra. En virtud de que “la región estaba bajo total dominio de los zapatistas, el gobernador sugirió se investigara el número de armas que poseía cada pueblo, así como el nombramiento de una comisión que sería armada para defender ‘los intereses del pueblo’ [y que se pagaría] mediante una contribución obligatoria de los comerciantes del lugar”³¹². A pesar de todo “en Tehuiztzingo, nadie quiso ponerse contra tanta fuerza zapatista que había”³¹³.

Dos días adelante Fortino Padilla -el regidor de San Marcos Acteopan- inquirió al Jefe Político de Izúcar de Matamoros “la posibilidad de volver a cubrir impuestos, pues del dinero de la Tesorería ya había caído en manos de los rebeldes”³¹⁴. Al propio tiempo el funcionario explicó que la situación era “tan compleja que los vecinos ya no [podían] ni salir para cubrir su sustento”³¹⁵. Además develó la identidad de los jefes zapatistas que

³⁰⁹ Cfr. Hoyos Hernández, op. cit., p. 77.

³¹⁰ Cfr. Martínez Vázquez, op. cit., p. 5.

³¹¹ Cfr. Hoyos Hernández, op. cit., pp. 84-85.

³¹² Cfr. Ídem.

³¹³ Cfr. Ídem.

³¹⁴ Véase Martínez Vázquez, op. cit., p. 4.

³¹⁵ Cfr. Ídem.

circulaban por los alrededores: “Apolinar Adorno, Trinidad Ruiz y Cesáreo Burgos”³¹⁶. El 18 de noviembre el alcalde del municipio de Tepexco reportó que “el coronel Felipe Vaquero [pedía] zacate y dinero, lo cual se le [había proporcionado] ‘para evitar cualquier conflicto’”³¹⁷. La presencia de nuevos liderazgos locales en la zona de Izúcar de Matamoros revela el ascenso de la rebelión zapatista en Puebla.

En las semanas subsecuentes el “Tuerto” Morales operó por los alrededores de la región de Acatlán y Tehuiztzingo. El 10 de diciembre “estuvo en Colucán con su tropa”³¹⁸. Un día después él y 200 hombres más “tomaron la plaza” de Ahuatlán³¹⁹ y el mismo día “estuvieron en Ayutla, donde pidieron comida y pastura, la cual pagaron”³²⁰. Por otra parte el 13 de diciembre del mismo mes Francisco Martínez alias “La Chiva” incursionó en “Tlapanalá con una gavilla de 35 hombres (...); de [ese] lugar se llevaron caballos, armas y 35 pesos en efectivo”³²¹. El múnice de la jurisdicción afectada comunicó al Jefe Político “que no se [había opuesto] resistencia tanto por parte de la autoridad como de los vecinos, debido a la carencia de armas y parque”³²².

Así las cosas hacia la mitad del último mes del año “por disposición de Francisco I. Madero, todos los grupos de la Mixteca fueron concentrados en Tehuacán, en donde el general Camerino Z. Mendoza licenció a todos los alzados que llegaron”³²³. Aun así según “no todos los revolucionarios obedecieron tal disposición”³²⁴. Entre las “huestes inconformes” Hoyos Hernández enumera a los siguientes cabecillas: “Julio Tapia, Mucio Bravo, Cleotilde Sosa, Camerino, Porfirio y Antonio Michaca, José María Vargas, Gabino Lozano alias ‘El Manco’ Lozano; Jesús Chávez, Herlindo Herrera y Dolores Damián alias ‘El Rengo’ Damián, cada uno con su grupo”³²⁵. A un tiempo declara que “los Herrera junto con Ismael Romero y su gente fueron licenciados en Tehuacán y continuaron apoyando al

³¹⁶ Cfr. Ídem.

³¹⁷ Cfr. *Ibíd.* p. 7.

³¹⁸ Cfr. *Ibíd.* p. 2.

³¹⁹ Cfr. Ídem.

³²⁰ Cfr. Ídem.

³²¹ Cfr. Ídem.

³²² Cfr. Ídem.

³²³ Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 85. Sin embargo Leticia Gamboa Ojeda -autora de un texto que aborda los “últimos siete años de vida de Camerino Z. Mendoza”- nada dice acerca del presunto licenciamiento. Cfr. Leticia Gamboa Ojeda, *Camerino Z. Mendoza. Líder radical de la revolución maderista*, México, H. Ayuntamiento de Ciudad Mendoza/Ediciones de Educación y Cultura, 2011. Al respecto consultar pp. 83-89.

³²⁴ Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 85.

³²⁵ Cfr. Ídem.

maderismo”³²⁶. El mismo autor concluye que “con esto, el grupo que surgiera a inicios de 1910, encabezado por Magdaleno Herrera, se dividió, los Michaca se quedaron apoyando el zapatismo y los Herrera el maderismo”³²⁷.

En efecto los jefes renuentes al desarme formarían la base más importante del zapatismo en Puebla. El conjunto compartía una característica común: la mayoría de los inconformes había asistido a la fundación de la coalición regional de Tejalpa³²⁸ y pertenecía a una vieja red informal de opositores de la zona de Acatlán y Tepexi. Además los unían antiguos lazos de amistad y de lealtad que sustentaban una identidad de grupo y promovían una complicidad natural al momento de perseguir un objetivo colectivo. Aunque no todos eran pobres (los Michaca -por ejemplo- descendían de un “rico comerciante ganadero (...) que contaba con una buena cantidad de ganado cabrío y caballar”) la mayor parte de ellos traían consigo una larga trayectoria como líderes naturales o figuras de autoridad a nivel local.

En resumen la escisión de la alianza de Tejalpa determinó la génesis del zapatismo en Puebla. La salida de la facción de Magdaleno Herrera contribuyó a gestar la plataforma de liderazgos dirigirían la suerte del zapatismo local en los años por venir. Ellos y los jefes poblanos que ya seguían las órdenes de Emiliano Zapata protagonizarían la fase de desarrollo de la rebelión zapatista en el estado.

³²⁶ Cfr. Ídem.

³²⁷ Cfr. Ídem.

³²⁸ Cfr. nota al pie de página número 172. Ahí aparece la lista completa de los asistentes a la cita.

Capítulo III. El desarrollo del zapatismo en Puebla (1912- 1914)

A grandes rasgos el periodo de desarrollo del zapatismo en el estado de Puebla coincidió con la última parte del interinato, el maderismo y el huertismo. En esta etapa los zapatistas abarcaron un área más amplia de la entidad; establecieron numerosos cuarteles – provisionales y permanentes- en varios puntos del suroeste y el centro de la geografía poblana; protagonizaron una gran cantidad de escaramuzas, correrías y pequeños asaltos; en menor medida emprendieron sitios de mayor envergadura; además encontraron zonas de refugio en las entidades colindantes y dibujaron líneas de fuga y ataque. En términos generales el área zapatista en Puebla adoptó el aspecto de una red elástica de puntos de partida y de encuentro dispersos en subáreas de dominio e influencia superpuestas unas con otras.

Por otra parte los zapatistas no ejercieron un control permanente sobre las comunidades poblanas. Muchas veces compartieron el estado con los vazquistas y pelearon por él con el ejército federal maderista y huertista. En este periodo el dominio de los zapatistas en Puebla todavía no presentó una base firme. En los cuatro puntos cardinales encontraron áreas de contacto con otros grupos rebeldes: convivieron con gavillas reyistas y vazquistas y, muchas veces, fueron comprendidos como parte de esos movimientos.

Asimismo la publicación del Plan de Ayala determinó el desarrollo del movimiento zapatista en Puebla. Para los zapatistas poblanos ese documento representó un punto de llegada y al mismo tiempo un punto de partida, en una palabra, marcó la evolución ulterior del zapatismo en la entidad. A raíz de la ruptura con Madero algunos líderes locales también redefinieron su relación con el maderismo. En ese sentido varios antiguos maderistas de la región pasaron a ocupar un lugar en la intrincada red militar del Ejército Libertador de Sur.

Este apartado persigue el propósito principal de describir el proceso de desarrollo del zapatismo en Puebla. De ese modo aspira a definir el teatro de operaciones de los rebeldes poblanos: ¿hasta dónde -en términos geográficos- llegó su influencia? ¿Cómo varió esa área en el curso de los años? Además pretende identificar a los líderes locales y constatar qué clase de relación mantuvieron con los directores centrales de la revolución del sur: ¿en qué medida el zapatismo poblano surgió de la iniciativa de los liderazgos morelenses? ¿Qué acontecimientos marcaron el rumbo del zapatismo poblano en esta etapa de su historia?

3.1. La plaga (1911-1912)

“(…) veo a mi pesar que es una yesca empezada a arder a merced de un ventarrón que costará mucha sangre apagarla”
Benjamín Balderas Márquez

En el decurso de 1912 los zapatistas ganaron terreno en el estado de Puebla. En realidad su expansión acelerada fue visible desde los últimos meses del año anterior y puso en alerta a las autoridades maderistas de varios distritos poblanos.

El 16 de octubre de 1911 Felipe Vaquero tomó las armas en Tochimilco. Con el apoyo de Jesús Reyes Briones –presidente municipal- Vaquero desarmó a los vecinos del “primer cuadro” de la cabecera y hurtó algunos caballos. Después declaró que perseguía el propósito de defender al “Pueblo” y abandonó el lugar. A los dos días volvió. Ahora venía con el general zapatista José Trinidad Ruiz y con él saqueó las dos casas del comerciante Enrique García³²⁹. Luego los dos rebeldes salieron de ahí.

Cerca de un mes más tarde –el 19 de noviembre- Vaquero reapareció en Tochimilco. Venía otra vez con el general José T. Ruiz. Con el grado de coronel Vaquero signó una misiva (el general Ruiz y cinco capitanes más también la firmaron) que a través de Manuel Vital –el jefe político de Atlixco- llegó a las manos de Francisco I. Madero³³⁰.

Al mismo tiempo que Vaquero tomó las armas Vicente Moradillo. Entre ambos abarcaron una pequeña zona que incluyó –aparte de Tochimilco- los pueblos de Tejupa y San Jerónimo Coyula³³¹. Empero ni uno ni otro operaron sólo por cuenta propia. Muy pronto pasaron a formar parte de un contingente “birregional” que llegó a sumar más de mil hombres bajo las órdenes superiores de los generales Francisco Mendoza –poblano- y José

³²⁹ Enrique García era un comerciante local, dueño de dos tiendas (una de ropa y otra de abarrotes) que pertenecía a los pudientes del “primer cuadro” del pueblo de Tochimilco. Véase AGN, FM, caja 17, exp. 403, folios 013111, 013112.

³³⁰ Cfr. Ídem y AGN, FM, caja 61, exp. 681. El coronel Enrique Rivero, jefe del 34° Batallón, recogió en Tochimilco la comunicación que el general José T. Ruiz dejó en aquella población para que por conducto de Manuel Vital llegara hasta el presidente de la República. Este documento será objeto de un análisis más detallado en el apartado subsecuente.

³³¹ AGN, FM, caja 13, exp. 310, folios 010008 y 010009.

T. Ruiz –morelense- y que operó en los alrededores de Atlixco y Huaquechula (en Puebla) y en las cercanías de Hueyapan y Tlacotepec (en Morelos)³³².

En suma Vaquero y Moradillo dependían de jefes más acreditados a los ojos de los directores de la revolución zapatista. Aun así disponían de cierta autonomía al interior de un polígono irregular con dos puntos focales principales: Tochimilco y Coyula. En el primero de ellos predominaba el liderazgo de Vaquero –con frecuencia él entraba, salía o hacía base en Tochimilco-. En el segundo prevalecía la autoridad y la ascendencia de Moradillo.

Por regla general los hombres de Vaquero y Moradillo no salían de los límites del área geográfica que conocían. Ni en los mejores momentos –es decir cuando formaban parte de los numerosos contingentes dirigidos por los generales Ruiz y Mendoza - iban más allá de Huaquechula. No obstante en situaciones de verdadero peligro no dudaban en salir del estado de Puebla y buscar refugio en las boscosidades contiguas a Ocuituco, Tetela del Volcán y Hueyapan, en Morelos.

El 27 de diciembre José de la Macorra –el “gerente general de la compañía de las fábricas de papel de San Rafael y anexas”- solicitó a Juan Sánchez Azcona una fuerza de 200 hombres: los zapatistas –adujo- pedían cuatro mil pesos a cambio de no destruir los campamentos de la empresa papelera. Añadió que dicha fuerza prestaría “allá al gobierno grandes servicios, pues estando los montes de la compañía en la unión de los tres estados de Morelos, México y Puebla, es donde seguramente van a refugiarse las fuerzas zapatistas cuando sean perseguidas por los distritos de Atlixco, Cuautla y Chalco”³³³.

El 9 de enero del año siguiente De la Macorra insistió con mayor énfasis en la “importancia estratégica” de los montes de la compañía “situados al pie del Popocatepetl en la reunión de los estados de México, Morelos y Puebla”. En el nuevo documento señaló que la zona (en virtud de revestir un carácter anfractuoso) constituía ya –en ese momento- un “magnífico abrigo para los bandidos” cuando éstos huían de los distritos de Atlixco y Cuautla³³⁴. Por otra parte advirtió a Federico González Garza –el destinatario final- que “todos los pueblos limítrofes” eran “casi totalmente zapatistas” (entre ellos –puntualizó-

³³² Ídem.

³³³ AGN, FM, caja 39, exp. 1067-1, folio 030115.

³³⁴ AGN M, caja 39, exp. 1067- 1, folio 030116.

“figuran a la cabeza los pueblos de Tetela del Volcán y Hueyapan, de la municipalidad de Ocuituco, Distrito de Cuautla”³³⁵.

Resulta claro que los textos anteriores referían las actividades revolucionarias de los seguidores del general José T. Ruiz (sólo por ofrecer una prueba: el 5 de enero de 1912 el “señor Saña” –administrador de los montes- recibió una carta del “cabecilla Ruiz”³³⁶). Sin embargo las cartas de Macorra aludían en especial a las operaciones y movimientos de la pareja de zapatistas del polígono Tochimilco-Coyula que –aunque actuaban preferentemente en el distrito de Atlixco- encontraron una valiosa zona de refugio en los bosques de los pueblos morelenses aledaños.

En efecto Vaquero y Moradillo permanecieron muy activos durante los primeros meses del periodo de desarrollo del zapatismo en Puebla (sobre todo en los últimos de 1911 y el primero del año posterior). [Cinco meses después de su levantamiento simultáneo Francisco Díaz –un acaudalado maderista local- recordaba aún con una mezcla de terror y desprecio las depredaciones que los dos rebeldes habían cometido en la región a finales del año anterior³³⁷.] No obstante el 13 de febrero de 1912 Moradillo cayó preso en los alrededores de Coyula. En prisión confesó sus “crímenes” y las autoridades municipales aplicaron la pena correlativa (según el informe epistolar que el propio Díaz rindió a Francisco I. Madero)³³⁸. A partir de ahí disminuyó –aunque no desapareció por completo- la actividad de Vaquero.

Asimismo en los estertores de 1911 el zapatismo creció a un ritmo vertiginoso en otros puntos del estado. A juzgar por el recelo que despertó en dos conspicuos maderistas de la región los zapatistas alcanzaron una considerable amplitud en la tierra caliente poblana. A principios del último mes del año Magdaleno Herrera –ex integrante del antiguo y poderoso grupo opositor de Tehuiztingo- felicitó a Francisco I. Madero por “su merecido ascenso a la presidencia de la República” y a un tiempo ofreció³³⁹ sus “pequeños servicios” al nuevo mandatario nacional “a fin de llevar a cabo la completa pacificación del país”³⁴⁰. Unos días más tarde Palemón Rojas –“ex revolucionario sureño reconocido en el estado de

³³⁵ Ídem.

³³⁶ AGN, FM, caja 61, exp. 681, s/f.

³³⁷ AGN, FM, caja 13, exp. 310, folios 010008 y 010009.

³³⁸ Ídem.

³³⁹ Desde Tlachinola, uno de los ranchos del municipio de Tehuiztingo (distrito de Acatlán).

³⁴⁰ AGN, FM, caja 15, exp. 369, folio 011932.

Puebla por el presidente de la Junta revolucionaria y el general de la zona del Ejército Libertador”- dirigió a Madero una propuesta similar³⁴¹ con el propósito de combatir a los “trastornadores del orden” que “por estos lugares merodean”³⁴².

¿Quiénes eran los perturbadores del nuevo orden y la incipiente “paz” maderista? ¿A quiénes hacían referencia Rojas y Herrera? No mucho tiempo después (el 20 de diciembre) Joaquín Rosendo –el jefe político de Chiautla- reportó a Rafael P. Cañete- el gobernador de Puebla- que “todos los pueblos del distrito” se quejaban de “vejaciones y atropellos sufridos por pequeñas gavillas que se titulan 'zapatistas' ”. Al mismo tiempo Rosendo informó que los pueblos de Tulcingo, Acaxtlahuacán e Ixcamilpa – tres municipios al sur de la cabecera de Chiautla- y Jolalpan, Cohetzala y Pilcaya –fuera de los límites políticos del distrito a su cargo- constituían otras tantas “madrigueras de zapatistas que han establecido allí sus cuarteles”³⁴³.

Seis días más adelante el *Correo del Sur* (un diario regional independiente) publicó una “noticia” que elevó la alarma: los “bandidos zapatistas” habían asaltado Zapotitlán Salinas- uno de los pueblos del distrito de Tehuacán-. Todos sabían que los “forajidos” – como los calificó el periódico- asolaban desde hace cierto tiempo los distritos de Atlixco, Izúcar de Matamoros y Cholula. Sin embargo Tehuacán no había “sufrido” hasta ese momento la “ferocidad de esas hordas”³⁴⁴. El asalto de Zapotitlán Salinas era, pues, muy preocupante y -entre otras cosas- evidenció que los “facinerosos” estaban buscando el modo de ampliar su radio de operaciones hacia el interior del estado.

En esas circunstancias comenzó el nuevo año. El primer mes de 1912 aumentó el número de zapatistas en la franja oeste de Puebla (desde Atlixco y Cholula hasta Piaxtla y Chinantla). La histeria de las autoridades maderistas locales y distritales era tal que algunas veces confundían a inocentes con zapatistas –a los que aprehendían y remitían a la Ciudad de México por órdenes de la Secretaría de Guerra-: por ejemplo Aurelio García –presidente de un club maderista en la ciudad de Izúcar de Matamoros- tuvo que interceder ante

³⁴¹ Desde Chietla, uno de los pueblos del distrito de Chiautla.

³⁴² AGN, FM, caja 47, exp. 1302, folio 35818.

³⁴³ AGN, FM, caja 62, exp. 1562, s/f.

³⁴⁴ AGN, FM, caja 15, exp. 369, folio 011930.

Sánchez Azcona a favor de Manuel Montenegro y Jacobo Espinoza³⁴⁵-presos (injustamente según el intercesor) en la capital bajo el cargo (falso por supuesto) de ser zapatistas-.

La euforia creció con motivo del avance del zapatismo en las regiones poblanas aledañas a Morelos y Tlaxcala y junto con ella cundió la suspicacia –incluso hacia oficiales maderistas de alto rango-. El general Francisco A. Gracia –uno de los revolucionarios prominentes de Atlixco- fue uno de los principales sospechosos. El 1 de enero Juan Sánchez Azcona recibió unos “informes reservados para el señor presidente”. En dos pequeñas páginas manuscritas el informante endilgó a Gracia una retahíla de epítetos zahirientes y formuló contra él una serie de cargos. En primer término describió al susodicho como “maderista de última hora” y tinterillo, de muy mala fe, inquieto y revoltoso”. Luego culpó a Gracia de cuatro crímenes: 1) imponer y tomar préstamos en Atlixco y sus alrededores; 2) robar “todo el dinero” correspondiente al licenciamiento; 3) manipular al gobernador de Tlaxcala y obtener así el puesto de comandante del cuerpo de seguridad pública del estado –cuerpo que (por otra parte) desorganizó: “enflaqueció la caballada, se capó (*sic*) los haberes que pudo” e intrigó a costa de los soldados-³⁴⁶.

No obstante el informante formuló un cargo todavía más grave contra el general Gracia:

Dícese que el parque que al estado falta, él Gracia lo estuvo enviando a sus amigos zapatistas de Atlixco. Lo cierto es que falta parque y de la última entrega de 1,240 tiros Remington de 007 mm que se le repartió en Piedras Negras el 10 de junio a la tropa; él al regresar la fuerza a Tlapala les recogió el parque y no se sabe qué hizo con él... También es nota muy indecente para su hoja de servicios que el zapatista Rosalío Chaperero que fue fusilado dijo venir en camino a Tlaxcala para reunirse con Gracia (al que suponía levantado) y al tal Chaperero se le recogieron cartas comprometedoras para Gracia. A Chaperero lo tuvo de soldado en Tlaxcala.

Entretanto el zapatismo cobró grandes bríos en el suroeste de Puebla.

El 4 de enero el jefe político de Acatlán notificó a Agustín del Pozo –jefe de la zona rural- que los “zapatistas estaban cometiendo mil depredaciones en los pueblos del Distrito y que se aproximaban a los pueblos de Piaxtla y Chinantla donde radican cuantiosos intereses de nacionales y extranjeros y que, sin duda alguna, causarían serios

³⁴⁵ AGN, FM, caja 34, exp. 921, folio 026374.

³⁴⁶ AGN, FM, caja 13, exp. 300, folio 9638.

perjuicios en los pueblos dichos”. Del Pozo tomó nota y ordenó al comandante del 16° Cuerpo Rural que “inmediatamente mandara a los pueblos dichos, una compañía del cuerpo de su mando, para que fueran a defenderlos”. A su vez el comandante obedeció la orden y despachó una fuerza que llegó al lugar en cuestión a las 11: 00 p.m. del mismo día³⁴⁷.

A la mañana siguiente –muy temprano- cerca de 210 zapatistas aparecieron por los alrededores –aunque no atacaron a los 80 hombres que guarnecían las dos plazas en disputa-. Al mediodía arribaron alrededor de 200 zapatistas más –bajo el mando de los cabecillas Jesús el “Tuerto” Morales y Julio Tapia-. En ese momento comenzó el sitio de Piaxtla y Chinantla. El embate duró más de dos días –acabó a las 16: 30 horas del 7 de enero- hasta que los sitiados recibieron el auxilio del propio Del Pozo y 21 hombres más –entre ellos el mayor Saturnino Garzón- y los sitiadores tuvieron que huir por los cerros³⁴⁸.

Unas horas después de la huida de los zapatistas Del Pozo dejó 10 soldados a cargo del Jefe Político de Acatlán con el propósito de llevar a cabo algunas aprehensiones y a las 3: 00 de la mañana del nuevo día él mismo y el resto de la hueste –compuesta por 128 elementos- salieron de ahí. Casi tres horas más tarde llegaron a Tlachinola: en este punto Del Pozo supo que -luego de escapar de Piaxtla y Chinantla- los seguidores del “Tuerto” Morales y de Tapia habían tomado e incendiado Tehuitzingo. También recibió la noticia de que los zapatistas habían acampado en un rancho denominado “La Junta”. Así que hacia allá dirigió los pasos de la fuerza persecutora.

Al llegar –a las 11 de la mañana del mismo día- uno de los ayudantes de Del Pozo reveló que “habiendo preguntado a un pastorcito por LOS COMPAÑEROS, éste le manifestó que en esos momentos se encontraban en el pueblo de Tejalpa”³⁴⁹. En consecuencia Del Pozo reorientó el derrotero de la tropa. Un cuarto de hora más tarde comenzó el combate. Todo terminó a las 16: 30 horas con la “derrota completa de los bandoleros (...), habiéndoles hecho 13 muertos recogidos en el pueblo, más 4 que al intentar pasar el río Mixteco murieron y se los llevó el agua”.

³⁴⁷ AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005104, 005105, 005106, 005107 y 005108.

³⁴⁸ Ídem.

³⁴⁹ Ídem.

En la refriega los vencedores tomaron “la bandera, un cañón de tubo de 3 arillos reforzados con arillos de hierro dulce y como de 1. 25 metros de largo, toda la pólvora y municiones para el cañón, 2 cajas de dinamita, 2 acémilas que tiraban el cañón, 16 caballos, 31 sillas de montar y mucha ropa nueva en cortes, probablemente producto del saqueo de Tehuiztingo y varias armas de fuego” –lista que puede ser útil para ilustrar los aditamentos militares de los zapatistas de Puebla-.

Por otra parte Del Pozo reportó a Francisco I. Madero que “en el combate murieron 2 individuos regularmente vestidos, siendo uno de ellos tuerto, a quien se le recogieron varios documentos de importancia (...)”. Entre los papeles incautados reconoció el original del “famoso” Plan de Ayala y “una carta de Morales dirigida” a Madero además de –aún más importante- una “carta escrita en máquina, sin firma” en la que “consta que el doctor Sevada y otros individuos están complicados y ayudan a los zapatistas, así como varios administradores de las haciendas de caña de Matamoros Izúcar y Chiautla”³⁵⁰.

A mediados de mes los zapatistas mantenían en vilo a los distritos poblanos de la tierra caliente. El 15 de enero Ignacio Guerrero expuso a Madero “la falta de garantías” que padecían “por el rumbo de Chietla, Distrito de Chiautla” en razón de que habían aparecido “muchos bandidos (...) amparados bajo el nombre de zapatistas”. Tres días más adelante Manuel Conde recomendó a Guerrero con el mismo Madero. “El señor Guerrero –escribía Conde- es bastante apreciado entre toda la *gente de orden* de los distritos de Izúcar de Matamoros y Chietla de este Estado”: su objeto –aducía- consiste en hacer que “renazca el orden y la tranquilidad que actualmente faltan (...) en los mencionados distritos”³⁵¹.

El 15 del mismo mes el “Tuerto” trató de tomar la ciudad de Acatlán. Primero mandó una avanzada y a las 17: 00 horas solicitó la rendición incondicional de la plaza pero el Jefe Político no quiso negociar con él. A tres leguas de ahí –en los pueblos de San Pablo Anicano y San Pedro Yeloixtlahuaca- los zapatistas esperaban la orden de ataque. A fin de cuentas la señal nunca llegó –según la versión oficial “como el pueblo se aprestó a [la] defensa muy entusiasmado, [el] enemigo se retiró”-. Sin embargo los

³⁵⁰ Ídem.

³⁵¹ AGN, FM, caja 11, exp. 267-1, folios 008070, 008071.

zapatistas permanecieron en los dos pueblos precedentes “reforzando su fuerza para venir nuevamente a intentar la toma de esta plaza”. Mientras tanto “toda la gente” huía a Puebla “por temores”³⁵².

No sólo los distritos anteriores comenzaron a experimentar un incremento de la actividad de los zapatistas. A finales de enero Juan Ubera organizó una gavilla en Malacatepec –un pueblo del distrito de Cholula- y con ella empezó a sembrar el terror “por Totimehuacán, asaltando las fincas y robando”³⁵³. De acuerdo con unos “informes reservados” Ubera tenía contacto con “un tal Palemón Rojas”³⁵⁴ y con él sorprendía fincas, ventas y peatones en las goteras de Puebla capital y en el camino a Totimehuacán (en donde –por cierto- resguardaban una “existencia de 400 carabinas”)³⁵⁵. Casi al mismo tiempo varios “agentes del zapatismo” visitaron a los vecinos del distrito de Tecali: con una suma interpósita los “convidaron” a participar en el movimiento y algunos de ellos desaparecieron de los pueblos. “Las tentaciones del zapatismo –apuntó el redactor de los informes- verdaderamente tienen adeptos”³⁵⁶.

En síntesis: al terminar el primer mes del año los zapatistas habían avanzado por la mayor parte (excepto Huejotzingo) de los distritos del suroeste y el centro de Puebla (desde Cholula y Atlixco hasta Chiautla y Acatlán) -además de incursionar en otros del interior (v. gr. Tecali) e incluso del extremo este (v. gr. Tehuacán). De esta etapa cabe notar –entre otras cosas- la emergencia de liderazgos locales³⁵⁷ que todavía dependían

³⁵² AGN, FM, caja 62, exp. 1566, s/f.

³⁵³ No es posible ubicar cronológicamente ni definir con exactitud la filiación zapatista de Juan Ubera. ¿Cuándo pasó a formar parte de las fuerzas zapatistas? ¿Hasta qué punto obedeció las directrices militares y políticas de los líderes principales del zapatismo? En cualquier caso los primeros pasos de Juan Ubera aparecen en unos “informes reservados” sobre las actividades y operaciones del zapatismo en Puebla. Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004135 y 004136.

³⁵⁴ ¿Puede ser el mismo Palemón Rojas que –a principios del último mes de 1911- ofreció a Madero sus servicios a fin de combatir a los “trastornadores del orden” que merodeaban por Chietla? Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1302, folio 35818.

³⁵⁵ AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004135 y 004136.

³⁵⁶ Ídem.

³⁵⁷ Entre ellos despuntaron los siguientes nombres: Vicente Moradillo y Felipe Vaquero en Atlixco; Francisco A. Gracia en la misma circunscripción; Juan Ubera en Cholula; Jesús el “Tuerto” Morales y Julio Tapia en Acatlán. Sin embargo ellos no fueron los únicos liderazgos locales en emerger durante el periodo en cuestión: no es fácil definir la identidad de otros jefes –tal vez de menor jerarquía-, aunque haya huellas de su actividad en los distritos de Izúcar de Matamoros y Chietla. Por ejemplo: ¿quiénes eran los zapatistas que establecieron “madrigueras” en los pueblos que circundaban Chiautla cabecera, Chietla, Tlancualpicán y el ingenio de Atencingo –según los informes de Joaquín Rosendo, jefe político de Chiautla-? Por otro lado los zapatistas que incursionaron en Zapotitlán Salinas ¿perteneían a las fuerzas del “Tuerto” Morales –como sería válido intuir- o constituían partidas independientes?

de la dirección central de la revolución del sur y la conformación paulatina de un *área zapatista* en el estado (compuesta por varias zonas de operaciones semiautónomas si bien osmóticas y con límites evanescentes). Dicha área no sólo comprendía regiones políticamente adscritas a la entidad sino también incluía espacios de refugio en los lindes de los estados vecinos (en especial Morelos y Tlaxcala). Tales fueron los “pródromos” del proceso de desarrollo del zapatismo en Puebla (que inició –en gran parte por motivos geográficos- en los territorios poblanos limítrofes con el lugar de origen de la rebelión).

En las semanas inmediatas no cambió la tendencia ascendente ni varió la intensidad del avance de los zapatistas.

Por una parte aumentó el radio de la zona de operaciones del “Tuerto” Morales. El 2 de febrero Agustín del Pozo reportó a Sánchez Azcona que Morales pretendía incendiar las cañas de la finca “El Espíritu Santo” –una hacienda que él mismo tenía en Huehuetlán el Grande, uno de los municipios del distrito de Tepexi de Rodríguez-. Según el propio Del Pozo el “Tuerto” Morales mantenía un cuartel general cerca de ahí y llevaba con él a 400 “bandoleros”. En caso de no obtener ayuda del gobierno perdería “muy cerca de \$200, 000. 000” con lo que acabaría por “quedar en la calle” –lamentó el remitente-³⁵⁸.

Al parecer Del Pozo no había exagerado. Cuatro días más tarde Eustorgio García –administrador de correos en Tepexi (cabecera del distrito homónimo)- “cansado de ver la indiferencia con que [era] tratada [esa] pobre población, con lo que corresponde al peligro inminente de que está amenazada por el bandolerismo y por las hordas zapatistas” solicitó a Francisco I. Madero una guarnición adecuada a la gravedad del riesgo³⁵⁹. García trató de justificar la petición de la siguiente manera:

Tepexi de Rodríguez del Estado de Puebla (...) es colindante con los distritos de Acatlán y Matamoros y en los cuales operan fuerzas del gobierno por ser merodeados y amenazados por el elemento zapatista y en cuyas plazas existen guarniciones convenientes. No así pasa en este distrito, pues sin embargo de estar en el mismo peligro no hay más que siete rurales

³⁵⁸ AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 00513, 005114 y 005115. Además Del Pozo era dueño de una “fábrica de hilados y tejidos de algodón en Tlaxcala” en la que tenía “empleados \$400, 000”. Cfr. AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005156, 005117 y 005118.

³⁵⁹ AGN, FM, caja 17, exp. 403- 1, folio 013113.

y un comandante que es enteramente como si no hubiera nada llegado el momento del peligro (...) ³⁶⁰.

El 13 del mismo mes Del Pozo escribió en tono dramático a Madero que “los levantamientos se [estaban sucediendo] todos los días” y volvió a mencionar que el “Tuerto” Morales tenía “sus guaridas en los cerros de Las Vigas y de Las Minas muy próximas a [su] casa (6 leguas)”. Asimismo advirtió que sentía temor de que la “gente se [levantara] en armas uniéndose a los zapatistas por mera necesidad” como –Del Pozo ilustró enseguida- “ha pasado con el (...) ex coronel Irineo Vázquez que al verse aislado y perseguido, ayer apareció con cien hombres en el rancho del Aguacate, muy cerca de la hacienda de [su] propiedad” ³⁶¹.

Ocho días después finalmente los zapatistas atacaron la hacienda de Del Pozo. En la madrugada el “Tuerto” Morales y 600 hombres más amenazaron la finca y el pueblo. Todos los empleados –excepto un mayordomo que permaneció en el lugar de los hechos por órdenes del administrador- y varios vecinos de Huehuetlán el Grande salieron de ahí y fueron con el dueño de la propiedad –quien vivía en la capital del estado-. A las 9: 30 llegaron con él y a través de ellos Del Pozo conoció la delicada situación. A las 16: 00 horas el empleado vigía reportó que los “bandidos” estaban quemando los cañaverales y disparando contra la fábrica de alcohol. En ese momento Del Pozo trató de conseguir ayuda con el gobernador y con el jefe de la 7ª zona militar: los dos denegaron la solicitud –adujeron que no podían disponer de un “solo soldado” ³⁶².

Las últimas líneas de una carta que Del Pozo envió a Madero con motivo de los acontecimientos precedentes evidencian la frustración que hizo presa en él: “Ruego a Ud. considere por un momento la difícilísima posición en que estoy colocado. Los zapatistas me atacan, yo no me puedo defender por no tener armas y el gobierno no me puede prestar auxilio” ³⁶³. En una palabra: los zapatistas del “Tuerto” Morales parecían un torbellino incontenible.

Así las cosas Tepexi devino en una base estratégica desde la cual los hombres de Morales podían empezar a incursionar por el distrito vecino de Tehuacán. Benjamín

³⁶⁰ Ídem.

³⁶¹ AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005156, 005117 y 005118.

³⁶² AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005123 y 005124.

³⁶³ Ídem.

Balderas Márquez –maderista prominente a nivel regional y ex jefe político del distrito en peligro- detectó el problema a tiempo. En consecuencia el 27 de febrero notificó a Madero que “varios grupos de zapatistas que juntos ascenderán a doscientos” habían “invadido al distrito de Tepexi limítrofe con este distrito [Tehuacán] por el poniente del Estado de Puebla, los cuales y repartidos visitan como en su casa los pueblos del contorno del Distrito citado, siendo estos pueblos Coyotepec, Ixcaquixtla, Atexcal, Atenayuca y otros más chicos”³⁶⁴.

Balderas agregó que –por noticias que recibió de un individuo que había enviado previamente a recoger informes- hasta ese momento los “invasores” no habían sido perseguidos y adjudicó a tal omisión la causa de “que se aumenten y cometan muchas más depredaciones que las que pudieran haberse cometido” y finalizó el documento con una expresión grandilocuente de lealtad hacia el gobierno maderista (la cual sirve no tanto para medir la fidelidad verdadera de los habitantes de Tehuacán como para constatar la gran probabilidad de un avance zapatista a ese distrito: “Aquí estamos con la natural alarma, pero todos los vecinos estamos decididos a repeler cualquier ataque y a ayudar a nuestro Gobierno hasta donde se pueda a conservar la tranquilidad y respeto a las autoridades constituidas”³⁶⁵.

Por otro lado los zapatistas de Atlixco no dejaron de poner en jaque a las autoridades distritales y de provocar el recelo de los industriales y grandes terratenientes de la zona. La noche del 14 de febrero una “partida de bandoleros” asaltó la hacienda de Xonacayuca y entabló un tiroteo con el 35° cuerpo rural en los alrededores de Tlapala. La madrugada del día siguiente un grupo distinto –compuesto por doscientos hombres- atacó el Rancho La Mojonera. Los tres puntos distaban tan sólo de siete a diez kilómetros de la ciudad de Atlixco. Francisco Díaz comentó a Madero que no sabía “los perjuicios que esos bandoleros zapatistas” habían cometido³⁶⁶.

Al propio tiempo Díaz hizo saber a Madero que “ahora de nuevo” aparecían partidas de zapatistas y que acaso serían “víctimas de los bandoleros por las condiciones en las que [se] encontraban”. El emisor hacía referencia al pequeño número de infantes

³⁶⁴ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000918. La lista de pueblos permite vislumbrar el área de operaciones de Jesús el “Tuerto” Morales.

³⁶⁵ Madero, Ídem.

³⁶⁶ AGN, FM, caja 13, exp. 310, folios 010008 y 010009.

que resguardaba la plaza: poco antes el general Juvencio Robles había pasado por ahí y (a pesar de las protestas del ayuntamiento –el cual subrayó la enorme “importancia del distrito bajo el punto de vista agrícola e industrial”-) había retirado la fuerza federal destacamentada en Atlixco. Por tal razón Díaz –quien decía hablar en nombre de “todas las personas caracterizadas de la ciudad”- pedía “unos cincuenta o veinticinco soldados, aunque sean infantes, así como unas cincuentas armas aunque antiguas pero con dotación suficiente de municiones”³⁶⁷.

Sin embargo en el curso de febrero los zapatistas hicieron dos cosas más (aparte de fortalecer la presencia del “Tuerto” Morales en Tepexi y de no desistir en Atlixco).

En primer lugar establecieron contactos con “un Felipe Atanasio” –ex presidente de Xochitlán, uno de los municipios del distrito de Tecamachalco-. La segunda semana de ese mes Agustín Ramos reportó a Madero que Atanasio tenía “a un hermano filiado en las fuerzas de Zapata”, con quien él más Fernando Macías y “otros que lo acompañan” “están en relación”³⁶⁸.

En segundo término trataron de salir de la geografía poblana más familiar para ellos e incursionar en la sierra norte del estado –zona dominada por liderazgos tradicionales muy osificados y marcada por un patrón distinto en las relaciones de producción respecto a la región liminal de Morelos y Puebla-. El 17 de febrero Mariano Alcérreca –uno de los “validos” del presidente en turno- describió a Madero el saldo de la “intentona” zapatista:

Acabo de regresar de Chignahuapan adonde fui a practicar un avalúo de unas casas y los Baños de don Antonio Márquez de Escobedo, y allí tuve oportunidad de saber que tres jefes de las fuerzas de caballería ex revolucionarias mandaron a ensillar y armarse, para salir a operar bajo la bandera de Zapata. Entonces, la infantería de las mismas fuerzas ex revolucionarias, al mando de su jefe don Gaspar Márquez Escobedo, fueron fieles al gobierno y con toda oportunidad y energía impidieron el movimiento sin disparar sus armas porque no fue necesario³⁶⁹.

En suma: a finales de ese mes los zapatistas habían avanzado por dos distritos más: Tepexi de Rodríguez y Tecamachalco (en donde aparecieron un par –cuando

³⁶⁷ Ídem.

³⁶⁸ Cfr. AGN, FM, caja 8, exp. 198, folio 005612.

³⁶⁹ AGN, FM, caja 6, exp. 152- 1, folio 004432.

menos- de líderes locales nuevos: Irineo Vázquez y Felipe Atanasio, respectivamente). Al mismo tiempo tenían en ascuas al distrito de Tehuacán y trataron –aunque sin éxito- de ganar terreno en la región norte de Puebla (un área que no conocían y de difícil acceso). En otras palabras tenían hombres en casi todos los distritos del centro y el sur de la entidad.

Excepto por los distritos de Huejotzingo (cerca de Cholula y Atlixco), Tepeaca (circundado por Tecali y Tecamachalco), Chalchicomula (colindante al oeste con Tepeaca y al este con Veracruz), Tehuacán (al cual mantenían en vilo) y Puebla capital los zapatistas iban y venían por la mitad más importante del estado. Con un poder tan importante pronto intentarían sostener un sitio de mayor envergadura y el único capaz de sobrellevar algo así era el más fuerte de ellos en ese momento: Jesús el “Tuerto” Morales.

En efecto el 2 de marzo³⁷⁰ Morales “desde su campamento en Petlalcingo distante a 5 leguas al sureste de Acatlán pidió al jefe político la rendición de Acatlán por la paz para que no haya derramamiento de sangre de lo contrario el 3 de marzo a las 6 de la mañana a sangre y fuego”³⁷¹. Luis García Nájera –la autoridad político militar aludida- contestó³⁷² que “si se tratara con una persona que podía tratarse entraría en arreglos; pero siendo Morales y los suyos bandidos y ladrones que perjudican a la sociedad, al comercio e intereses de los particulares, no entraría en ningún arreglo sino que estaba dispuesto a repeler por la fuerza hasta morir si fuera necesario”. Además –alardeó- tenía “muchas armas o elementos de guerra para Morales y para todo bandidaje”³⁷³.

³⁷⁰ Según la copia del parte que el propio jefe político de Acatlán, el coronel Luis García Nájera, rindió a la secretaría general del gobierno el día 8 de marzo de 1912. En palabras de García Nájera “el día dos del corriente mes recibió una comunicación del llamado general Jesús Morales, en la que éste pedía la rendición de esta plaza, la que [él] contestó negándole tan descabellada proposición que desde Petlalcingo se le hacía”. Cfr. AGN, FM caja 3, exp. 77, folio 002276. Aunque según unos “apuntes de los sucesos de Acatlán comunicados por una persona que salía de Acatlán el martes 5” de marzo del año en curso el ultimátum por parte de Morales sucedió un día antes –el primero del mes-. Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140-1, folios 004119 y 004120.

³⁷¹ Por otra parte (como se vio páginas arriba) un mes y medio antes –el 17 de enero- el “Tuerto” Morales había tratado de tomar la plaza de Acatlán. Sin embargo a fin de cuentas cambió de opinión. Cfr. AGN, FM, caja 62, exp. 1566, s/f.

³⁷² De acuerdo con García Nájera él mismo respondió la petición de Morales “el día 3 a las cinco a.m.”. Cfr. AGN, FM, caja 3, exp. 77, folio 002276.

³⁷³ AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folio 004119 y 004120.

A fuer de la negativa rotunda del jefe político Morales cumplió la amenaza previa. Tal como dijo a las seis de la mañana³⁷⁴ del tercer día del mes “aparecieron como 800 zapatistas sobre la loma del Comal al sureste de Acatlán y al toque de alarma y enemigo frente comenzó el tiroteo de doscientos maderistas y 500 de los vecinos de Acatlán contra Morales y los suyos de caballería hasta las 9 de la mañana”³⁷⁵. A esa hora aparecieron “el joven Mariano Cuervo general nombrado por Eufemio Zapata en el Progreso y el coronel ex maderista Antonio Michaca³⁷⁶ con 100 y tantos hombres en las orillas de la hacienda del licenciado Leobardo Villa³⁷⁷ paraje llamado La Venta del Gato distante a un kilómetro y metros al sur del Calvario y Acatlán donde estaban los sitiados defensores y desde ese lugar coronaron y cazaron con tal certeza que a punto que casi acabaron con esas fuerzas”³⁷⁸. Entonces los zapatistas empezaron a quemar la hacienda de Villa y éste último saltó de las trincheras “como con unos quince hombres y se precipitó con ímpetu sobre los incendiadores matando muchos, pero en medio de la lluvia zapatista murió (...) con otros suyos”³⁷⁹.

Cerca de las 13: 00 horas los atacantes agotaron las municiones y “levantaron el sitio (...) reconcentrándose en Petlalcingo donde está el campamento”. Según unos “apuntes” – de los cuales proviene la relatoría precedente- el primer embate arrojó el siguiente saldo: “hubo 385 muertos o bajas en las filas zapatistas que dirigió Morales y 37 entre los sitiados dirigidos por el jefe político don Luis Nájera”. Por otra parte los zapatistas incendiaron “todos los campos de caña y cosas de las haciendas San Cristóbal propiedad de Ignacio Lezama, otra que fue de Cristóbal Lezama, otra llamada San Miguel, otra llamada San Rafael propiedad del licenciado E. Espinoza, la hacienda de la testamentaría Miño (...) ésta última no la incendiaron pero le robaron mucho azúcar”³⁸⁰.

³⁷⁴ A esa hora según los “apuntes”. Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140-1, folios 004119 y 004120. A las 5:50 a.m. según la “copia del parte”. Cfr. AGN, FM, caja 3, exp. 77, folio 002276.

³⁷⁵ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140-1, folios 004119 y 004120.

³⁷⁶ Respecto a la identidad y el origen social de Antonio Michaca. Él era oriundo del municipio de Tehuiztzingo y descendiente directo de un rico comerciante y ganadero de la región: Catarino Michaca y Tapia. Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, p. 37.

³⁷⁷ El licenciado Leobardo Villa tenía una larga enemistad con algunos revolucionarios de Tehuiztzingo (por ejemplo Antonio Michaca). El 14 de mayo de 1909 una parte de los vecinos de Tehuiztzingo enfrentaron a las fuerzas de Vicente Popoca –el jefe político de Acatlán-. Ese día Villa –agente del Ministerio Público del mismo distrito- participó en los hechos como lugarteniente de Popoca. Cfr. *Ibid.* p. 69.

³⁷⁸ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004119 y 004120

³⁷⁹ *Ídem.*

³⁸⁰ *Ídem.*

Por último el informante afirmó que entre Joluxtla y Chazumba (dos poblaciones del distrito oaxaqueño de Huajuapán de León) había encontrado “algunos zapatistas que se dirigían a Petlalcingo (...)” “no sin exigir a [las dos primeras] “gruesas cantidades de dinero”³⁸¹.

Por suerte el jefe político elaboró un parte de los hechos. Además de constituir otra versión –acaso más dramática y exagerada- de los mismos acontecimientos con él resultan claros algunos puntos que quedan oscuros en los “apuntes”.

Según la copia del parte el día dos García Nájera recibió una “comunicación del llamado Jesús Morales, en la que éste pedía la rendición de esa plaza”. A las 5: 00 horas del día siguiente él “contesto negándole tan descabellada proposición que desde Petlalcingo se le hacía”. Cincuenta minutos más tarde “aparecían al derredor de toda la ciudad, por los cerros y sus entradas, numerosas hordas haciendo fuego terriblemente”³⁸². Las autoridades de Petlalcingo y San Jerónimo –en comunicaciones oficiales- notificaron a García que “los zapatistas que venían sobre [esa] plaza eran en número de dos mil hombres –los “apuntes” indican una cantidad mucho menor³⁸³-, de los cuales seiscientos venían sin armas”³⁸⁴.

Desde ese momento “hasta las diez y nueve minutos [a.m.] –los “apuntes” consignan una hora distinta³⁸⁵- “no cesó un momento el fuego sobre esta plaza”. A partir de aquí la versión de García Nájera difiere de los “apuntes”. Mientras los últimos refieren la llegada extemporánea del general Cuervo y el coronel ex maderista Michaca además de poner un fin no tan tardío– a las 13: 00 horas- a la cruenta embestida (momento después del cual los zapatistas “levantaron el sitio”) en la primera el redactor afirma que “en ese mismo día se rechazaron tres nuevos intentos de asalto, continuando toda la noche a un fuego lento pero bien sostenido por ambas partes” y todavía sostiene que “desde el domingo tres, después de rechazado el brusco primer asalto, principió a verse rodeada de fuego la ciudad, porque el enemigo comenzó a incendiar las fincas de caña de los ejidos, quizá para amedrentar a los que [estaban] sitiados”.

³⁸¹ Ídem.

³⁸² Cfr. AGN, FM, caja 3, exp. 77, folio 002276.

³⁸³ “(...) aparecieron como 800 zapatistas (...)”. Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004119 y 004120.

³⁸⁴ Cfr. AGN, FM, caja 3, exp. 77, folio 002276.

³⁸⁵ Una hora y nueve minutos antes. Véase AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004119 y 004120. “(...) y al toque de alarma y enemigo frente comenzó el tiroteo (...) hasta las 9 de la mañana”.

Con todo y unos cuantas diferencias temporales las dos relaciones eventuales no son mutuamente excluyentes sino -más bien- complementarias. Aun así la de García Nájera abarca cinco días más (razón por la cual no queda otra opción más que trabajar con ella a fin de reconstruir los acontecimientos posteriores).

Los dos días siguientes (4 y 5) las huestes de Morales “intentaron nuevos asaltos verdaderamente vigorosos que también fueron rechazados, continuando así hasta el día seis a las seis cuarenta p.m. -hora en la que pusieron “pies en polvorosa” (valga la expresión popular), según supuso el jefe político “por haber cesado el fuego, pues siendo ya entrada la noche, no [pudo] practicar un reconocimiento inmediato”³⁸⁶-.

El amanecer del día 7 García Nájera practicó un reconocimiento con “fuerzas del 16 ° cuerpo rural y rurales de Acatlán del Estado”. Entre otras cosas encontró que “el enemigo cruelmente rechazado y dejando muchos muertos en las posiciones que [ocupó] para sitiarse, se había retirado por el camino de Petlalcingo”: por donde “fue baleado con eficaces resultados”. Entre las tres y cuatro de la tarde del mismo día los zapatistas aparecieron nuevamente, “ocupando los cerros del poniente, llamados de San Juan, Las Flores, La Mojonera, hostilizando [los] fuertes de los cerros El Calvario y San Miguel, defendidos por fuerzas rurales del 16° cuerpo y rurales de Acatlán, continuando el asedio de [esa] plaza, con perjuicio de [los] fuertes, por tener el enemigo armamento de siete milímetros y abundancia de municiones”.

No obstante los sitiados “conservaron [sus] posiciones, cesando el fuego activo hasta la entrada de la noche, continuando con más rigor hasta las once de la mañana del día ocho, en que atravesó el campo una mujer portando un pliego” que fue a las manos de García Nájera “por conducto de [sus] avanzadas y en el que se [le] pedía la rendición de la plaza con firma de Eufemio Zapata”. El parte continúa del siguiente modo: “La mujer correo regresó llevando la negativa de [esa] jefatura y a las tres y media de la tarde principió la lentitud del fuego enemigo, por lo que se hizo salir una columna de sesenta hombres de ambas fuerzas, en reconocimiento y persecución del enemigo que definitivamente se retiró pasando por Amatitlán, rumbo a San Pablo”.

³⁸⁶ Cfr. AGN, FM, caja 3, exp. 77, folios 002276.

En otro documento García Nájera consignó algunos datos que él mismo denominó “posteriores”³⁸⁷. En conjunto ofrecen un profuso panorama del área de operaciones y de la extensa zona de refugio de los hombres del “Tuerto” Morales. El texto comienza así: “1. Los zapatistas al mando de Jesús Morales después de haber sido rechazados por los de Acatlán en su última intentona en el viernes 8 del mes en curso se retiraron por Petlalcingo, 5 leguas al Oriente de Petlalcingo donde está aún el campamento”³⁸⁸. A continuación indica que de “2.- De Petlalcingo salen al mismo viento Oriente (...) hasta internarse en las montañas y sierras desiertas en un perímetro cuadrado como de 35 0 45 leguas situadas en el estado de Oaxaca”³⁸⁹.

Enseguida señala una ruta más (que atravesaba el distrito de Huajuapam de León):

3.- Del mismo Petlalcingo al sureste salieron otros que se corren en los pueblos Tepejillo, Ixtapan, Magdalena, (San Miguel) Ixtilán, Asunción, Chila, Tlacotepec de Ibarra, Chapultepec, Rancho Chiltepín Estado de Puebla, municipio de Petlalcingo y Chila Distrito de Acatlán, Estado de Puebla. Al mismo viento se internaron en los pueblos de Zapotitlán Palmas, Ajuquililla, Santa Catarina, Amatitlán, La Concepción, Santo Domingo Yolotepec, Papalutla, Yahuatlán, San Antonio Zacatepec, Rancho de la Yerba, “el famoso Cerro Verde”, el Rancho del Cajón de Piedras, San José Ciruelos, Santo Niño Chochos, Mariscal Tacachi, Hacienda La Pradera, San Pedro Atoyac, San Miguel Atoyac, San Andrés Sabinillo, Guadalupe Hidalgo, San Lorenzo, San Agustín Atenango, San Sebastián del Monte, San Juan Reyes, San Marcos, San Francisco Yosocuta, San Vicente, San Andrés Yutatio, minas carboníferas de compañías americanas, Santa María Xochixtlapilco, San Jerónimo Silacayoapilla, Zapotitlán Palmas y Huajuapam de León que está en estos momentos amagado, todos estos pueblos forman el distrito de Huajuapam de León, Estado de Oaxaca³⁹⁰.

Y una más (que corría por el distrito de Silacayoapam):

4.- Los pueblos que forman el Distrito de Silacayoápam montañosos, son San Nicolás Ajuchitlán, San Bartolomé, Yucuyachi, Huastepec, San Francisco Paxtlahuaca, Ixpantepec

³⁸⁷ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004107, 004108 y 004109.

³⁸⁸ Ídem.

³⁸⁹ Ídem.

³⁹⁰ Ídem.

(Nieves), Santuario de Nuestra Señora de las Nieves, (Los Reyes) Michapa, San Miguel Aguacates, Santiago de Río, San Andrés Montaña, Zapotitlán Lagunas, (San Juan) Igualtepec, Calihualá, Tlapancingo, todos estos pueblos forman el distrito de Silacayoapam. Es estos pueblos están esparcidos y a estos pueblos están perjudicando³⁹¹.

Sin olvidar una serie de caminos por los cuales huían y escapaban de los más diversos peligros:

5.- Caminos de Puebla a Rosendo Márquez, Santa Inés Ahuatempan hasta Acatlán, Petlalcingo, Chila Asunción hasta Huajuapán de León. Otro camino: de Puebla a Tehuacán, Zapotitlán Salinas, Acatepec, Tequistepec a Huajuapán de León. Otro camino de Acatlán a Guadalupe, Ciruelos, Mariscala Tacachi, Pradera, Azuchitlán, (Ánimas) Trujano, Yucuyachi hasta llegan a Silacayoapam, cabecera del distrito de este nombre. De Silacayoapam por Santiago del Río, Tecomaxtlahuaca, (Santiago) Juxtlahuaca cabecera antigua de Distrito y hoy trasladada a Putla, cabecera hoy de Distrito, estado de Oaxaca. Otro camino que sale del citado Juxtlahuaca para Mixtepec hasta Tlaxiaco, uno de los centros más poblados. Todos estos puntos muy montañosos. Por este rumbo han tomado los zapatistas para reunirse. Mandar componer estos caminos por el Ministerio de Comunicaciones y quedarán expeditos para el ejército e ir a prestar auxilio a aquellos pueblos³⁹².

El asalto de Acatlán por parte de los seguidores de Morales y los eventos subsecuentes pusieron de manifiesto varias cosas. En primer término revelaron la aparición de más liderazgos propios –o nativos-: entre los cuales figuraban en primer lugar Antonio Michaca y Mariano Cuervo.

En segundo lugar demostraron la enorme capacidad movilizadora de Morales: éste podía mover alrededor o más de mil hombres. En una “ampliación de los apuntes sobre el sitio de Acatlán” un informante anónimo testificó que –por noticias que obtuvo del cura Hernández de Totoltepec y San Jerónimo- “en los últimos días de febrero [había pasado] J. Morales con 1200 zapatistas de los cuales más de la mitad estaban bien armados y el resto no lo estaba”³⁹³.

³⁹¹ Ídem.

³⁹² Ídem.

³⁹³ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004113, 00414 y 004115.

El grueso del contingente de Morales provenía del distrito de Acatlán y los pueblos circunvecinos así como de las comunidades aledañas de los distritos de Tepexi y Tecali (tal parece por los datos que recabó el autor de los apuntes anteriores). Con arreglo al mismo eclesiástico el 1 [de marzo] por la tarde había llegado “el presidente municipal de San Vicente Coyotepec, Enrique Bonilla, con 1000 hombres, unos de dicho pueblo, otros de Ixcaquixtla, otros de Atoyatempa y demás pueblos del distrito de Tepexi y Tecali (...) [todos ellos] muy mal armados. El día 2 al medio día marcharon al pueblo inmediato a Petlalcingo donde hasta ese día se hallaba Morales con su gente. Y por la mañana comenzaron a asediar a Acatlán y siguieron el lunes (...)”³⁹⁴. Aquí no sobra recordar un informe que Madero recibió a finales de febrero: en él Benjamín Balderas Márquez escribió que “varios grupos de zapatistas (...) han invadido Tepexi (...) los cuales y repartidos visitan como en su casa los pueblos del contorno del distrito citado, siendo estos pueblos Coyotepec, Ixcaquixtla, Atexcal, Atenayuca y otros más chicos”³⁹⁵- por tanto no constituía ninguna casualidad que varios de las comunidades anteriores fueran precisamente una fuente de hombres para el zapatismo-.

En tercer término dejó ver el enorme polígono de operaciones de Morales. El área contenía un campamento central permanente –Petlalcingo- y comprendía los distritos de Acatlán y Tepexi más una parte de Tecali. Sin embargo también incluía una zona de refugio de dimensiones considerables (cuyo punto más lejano y ubicable aún en la geografía política actual era Tlaxiaco –un pueblo de las montañas de Oaxaca-). En resumen las huestes del “Tuerto” Morales recorrían una región muy amplia y elástica con un teatro de guerra en Puebla y una retaguardia a modo de refugio en los distritos de Huajuapam de León y Silacayoapam.

Por último –y quizá más relevante- descubrió la magnitud de la injerencia de Eufemio Zapata en la organización y el avance de las fuerzas zapatistas en Puebla. El primer día del asalto de Acatlán Madero recibió una carta de Baraquiél M. Alatríste. Entre otras cosas la misiva reportaba el pronunciamiento en “Chila de la Sal [de] cincuenta hombres del 16° cuerpo rural, al grito de Viva Vázquez Gómez,

³⁹⁴ Ídem.

³⁹⁵ AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000918.

incorporándose a Eufemio Zapata que se encuentra en ese punto”. Eufemio –de acuerdo con Alatríste- tenía “en Chila más de quinientos hombres”³⁹⁶.

Otros documentos comprueban que Eufemio Zapata participó activamente en el sitio de Acatlán: según uno de ellos “el lunes 4 por la tarde se aproximaron los bandidos de Eufemio Zapata viniendo del rumbo de Tulcingo, Piaxtla y Chinantla en número de 400, todos mal armados; pero todos a cooperar con el sitio”³⁹⁷.

En cualquier caso él no era el único Zapata presente en la entidad. En la epístola de Alatríste a Madero (ver cita no. 70) el primero repite un rumor: “Parece que Emiliano tiene a su lado en Chiautla a tres o cuatro cabecillas y como unos cuarenta hombres de escolta (...)”. Aunque una “golondrina no hace verano” y dos tampoco cuando menos habría que hacer hincapié en otro testimonio que coincide al respecto: de acuerdo con el cual “un zapatista (...) derrotado y perdido en el campo y montes” platicó a un informante gobiernista –ver nota no. 52- “la noticia sensacional” de que Emiliano Zapata estaba en “Chiautla herido y sitiado y cercado por los federales de tal manera que por ningún lado tiene salida”³⁹⁸.

¿A qué causa o cuadro de razones obedecía la presencia en territorio poblano de los dos hermanos Zapata? En primer lugar respondía a un motivo específicamente circunstancial: en ese momento Juvencio Robles –general en jefe de la 7ª zona militar- ejercía una feroz presión sobre ellos en Morelos hasta el punto de obligarlos a abandonar (por no decir huir de) su estado natal. En segundo término atendía a un factor no tan sólo contingente y más relevante para los propósitos del presente trabajo: tal era el cambio efectivo del centro de gravedad de las actividades zapatistas.

En la práctica a partir de marzo Puebla pasó a ser el epicentro del movimiento. Una serie de documentos coetáneos al trueque geográfico de la sede principal del zapatismo hacen patente la aseveración anterior.

El tercer día del mes Benjamín Balderas Márquez –desde Tehuacán- manifestó a Madero que “aunque en [ese distrito] no [había] invadido el Zapata- Vazquismo, el Distrito de Tepexi inmediato a éste, todo está invadido así como parte de Tecamachalco

³⁹⁶ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140-1, folios 004124 y 004125.

³⁹⁷ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004113, 00414 y 004115. También en AGN, FM, caja 3, exp. 77, folios 002276 y AGN, FM, caja 6, 140- 1, 004104, 004105 y 004106.

³⁹⁸ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004119 y 004120.

y Tepeaca de este estado y por todo lo que se ve la cosa es más grave de lo que pudiera Ud. imaginarse”³⁹⁹. A renglón seguido el signatario explicó por qué: “pues la revolución ya no es un zapatismo ni vazquismo sino una revolución agrario socialista en toda forma”⁴⁰⁰. Al final remató con una fórmula patética –si bien habitual en la mayor parte de las cartas y comunicaciones no oficiales de la época remitidas al presidente de la República–: “Esto Sr. se lo dice a Ud. un amigo fiel y sincero que ha visto con sus propios ojos lo que está pasando (...)”. Pero más allá del patetismo Balderas dejó ver – en un par de renglones finales- el trasfondo angustioso de la situación: “(...) aunque ello me entristece, veo a mi pesar que es una yesca empezada a arder a merced de un ventarrón que costará mucha sangre apagarla”⁴⁰¹.

Las palabras de Balderas revelaron tres cuestiones. Por una parte las élites locales y regionales estaban preocupadas por el avance vertiginoso del zapatismo: nada parecía poder frenar tal ímpetu ni acabar con él. Por otra parte los zapatistas no eran los únicos en concitar la alarma de las autoridades maderistas de Puebla: igual que ellos – aunque en menor grado- los vazquistas aparecían y comenzaban a pulular por el estado.

En realidad la amenaza vazquista databa del año anterior. El 9 de noviembre el mismo Balderas –en ese entonces jefe político de Tehuacán- había enviado a Madero la siguiente comunicación oficial:

Informo que acabo de tener noticia de que para la semana que entra tiene por el rumbo de Santa Rosa y Río Blanco, pactado entre algunos individuos un levantamiento en que proclamarán para presidente de la República al Lic. Emilio Vázquez Gómez. Sé también que un coronel Caloca en combinación con el movimiento vazquista salió de ésta para Huamantla y que dicho Caloca tuvo en ésta una entrevista con un ingeniero Ángel Barrios de Oaxaca, un Dr. Sánchez y un Manuel Oseguera que es nativo de los Coes⁴⁰².

Tres días antes “a inmediaciones de Teotitlán del Camino, Oaxaca, [habían aparecido esa mañana] como a las 6, como 100 hombres montados y armados pidiendo dinero, armas y caballos”⁴⁰³. Al frente de ellos venía –precisamente- “un tal Oseguera”.

³⁹⁹ Cfr. AGN, FM, caja 2, 26, 000915.

⁴⁰⁰ Ídem.

⁴⁰¹ Ídem.

⁴⁰² AGN, M, caja 2, exp. 26, folio 000898.

⁴⁰³ AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000910.

Al propio tiempo Balderas sabía que “Ángel Barrios que [estaba] en Cuicatlán, Oaxaca, con su Cuartel General, también [estaba] en movimientos sediciosos”⁴⁰⁴.

Todavía en los primeros meses del año siguiente el vazquismo y los vazquistas despertaban un sentimiento de peligro inminente: el 4 de marzo –por ejemplo- un Balderas exaltado aún era capaz de efluvios chovinistas de carácter local a propósito del problema vazquista:

Estoy decidido a visitar todos los pueblos del distrito [de Tehuacán] para sacar de ellos y de los c.c. honrados y sin vicios a ver si doscientos hombres o por lo menos cien para formar un cuerpo, no sólo para resguardar a esta población sino para perseguir este desgraciado bandolerismo que bajo las rastreras ambiciones del vazquismo se está desarrollando⁴⁰⁵.

Incluso en regiones del estado alejadísimas del foco principal de ese movimiento había espacio para el temor y los arranques furibundos de orgullo local. Sólo por poner un caso el 16 de febrero “uno de los propietarios y comerciantes” de Pahuatlán –un municipio al extremo superior de la Sierra Norte de Puebla- envió al presidente de la República el siguiente comentario declamatorio:

El Vazquismo, ese partido revolucionario que tuvo su cuna en la Convención que sacó triunfante la fórmula Madero-Pino Suárez, tampoco nos ha visitado, pero si en su afán de revolucionar se presentara a nuestra vista, sabremos repeler con la fuerza cualquier intento sobre esta población⁴⁰⁶.

En resumen hacia los primeros días de marzo zapatistas y vazquistas constituían las dos fuerzas beligerantes más importantes en Puebla. De ahí que muchas veces ambas aparecieran juntas en expresiones híbridas (tales como “el Zapata- Vazquismo” de Balderas Márquez⁴⁰⁷) como si en los hechos representaran un fenómeno unitario. Por ejemplo el autor del comentario anterior refería el problema del vasquismo sin olvidar al zapatismo (aunque extrañamente –como si no tuviera una noción mínima y actualizada de la realidad imperante en los otros distritos poblanos- creía que el segundo sólo

⁴⁰⁴ Ídem.

⁴⁰⁵ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000913.

⁴⁰⁶ AGN, FM, caja 24, exp. 630- 2, folios 018024, 018025, 018026, 018027 y 018028.

⁴⁰⁷ AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000915.

afectaba al estado de Morelos): “El zapatismo, ese problema que se presenta en el Estado de Morelos, no puede llegar hasta nosotros, porque no existe aquí problema agrario en tan grande escala como en esa desgraciada entidad federativa”⁴⁰⁸.

En otros términos zapatistas y vazquistas convivían e interactuaban en ciertas zonas del estado –sobre todo en los límites de Tehuacán con Oaxaca y en el distrito de Acatlán⁴⁰⁹. Ahora, ¿qué clase de vínculo mantenían? ¿Era una relación de colaboración o por el contrario de enemistad mutua? ¿O tal vez sólo el viejo *laissez faire, laissez passer*? A juzgar por unos pocos indicios entre ellos había cierta alianza cooperativa. Cuando menos así permite pensar el comportamiento de los 50 hombres que -alrededor del 3 de marzo de 1912- al grito de “Viva Vázquez Gómez” abandonaron en Chila de la Sal las filas del 16° cuerpo rural y los cuales -tiempo seguido- pasaron a formar parte de las fuerzas de Eufemio Zapata⁴¹⁰. Por otro lado sólo a través de documentos ulteriores puede ser considerada la futura adhesión al zapatismo de Ángel Barrios –el cual hasta aquí sólo aparece como uno de los incitadores del vazquismo en la zona de contacto de Oaxaca con Tehuacán-.

Por último las palabras de Balderas Márquez al respecto de la combustión de la “yesca” y del carácter “agrario socialista” de la revolución consecuente dejaron claro el alcance y el peligro que entrañaba el avance del zapatismo en Puebla. En efecto no hay una metáfora mejor que la de “yesca” para representar la tendencia que -hacia el tercer mes del año- adoptó la rebelión en el estado.

El 3 de marzo –el mismo día en que los hombres del “Tuerto” Morales iniciaron el sitio de Acatlán- Francisco Rosas⁴¹¹(un maderista local) escribió a Madero un breve manuscrito. A grandes rasgos la hoja contenía el siguiente mensaje:

Bien, señor: como estamos viendo día a día cundir por desgracia el consabido “zapatismo” y por aquí se rumora de algunas pequeñas partidas que merodean por esta población, la que no cuenta con defensa de ninguna especie, y dado esto hemos acordado entre los vecinos,

⁴⁰⁸ Cfr. AGN, FM, caja 24, exp. 630- 2, folios 018024, 018025, 018026, 018027 y 018028.

⁴⁰⁹ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004124 y 004125.

⁴¹⁰ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004124 y 004125.

⁴¹¹ El penúltimo mes del año anterior Madero había recibido una carta de Rosas en la que el segundo decía de sí mismo: “Yo señor soy uno de los que odiaban el pasado gobierno, y por tanto asociado con otros de mis ideas, nos lanzamos a la revuelta (como lo vería Ud. en la prensa, entre ellas, ‘El País’ del 2 de junio, cuyo encabezamiento dice ‘Los maderistas en Ocotitlán’), al tomar las armas tuve que haber derrochado una pequeña fortuna fruto de mi trabajo. Cfr. AGN, FM, caja 20, exp. 491, folios 015383

repeler cualquier intentona por parte de las hordas zapatistas, para lo cual, señor presidente, no contamos con armas para este efecto, y mucho mereceríamos a Ud. librar sus respetables órdenes para que se nos den siquiera unas 30 armas con su correspondiente dotación de parque, para distribuir las (en previsión) entre las personas que me merezcan más confianza; pues ya con anterioridad se le ha dicho al c. presidente de esta población algo sobre este respecto, y éste hace caso omiso⁴¹².

El documento anterior pasaría sin “pena ni gloria” a no ser por una particularidad: provenía de Acajete, uno de los municipios de Tepeaca. Éste último era uno de los últimos distritos de Puebla (sin contar la parte norte) “limpios” todavía de las “hordas zapatistas”. Por tal razón la misiva de Rosas revestía una importancia especial. Ella probaba que –en palabras del autor- “el consabido zapatismo” no había dejado de cundir por la entidad y que el tamaño del “área zapatista” en el estado –en lugar de decrecer- cada día iba en aumento: tanto que ahora incluía un distrito intacto hasta ese momento.

La “conquista de Tepeaca” por parte de los zapatistas fue irreversible. El 23 de marzo el gerente general de los Ferrocarriles de México retransmitió a Madero un telegrama que ilustra y al mismo tiempo ayuda a comprobar la proposición afirmativa precedente:

Para su conocimiento y demás fines, tengo la honra de transcribir a Ud. el siguiente telegrama recibido ayer, a las 1: 03 p.m., procedente de Puebla, firmado por el señor E. R. Kelly, Superintendente de aquella División: A. Clark, México, 4: 00 p.m. Avisa Agente de Tepeaca avístanse partidas zapatistas en dicho pueblo, y sábase han pedido al jefe político la rendición. Los Rurales que guardan la plaza parapetados en el convento. Firmado E. R. Kelly⁴¹³.

De acuerdo con un testimonio posterior -correspondiente al 1 de septiembre del año corriente- un día después el alcalde de la cabecera distrital de Tepeaca “recibió una carta de los zapatistas pidiendo se [trasladara] a su encuentro para evitar que tomaran la plaza a sangre y fuego”⁴¹⁴. El mismo día el presidente municipal transmitió dicho

⁴¹² Cfr. AGN, FM, caja 20, exp. 491, folios 015382

⁴¹³ AGN, FM, caja 16, exp. 384- 2, s/f.

⁴¹⁴ Cfr. AGN, FM, exp. 62, caja 1389, s/f.

ocurso al jefe político de la zona y recibió de este último la orden de acudir a la cita con el único fin de procurar que “[los rebeldes] dieran garantías”⁴¹⁵. Tiempo seguido “tomaron la plaza los zapatistas exigiendo pasturas, las que pidieron a los hacendados (...)”⁴¹⁶ y dos días más adelante “(...) que regresaron pidieron dinero llevándose la cantidad de \$800. 00, pues que pedían \$400. 00”⁴¹⁷. Algunos testigos presenciales aseguraron que los ocupantes “tenían al frente 700 hombres el primer día y como 1600 el segundo”⁴¹⁸ (sin embargo no identificaron a ninguno de ellos).

La impresionante expansión de los zapatistas por el estado junto con el surgimiento de áreas de refugio en las entidades vecinas que trajo consigo contribuyó a sembrar la alarma y generó diversas manifestaciones de odio y rechazo entre las élites locales y regionales. Con todo el recelo visceral y la antipatía –que muchas veces rayaba en la vesania- tenían una base objetiva en el crecimiento a primera vista irrefrenable del zapatismo (el cual por esos días alcanzó regiones recónditas y muy lejanas de su teatro regular de operaciones). Al respecto basta presentar una prueba elocuente: el 11 de marzo Sebastián Ortiz -jefe político de San Juan Bautista Tuxtepec en Oaxaca-, desde San Miguel Soyaltepec informó a Juan Sánchez Azcona que...

Habiéndose presentado de improviso varias partidas de revoltosos; unos, procedentes del rumbo de Cuicatlán y otros de Acatlán, Amapa y La Galera, y no debiendo desamparar la cabecera, guarnecida por 80 federales al mando del mayor Rafael M. Veytia, resolví trasladarme violentamente a esta Sierra, en la que abundan simpatizadores con la causa zapatista, quienes solo esperaban la presencia de éstos para engrosar sus filas⁴¹⁹.

Por supuesto Ortiz hacía referencia a la enmarañada sierra oaxaqueña y a los pueblos serranos de los alrededores. Nueve días antes el propio Ortiz había escrito a Madero en los términos que siguen:

Ahora tengo noticias exactas de que el pueblo de Acatlán de Pérez Figueroa de este distrito, está tomado por los vazquistas y aunque de acuerdo con el Gobierno del Estado he formado

⁴¹⁵ Ídem.

⁴¹⁶ Ídem.

⁴¹⁷ Ídem.

⁴¹⁸ Ídem.

⁴¹⁹ Cfr. AGN, FM, caja 44, exp. 1197, folios 33457 y 33458.

un cuerpo de voluntarios en cada uno de los pueblos de Ojitlán, Jalapa, Usila, Ixcatlán y Soyaltepec, haciendo un número como de 300 soldados, también es verdad que no cuento con armamento y parque, pues los voluntarios tienen solo carabinas ligeras y arrifladas que no dan el resultado apetecible⁴²⁰.

El par de documentos anteriores prueban que los zapatistas –en una alianza más o menos informal con los vazquistas- mantenían un amplísimo radio de acciones. Si la retaguardia del “Tuerto” Morales comprendía una vasta porción de los distritos oaxaqueños de Huajuapam de León y Silacayoapam a la luz de los indicios precedentes no sería inválido aventurar –o sugerir- el proceso formativo de una avanzada zapatista recóndita –perceptible en las abruptas profundidades de las serranías de Oaxaca alrededor del distrito de San Juan Bautista Tuxtepec (a unos cuantos kilómetros de Veracruz)-. La magnitud del “área zapatista” en Puebla incluía las zonas de refugio adyacentes (en Morelos y Oaxaca) y las lejanas avanzadas antedichas.

Sin embargo a partir de marzo los zapatistas no sólo crecieron “hacia afuera”. También “hacia adentro” –en los distritos que más conocían y recorrían- aumentaron en número y densidad. En los primeros días del mes era posible aseverar sin ambages que “el Distrito de Tepexi (...) todo [estaba] invadido”⁴²¹. Ahí mismo entraron en juego ciertos liderazgos que –si bien no eran inéditos- hasta ese momento no habían tomado parte activa o visible en los acontecimientos.

Así el 4 de marzo Cruz Olivares – uno de los residentes del municipio de Huejónápam- notificó al presidente de la República que “el día 25 del mes próximo pasado del presente año, se [habían] presentado en [ese] pueblo, los individuos Ignacio Tobón y Dolores Damián en compañía de Trinidad Vidal y otros (...) con una orden de Emiliano Zapata, de fecha del mes de octubre del año próximo pasado, y de cuya orden, ha movido el cambio de autoridad de este pueblo y pidiendo un préstamo de 50 a un peso de cada vecindario y se marcharon por el campo de Acatlán”⁴²². En consecuencia Olivares “suplicaba” a Madero “se [sirviera contestarle] si [debía] sujetarse [esa] orden o no (...)”⁴²³.

⁴²⁰ Cfr. AGN, FM, caja 44, exp. 1197, folio 33456.

⁴²¹ AGN, FM, caja 2, exp. 26, folios 000915.

⁴²² AGN FM, caja 18, exp. 441, folio 014198.

⁴²³ Ídem.

A decir verdad las actividades de Tobón y Damián pueden ser rastreadas hasta el último mes del año anterior. El 4 de diciembre Juan N. Martínez – otro de los nativos de Huejónápam- remitió una carta a Madero en la que relacionó a ambos con “los abusos y atropellos” que cometían los caciques del lugar (en particular el ex presidente auxiliar Guillermo Huerta que “ahora se [quería] hacer pasar por maderista”)⁴²⁴. Además en vísperas de la revolución –relataba Martínez- Tobón había pedido “resguardo del Estado” para catear la casa de los maderistas locales con el objetivo de “encontrar la propaganda”. Así y todo a la fecha –terminó- había “herido a varios vecinos (...)” sin recibir castigo y seguía “cometiendo atropellos”⁴²⁵.

Fueran ciertas o no las acusaciones previas el hecho es que- hacia finales de febrero y principios de marzo de 1912- Ignacio Tobón y Dolores Damián comenzaron a aparecer al lado de los zapatistas por los lugares de Tepexi que conocían y en los que eran identificados. Líderes locales como ellos contribuyeron a que –poco a poco- el distrito completo cayera en manos del zapatismo.

En efecto el distrito de Tepexi “todo [estaba] invadido” –según las palabras del multicitado Balderas Márquez-. Pero él no era el único que conocía la situación. El 3 de marzo Madero recibió una carta de Baraquiel M. Alatraste. En ella el pariente de Aquiles Serdán reportaba que en “Ixcaquixtla, del distrito de Tepexi, [había] una partida” y al mismo tiempo “[creía] no ir desacertado si apreciara que las partidas de Tepexi [estaban] sostenidas por el cacique Herlindo Lezama que ahora [residía] en Tehuacán y que [ansiaba] volver a prestigiarse por aquel distrito”.

La misiva de Alatraste introdujo un elemento original y relevante. ¿En verdad el cacique Herlindo Lezama sostenía a las partidas zapatistas de Tepexi? ¿Los zapatistas del rumbo eran aliados de cacicazgos locales y regionales? En cualquier caso Lezama era el blanco de una larga lista de quejas.

El 21 de noviembre de 1911 los vecinos de Atoyatempan (en el distrito de Tecali) enviaron a Madero una extensa carta que contenía un perfil muy elocuente del personaje en cuestión⁴²⁶. A grandes rasgos el documento decía que Lezama era un “renombrado cacique” de la zona y que “[había] arruinado a muchos pueblos entre ellos

⁴²⁴ AGN, FM, caja 37, exp. 990, folio 028603.

⁴²⁵ Ídem.

⁴²⁶ Cfr. AGN, FM, caja 62, exp. 150, s/f.

(...) Molcaxac, Huitziltepec, Tepeyahualco y principalmente el [suyo] aprovechándose de sus terrenos y de las aguas de [su] pueblo, apoyado siempre de su compadre don Mucio Martínez, ex gobernador del Estado”⁴²⁷.

Más adelante señalaba que Lezama era socio de Luis G. Téllez –“jefe de un pequeño partido que se empeña en intrigar a toda costa y sembrar la discordia entre los vecinos”- junto con el cual y otros “socios antiguos martinistas legítimamente [habían establecido en [ese] pueblo un Club con el nombre de Francisco I. Madero (sr.) dizque para sostener la candidatura de [Madero] para presidente y vicepresidente el señor doctor Francisco Vázquez Gómez de la República” cuando –en realidad- el objeto de los “referidos señores [era] ocupar los puestos públicos, como son el ser presidente y demás regidores para evitar que todo el pueblo le exija grandes responsabilidades al referido cacique Herlindo Lezama, porque adeuda como seis mil pesos, que aproximadamente importaron los arrendamientos de las aguas de este pueblo (...)”⁴²⁸.

Hasta dos meses más tarde –el 28 de enero del año posterior- los vecinos de Atoyatempan seguían descontentos con las con las autoridades y los cacicazgos locales –cuando menos así consta en unos “informes reservados” acerca del zapatismo⁴²⁹-:

En Atoyatempan, del distrito de Tecali, un llamado Nabor Juárez, protegido de don Jesús García y de los caciques del rumbo ha cometido y comete enormes atropellos y tiene asolada a la población. Cuenta con unos veinte hombres partidarios suyos que siempre le ayudan y que han vuelto a apoderarse de la situación del municipio, continuando ellos como caciques. El actual jefe político de Tecali, que pertenece al antiguo régimen los protege. En este Distrito hay enorme descontento contra las autoridades. El Jefe Político y el Juez han convertido en comercio la justicia. Últimamente un individuo de apellido Lezama, mató a un hombre en la hacienda del Rincón, y ni quince días duró su proceso, porque le entregaron al juez Dimas González una cantidad. Este juez es un ebrio que cuando viene a Puebla los conducen los gendarmes a la Prevención pero lo apoyan porque hay un negocio que patrocina el licenciado Pérez Marín que desean salga adelante⁴³⁰.

⁴²⁷ Ídem.

⁴²⁸ Ídem.

⁴²⁹ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004135 y 004136.

⁴³⁰ Ídem.

Con o sin el patrocinio de Lezama –por ahora una cuestión imposible de zanjar con absoluta certidumbre- en el transcurso de marzo los zapatistas crecieron “hacia adentro” en Tepexi y Tecali. Al mismo tiempo la “invasión” llegó a cubrir “una parte”⁴³¹ de Tecamachalco –que en febrero constituía apenas un reservorio de rebeldía⁴³²-.

El mismo efecto –aunque a un ritmo diferente - aconteció en otros escenarios regulares del “área zapatista”. En primer lugar la feracidad de los zapatistas en la región cañera de Izúcar de Matamoros provocó el recrudecimiento de la represión contra ellos en los límites de ese distrito. A finales de ese mes el gerente general de los Ferrocarriles Nacionales de México retransmitió al presidente de la República el telegrama consecutivo:

A. Clark, México, “11: 45 a.m. (marzo 26), el conductor Kennedy del tren no. 32, y el Agente de Teruel, avisan que hay como 400 zapatistas que han tomado a Tatetla, y están esperando el tren. Nuestros alambres están en tierra al norte de Teruel, y al sur de Matamoros. Los dos trenes de soldados están ahora en Matamoros, y han tenido que ir a proveerse de agua. He notificado al general Robles la situación, y detendré el no. 32 en Teruel hasta que ambos trenes de soldados hayan pasado por Teruel. Firmado por E. R. Kelly⁴³³.

El mismo día Juvencio Robles registró un tiroteo “en las inmediaciones de Tepeojuma en donde se dispersó el enemigo siendo derrotado, haciéndoseles siete muertos, dos heridos”⁴³⁴. Dos días más adelante él mismo sostuvo un combate con un grupo “algo numeroso que atacaba la Hacienda de Tatetla” e informó a Madero que “entre los muertos que se hicieron al enemigo además de tres cabecillas, uno que se titulaba general Julio Tapia que cinco días antes había firmado el nombramiento de teniente coronel a un cabecilla Vallina que también murió”⁴³⁵.

Antes de revelar otra parte de la comunicación de Robles cabe comentar la muerte del cabecilla Julio Tapia. Toda vez que el 5 de enero había aparecido –junto con

⁴³¹ Ídem.

⁴³² Cfr. nota al pie de página número 368.

⁴³³ Cfr. AGN, FM, caja 16, exp. 384- 2, folio 012410

⁴³⁴ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folio 35551.

⁴³⁵ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folio 35553.

el “Tuerto” Morales- en el sitio fallido de Piaxtla y Chinantla⁴³⁶ la presencia de Tapia en los confines norteños del distrito de Izúcar de Matamoros –Santa María Tatetla quedaba en el camino a Atlixco (un poco antes de Tepeojuma)- manifiesta los largos recorridos que hacía ese cabecilla (a primera vista con un alcance puramente municipal) y la amplia zona por la que podía circular o entrar en batalla.

Con todo y la muerte de un valioso jefe zapatista nativo Robles advertía al presidente de la República que “aun cuando esta situación [parecía] ser favorable, en el fondo, por lo mismo que se ven el poder de la fuerza, [había] un sentimiento oculto que [simpatizaba] con los bandoleros], y a la menor debilidad que notaren se manifestarán con toda su fuerza”⁴³⁷. El jefe de la 7ª zona militar reconocía que había gente “pronta a hacer causa común con el pillaje”⁴³⁸. Entre líneas las advertencias de Robles denotaban el profundo arraigo que los zapatistas habían logrado en la zona circunvecina a Izúcar de Matamoros y Tepeojuma.

Por otro lado diez u once días después del sitio del 3 de marzo Acatlán seguía a la expectativa: el 19 del mismo mes Joaquín Ibáñez transmitió a Madero la insistencia del gobernador del estado en relación con el peligro que “[había] de perder la plaza de Acatlán”⁴³⁹. Tal eventualidad era tanto más importante por cuanto la plaza amenazada “sería la llave para ir sobre Tehuacán”⁴⁴⁰. La máxima autoridad de Puebla creía que el general Robles no había “comprendido [dicho] riesgo” y decía que él no tenía “elementos para conjurarlo”.

Los propietarios de fincas del distrito no ignoraban la amenaza que sobrevenía: el 22 de marzo Juan Romano y otros propietarios de Acatlán giraron a Madero una circular apremiante⁴⁴¹. Primero anteponían un acto por el que tenían derecho a reclamar la atención del gobierno federal:

Hemos puesto –escribían- todos los medios a nuestro alcance para apoyar la acción del gobierno, hasta el punto de estar sosteniendo, a nuestras expensas una fuerza que ha prestado muy buenos servicios y que contribuyó a la heroica defensa que se hizo hace

⁴³⁶ Véanse las notas al pie de página con los números 347 y 348.

⁴³⁷ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folio 35553.

⁴³⁸ Ídem.

⁴³⁹ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1293- 2, folios 35643 y 35647.

⁴⁴⁰ Ídem.

⁴⁴¹ AGN, FM, caja 62, exp. 1355, s/f.

pocos días de la ciudad de Acatlán, de la que fueron rechazados con grandes pérdidas las numerosas hordas mandadas por los rebeldes Jesús Morales y Eufemio Zapata⁴⁴².

Enseguida exponían el grave problema que enfrentaban a raíz de dicho comportamiento.

Desgraciadamente, mientras se defendía la plaza de Acatlán, se cometieron terribles depredaciones en nuestras propiedades, incendiándose la mayor parte de los campos de caña, robándose los productos obtenidos ya de la zafra, destruyéndose los edificios y las herramientas y, por fin, despojándonos de los animales más útiles para el trabajo⁴⁴³.

En la parte final pedían los “elementos de seguridad” mínimos a fin de llevar a cabo la molienda de las “pequeñas cantidades de caña” que –según ellos mismos– habían quedado “aprovechables”⁴⁴⁴. Tales elementos debían llegar cuanto antes en razón de que “si la molienda no se [hacía] antes de que [finalizara] el mes próximo, [sería] imposible para después y se [aumentarían] los perjuicios sufridos ya” –entre los cuales (amagaron diplomáticamente) figuraría en primer término la imposibilidad de pagar los impuestos que gravaban “la producción del azúcar y de la panela” “con positivo perjuicio no sólo para el fisco del Estado, sino también para el de la federación”⁴⁴⁵–.

A fin de cuentas –más que de los sutiles amagues de los propietarios de fincas del distrito– para Madero y las autoridades de la entidad pesaba en mayor grado la circunstancia inobjetable de que Acatlán era la puerta de entrada –la “llave” como la definió Ibáñez– a Tehuacán y ni uno ni otras podían perder un distrito tan importante. Tal vez por eso el 23 de marzo Balderas Márquez –siempre dispuesto a halagar el oído del presidente de la República– transmitió a Madero el testimonio entusiasta subsecuente –el cual lejos de connotar necesariamente la actitud general más que la del propio remitente hacía ver la conciencia que él mismo tenía de “sentir pasos en la azotea” (según la fórmula coloquial consagrada)-:

⁴⁴² Ídem.

⁴⁴³ Ídem.

⁴⁴⁴ Ídem.

⁴⁴⁵ Ídem.

Anoche hubo en ésta una grandiosa manifestación de adhesión a Francisco I. Madero y su gobierno, de la cual resultó la apertura de un registro en que todos los c. c. se vio que se comprometen a derramar su sangre tanto por el resguardo de sus intereses como por sostener al gobierno legalmente constituido y no permitir jamás la entrega de esta plaza a los zapato-vazquistas, notándose gran entusiasmo por imitar a Huajuapán de León y Acatlán⁴⁴⁶.

Por último en el decurso de marzo aconteció algo más. Además de la emergencia de más liderazgos naturales aparecieron en Puebla algunos de los principales jefes foráneos del movimiento zapatista. Aparte del doble caso de los hermanos Zapata – Emiliano en Chiautla y Eufemio en Chila de la Sal y Acatlán- destacó el de Abraham Martínez –quien a principios del mismo mes tomó Huaquechula⁴⁴⁷ (en los límites del polígono de operaciones de Felipe Vaquero)-. Tal fenómeno obedecía –en pocas palabras- a una circunstancia que en los últimos suspiros de esa mensualidad Juvencio Robles –desde la capital de Puebla- explicó a Madero:

Esta noche sale para esa el señor teniente coronel Justiniano Gómez, miembro de su Estado Mayor, con el objeto de rendir a Ud. un informe sobre la situación actual en esta zona, principalmente en el Estado de Morelos, en donde tanta guerra ha dado el zapatismo. Después de mi última expedición, dicho Estado ha quedado en gavillitas, más bien de ladrones, que de gente de poder; el grueso del zapatismo ha pasado a este Estado, pero creo que pronto podré dispersarlo⁴⁴⁸.

Así era: “el grueso del zapatismo” había pasado a Puebla a raíz del “movimiento envolvente” que –a principios de marzo- Robles realizó contra Zapata –como consta en una comunicación oficial que recibió de parte del presidente Madero (a quien urgía “terminar con el grueso de los zapatistas, pues la situación en Chihuahua [estaba] muy delicada”⁴⁴⁹).

⁴⁴⁶ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000905.

⁴⁴⁷ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folio 004126.

⁴⁴⁸ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folio 35553.

⁴⁴⁹ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folios 35547 y 35548.

Incluso mucho antes –a finales de diciembre del año anterior- el *Correo del Sur*⁴⁵⁰ afirmaba que Puebla era en ese momento el “teatro de [las] hazañas” zapatistas y atribuía tal advenimiento a que “los forajidos (...) huyendo de Morelos, se [habían] internado en territorio poblano”⁴⁵¹. Aun el primer mes del año consecutivo unos “informes reservados” referían que “en los Distritos de Atlixco, Matamoros y Chiautla, las fuerzas que [mandaba] el señor general Eguia Lis, se [portaban] bizarramente, pero [eran] insuficientes (...), para resistir a las hordas de Zapata que va empujando el señor general Casso López”⁴⁵².

En una palabra la tendencia no era nueva: en momentos de presión insoportable los zapatistas de Morelos propendían a huir a Puebla. Sin embargo en marzo entró en juego un factor cualitativamente más importante –visto líneas arriba-: el cambio del punto neurálgico del movimiento. No sólo desde la perspectiva del general Robles los zapatistas de Morelos “[habían] quedado en gavillitas, más bien de ladrones, que de gente de poder”. También Baraquiél M. Alatraste creía que “toda vez que el estado de Morelos [estaba] casi pacificado y teniendo noticias de que Emiliano Zapata se [encontraba] en Chiautla y su hermano Eufemio en las goteras de Acatlán, sería muy conveniente que las caballerías que [habían] hecho la persecución de esos bandoleros, se reconcentrasen al Estado [de Puebla]...”⁴⁵³.

En suma –entre otras razones secundarias- la repentina presencia en Puebla de líderes zapatistas foráneos –al lado de los distintos liderazgos locales- respondía al hecho determinante de que a partir de marzo el estado pasó a ser el epicentro de la rebelión. Sin embargo los primeros no llegaron a “insuflar” vida a un zapatismo local anémico o inexistente: por el contrario estaban ahí –y no en otros lugares en los que también tenían adeptos (por ejemplo Guerrero o el Estado de México) por el hecho de que las partidas poblanas mantenían un desarrollo propio –tal vez unas más que otras pero todas por igual crecían por sí mismas con autonomía (aunque no con independencia) de los liderazgos centrales-.

⁴⁵⁰ Cfr. nota al pie de página número 344.

⁴⁵¹ Cfr. AGN, FM, caja 15, exp. 369, folio 011930.

⁴⁵² Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004135 y 004136.

⁴⁵³ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004124 y 04125.

En otros términos la llegada al estado de los jefes principales de la rebelión propulsó el crecimiento interno de los grupos zapatistas locales y regionales además de convertir a la entidad en el escenario principal del movimiento. Para entonces el zapatismo en Puebla prosperó tanto que terminó por concitar una medida extraordinaria. El 7 de abril la capital poblana despertó con una sorpresa: los principales sitios públicos aparecieron llenos de avisos. ¿Qué decían los carteles? En pocas palabras contenían una propuesta sorprendente. En todos ellos el gobernador ofrecía \$100, 000 a “la persona que [entregara], vivos o muertos, a los cabecillas revolucionarios Emiliano y Eufemio Zapata”⁴⁵⁴.

A propósito de la drástica resolución *El Día* –un periódico foráneo- pronosticó un resultado negativo: “Es tal el terror que inspiran los Zapata –afirmó-, que ni este medio servirá al gobierno para capturarlos, pues nadie se expondrá sabiendo lo que pueden los terribles bandidos”⁴⁵⁵. Además el diario arriesgó una interpretación alternativa de la estrategia en cuestión: “Parece que el gobierno ya va perdiendo la esperanza de dominar al Atila por medio de la fuerza”⁴⁵⁶. El periódico tenía razón. En lugar de fortaleza el gobierno estatal demostró una debilidad desesperada.

Los zapatistas siguieron muy activos hasta el punto de poner en riesgo la seguridad de la capital. El mismo día las fuerzas del 11° batallón volvieron a la Angelópolis. Venían de batir “a los rebeldes que se habían adueñado de la estación de San Marcos, en donde se [habían] librado varios sangrientos combates, perdiendo los zapatistas gran número de gente, mulas, caballos y armas”⁴⁵⁷. La estación ferroviaria en peligro pertenecía a la línea México- Veracruz y distaba tan sólo unos cuantos kilómetros del corazón político de la entidad. La severidad de la amenaza era tal que “por orden de la Secretaría de Guerra” el general Juvencio Robes permaneció “al frente de las fuerzas federales que [guarnecían] la plaza”⁴⁵⁸.

El presidente de la República estaba al tanto de la situación y en consecuencia trató de entrar en contacto con algunos de los protagonistas principales del drama. Hacia el 10 de abril recibió a Luis García Nájera –jefe político de Acatlán- en Chapultepec y

⁴⁵⁴ Cfr. AGN, FM, caja 13, exp. 310, folio 010025.

⁴⁵⁵ Ídem.

⁴⁵⁶ Ídem.

⁴⁵⁷ Cfr. AGN, FM, caja 13, exp. 310, folio 010025.

⁴⁵⁸ Ídem.

tenía la intención de volver a hablar con él cuando éste tuvo que salir –por órdenes directas del gobernador de Puebla- con una columna que iría a reforzar el distrito a su cargo⁴⁵⁹. Al parecer Madero y García Nájera hablaron del “problema zapatista”. El mismo día el segundo todavía escribió a Sánchez Azcona que “vería si (él y el “señor general Robles”) “[podrían] entregar buena cuenta del Tuerto Morales y socios”⁴⁶⁰ y pidió disculpas “si con motivo de asuntos delicados, relacionados con el zapatismo (...)” llegara a “distraerlo alguna vez por la vía telegráfica (...)”⁴⁶¹.

Empero Acatlán constituía sólo uno de los ojos del huracán zapatista en la entidad. Con todo las autoridades distritales implicadas juzgaban la gravedad de los acontecimientos conforme a la posición particular que cada una de ellas debía proteger: varias creían estar en el centro de la vorágine y –por consiguiente- sentían que contaban con la prerrogativa innegable de hablar personalmente con la máxima autoridad del país. Así las cosas el 11 de los corrientes Jesús Quirós –el jefe político de Chiautla- podía decir que en tal jurisdicción él procuraba “dar garantías a la sociedad y perseguir al zapatismo con toda eficacia” y al mismo tiempo afirmar –con jactancia- que hacía semejantes esfuerzos “no obstante ser [ese] Distrito casi el foco de esa calamidad”⁴⁶². Sobre la base anterior Quirós pedía a Madero “dar cuenta a [él] de viva voz de la situación en [ese] rumbo y de los medios que como conocedor del terreno [juzgaba] se podrían emplear para remediarla”.

A pesar de la creencia del jefe político de Chiautla los zapatistas mantenían simultáneamente varios “focos” de actividad en el estado. A juzgar por un “informe al señor presidente de la República”⁴⁶³ el 14 de abril aún tenían tomada la cabecera del distrito de Tepexi –de la cual había tenido que salir el jefe político (el señor Nieves Rosas) al llegar los rebeldes⁴⁶⁴-. Por otra parte al entrar a la cabecera de Tepeaca –según el mismo informe- los vecinos “repicaron las campanas y se arrojaron flores a los

⁴⁵⁹ Cfr. AGN, FM, caja 33, exp. 888, folios 025178 y 025179.

⁴⁶⁰ Cfr. Ídem.

⁴⁶¹ Ídem.

⁴⁶² Cfr. AGN, FM, caja 52, exp. 1479-2, folios 39522, 39523 y 39524.

⁴⁶³ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folio 004097.

⁴⁶⁴ Ídem.

bandidos” por órdenes directas del jefe político y el presidente municipal – “perfectamente conocidos como Vazquistas”⁴⁶⁵.

Muy cerca de la capital operaban partidas numerosas que iban y venían por las faldas boscosas de La Malinche. El 15 del mismo mes un informante gobiernista reportó la actividad de un grupo profuso de “bandidos” que había llegado hasta las inmediaciones de San Miguel Canoa⁴⁶⁶:

(...) el jefe de la zona mandó perseguirlos y le trajeron diecinueve prisioneros, que al decir de las personas de esos rumbos todos eran zapatistas y entre ellos se encontraban los más temibles de los cabecillas conocidos; pero con sorpresa de todos los que supimos este hecho ha llegado a nuestro conocimiento que estuvo en esta ciudad el gobernador de Tlaxcala hablando con el general Robles y que a continuación fueron puestos en libertad esos bandidos que ni cabe la menor duda son de las más malas gentes y peligrosas que merodean por la Malintzi⁴⁶⁷.

La identidad de los jefes y los integrantes de tales grupos –además de la zona de operaciones que cubrían- no puede ser determinada más que de modo indirecto e incierto. El 28 de abril Madero recibió otra carta de Francisco Rosas –el maderista de Acajete⁴⁶⁸-. A principios de marzo el segundo había solicitado al primero “siquiera unas 30 armas con su correspondiente dotación de parque” con el propósito de “repeler cualquier intentona por parte de las hordas zapatistas” que –como él mismo decía- comenzaban a “merodear” por las cercanías⁴⁶⁹. La nueva misiva de Rosas contenía el mensaje subsecuente:

Quizá aún debido a lo mucho que tiene Ud. que atender no recuerde Ud. que ya en otras veces me he dirigido a Ud. en demanda de armas para defendernos en caso de cualquier ataque por las chusmas zapatistas; bien como hasta la fecha no hemos recibido ningunas armas, aun cuando se me dijo ya se veía la manera de que éstas fueran facilitadas, y como no tenemos seguridad de ninguna especie, es el caso que el mes pasado entraron a esta población sin que se les hubiera hecho el menor daño, en 1ª por carecer de armas, y en 2ª a

⁴⁶⁵ Ídem.

⁴⁶⁶ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folio 004095.

⁴⁶⁷ Ídem.

⁴⁶⁸ En relación con la primera carta de Rosas a Madero consultar la nota al pie de página número 411.

⁴⁶⁹ Cfr. AGN, FM, caja 20, exp. 491, folio 015382.

que las autoridades así lo previnieron, y aun ellas mismas anduvieron con ellos, enseñándoles las personas que tenían, lo que los zapatistas buscaban. Ese mismo día se fueron rumbo a la Malintzi a donde los favorece lo accidentado del terreno: a los 8 días volvieron a entrar y se me buscaba con insistencia, porque habían sabido que yo había pedido armas al gobierno, para combatirlos, como yo lo supe a tiempo logré escaparme, y ofrecieron que no se retirarían de por este rumbo hasta no dar conmigo y fusilarme⁴⁷⁰.

A partir de los tres últimos documentos (sin contar el correspondiente al mes anterior) es válido sugerir la existencia de una partida zapatista que operaba entre San Miguel Canoa y Acajete –la cual (por otra parte) contaba con una zona de refugio en las boscosidades de La Malinche-. Acaso los integrantes de este grupo eran los mismos zapatistas que –a mediados de abril- entraron a la cabecera de Tepeaca al repicar de las campanas y en medio de una lluvia de flores⁴⁷¹ y tampoco resulta descabellado proponer que fueron ellos los que –a principios de mes- enfrentaron en la estación de San Marcos a las fuerzas del 11^a batallón⁴⁷². En todo caso formaban un contingente aparte de las huestes de Jesús el “Tuerto” Morales –las cuales recorrían una vasta zona cerca de la suya-.

Hasta aquí los zapatistas recorrían nueve de los trece distritos poblanos del centro y el sur del estado (los cuales ocupaban algo más de la mitad de Puebla debajo de San Juan de los Llanos –el distrito que servía de puerta de entrada a la Sierra Norte-). De los cuatro restantes mantenían en vilo al primero de ellos (Tehuacán) y constantemente amagaban con entrar al segundo (la capital). Respecto al tercero (Huejotzingo) las escasas noticias no son confiables y –por último- quizá uno de los acontecimientos más relevantes del mes en curso fue la aparición de un nuevo foco de operaciones en el cuarto de ellos: Chalchicomula.

El 16 de abril Avelino Rodríguez –el presidente municipal de Chichiquila- hizo llegar a Madero una información preocupante. El documento discurría en los términos que siguen:

⁴⁷⁰ Cfr. AGN, FM, caja 20, exp. 491, folio 015351.

⁴⁷¹ A propósito del episodio acudir a las notas al pie de página con los números 463, 464 y 465.

⁴⁷² Cfr. nota al pie de página número 455.

En nombre y ministerio de la ley y garantías individuales veo preciso dirigirme a Ud. manifestándole para su superior conocimiento y fines consiguientes lo siguiente: que soy presidente municipal de esta municipalidad perteneciente al Distrito de Chalchicomula, Estado de Puebla: participo a Ud. muy particularmente sin embargo de que en igual sentido lo hago con esta fecha al señor gobernador de mi Estado y señor jefe político de mi Distrito que se encuentran una gavilla de mal hombres rebeldes con título de zapatistas madrigados tanto en la jurisdicción de mi cargo como del municipio de Calchualco perteneciente al Estado de Veracruz capitaneados por un individuo llamado Trinidad Hernández y compañía asociados de otros de este municipio de mi cargo comenten graves disturbios y robos por estos rumbos y pretenden asesinarne: no hay paz ni garantías en esta población y sus circunvecinas porque tal gavilla de dicho caudillo molesta mucho y está ingresando más fuerza para proseguir cometiendo crímenes⁴⁷³.

La carta de Rodríguez reafirmaba y ponía en claro varias cuestiones. 1) El radio de operaciones del zapatismo en Puebla no dejaba de crecer. 2) El zapatismo en la entidad crecía con fuerza propia o –en otros términos- con relativa independencia de los liderazgos centrales morelenses y hasta de los jefes locales más fuertes. 3) No ascendía en función de los altibajos del desarrollo del movimiento en Morelos. 4) Podía prosperar aún en regiones muy distantes de los centros con mayor actividad (como Chiautla, Izúcar de Matamoros, Acatlán o Tepexi) y con condiciones o relaciones de producción diferentes de las que imperaban en el núcleo geográfico original (cañero) del zapatismo. Finalmente manifestó 5) la presencia de un liderazgo zapatista original –Trinidad Hernández- que actuó en un área inédita –hasta ahora no estudiada para el caso del zapatismo- en los límites de Puebla con Veracruz a las faldas del volcán Citlaltépetl o Pico de Orizaba.

Ante tal avance la oferta del gobernador del estado no surtió efecto aunque encontró resonancia en propuestas similares –drásticas y desesperadas-. Una de las más serias provino de Agustín del Pozo. El 18 de abril comunicó a Madero un plan conducente a “terminar con los Zapata y el `Tuerto` Morales”⁴⁷⁴. A grandes rasgos el proyecto –en los términos del autor- consistía en “formar dos escuadrones con gente de absoluta confianza para que uno de ellos se incorpore a los Zapata y el otro al Tuerto

⁴⁷³ Véase AGN, FM, caja 33, exp. 896- 1, folio 025458.

⁴⁷⁴ Cfr. AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005127 y 00518.

Morales fingiendo ser sus partidarios, para que, aprovechando la primera oportunidad los QUIEBREN como dicen los zapatistas”⁴⁷⁵. La celada inverosímil sólo ponía de relieve el azoro de los maderistas al momento de descifrar los medios de terminar o frenar el avance del zapatismo en Puebla. Sin embargo el propio Juvencio Robles aceptó la incierta proposición de Del Pozo⁴⁷⁶: no perdía nada con ensayar todas las vías posibles –hasta las más dudosas e inseguras- acaso – ¡quién sabía!- un ridículo golpe de suerte detenía el vendaval.

Antes de proseguir vale la pena hacer un paréntesis aclaratorio. Hasta el presente punto las líneas anteriores ofrecen la impresión de un avance zapatista uniforme y homogéneo. En la práctica más bien enfrentó múltiples resistencias por parte de las autoridades estatales o federales y de las élites locales o regionales que simpatizaban con el régimen maderista o que -más allá de sentir simpatía o antipatía por el régimen- sentían temor u odio hacia el auge de un movimiento -a primera vista radical y plebeyo- como el zapatista.

Por ejemplo: el 28 de abril la Mesa Directiva del Club Democrático Liberal “Jesús Olmos Contreras” de la municipalidad de Tlacotepec (Porfirio Díaz) del distrito de Tehuacán más dos de las sucursales afiliadas a tal asociación: los clubes liberales “Francisco Zarco” y “Nicolás Bravo” de Mazateópam y Zacatepec de Bravo (pueblos adscritos a dicha municipalidad), respectivamente, manifestó a Madero la adhesión y el apoyo irrestricto al “Gobierno constituido” de los trescientos socios de los tres grupos anteriores⁴⁷⁷.

Por otra parte los zapatistas no eran los únicos personajes revolucionarios actantes en Puebla. El 11 de abril Benjamín Balderas Márquez señaló la actividad subversiva de una partida que recorría la cañada de Oaxaca y que operaba por “el rumbo de las mixtecas de Huajuapán de León, Coxtlahuaca, el rumbo de Putla (...), y aún de Tlaxiaco”⁴⁷⁸. El área correspondía a la zona de refugio de las fuerzas del “Tuerto” Morales. El 19 del mismo el propio Balderas Márquez –desde Tehuacán- comunicó a Madero que “el rebelde Luis Jiménez Figueroa en compañía de Manuel Oseguera y seis

⁴⁷⁵ Ídem.

⁴⁷⁶ Cfr. AGN, FM, caja 7, exp. 179, folio 005137.

⁴⁷⁷ Cfr. AGN, FM, caja 49, exp. 1363- 2, folios 37039.

⁴⁷⁸ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000902.

y ocho más que lo acompañan, [andaban] con cierta impunidad entre la jurisdicción de la municipalidad de Coxcatlán de [ese] Distrito y la de Teotitlán del Distrito de Oaxaca entre las Haciendas de Ayotla, Tilapa, San Rafael y Axusco”⁴⁷⁹. En el primer caso el remitente no reconoció la filiación zapatista de la partida rebelde y en el otro ni Jiménez ni Oseguera pertenecían al bando zapatista: cuando mucho sabía que –a principios de noviembre de 1911- el segundo de ellos defendía la bandera del vazquismo⁴⁸⁰.

En resumen el desarrollo del zapatismo en Puebla presentó un aspecto contradictorio y de ninguna manera siguió una línea de avance homogénea y uniforme. En algunos puntos de la geografía estatal encontró la resistencia de organizaciones civiles afines a Madero. En otros compartió espacio o coexistió con partidas o grupos que pertenecían a otras tendencias revolucionarias o defendían distintos programas y principios.

Aun así hacia finales de abril los zapatistas constituían el movimiento revolucionario más pujante en el estado. En primer término abarcaban una amplia área de operaciones que iba del oeste al este y del centro al sur de Puebla. En segundo lugar disponían de varias zonas de refugio en los estados vecinos: una en las boscosidades del Popocatepetl contiguas a Morelos⁴⁸¹; otra en los vericuetos de Huajuapán de León y en las serranías de Silacayoapam⁴⁸² (sin olvidar las avanzadas recónditas en los alrededores de San Juan Bautista Tuxtepec al interior de la Cuenca del río Papaloapan⁴⁸³); y una más entre los pinos y oyameles de La Malinche en los límites con Tlaxcala. En tercer término contaban con un grupo nuevo que –mejor todavía- actuaba en una estratégica zona liminal entre Puebla y Veracruz⁴⁸⁴.

En el decurso del mes consecutivo los zapatistas no dejaron de crecer y con ello atizaron a los maderistas locales y regionales. Poco a poco la entidad experimentó una escisión primordial que la dividió en dos grandes polos: uno de los cuales reunió a los partidarios del zapatismo y el otro a los seguidores o simpatizantes del régimen maderista. Así las cosas en las semanas inmediatas el presidente de la República recibió

⁴⁷⁹ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000901.

⁴⁸⁰ Consultar nota al pie de página número 402. Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000898.

⁴⁸¹ Consultar nota al pie de página número 334.

⁴⁸² Revisar la página número 95.

⁴⁸³ Consultar la página número 102.

⁴⁸⁴ Refrendar con la información presente en la página número 114.

—desde distintos puntos de la geografía poblana- varias muestras de simpatía y promesas de apoyo —tanto de índole particular como de carácter colectivo-.

El 6 de mayo desde la capital poblana un individuo manifestó a Madero que “conociendo algo del terreno y a la gente de [ese] Estado y del de Morelos, no [era] difícil poder aprehender a los principales cabecillas de [esos] rumbos y por consiguiente, concluir con el bandolerismo de [ambos] Estados”⁴⁸⁵. A continuación el signatario precisó que “si ahora [se tomaba] la libertad de [suplicarle] con todo el respeto debido, que [le permitiera decirle] la manera de acabar en pocos días con los referidos cabecillas, [era] sólo por [ayudarlo] al restablecimiento de la paz”. En realidad la “generosidad” del oferente no obedecía tanto a un deseo patriótico inexplicable de auxiliar al mandatario como al motivo más prosaico y verosímil de que había “tenido que emigrar de una finca de caña (...) perjudicado en [sus] intereses debido a las especiales circunstancias que [habían] creado los obcecados o ambiciosos”.

El 14 del mismo mes Andrés Muñiz —“ex capitán maderista”- envió a Madero una carta en términos muy similares⁴⁸⁶. La epístola procedía del municipio de Tecmatlán (perteneciente al distrito de Acatlán) y en ella el remitente hacía referencia a otra misiva suya —enviada al mismo destinatario en septiembre de 1911- en la que había declarado “[su] lealtad al gobierno emanado del sufragio libre no sólo en su apogeo sino cuando la suerte se mostrase adversa” y en la que también había reportado que “por [esa] región del Estado se había desarrollado el zapatismo y que [él] estaba anuente a prestar [sus] pequeños servicios”⁴⁸⁷.

Enseguida Muñiz relataba que “como enseguida se [habían] cortado las vías de comunicación no [había tenido] contestación de [Madero] ni [sabía] si [había sido] en sus manos [la] mencionada carta”. A renglón seguido reconocía que en vista de que “bajaron los tropas de Victoriano Huerta” había creído que “[sus] servicios no eran ya necesarios”. Sin embargo —continuaba- tan pronto “se retiraron [esas] fuerzas y de nuevo volvióse a levantar el vandalismo tomando esta vez más incremento que antes”. En tales circunstancias —concluía- “mirando semejante desventura y que hasta los que habían militado bajo [sus] órdenes se habían rebelado, sin tomar en consideración las

⁴⁸⁵ Cfr. AGN, FM, caja 42, exp. 1143- 2, folio 32009.

⁴⁸⁶ Cfr. AGN, FM, caja 37, exp. 986, folio 028527.

⁴⁸⁷ Ídem.

potencias ni las debilidades del gobierno, sin tener en cuenta la pérdida o ganancia, [se había vuelto] a entender con [su] teniente coronel c. Benigno Véliz y [entre los dos determinaron] tomar de nuevo las armas ahí, de acompañar al gobierno en sus contiendas aunque no tuvieran sueldo alguno y hasta la fecha [estaban] en [esa]”⁴⁸⁸ -reportaba con orgullo-.

El documento de Muñiz prueba que –hasta en un momento de auge del zapatismo- Madero podía contar con aliados fieles y férreos adherentes en el corazón mismo del teatro de operaciones del “Tuerto” Morales.

Al mismo tiempo el presidente de la República recibió dos adhesiones más –que destacaban sobre el resto porque provenían del distrito de Tehuacán (rodeado y amenazado por los zapatistas)-. La primera procedía de la municipalidad de Tlacotepec (o Porfirio Díaz) y a través de ella Jesús de la Vega ofrecía un “humilde contingente de 100 voluntarios (...) que [habían] denominado ‘Rifleros de la Sierra’ (...), y que dado el entusiasmo que su formación [había] despertado en breve se [compondría] de 300 hombres, todos de infantería y como [convenía] a la topografía de esas montañas”⁴⁸⁹.

Por designación del ayuntamiento local el propio De la Vega era el comandante en jefe del incipiente cuerpo y él mismo decía que tal contingente colaboraría en la “persecución del bandolerismo que desde el mes de marzo [asolaba] los poblados y rancherías de [esa] Sierra del distrito de Tehuacán”: de ese modo coadyuvaría a la “pacificación del Estado (...) en los presentes supremos momentos de aflicción para la patria”. Después adulaba la “grandiosa obra de libertad llevada a cabo por [Madero] con tantos sacrificios para la nación” y denostaba “la ambición o el despecho de algunos malos mexicanos” que la “[trataban] de echar por tierra”⁴⁹⁰.

No obstante el flamante comandante en jefe “rogaba” a Madero que “al tomar nota de [ese] escuadrón de voluntarios (...) –“a la disposición [del presidente de la República] y que [sabrían] pelear en defensa del orden constitucional encarnado en la persona de [aquél], y en cuya voluntad también [había] estado la muestra para llevarlo a la Primera Magistratura del País en los pasados comicios”- [librara] sus respetables órdenes para que se [les proveyera] de buen armamento en cantidad de 100 carabinas

⁴⁸⁸ Ídem.

⁴⁸⁹ Cfr. AGN, FM, caja 49, exp. 1363- 2, folio 37040.

⁴⁹⁰ Ídem.

por el momento y con su dotación de correspondiente parque, pues actualmente [sus] armas con muy contadas carabinas, [eran] puras escopetas de percusión que [los colocaban] en lamentable inferioridad con las huestes rebeldes que frecuentemente [visitaban esos] poblados, y cuyas armas [habían] podido ver y apreciar con [sus] propios ojos”⁴⁹¹.

A fin de cuentas De la Vega subrayaba la premura de la solicitud arguyendo que de tal forma convenía a las “apremiantes necesidades de [esa] Sierra, pues los campamentos rebeldes sólo los [tenían] a cuatro horas de [ese] pueblo en el vecino cantón de Zongolica”⁴⁹².

La segunda adhesión provenía del pueblo de los Reyes Metzontla en la municipalidad de Zapotitlán Salinas. En ésta el 18 de mayo Jesús Crisóstomo –el presidente auxiliar- “suplicaba respetuosamente” a Madero “se [sirviera] aceptar [una] insignificante, pero sincera muestra de adhesión absoluta, que le [enviaban] desde las quebradas de [esas] montañas”⁴⁹³. Tiempo seguido el edil en funciones asentaba que ellos –los vecinos de la comunidad- rechazaban “enérgicamente toda revuelta y todo bandolerismo” y puntualizaba que “[deseaban] paz, orden y trabajo”⁴⁹⁴. Luego exculpaba al gobierno nacional de los desórdenes que ocurrían en una fracción del país y responsabilizaba de ellos a los “ambiciosos y traidores que no se [hartaban] con la sangre de sus hermanos, para satisfacer su sed insensata de poder”. “¡El pueblo –concluía el alcalde- no quiere anarquía, sino patria!”⁴⁹⁵.

¿A quiénes hacían referencia De la Vega y Crisóstomo? ¿Quiénes eran los “malos mexicanos” que promovían el “bandolerismo” y a los que denostaba el primero? ¿Quiénes eran los sanguinarios “ambiciosos y traidores” promotores de las revueltas a los que hacía alusión el texto del segundo?

En el primer caso Tlacotepec (lugar de origen de los “Rifleros de la Sierra) estaba muy cerca de las recónditas avanzadas zapatistas aledañas a San Juan Bautista Tuxtepec (motivo por el que podía servir como muro de contención a la expansión de esos grupos). No obstante De la Vega sentía mayor temor o recelo hacia ciertas partidas

⁴⁹¹ Ídem.

⁴⁹² Ídem.

⁴⁹³ Cfr. AGN, FM, caja 61, exp. 1142, s/f.

⁴⁹⁴ Ídem.

⁴⁹⁵ Ídem.

insurgentes acantonadas en Zongolica. La información -inconsistente y escasa- concerniente a la identidad y la filiación de tales grupos rebeldes sólo permite establecer algunas débiles conexiones entre ellos y la banda zapatista de Trinidad Hernández –el cual operaba entre Chichiquila (en el distrito poblano de Chalchicomula) y Calchahualco (en Veracruz)⁴⁹⁶.

En el otro caso Reyes Metzontla también formaba parte del área de actividades de las avanzadas zapatistas de la Cuenca del Papaloapan. Sin embargo al mismo tiempo estaba muy cerca de la zona de refugio del “Tuerto” Morales. En cualquier caso –junto con Tlacotepec- constituía un pequeño circuito que protegía a la ciudad de Tehuacán e inhibía el avance repentino y sin resistencia de las cuadrillas zapatistas que circulaban con ambivalencia por Puebla y Oaxaca o Veracruz.

En contrapartida a las adhesiones maderistas en el transcurso de mayo los zapatistas continuaron sumando elementos y engrosando la contextura del movimiento rebelde en el resto de las regiones que recorrían con anterioridad.

Hacia la mitad del mes en curso Benigno Alvarado reportó a Madero que un tal Juan Barrientos había enviado “con un bruto igual a él una carta al presidente de Tlaltenango en que le mandó pedir cuarenta pesos, firmada por Eufemio Zapata, y que si no daba el pueblo ese dinero iba a quemarlo”⁴⁹⁷. A decir verdad –según el mismo Alvarado- la rebeldía de Barrientos (hasta ahí un “famoso maderista” de la zona) había comenzado desde marzo del año corriente cuando “se [había ido] a unir con el asesino Zenteno”⁴⁹⁸ –con el que seguía a mediados de mayo-. Además –decía el acusador- Barrientos no residía en Tlaltenango y “sólo [iba] a su pueblo a dar sus vueltas o si no a Puebla en la calle del padre Vaquero número 3”⁴⁹⁹. Todos “sus robos –proseguía- bien ocultos se [encontraban] en las casas de Dolores Pérez y María Soledad Barrientos de Tlaltenango”⁵⁰⁰.

Adicionalmente Alvarado sostenía que Barrientos seguía libre “porque como [había trabajado] en las elecciones de ayuntamiento en el pueblo dicho resultaron las autoridades todas amigos suyos (...)” y –seguía- “como el actual presidente [era]

⁴⁹⁶ Véase nota al pie de página 473. Cfr. AGN, FM, caja 33, exp. 896, s/f.

⁴⁹⁷ Cfr. AGN, FM, caja 49, exp. 1374-2, folio 37287.

⁴⁹⁸ Ídem.

⁴⁹⁹ Ídem.

⁵⁰⁰ Ídem.

pariente de Juan Barrientos aunque [sabía] que andaba con bandidos y lo [veía] por allá en el pueblo, no [decía nada], y se [dejaba] aconsejar por Ignacio Barrientos, hermano del bandido Juan, por eso –resumía Alvarado- no lo aprehendían ni lo [aprehenderían] aunque lo [vieran] de cada en cuándo por allá”⁵⁰¹.

La información de Alvarado deja en el aire un par de cuestiones. Primero: ¿a quién respondía el apelativo de “el asesino Zenteno”? Segundo: ¿hasta qué punto Barrientos dependía de Zenteno?

A primera vista la expresión de Alvarado correspondía a Benigno Zenteno –el pastor metodista poblano (originario de la comunidad de Santa Ana Coapan del distrito de Tecali) que abandonó el maderismo y abrazó la causa del zapatismo-. A juzgar por una de las únicas investigaciones orientadas a definir la figura y dibujar los contornos de tal personaje⁵⁰² a partir del 13 de julio Zenteno permaneció ocho meses en prisión –de la que escapó a Morelos⁵⁰³- y el 16 de abril del año subsecuente recibió de Emiliano Zapata el grado de general de brigada⁵⁰⁴. Por tanto resulta perfectamente plausible pensar que –hacia finales de marzo- haya entrado en contacto con Juan Barrientos. La jerarquía de uno y otro permite suponer que Barrientos dependía directamente de Zenteno –aunque no necesariamente operaba siempre con él y gozaba de cierta autonomía e independencia dentro de los estrechos límites de la jurisdicción de Tlaltenango-.

Los datos anteriores apuntan a reconocer dos liderazgos locales originales (uno de mayor rango y otro de menor categoría) al frente de un contingente y una partida –respectivamente- nuevos. Ambos (Zenteno y Barrientos) actuaban en un área vecina a la de otro liderazgo local –Juan Ubera⁵⁰⁵- si bien el segundo recorría una zona menos amplia que el primero y –hasta cierto punto- dependía de éste.

Mientras tanto los zapatistas seguían fuertes en otros distritos del estado.

Como apareció páginas más arriba el 21 de febrero las huestes del “Tuerto” Morales (en número de seiscientos) habían tomado e incendiado una hacienda –

⁵⁰¹ Ídem.

⁵⁰² María Eugenia Fuentes Bazán, “Los pastores metodistas Ángel y Benigno Zenteno y su incorporación al zapatismo (1912- 1916)”, en Laura Espejel (coordinadora), *Estudios sobre el zapatismo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000.

⁵⁰³ *Ibíd.* p. 335.

⁵⁰⁴ *Ibíd.* p. 336.

⁵⁰⁵ Cfr. nota al pie de página número 353.

propiedad de Del Pozo- ubicada en la municipalidad de Huehuetlán el Grande del distrito de Tepexi⁵⁰⁶. Pues bien todavía el 23 de mayo Madero escribió a Juvencio Robles que “el señor Agustín del Pozo, buen amigo [de los dos] que [les había] prestado importantes servicios, [temía] que los bandoleros [fueran] a atacar sus propiedades y [sufriera] perjuicios en ellas”⁵⁰⁷. En virtud de semejante aprensión suplicaba a Robles que “si lo [estimaba] conveniente le [prestara] unos cuantos soldados que [le garantizaran] sus propiedades en la Hacienda del Espíritu Santo, Huehuetlán el Grande, y Tepexi, Puebla”⁵⁰⁸.

Un día después el propio Del Pozo escribió a Madero que había dejado la carta “que [le había hecho] el favor de [darle] para el señor general Robles donde [le hacía] el favor de recomendarle que [mandara] un destacamento a la hacienda El Espíritu Santo (...), la [había dejado] en el Cuartel de la 7^a zona para que se la [remitieran]”⁵⁰⁹. Ahí mismo –un tanto escéptico- aseguró que abrigaba “muy pocas esperanzas de recibir el auxilio de la fuerza para poder levantar los 50 a 60 mil pesos que aún [le quedaban] en campos de caña y que no [habían sido] quemados por los zapatistas”⁵¹⁰.

Más adelante explicó la creciente dificultad que atravesaba “debido a que, desde el 14 de febrero [tenía] abandonada la casa que está en poder de los bandidos, quienes [habían dispuesto] de toda la cosecha de maíz del año pasado y que ascendía a 1378 cargas; de 623 cargas de panela; de todas las pasturas que había almacenadas para el año en curso; de una buena cantidad de bueyes de trabajo, así como de mulas y caballos y por último, que le [habían quemado] grandes extensiones de campos de caña y [le habían] deteriorado la maquinaria de la destiladuría y casa de calderas” –razón por la que “desde el mes de febrero no [le había] sido posible sacar un solo centavo de la hacienda para cubrir [su] presupuesto mensual que [era] de cerca de \$800. 00”⁵¹¹.

En los últimos renglones Del Pozo atribuyó “todos [esos] males” a la circunstancia de “haber dado la orden de que no se les auxiliara a los zapatistas con un solo centavo, como era [su] deber; pues [era] preferible que [lo] dejaran en la calle

⁵⁰⁶ Cfr. nota al pie de página número 362.

⁵⁰⁷ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folio 35580.

⁵⁰⁸ Ídem.

⁵⁰⁹ Cfr. AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005178 y 005179.

⁵¹⁰ Ídem.

⁵¹¹ Ídem.

como [estaba] aconteciendo, que hacer una traición al gobierno con fomentar el bandolerismo, como lo [habían] hecho, lo [estaban] haciendo y lo [seguirían] haciendo, todos los hacendados, quienes dan semanariamente fuertes cantidades, para que los dejen trabajar”⁵¹².

Las quejas de Del Pozo ponían de relieve la prolongada fortaleza de los zapatistas en la zona de Tepexi: si –como el propio quejoso aseguraba - el 23 de mayo “los bandidos” aún seguían en la hacienda “El Espíritu Santo” (en donde permanecían desde el 14 de febrero y la que tomaron e incendiaron hacia el 21 del mismo mes) llevaban ahí más de tres meses.

Por otra parte los clamores hacían patente la relación simbiótica que algunos hacendados locales habían establecido con los rebeldes. A decir verdad tal “toma y daca” no era un arreglo reciente ni exclusivo del bando zapatista. Alrededor de cuatro meses antes –el 8 de enero- Del Pozo había indicado a Madero que “varios administradores de las haciendas de caña de Matamoros Izúcar y Chiautla (...) [estaban] complicados y [ayudaban] a los zapatistas”⁵¹³. En conclusión hacia finales de mayo la simbiosis oportuna entre unos y otros no era un fenómeno novedoso.

Asimismo el 4 de mayo Balderas Márquez había dicho al “primer magistrado” de la República que...

(...) en la Hacienda de Ayotla y que se llama Ingenio Central de la propiedad de un sr. Martínez Arauna y que reside en esa [la Ciudad de México] se tiene subvencionados a los revolucionarios Manuel Oseguera, un Pérez Figueroa y algunos otros cabecillas con la mira de estar los dueños de esa finca como resguardados, que estos convenios están hechos por el Administrador de esas fincas y se sabe por boca de otros Españoles entre ellos un Gregorio Ruiz de Aguirre de ésta [Tehuacán] que se estima como socio de la casa Aldama Hermanos también de ésta, que el proceder de los anteriores también lo siguen estos últimos (Aldama Hnos.) que son dueños de la Hda. de Tilapa de este Distrito, que en la Hda. De Ayotla citada tienen manteniendo hasta los caballos de los sediciosos y para poderlos tener sin que se note esa valedura, se sabe que han simulado venta a la Hda. de esos animales, por personas y nombres que no sean conocidos⁵¹⁴.

⁵¹² Ídem.

⁵¹³ Cfr. AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005104, 005105, 005106, 005107 y 005108. Consultar también la nota al pie de página número 350.

⁵¹⁴ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000903.

A decir de Balderas “el compromiso de esa subvención [era] mientras [durara] la zafra de la caña y que después de [eso] esos revolucionarios [interrumpirían] el F. C. que va de [ésta] a Oaxaca”⁵¹⁵. Documentos previos⁵¹⁶ prueban que Oseguera y las partidas rebeldes que actuaban por los alrededores de la cañada de Tehuacán defendían la bandera del vazquismo. De ahí que valga afirmar que también ellos y no sólo los seguidores del zapatismo mantenían pactos simbióticos con los hacendados de la zona.

En síntesis hacia los últimos días de mayo los zapatistas sostenían bases y núcleos sólidos en los lugares y regiones de la entidad que recorrían con anterioridad. El 23 del mes corriente Madero remitió un enérgico exhorto a Juvencio Robles –el cual refleja mejor que cualquier otro testimonio la preocupación que la solidez de la fuerza de los zapatistas provocaba en el primero-. Después de especificar que adjuntaba “copia de un telegrama que [había recibido] de Chietla” el presidente de la República expresó la siguiente admonición: “Deseo que haga una campaña sumamente activa y que movilice todas sus tropas con objeto de aniquilar pronto a los zapatistas”⁵¹⁷. “Aniquilar a los zapatistas”: a partir de ahora tal era la consigna.

Hacia las primeras semanas del mes inmediato el hervor de los zapatistas en el estado pareció decaer. Salvo uno que otro fulgor de actividad –que dejaba ver que seguían ahí- los rebeldes no emprendieron sitios de gran envergadura ni llevaron a cabo grandes movilizaciones. En apariencia el abrupto reflujo correspondía al repentino desplazamiento del epicentro de la rebelión (el cual -a primera vista- volvió a tomar cuerpo en Morelos).

En efecto el 20 de junio Juvencio Robles reportó a la Secretaría de Guerra el resultado de las operaciones “para batir la enemigo que en numeroso grupo se encontraba posesionado de la sierra de Tepeite y pueblo de Huitzilac y pueblos inmediatos”⁵¹⁸. A juzgar por los datos que proporcionan otras fuentes de información⁵¹⁹

⁵¹⁵ Ídem.

⁵¹⁶ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000898 y AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000901, así como las notas al pie de página con los números 402, 403 y 404.

⁵¹⁷ Cfr. AGN, FM, caja 7, caja 179, folios 005178 y 005179.

⁵¹⁸ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folios 35574, 35575, 35576, 35577.

⁵¹⁹ Por ejemplo Camilo Eugenio Lund Montaña, “Fuego en la cima del mundo”: la revolución mexicana en el noroeste del estado de Morelos (1910- 1920), Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2010. Ver en específico pp. 35- 67.

alrededor de mayo y junio el noroeste de Morelos (vía de acceso a la Ciudad de México) ciertamente experimentó un incremento de las actividades zapatistas. Los seguidores de Genovevo de la O y los hombres de Francisco Pacheco –dos de los jefes rebeldes más importantes en la región- pusieron en alerta a los destacamentos federales que protegían tan importante y estratégica zona liminal.

En realidad desde principios de 1912 De la O mantenía una campaña activa y constante alrededor de Santa María Ahuacatlán (su pueblo natal): en los primeros días de febrero desde ahí había dirigido varios ataques coordinados contra la ciudad de Cuernavaca⁵²⁰. Sin embargo muy pronto las tropas federales incendiaron tal base de operaciones y con ello –a fines del mismo mes- De la O había tenido que ingresar al Estado de México⁵²¹. Desde entonces había comenzado a operar con el capitán Francisco Pacheco y junto con él recorría la línea de Tres Marías y Huitzilac. Entre abril y mayo ambos atacaron numerosos ferrocarriles (civiles y militares): dinamitaban las vías y descarrilaban los trenes o –simplemente- los emboscaban y asaltaban a los pasajeros⁵²². Al mismo tiempo otros jefes regionales (como Felipe Neri, Amador Salazar⁵²³, Lorenzo Vázquez y Abraham Martínez⁵²⁴) llevaron a cabo distintos asaltos y sitios en los alrededores del camino México-Cuernavaca: todos ellos contribuyeron a desplazar el centro de gravedad de la rebelión hacia la llave de entrada a la capital de la República (el cual ahora comprendía las montañas de Tres Marías y Huitzilac además de Tepoztlán).

A fuer del ascenso insurgente en tal área de Morelos el 20 de mayo Juvencio Robles abandonó el estado de Puebla (hasta ese momento el núcleo principal de la revuelta). Un mes después él mismo hizo un balance retrospectivo del periodo que había dedicado a combatir a los zapatistas poblanos:

⁵²⁰ *Ibíd.* p. 37.

⁵²¹ *Ídem.*

⁵²² El 30 de abril De la O y Pacheco atacaron un tren militar; el 10 del mismo mes emboscaron otro; el 16 descarrilaron uno más. A partir del 24 –tras sitiar y no tomar la plaza de Huitzilac- De la O decidió seguir emboscando “trenes y escoltas provenientes de la capital”. *Cfr. Ibíd.* pp. 38- 40.

⁵²³ El 2 de abril Salazar y Neri tomaron Tepoztlán. *Cfr. Ibíd.* p. 38.

⁵²⁴ El 15 de abril Abraham Martínez incendió la oficina de telégrafos del pueblo de Tres Marías y levantó algunos tramos de la vía férrea. *Cfr. Ídem.*

(...) mi presencia en Puebla con la poca fuerza que pude reunir sirvió para organizar la persecución del enemigo y defensa de los puestos y poblaciones que más convenía restarle al enemigo para evitar siguiera haciéndose de elementos: el resultado fue favorable, pues en poco tiempo el Estado quedó libre de aquella numerosa chusma que al mando de Eufemio Zapata, el Tuerto Morales y otros cabecillas había invadido por distintas regiones⁵²⁵.

En el mismo lugar Robles aseguró que había creado una “situación asaz satisfactoria (...) en el Estado de Puebla”⁵²⁶ y alardeó de haber reducido el zapatismo local a la expresión mínima de “pequeñas gavillitas bandoleros que habían quedado en dos o tres puntos”⁵²⁷. En virtud de tal decremento hacia los últimos días de mayo Robles decidió trasladar a Cuernavaca la sede de operaciones de la guerra contrainsurgente. Todavía el 20 de junio creía que la sierra de Huitzilac constituía “la base de la tranquilidad en el Estado [de Morelos] (...)” puesto que tal zona era “el punto concentración de los rebeldes al sentir de cerca la persecución de [sus] tropas”⁵²⁸ y —a un tiempo— sostenía que Tres Marías y Huitzilac representaban “los dos puntos importantes que [debían] conservar a todo trance (...) con el fin de conservar (...) las vías de comunicación con la Capital”⁵²⁹.

Empero el cambio del núcleo del movimiento no redundó en la extinción del zapatismo en Puebla: hasta cierto grado el desarrollo contradictorio de los grupos locales continuó con autonomía de tal circunstancia. Sólo si el zapatismo poblano hubiera representado un producto importado de Morelos o un “fruto exótico” trasplantado de un país extraño a un suelo hostil habría dependido por completo de las fluctuaciones —geográficas y políticas— de la dirección central. Sin embargo por cuanto era el resultado de un proceso propio de formación y desarrollo mantenía una dinámica interna que funcionaba con o sin la injerencia de los líderes centrales.

Asimismo toda vez que los liderazgos nativos actuaban con cierta independencia de los jefes externos una variación —prevista o imprevista— del epicentro de la revuelta podría determinar —en el peor de los casos— un crecimiento más tenue y menos vertiginoso de las partidas y contingentes rebeldes pero de ningún modo podría marcar

⁵²⁵ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folios 35574, 35575, 35576, 35577.

⁵²⁶ Ídem.

⁵²⁷ Ídem.

⁵²⁸ Ídem.

⁵²⁹ Ídem.

el fin definitivo del zapatismo en el estado. Así pues con todo y el descenso relativo del zapatismo en Puebla los jefes locales siguieron activos –aunque con un bajo perfil-.

El 11 de junio Cruz Olivares⁵³⁰ elevó a Madero la misiva quejumbrosa subsecuente:

Muy señor mío y de mi mayor respeto:

Por medio de la presente nota, tengo el gusto de manifestar a Ud. lo siguiente: que para que para este triste pueblo no tenga compromiso de las malas gentes, ya sea revolucionarios, ladrones y rateros, ser necesario en que se quiten de este lugar los individuos que siguen; principalmente Ignacio Tobón, Dolores Damián, Agustín Gómez, Juan Lima, Simón Rodríguez, Anastasio Ramírez, Faustino Luna, Gumersindo Sánchez, Tiburcio Gómez, Crescencio Herrera, Buenaventura Moreno, Abraham Rodríguez, Miguel Rodríguez, Manuel Olguín, Juan Olguín, Ambrosio Reynoso, Prisciliano Tobón, José Solano y Trinidad Vidal, estos dos últimos, que son Solano y Vidal tienen causas pendientes, el primero por abuso de dinero del señor Rafael Ocaya de Ixcaquixtla y el segundo por un balazo al señor Félix Rojas de esta vecindad, así como también a Ignacio Tobón, por haberse intencionado a mi vida, y todos estos individuos son avecindados no son natural del pueblo y para sujetar a los de la población se metieron de zapatistas y que con las armas en la mano nos quitan nuestros terrenos, que dejó nuestros abuelos que les costó de sus peculios.

El pueblo no es conforme que dichas personas sigan abusando a este pueblo en que a cada paso han de estar comprometiendo al pueblo que llevo dicho; en unas de tantas se puede destruir este pueblo por los ya citados. En consecuencia, suplico a Ud. muy encarecidamente y en nombre de los del pueblo se expulsen de este pueblo estos vándalos sin más recurso. El individuo Agustín Gómez, Ventura Moreno, Nicolás Luna y Trinidad Vidal saben muy bien por dónde se encuentran Tobón, Damián Guzmán y Emilio Gil, éstos son los que incendiaron los archivos de las oficinas de este pueblo desde el 25 al 26 del mes de febrero de este año al presente y en todas las veces siempre han venido en la casa de Gómez, Tobón y Moreno, en donde se proporcionan alimentos y pasturas para las bestias y adonde se depositan las bestias que traen robadas.

Y por todas estas razones, no es conforme la población y me repito suplicar a Ud. y en nombre de los legítimos del pueblo y maderista según el acta del club antirreleccionista del

⁵³⁰ A manera de recordatorio: Cruz Olivares era uno de los vecinos de Huejónápam (un municipio del distrito de Tepexi). Para mayor información al respecto consultar la nota al pie de página número 423.

mes de junio de 1910 que se encuentra en poder del señor gobernador Nicolás Meléndez (...)⁵³¹.

La carta precedente resulta valiosa por diferentes motivos. En primer lugar y en términos muy generales prueba que a pesar de todo los liderazgos locales poblanos seguían activos. En segundo revela un aspecto más de las operaciones de Ignacio Tobón y Dolores Damián –dos de los jefes zapatistas nativos más importantes en el distrito de Tepexi-: entre otras cosas demuestra que –hasta el presente momento- los dos actuaban únicamente alrededor de la municipalidad de Huejonápam⁵³² (de hecho la carta de Olivares procedía de tal jurisdicción) y no recorrían ni abarcaban otras áreas del distrito en cuestión -el cual también podía ser ocupado por los hombres del “Tuerto” Morales (en otras palabras Tepexi no era un coto a la disposición exclusiva de los dos primeros). Por último transmite la gran polarización que persistía entre los maderistas y zapatistas de la entidad: el remitente asociaba a los segundos con raterías y atropellos además de subrayar el carácter foráneo (“todos estos individuos son avecindados no son natural -sic- del pueblo) que los distinguía negativamente de los “naturales” o “legítimos “de la localidad. Al mismo tiempo Olivares trataba de legitimar la petición explícita en el documento anterior por medio de un recurso de apelación al maderismo de los nativos de Huejonápam: todos ellos -a diferencia de los “avecindados” zapatistas- contaban con el respaldo de formar parte de un antiguo club antirreleccionista -razón por la que (según creía el autor) merecían el apoyo irrestricto del presidente de la República-.

Pero en el curso de junio ocurrió un acontecimiento quizá más importante que los avatares y enredos de Tobón y Damián: tal fue la sorpresiva aparición de Jenaro Amezcua. A tal respecto las actividades de Amezcua llegaron a oídos de Madero a través de Benjamín Balderas Márquez -el insidioso y zalamero⁵³³ maderista de la región

⁵³¹ Cfr. AGN, FM, caja 18, exp. 441, folio 014197.

⁵³² En otras ocasiones Tobón y Damián habían aparecido en el mismo municipio de Tepexi. Una de ellas el 4 de diciembre de 1911 y otra el 4 de marzo del año subsecuente. Por tanto no es descabellado pensar que iban y venían alrededor de Huejonápam. Cfr. AGN, FM, caja 37, exp. 990, folio 028603 y AGN, FM, caja 18, exp. 441, folio 014198, respectivamente. Consultar también las notas al pie de página con los números 422 y 424.

⁵³³ La zalamería de Balderas Márquez puede ser constatada en varios documentos. Uno de los extremos puede ser constatado en AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000887. En él Balderas envía a Madero una arroba de uva y cuatro docenas de granadas y sin perder la oportunidad ausculta el terreno con la esperanza de obtener un puesto público.

de Tehuacán-. El 11 de los corrientes desde la cabecera distrital homónima Balderas transmitió al primer magistrado de la nación la información subsecuente:

Dn. Jenaro Amezcua, persona a quien Ud. probablemente conoce y acaso sabe sus intenciones de figurar como Diputado al Congreso de la Unión, ha lanzado su candidatura por este Distrito apoyado, dice, por el Partido Liberal. Pero como se servirá Ud. ver por el manifiesto que le adjunto, hace su programa procurando hacerse de adeptos bajo una forma sumamente engañosa, pues ofrece un programa imposible de cumplir y qué más bien puede dar motivo a disturbios en los pueblos, que a establecer la confianza en el Gobierno y a consolidar la paz de la República, que es a lo que todos debemos concurrir⁵³⁴.

A continuación el mismo personaje acusaba al “Sr. Amezcua” de demostrar “un bajo nivel tanto en educación como en política” y de comenzar “su lucha para obtener el triunfo enfrentándose con [él] y con otros de los candidatos, escribiendo en [su] contra artículos llenos de falsedades y de improprios, hasta el grado de [hacerlos] aparecer como científicos, como faltos de honradez, y como tal, indignos de la representación de [ese] Distrito”⁵³⁵. Más adelante Balderas decía que “[sabía] de buena fuente que el citado Amezcua [había] sido enviado a [ese] Distrito por Romero Palafox, de acuerdo con Sarabia y Soto y Gama, deshonor del Partido Liberal, exclusivamente para ser el medio por el cual Palafox [pudiera] seguir explotando a los pueblos, como antes lo estaba haciendo, valiéndose en [esa] de aquel Doc. Juan Olivier”⁵³⁶.

Finalmente Balderas advertía que “la forma de propaganda de Amezcua y su conducta política podría acarrear trastornos públicos que acaso [Madero] pudiera hacer que se evitaran, teniendo como [tenía] la ingente necesidad de fortificar su gobierno por medio de la Paz y por ende evitar a toda costa cualquier foco de perturbación social”⁵³⁷. ¿Cuál era el contenido de la propaganda de Amezcua que tanto alteraba la conciencia y la tranquilidad de Balderas Márquez? El 17 de junio Antonio M. Arenas -el jefe político de Tehuacán- dirigió a Madero un breve informe que puede ayudar a responder la pregunta antecedente:

⁵³⁴ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000894.

⁵³⁵ Ídem.

⁵³⁶ Ídem.

⁵³⁷ Ídem.

En la lid electoral que se prepara en este Distrito para la renovación de los representantes del pueblo en el Congreso de la Unión, se perfilan tres candidatos únicamente, con más vigor unos que otros, y estos son Sabino Palacios, Benjamín Balderas Márquez y Genaro Amezcua, a quienes, consecuentemente con los principios que proclamamos en la revolución que elevó a Usted dignamente a la Primera Magistratura de la Nación, he concedido todas las garantías y prerrogativas, sin crearles obstáculos en el libre ejercicio de sus derechos para trabajar sus candidaturas, no otorgando a alguno prerrogativas que perjudicaran a los otros; pero desgraciadamente el señor Amezcua, desconociendo el uso legítimo de esta libertad, ora ha lanzado en la conciencia de la clase indígena promesas de una inmediata devolución de terrenos, cosa que no podrá cumplir y recibiendo en cambio cantidades de dinero para subvenir a los gastos que demande la propaganda de su candidatura, arrojando así o fortaleciendo la simiente fecunda de ulteriores trastornos públicos (...) ⁵³⁸.

En pocas palabras el mayor delito de Amezcua consistía en lanzar “en la conciencia de la clase indígena promesas de una inmediata devolución de terrenos”. Tal era el contenido de la propaganda subversiva que -a juicio de Balderas y Arenas- podía generar terribles “perturbaciones sociales” o indeseables “trastornos públicos” y ocasionar “disturbios en los pueblos”.

Al parecer los temores del par de maderistas tenían una base objetiva. Para muestra, un botón. En el decurso de las primeras semanas de junio apareció un llamativo manifiesto a cuya cabeza figuraban los nombres de los “C. C. Genaro Amezcua y Eduardo Fuentes, candidatos liberales para Diputados propietario y suplente al Congreso de la Unión por el Distrito de Tehuacán” ⁵³⁹. Tras una breve invectiva los autores exponían cinco propósitos que -en conjunto o uno por uno- ofrecían más de un motivo de preocupación y de intranquilidad a las autoridades regionales. El primero de ellos -a la vez el más preocupante de todos- prometía “procurar la inmediata restitución de los fundos y ejidos de los pueblos, así como sus montes y aguas, por todos los medios posibles, rápidos y violentos, tanto como lo requiera el hombre de tierras que ha sido el principal móvil de la revolución pasada” ⁵⁴⁰. Tal promesa era el origen y la base del nerviosismo y el desasosiego de los rivales regionales de Amezcua.

⁵³⁸ Cfr. AGN, FM, caja 61, exp. 917, folio 1062.

⁵³⁹ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folios 000895 y 000896.

⁵⁴⁰ Ídem.

El resto del manifiesto mantenía el tono radical y popular de las primeras líneas: el segundo propósito ofrecía “procurar el aumento del salario de los trabajadores del campo para que [fuera] proporcional a sus necesidades, porque los salarios miserables que [tenían], no [bastaba] para satisfacer esas necesidades y los [tenía] sumidos en una miseria e ignorancia que es de hecho la esclavitud, de la que [los autores procurarían] libertarlos”. El tercero exponía una triple oferta: 1) “hacer que la justicia [amparara] por igual a todos los ciudadanos, suprimiendo las escandalosas preferencias que [hasta el momento tenía] para con los poderosos” y 2) suprimir “también las Jefaturas Políticas, principal instrumento de la tiranía, ejerciéndose los cargos políticos por los Presidentes municipales, electos libremente por el Pueblo como consecuencia de esa justicia y esa igualdad ante la Ley y 3) combatir “el sistema de levas y de consignaciones al servicio de las armas”⁵⁴¹. El cuarto proponía “obligar al Estado a que [impartiera] la instrucción y la educación elementales a todos los habitantes y el último -con la intención de subrayar el patrimonio ideológico y político de Amezcuá- hacía la promesa de “cumplir en fin, con los demás ideales del Partido Liberal, constantes en su programa, que enarbola como bandera heredada de nuestros mayores, la gloriosa Constitución del 57 y las Leyes de Reforma”⁵⁴².

El documento remataba con una arenga fervorosa que resumía en unas pocas líneas el martirologio laico que los dos candidatos decían conocer y estar dispuestos a sufrir y superar a propósito de los cinco puntos precedentes. El sucinto corolario oponía a los enemigos de la patria -dueños todavía del “poder corruptor del dinero” y elementos reaccionarios que poco a poco volvían a recuperar el terreno que habían perdido a raíz del reciente cataclismo revolucionario- contra los verdaderos patriotas -los demócratas genuinos que debían detener el incipiente ascenso de los anteriores -.

No se nos oculta que para conseguir el excelso fin que nos proponemos, tendremos que librar batallas tremendas contra todos los enemigos de la Patria que, con la ayuda del régimen la tiranizaron y oprimieron; enemigos tanto más temibles, cuanto que conservan aún en su poder las poderosas fortunas que labraron a costa de los menesterosos, es decir, tienen el inmenso poder corruptor del dinero y quizá una gran cantidad de influencia social

⁵⁴¹ Ídem.

⁵⁴² Ídem.

que rápidamente están reconquistando; pero nosotros tenemos en cambio, el patriotismo de todos nuestros conciudadanos, que ha despertado súbitamente de su largo sueño, a la evocación del Apóstol de la Democracia, que supo comprender la razón del hambre de tierra y justicia: que supo prometer los remedios y esperamos sabrá cumplir sus promesas. Combatiremos pues toda clase de elementos reaccionarios, porque la religión sólo es hoy un pretexto de política conservadora que sostiene sus privilegios, ya con el pretexto religioso, ya con la influencia científica, ya con el poder de su oro.

Expuestos estos propósitos, sólo nos resta reiterar nuestras promesas a nuestros futuros comitentes, si se sirven honrarnos con su confianza.

REFORMA, LIBERTAD Y JUSTICIA.

Tehuacán, Junio de 1912⁵⁴³.

A nivel regional el manifiesto antecedente constituía la carta de presentación política de Jenaro Amezcua ante la política oficial. Sin embargo a los ojos del observador actual tal hoja representa una fuente de preguntas inquietantes. Una de ellas tiene que ver con la -muchas veces- confusa trayectoria de Amezcua: si -como asegura Valentín López González (el autorizado autor de *Los compañeros de Zapata*)- en agosto de 1911 el propio Amezcua “se incorporó al zapatismo con el grado de Teniente”⁵⁴⁴ ¿cómo entender el embrollo de la candidatura y el manifiesto? O -en otros términos- ¿por qué Amezcua (“zapatista” desde principios del segundo semestre del año anterior) hacia las primeras semanas de junio de 1912 estaba compitiendo en Tehuacán por obtener un cargo público?

Por otra parte resulta difícil entender las razones -absurdas desde cualquier punto de vista- por las que un “zapatista” como él reivindicaba al “Apóstol de la Democracia” en tanto clarividente evocador del somnoliento “patriotismo” de los mexicanos cuando tal personaje apostólico constituía la cabeza de un régimen que había proscrito y que combatía a los seguidores y partidarios del zapatismo. Aún más complicado resulta comprender por qué el mismo “zapatista” -a poco más de siete meses de la publicación y difusión del Plan de Ayala (un documento clave en la ruptura definitiva de la complicada relación entre Madero y los rebeldes agraristas)- esperaba que semejante

⁵⁴³ Ídem.

⁵⁴⁴ Cfr. Valentín López Gómez, *Los compañeros de Zapata*, México, Ediciones del Gobierno del Estado de Morelos, 1980. *Ibíd.* pp. 22- 24.

apóstol -que había sabido “comprender la razón del hambre de tierra y justicia” y que había sabido “prometer los remedios”- supiera “cumplir sus promesas”.

Una de dos: o bien al menos hasta junio de 1912 Amezcua todavía no era zapatista -en cuyo caso los datos de López González serían incorrectos⁵⁴⁵- o bien era uno *sui generis* -con una singular libertad de acción y una peculiar manera de proceder al margen de la dirección general (ideológica y estratégica) del zapatismo. De las dos opciones la primera parece mucho más plausible. Para descartar la versión de la *rara avis in terris* basta evocar el concepto que -desde los últimos meses hasta el presente momento- Madero recibió al interior del movimiento rebelde: para ellos el mentado “apóstol” era un traidor y un desleal que merecía los peores insultos y denostaciones superlativas.

Los documentos personales del propio Amezcua reafirman la validez cronológica de la primera posibilidad. Entre otras cosas el fondo Madero contiene una solicitud de empleo cuya información contradice la temprana filiación zapatista del susomentado. Las líneas posteriores presentan un análisis sucinto del documento antedicho y esbozan la problemática que surge a partir de tal ensayo de cuestionamiento e interpretación.

Para empezar la ficha muestra una fecha que discuerda con la marcha cronológica de los acontecimientos. Tal es el “7 de enero de 1911”. Otros papeles de la época rubricados por Amezcua muestran el mismo error calendárico. Sin embargo una misiva fechada el 7 de febrero de 1912 desmiente los desaciertos temporales de uno y otros. En la carta esclarecedora Amezcua dirigió a Madero las palabras subsiguientes:

A mi arribo a esta capital me es grato enviar a Ud. mis saludos respetuosos y aprovecho la oportunidad para rogarle me informe si ha recibido Ud. una hoja para solicitar empleo, la que tuvo Ud. la bondad de enviarme a Tehuacán con motivo de haber solicitado a Ud. su ayuda para obtener la Oficina del Timbre de aquella población. Como hace un mes, aproximadamente, que devolví a Ud. la solicitud ya llena, y aun no me hacen ninguna indicación de la Secretaría del ramo, temo que esa carta se haya extraviado, pues esto con frecuencia me ha pasado, más aún que no vino certificada.

⁵⁴⁵ Y junto con ellos también sería errónea la información presente en Roberto Hernández Amezcua, *Jenaro Amezcua Amezcua. Un protagonista olvidado de la revolución agraria zapatista*, EE. UU., Palibrio, 2012.

La primera solicitud carta de solicitud de empleo la dirigí a Ud. el 2 de enero, la segunda con la hoja el 8 del mismo⁵⁴⁶.

Así pues la solicitud de empleo sujeta al presente análisis exhibe un año incorrecto: no salió a la luz en 1911 sino en 1912.

Resuelta la primera inconsistencia vale continuar con la segunda parte de la ficha. Tal requisito consistía en resumir los “antecedentes en el servicio público, en la pasada revolución o en las campañas electorales” de los aspirantes a ocupar un cargo público. En el caso del solicitante Amezcua los renglones contenían la información que sigue:

En este Distrito preparé la campaña electoral de 1910. Candidatos a Convención Antirreleccionista, triunfaron a pesar sufrimos la imposición. De agosto a noviembre (1910) de acuerdo con el c. Francisco I. Madero previa entrevista en San Luis Potosí, preparé aquí movimiento armado para el 20 de noviembre, fracasé por falta de recursos, pero quedó el germen de rebelión. El 18 de noviembre pasé a México perseguido, estando ahí hice viajes a Edo. de Morelos haciendo propaganda en favor de la causa, visité Cuernavaca, Jojutla, Yautepec y Cuautla, en dos meses hice esta labor. De enero al 10 de marzo trabajé comercialmente en la capital para reunir fondos y venir a este Distrito a continuar la lucha. Así lo hice, del 10 al 20 estuve oculto disponiendo lo necesario para salir a encabezar a un grupo de revolucionarios, esa misma noche fui aprehendido, estuve preso en Puebla hasta el 12 de mayo, de esta fecha hasta el 15 de agosto estuve en las filas insurgentes fungiendo como coronel al servicio de la zona norte del Estado. El 18 del mismo agosto pasé a este Distrito como delegado de la Junta ex revolucionaria a preparar las elecciones generales. Para hacer más fructífera mi labor, viajé de pueblo en pueblo dando pequeñas conferencias y a la vez constituyéndolos en clubs, así organizado el Distrito, volví a la cabecera a dirigir la campaña electoral, la que dio el resultado que se deseaba, el triunfo de la fórmula Madero- Pino Suárez. 31 clubs son los que he fundado, y con satisfacción los presento con organización de partido y con disciplina. Durante todo el tiempo de lucha política y armada, sólo al servicio de la causa me he consagrado, puedo siempre presentar documentos que lo acrediten. La junta ex revolucionaria dará mi hoja de servicios⁵⁴⁷.

⁵⁴⁶ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folios 007686 y 007687

⁵⁴⁷ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folio 007674.

La información antecedente desmiente el aserto relativo al temprano ingreso de Amezcua a las filas zapatismo. El susodicho no ingresó a tal movimiento -como quiere López González- “en agosto de 1911 (...) con el grado de Teniente”. Hasta ahí siguió del lado maderista y -según consta en un documento coetáneo⁵⁴⁸ a la solicitud de empleo- así permaneció -cuando menos- hasta el 30 de noviembre: es decir poco más de tres meses durante los cuales formó 31 clubes políticos al interior del distrito de Tehuacán con la intención preponderante de asegurar el triunfo de la fórmula Madero-Pino Suárez en las próximas elecciones generales.

Sin embargo ¿qué hizo Amezcua en los meses subsecuentes? ¿Abandonó el maderismo e ingresó -ahora sí- al zapatismo? La propia solicitud de empleo indica que al menos a principios de enero el aludido seguía fiel al maderismo. En efecto ¿qué haría el partidario de un movimiento rebelde y proscrito tratando de conseguir el puesto de administrador del timbre en Tehuacán? Aún el último día del mes Amezcua escribió a Madero una larga carta -tres grandes hojas al anverso y al reverso- en la que el segundo recibía el apelativo de “correligionario ahora Presidente”⁵⁴⁹. En ella el autor exaltaba al destinatario como un peregrino predicador de “santas doctrinas libertarias” y dividía a los mexicanos en dos grupos: uno de ellos constituido por los “intelectuales y capitalistas” “ciegos” y “obcecados” por “los fulgores oropelescos de la dictadura porfiriana” y el otro formado por los primeros seguidores bienintencionados del Partido Antirreleccionista -partidarios impolutos de los principios regeneradores de la magna lucha que “tendía a la evolución de [sus] pueblos oprimidos y que invariablemente con un cambio político [los] conduciría a la perfección moral y material”⁵⁵⁰-. Más adelante describía a detalle la labor que había hecho “a favor de la causa libertadora” y al final revelaba el objeto principal del extenso recuento:

Hoy al final de la jornada hemos visto que nuestros pocos intereses y créditos comerciales casi en su totalidad se han perdido y hoy, en vista de nuestra situación tan penosa, me he decidido dirigir a Ud. ésta para pedirle un servicio, el cual si no fuera por las circunstancias que hay y que pueden favorecerme crea Ud. señor que no le interferiría esta molestia, pues Ud. habrá observado que desde que tuve el gusto de conocerlo sólo para saludarlo y para

⁵⁴⁸ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folio 007680, 007681, 007682, 007683, 007684 y 007685.

⁵⁴⁹ Ídem.

⁵⁵⁰ Ídem.

tratar asuntos de la causa me he acercado a Ud. Consiste el servicio en que existiendo aquí la oficina del timbre en poder de un C. que en época de la dictadura fue uno de sus más decididos defensores y el que unido a otros comerciantes gobiernistas daba informes en nuestra contra. Al tomar Camerino Mendoza esta plaza, le dieron ese empleo por influencias de la camarilla de los ricos gobiernistas de que se rodea ese señor, en nada se perjudica dejando esa oficina pues es bastante acomodado, en cambio a mí se me haría un inmenso beneficio, pues la situación que guardamos es desesperada, pues toda mi familia se encuentra disgregada desde enero de 1911 y sin esperanza de abrir nuevamente nuestra casa comercial. Ante esta situación me he resuelto a solicitar su ayuda para obtener la oficina antes mencionada pues concediéndome esto me haría Ud. un gran beneficio logrando reunir a mi familia y con el tiempo volveríamos a abrir un nuevo comercio⁵⁵¹.

Una semana más tarde Amezcua todavía insistía sobre el particular. En una nueva misiva escribió a Madero las siguientes palabras:

A mi arribo a esta capital me es grato enviar a Ud. mis saludos respetuosos y aprovecho la oportunidad para rogarle me informe si ha recibido Ud. una hoja para solicitar empleo, la que tuvo Ud. la bondad de enviarme a Tehuacán con motivo de haber solicitado a Ud. su ayuda para obtener la Oficina del Timbre de aquella población. Como hace un mes, aproximadamente, que devolví a Ud. la solicitud ya llena, y aun no me hacen ninguna indicación de la Secretaría del ramo, temo que esa carta se haya extraviado, pues esto con frecuencia me ha pasado, más aún que no vino certificada.

La primera solicitud carta de solicitud de empleo la dirigí a Ud. el 2 de enero, la segunda con la hoja el 8 del mismo.

Como en un principio manifesté a Ud. he quedado en situación penosa e infinito agradecería a Ud. quedase colocado al servicio de su administración en Tehuacán, donde resido y soy conocido⁵⁵².

El 20 de febrero la simpatía de Amezcua por Madero y el régimen maderista permanecía invariable tanto que al saber por “las noticias que la prensa [les daba] que [había] estallado un movimiento armado en los Distritos de Teziutlán, Zacapoaxtla, San

⁵⁵¹ Ídem.

⁵⁵² Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folios 007686 y 007687.

Juan de los Llanos y otros pueblos del Estado de Puebla”⁵⁵³ -“henchido de un profundo sentimiento de humanidad y amor por [su] patria”- ofreció al presidente de la República “[sus] servicios para ayudar a su gobierno en la pacificación de esa zona sublevada”⁵⁵⁴. El vehemente peticionario aseguraba que “tendría positiva satisfacción en que [se le] nombrara emisario de paz y que “con todo gusto, con todo empeño trabajaría por que (los jefes de la insurrección) depusieran actitud tan impatriótica (sic)”⁵⁵⁵.

Al parecer Madero satisfizo el deseo de Amezcua: el segundo recibió del primero un acuerdo que enseguida debía llegar a manos de Juan Sánchez Azcona -el secretario particular del presidente nacional⁵⁵⁶-. A través del titular de tal secretaría el demandante recibiría una carta que “habría de [servirle] como credencial para [presentarse] ante los revolucionarios de Teziutlán con el carácter de emisario de paz”⁵⁵⁷. A creer en el testimonio del propio Amezcua el 21 del mes corriente él mismo acudió a la instancia correspondiente e “[hizo] pasar dicho acuerdo a su destino”⁵⁵⁸.

Sin embargo no obtuvo respuesta. Tres días más tarde remitió una acre y breve esquela a Sánchez Azcona. Ahí -en un tono resentido- expresó que “nunca [había creído] que servicios como los que [deseaba] prestar al gobierno se vieran tan despreciados, y más aun tratándose de correligionarios”⁵⁵⁹. A pesar de la acritud con que trató a Azcona el mismo día Amezcua manifestó a Madero que “aún no se [le entregaba] la carta que en su audiencia del 20 último [él había dispuesto] por medio de un acuerdo se [le] entregara en la Secretaría”⁵⁶⁰ y -en un registro más suave y obsecuente- repitió la oferta antelada: “Es probable que pronto vuelva a mi Estado, pero antes deseo prestar este servicio y al efecto dispondré de 15 días para el viaje”⁵⁶¹.

⁵⁵³ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folios 007688, 007689 y 007690. Según la carta de Amezcua los jefes de la insurrección eran Carlos V. Ledezma y Armando G. Ramírez -dos antiguos maderistas de la Sierra Norte de Puebla-.

⁵⁵⁴ Ídem.

⁵⁵⁵ Ídem.

⁵⁵⁶ AGN, FM, caja 10, exp. 256, folio 007691.

⁵⁵⁷ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folio 007692.

⁵⁵⁸ AGN, FM, caja 10, exp. 256, folio 007691.

⁵⁵⁹ Ídem.

⁵⁶⁰ AGN, FM, caja 10, exp. 256, folio 007692.

⁵⁶¹ Ídem.

A partir de las pruebas anteriores cabe sostener que durante los tres primeros meses de 1912 Amezcua no era tan sólo un partidario inocente e inactivo de Madero sino más bien un activo y fervoroso maderista dispuesto incluso a preservar el régimen.

Con todo comprendía la persistencia de pugnas al interior del movimiento. Al respecto compartía una visión dualista según la cual el maderismo comprendía ciudadanos “bien y mal intencionados”. Entre los primeros figuraban “aquellos que de todo corazón [habían abrazado] la causa libertadora desde sus comienzos haciendo propaganda para excitar al pueblo a que con fe, con entereza, ejercitasen sus derechos y que a la vez se aprestasen a tomar parte activa en la campaña electoral de 1910”⁵⁶² -en una palabra “los revolucionarios de corazón, los que deveras amaban a su pueblo”⁵⁶³-. Entre los segundos sobresalían cobardes y traidores o infames despechados que sólo habían recorrido el camino de la redención con el propósito de “ver realizadas sus aspiraciones bastardas”⁵⁶⁴. Los unos “con el corazón inflamado por el fuego que en un principio les diera vida para emprender la magna obra” y “orgullosos de ver la obra coronada con la mayor gloria”. Los otros con el corazón rebosante de “la nieve del despecho” y “maldiciendo la obra de redención” arrepentidos “dizque de haber tomado parte de ella”⁵⁶⁵.

En la concepción maniquea de Amezcua él mismo pertenecía al primer grupo. El 28 de enero de 1912 sobre sí mismo esbozó la siguiente imagen -acaso idealizada si bien elocuente al momento de mostrar un ejemplo concreto de semejante representación-:

Desde un principio la causa libertadora se arraigó de tal modo en mi espíritu que, desde entonces a la fecha con la fe del convencido trabajo sin tregua por aliviar un tanto los males que aquejan a los desamparados campesinos y con especialidad a los indígenas de este Distrito, mi cariño hacia el pueblo humilde y mis vehementes deseos por su mejoría, tienen razón de ser, pues desde muy joven he estado en constante contacto con él y puedo sin temor de equivocarme decir que conozco sus necesidades, y los medios para salir de la triste decadencia en que por tantos años ha estado sumergido⁵⁶⁶.

⁵⁶² Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folios 007680, 007681, 007682, 007683, 007684 y 007685.

⁵⁶³ Ídem.

⁵⁶⁴ Ídem.

⁵⁶⁵ Ídem.

⁵⁶⁶ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folios 007676, 007677, 007678 y 007679.

Así las cosas Amezcua sentía -en todo momento- la necesidad irrefrenable de confirmar el carácter genuino de cada una de las acciones que emprendía o que pensaba llevar a cabo: hasta cuando solicitó a Madero el empleo de administrador del timbre tuvo el recaudo de aclarar que “lo que [deseaba] (...) no [era] como recompensa de [sus] servicios, no, sino como una ayuda a un correligionario que [había] quedado en la ruina”⁵⁶⁷.

Asimismo Amezcua creía que la “bendita revolución” -al mismo tiempo que marcaba una ruptura con el pasado inmediato- tendía un puente histórico hacia los ideales liberales constantes en la “gloriosa Constitución del 57 y las Leyes de Reforma”⁵⁶⁸ y a través del cual los “bienintencionados revolucionarios de corazón” entrarían en “posesión del legado de [sus] inmaculados del 57”⁵⁶⁹. “Ahora sí, sr., -decía con júbilo a Madero- somos ciudadanos de una República”⁵⁷⁰. En virtud de tal transformación cualitativa consideraba que la “ocasión era propicia” al efecto de “progresar evolucionando” y sostenía que no “[había] vacilado en poner [sus] energías y [su] buena voluntad en favor del desvalido”⁵⁷¹.

Con arreglo al propio Amezcua “en vista de [sus] trabajos políticos” los “pueblos” acudían “casi en masa a [consultarle] sus asuntos que se [relacionaban] casi siempre con el ramo de justicia o sobre la cuestión agraria que [era] lo que más [preocupaba] a los pueblos”⁵⁷². Él -“[ajustándose] a lo que [su] conciencia y la justicia [le indicaba]”- “[aconsejaba] lo que [debían] hacer.”⁵⁷³ Sin embargo -aducía- “en muchos municipios y pueblos” aún permanecían las “autoridades del régimen pasado” - las cuales (según él) oponían “todo género de obstáculos a los que [deseaban] gestionar lo de sus terrenos y de acuerdo con los propietarios o administradores de fincas los [obligaban] a trabajar por un salario que en justicia no [correspondía] al excesivo trabajo que se les [imponía]”⁵⁷⁴.

⁵⁶⁷ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folios 007680, 007681, 007682, 007683, 007684 y 007685.

⁵⁶⁸ Consultar AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000895, 000896.

⁵⁶⁹ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folios 007676, 007677, 007678 y 007679.

⁵⁷⁰ Ídem.

⁵⁷¹ Ídem.

⁵⁷² Ídem.

⁵⁷³ Ídem.

⁵⁷⁴ Cfr. Ídem. Ahí Amezcua sostenía que “podría citar varias haciendas en que siendo arrendatarios se les [imponía] a trabajar 15 días del mes en favor de la finca y se les [pagaba] en razón de 50 ¢ por tarea, trabajo que [desempeñaban] en día y medio o dos días. Así como este hecho tan inicuo se cometen otros mil”.

“Ante situación tan aflictiva -resumía Amezcua- y en vista de que nadie se [preocupaba] por defender al débil en [ese] Distrito, [él mismo] con gusto [había] aceptado su defensa aún a costa de [su tranquilidad] y sufrimiento de [su] familia”⁵⁷⁵. En cualquier caso a raíz de tal determinación había atraído sobre sí la antipatía y la rabia de los “eternos explotadores del trabajador” -los cuales comprendían toda la “canalla” que “cual desecho inmundo (...) dejara la asquerosa dictadura porfiriana”.

En palabras de Amezcua tal “turba de hombres sin los más elementales principios de humanidad y justicia, no [perdía] día ni ocasión para dar informes torcidos sobre [su] conducta como Delegado del Partido Independiente de Puebla (...)”. Asimismo -aducía- en tanto ofrecía “consejos de emancipación” a los “pueblos oprimidos” -consejos que los oyentes ponían en práctica con “las naturales convulsiones del despertar de los pueblos”- los poderosos “[veían en él] una amenaza constante para sus aviesos fines” al mismo tiempo que “comprendían que de día en día [iban] perdiendo ese dominio de verdugo que siempre [habían] ejercido sobre las masas inconscientes”.

En resumen desde principios de 1912 Amezcua ganó enemigos entre los supervivientes regionales del viejo régimen. Sin embargo hasta ahí no sólo contrajo una rivalidad acérrima con los enemigos “naturales” de un rebelde victorioso (los políticos y hacendados locales “derrotados” por la revolución): al mismo tiempo despertó el recelo de algunos importantes maderistas de la zona.

A decir verdad Amezcua conocía muy bien la suma volatilidad partidista de los hombres de confianza de Madero en la región de Tehuacán. En vísperas de la lucha armada -por órdenes del máximo jefe de la insurrección en ciernes- había buscado a dos de ellos (Agustín Mont y el multimentado Benjamín Balderas Márquez) con la intención de organizar y concertar entre los tres el próximo levantamiento. Ambos “aceptaron gustosos” los proyectos revolucionarios. El primero ofreció que “estando próxima la fecha convenida (...) ayudaría [a Amezcua] con armas y hombres de su finca”. El segundo prometió que “pondría a (...) disposición [del mismo Amezcua] algunos miles

⁵⁷⁵ Ídem.

de pesos para comprar armas y que al efecto iría al Estado a cobrar unas cuentas que le debían”⁵⁷⁶.

En obediencia a “tan halagadoras promesas” Amezcua empezó a “hacer una vigorosa campaña revolucionaria en todo el Distrito” de Tehuacán y de forma concomitante llevó a cabo “algunas compras de armas a distintas casas de México, por conducto de la casa Sommer Herman, a la Tampico News, a la casa de Quintana Hnos., por conducto de don Juan Cruz comerciante de esta plaza, en Puebla a la casa de Louvier y a Dorenverg”⁵⁷⁷. No obstante al llegar la “fecha convenida” Mont y Balderas incumplieron el trato. Más tarde Amezcua relató tal episodio de la manera consiguiente:

Llegó por fin la época en que debían darme mis correligionarios los elementos ofrecidos y con gran sorpresa vi que todos sus ofrecimientos fueron vanos, pues nada me cumplieron y después cuando intentaba verlos, con la esperanza de conseguir algo, cobardemente huían de mí sin considerar en la situación tan difícil en que me habían puesto, pues ya con la autoridad en vista de mis continuos viajes había maliciado y se me vigilaba constantemente y para mi mayor desgracia la casa Sommer de México cometió la imprudencia de dirigirme un telegrama diciendo: “pedido carabinas ayer se embarcó” cuyo texto debe existir en las oficinas, al recibir este telegrama inmediatamente salí a comunicarme con mis compañeros del campo para que por primeras providencias se ocultasen, pero grande fue mi sorpresa al saber que antes de serme entregado el telegrama ya el Jefe Político había ordenado la aprehensión de mis compañeros echándolos a huir, por lo que no pude comunicarme con ellos, viéndome por tanto en la precisa necesidad de tomar el tren para esa capital el 18 de noviembre⁵⁷⁸.

Así pues incluso muy temprano -en los albores de la revolución- Amezcua mantenía una relación ríspida con los principales agentes maderistas de la región. Tal risposidad intramaderista de largo alcance explica la preocupación que hacia junio de 1912 la candidatura de Amezcua concitó tanto en Balderas Márquez -el viejo rival regional del postulante- como en Antonio M. Arenas -el jefe político en turno-.

En cualquier caso el rodeo previo contribuye a elucidar la confusa trayectoria política de Amezcua. En cuanto al ingreso del personaje en cuestión al zapatismo los

⁵⁷⁶ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folios 007676, 007677, 007678 y 007679.

⁵⁷⁷ Ídem.

⁵⁷⁸ Ídem.

párrafos aclaratorios precedentes demuestran que tal acontecimiento no pudo ocurrir ni en agosto de 1911 ni en el decurso de la primera mitad de 1912.

En suma en junio del año corriente el zapatismo en Puebla sufrió un visible reflujo. Con todo el descenso no significó el fin de los liderazgos y partidas locales. Por último el mismo mes los maderistas de Tehuacán constataron la intensa actividad proselitista de Jenaro Amezcua -el cual a pesar de que no pertenecía al movimiento zapatista prometía “inmediata devolución de terrenos”-.

En julio el reflujo comenzó a ceder. Por consiguiente el estado experimentó un nuevo incremento de las operaciones zapatistas. En tales circunstancias los jefes nativos que hasta entonces permanecían ocultos o semi-invisibles volvieron a desplegar un desempeño visible y constante.

La primera semana del mes reaparecieron los rebeldes en la zona de Atlixco. Por ejemplo una hacendada local -la viuda de Rivadeneyra- reportó que “los zapatistas casi [le habían] dejado la hacienda sin apero; pues hasta las mulas se [habían] llevado”⁵⁷⁹(aunque la informante no identificó los nombres específicos o la identidad general de los insurgentes implicados).

Algo semejante ocurrió en el distrito de Tepexi. El día 12 Juvencio Robles ordenó al comandante José Beltrán que con “la fuerza que [tenía] en el 11º Cuerpo Rural” estableciera un “destacamento de 25 hombres en la Hacienda Espíritu Santo”⁵⁸⁰. De tal forma Robles cumplió (si bien muy tardíamente⁵⁸¹) una recomendación presidencial. Aunque él mismo trató de convencer a Madero de que “no [creía] cierto que estuviera ocupada la Hacienda por la fuerza del Tuerto Morales, pues [tales] por la persecución que se les [hacía], no [hacían] pie en ninguna parte”⁵⁸² la orden que emitió refuerza la hipótesis relativa a una bastante probable reactivación de las partidas zapatistas de la zona -la mayoría de las cuales componía el grueso de las huestes de Morales-.

⁵⁷⁹ AGN, FM, caja 20, exp. 496- 3, folio 01552.

⁵⁸⁰ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folio 35565, 35556.

⁵⁸¹ Prácticamente con un mes y medio de retraso. El 23 de mayo Madero había escrito a Robles que “el señor Agustín del Pozo, buen amigo [de los dos] que [les había] prestado importantes servicios, [temía] que los bandoleros [fueran] a atacar sus propiedades y [sufriera] perjuicios en ellas” y -en virtud de semejante aprensión- el remitente suplicó al destinatario que “si lo [estimaba] conveniente le [prestara] unos cuantos soldados que [le garantizaran] sus propiedades en la Hacienda del Espíritu Santo, Huehuetlán el Grande, y Tepexi, Puebla”. Cfr. Madero 47, 1292, 35580.

⁵⁸² Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1292, folios 35565 y 35556.

Asimismo la reaparición simultánea y -a la vez- paulatina de los distintos grupos zapatistas de la entidad despertó una suspicacia concomitante en los maderistas locales y regionales -un sentimiento que había permanecido soterrado o latente durante el decremento de la actividad de los rebeldes-. Los partidarios de Madero en Puebla volvieron a abrigar temores y sospechas nerviosas sobre sí mismos. Por tal razón varios de ellos al mismo tiempo que trataron de subrayar o comprobar el maderismo propio buscaron la manera de acusar o insinuar el zapatismo de los rivales personales.

Así ocurrió con un vecino de Tecali de Herrera -la cabecera del distrito homónimo-. El 21 de julio Celerino Rojas envió a Madero un texto que -en unas cuantas líneas- ilustra el contenido del párrafo previo:

Es que, como he dicho a Ud. Antes, aquí prevalecen todos aquellos que pertenecieron al pasado régimen y son los que neutralizan la influencia benéfica que este gobierno dispensa. De aquí que no omitan medio alguno para desprestigiarme, no sólo con el nuevo jefe político que llegó a esta cabecera hará un mes, sino tal vez hasta con el señor gobernador; y así como antes para denigrarme ante el gobierno del dictador me daban a conocer como “maderista”, hoy, para desprestigiarme ante ese gobierno, tengo noticia de que se me da a conocer como opositorista, si no es que como “zapatista”, que mejor fuera que me llamaran “bandido”⁵⁸³.

Para Rojas (igual que para el maderista “promedio”) el denominativo de “zapatista” equivalía a “bandido” y era una herramienta o motivo de desprestigio al interior del microuniverso regional y de la sociedad local. A pesar de todo los renglones anteriores dejan ver una percepción muy común entre los maderistas de la época: a saber la amarga impresión de vivir una transformación inconclusa o interrumpida y superficial. Al respecto Rojas anotó “aquí prevalecen todos aquellos que pertenecieron al pasado régimen”⁵⁸⁴. Unos meses antes sobre el mismo Jenaro Amezcua había escrito que “en muchos municipios y pueblos aún [permanecían] las autoridades del régimen pasado”⁵⁸⁵ y así por el estilo.

⁵⁸³ Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1289, folio 35478.

⁵⁸⁴ Ídem.

⁵⁸⁵ Cfr. AGN, FM, caja 10, exp. 256, folios 007676, 007677, 007678 y 007679.

Por otra parte la reactivación sobredicha influyó en el surgimiento de nuevos núcleos rebeldes. A finales del mes corriente algunos vecinos de San Martín Texmelucan escribieron a Madero que “en virtud de estar constantemente amenazada [esa] plaza por las hordas zapatistas que [merodeaban] por los alrededores de [esa] municipalidad [deseaban] (...) se sirviera [concederles] el que volviera a su cargo el c. presidente municipal don José Nájera Lagarde”⁵⁸⁶. En defensa de la petición antedicha los signatarios adujeron que el individuo propuesto era “la persona más caracterizada y que [había] sabido imponerse a las citadas hordas por su arrogancia y valor notorios pues [era] la persona que en cualquier momento de alarma [salía] solo o acompañado de sus mozos y particulares a recorrer las calles y orillas de la población estimulando a todos los ciudadanos para [defenderse] en caso de ataque”⁵⁸⁷.

¿Qué grupo zapatista merodeaba por San Martín Texmelucan? ¿Quién o quiénes encabezaban y dirigían a las “hordas” que despertaban la “arrogancia y valor notorios” de “don José Nájera Lagarde”? El 6 de agosto “Macario Tepali, Encarnación Ojeda, Teodoro Ortega, Juan L. Ramírez, Francisco García y demás signatarios”⁵⁸⁸ transmitieron a Madero una extensa comunicación -cuyo contenido la convierte en una valiosa fuente de información-. En primer término los firmantes presentaron el problema que los había compelido a tomar la pluma:

Nuestro deseo era el que habláramos con usted para indicarle a Ud. Un asunto importante. Hemos perdido mucho tiempo y no hemos podido hablar con Ud. Es la causa que nos atrevemos a escribirle a Ud. pues decimos lo siguiente: pues estando en nuestro pueblo tranquilos en nuestro trabajo y el cabecilla revolucionario de San Martín Texmelucan llamado Herlindo Silva nos viene a interrumpir ya muchas veces nos anda molestando de que lo acompañemos de que se va a levantar en armas por motivo de que no ha sido cumplido el Plan de San Luis Potosí y nosotros hemos preguntado que con qué elementos cuenta y nos dijo que cuenta con armas y parque que le facilitan un general llamado Eufemio Zapata y dos coroneles que se llama Benigno Zenteno y el otro se llama Ricardo...⁵⁸⁹

⁵⁸⁶ Cfr. AGN, FM, caja 61, exp. 1378, s/f. Entre los firmantes destacaban los siguientes nombres: “Federico Aragón, Mariano Sánchez, Tomas Barrera, Luis Picazo, Miguel Escalante, Rosendo Cervantes y otros signatarios”.

⁵⁸⁷ Ídem.

⁵⁸⁸ Cfr. AGN, FM, caja 62, exp. 1384, s/f.

⁵⁸⁹ Ídem.

El extracto precedente indica la emergencia de un cabecilla inédito -Herlindo Silva- que dependía de dos jefes zapatistas de mayor rango -Eufemio Zapata y Benigno Zenteno-. Al propio tiempo revela que por el momento Silva tan sólo perseguía el objetivo de tomar las armas -razón por la cual trataba de reclutar hombres entre los campesinos de la zona-. La presencia de Eufemio Zapata y Zenteno sugiere la magnitud de la vasta área que ambos podían abarcar. Hasta aquí -aunque en términos generales y puramente aproximativos- el primero de ellos podía recorrer el distrito de Acatlán (dentro del cual operaba junto con el “Tuerto” Morales y un gran número de líderes locales de menor jerarquía) y -en menor grado- podía transcurrir por los distritos de Cholula y Huejotzingo. El segundo podía transitar con mayor libertad y naturalidad por los dos últimos distritos -en los que mantenía una red de subordinados-.

Ahora bien ¿cuáles eran los límites de la zona de influencia de Silva? En relación con tal cuestión los autores de la comunicación proporcionaron los datos consecutivos:

(...) también nos enseñó un sello que decía el sello Ejército Libertador del centro de Puebla, también lo carga el sello nos dijo que para que fuera conocido su Ejército que no son bandidos, para que dijeran que pelean por la causa, positivo es lo que nos manifestó y nos exigía mucho que consiguiéramos más gente y nos dijo que si conseguíamos gente nos pondría como en calidad de capitanes pagándonos \$2. 00 y manos libres, la gente les pagará \$1. 00 y manos libres y de trisca le contamos que si contaba nada más con nosotros o contaba con más gente, nos dijo que contaba con más gente de otras partes aunque no era de mayor número pero contaba nos dijo que contaba con los de su tierra San Martín Texmelucan con diez personas y en San Baltazar Temaxcalac cuenta con quince personas y el pueblo de Moyotzingo cuenta con once y en el pueblo de San Jerónimo cuatro personas y el en pueblo de Tlahuapan cuenta con trece personas y nosotros cuenta también y que consigamos más gente (...) ⁵⁹⁰.

En suma Silva discurría dentro de los límites de un polígono irregular que incluía -en primer término- un foco principal o vértice articulador en San Martín Texmelucan y -en segundo- al menos cuatro vértices secundarios: uno en la comunidad de San Baltazar Temaxcalac, otro en la localidad de Santa María Moyotzingo, uno más

⁵⁹⁰ Ídem.

en el pueblo de San Jerónimo Tianguismanalco y otro más -el cuarto de ellos- en la jurisdicción de Santa Rita Tlahuapan. Asimismo el teatro de operaciones de Silva persistía al interior de una región singular porque en ella el susomentado confluía e interactuaba con un par de rebeldes más: de un lado Beningo Zenteno y del otro Eufemio Zapata. Al igual que Juan Barrientos -uno de los cabecillas zapatistas del distrito de Cholula⁵⁹¹- Silva dependía de Zenteno y compartía con él una parte de Huejotzingo. Por otra parte Barrientos también respondía a las órdenes de Eufemio Zapata mientras que Silva recibía “armas y parque” del mismo personaje.

Aunque circulaba por una superficie de operaciones que permanecía subsumida a la doble influencia de Zenteno y Zapata dentro de ella Silva sostenía pactos y compromisos a título personal (a través de los cuales creó un complejo sistema local de lealtades y alianzas en el que él mismo ocupaba un lugar preponderante y fundamental). En torno a Silva orbitaban desde un administrador de hacienda hasta más de dos funcionarios regionales (con los que mantenía una relación de amistad y compadrazgo). Los denunciantes describieron así tal estructura:

(...) también nos dijo que nos diéramos valor, que de una hacienda que se llama San Jerónimo le facilitaban el administrador armas y parque y dinero y caballos y es íntimo amigo de él y otro amigo de él que es un rico que es de Moyotzingo que viene el segundo de él y nosotros le dijimos que no contara con más gente porque de repente podía saber la autoridad y lo podían aprehender y nos dijo que no podrían hacer nada porque las autoridades del Distrito de Huejotzingo todas las autoridades eran muy amigas de él, el jefe político y el juez de letras y el agente del distrito, hay días va a comer con ellos de que se llevan mucho y no les harían nada, no tengan miedo, pero la persona que lo denunciara ya quedáramos entendidos que con su vida pagaría cuando no lo podría hacer pero lo de sus compañeros podrían vengarlo y nos dijo que para el 15 de agosto o 16 tendremos que reunirnos en San Baltazar Temaxcalac o en Moyotzingo y nosotros mismos a pelear la causa justa no como los maderistas que pelearon y no ha sido culpico lo que prometieron los cabecillas y el ambicioso de Madero (...) ⁵⁹².

⁵⁹¹ Cfr. con el siguiente rango de notas: 497-501. Todas ellas contienen información sobre Juan Barrientos. Por otro lado Barrientos no era el único jefe zapatista del distrito de Cholula: ahí también operaba Juan Ubera.

⁵⁹² Cfr. AGN, FM, caja 62, exp. 1384, s/f.

Las relaciones de Silva pueden despertar el recelo del lector. ¿De qué manera un zapatista como él podía colaborar con el administrador de la hacienda de San Jerónimo? ¿Cómo podía mantener un compadrazgo terso y funcional con las “autoridades del distrito de Huejotzingo” o -peor aún- con un “rico de Moyotzingo”? Sin embargo no era la primera vez que surgían tales vínculos. A modo ejemplo vale la pena recordar el caso de Felipe Vaquero -el cual tomó las armas con el apoyo del alcalde de Tochimilco⁵⁹³- o rememorar una de las quejas de Agustín del Pozo en relación con la posición colaboracionista de “varios administradores de las haciendas de caña”⁵⁹⁴ de Izúcar de Matamoros y Chiautla (los cuales -conforme a la versión del propio quejoso- hacia principios de enero de 1912 “[estaban] complicados y [ayudaban] a los zapatistas”⁵⁹⁵ del rumbo). Tampoco resulta fútil el recurso de retrotraer la lectura al punto en que el 3 de marzo del mismo año Baraquiél M. Alatraste reporta a Madero que no “[creía] ir desacertado si [suponía] que las partidas de Tepexi [estaban] sostenidas por el cacique Herlindo Lezama”⁵⁹⁶ ni al momento en el que un vecino de Huejónápam liga a Ignacio Tobón y a Dolores Damián -los jefes del zapatismo local- con los “abusos y atropellos” que cometían los caciques del lugar.

Así como Vaquero y la pareja Tobón-Damián Silva construyó una simbiosis funcional con algunos políticos y propietarios de la región de San Martín Texmelucan. No por otra cosa los denunciantes “suplicaron” a Madero “mucho que encarecidamente no [fuera] (...) a decir que si [ellos] le [mandaron] a decir a [él] porque [comprendían] que [serían] víctimas por [Silva] (...) porque [estaban] muy penados por él”⁵⁹⁷. La súplica de absoluto anonimato por parte de los autores de la denuncia revela un miedo que sólo puede corresponder a la gran ascendencia regional de la que gozaba la fuente de tal temor. Una influencia semejante -la cual alcanzaba a comprometer a los responsables de ejercer el poder y de aplicar la justicia a nivel distrital- sin duda era capaz de generar una represalia efectiva contra los enemigos internos.

En síntesis el advenimiento de Silva vino a fortalecer la presencia del zapatismo en la región de Huejotzingo y Cholula. Los hombres que integrarían el nuevo grupo

⁵⁹³ AGN, FM, caja 17, exp. 403, folios 013111, 013112.

⁵⁹⁴ Cfr. AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005104, 005105, 005106, 005107 y 005108.

⁵⁹⁵ Ídem.

⁵⁹⁶ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140-1, folios 004124, 004125

⁵⁹⁷ Cfr. AGN, FM, caja 62, exp. 1384, s/f.

servirían de apoyo a las fuerzas rebeldes que actuaban en las zonas aledañas -de manera especial contribuirían a reforzar la capacidad de ataque de las huestes de Benigno Zenteno y con ello afianzarían el desarrollo de las partidas de menor tamaño que dependían de tal jefe (como la de Juan Barrientos en las inmediaciones de Tlaltenango) además de fortalecer el crecimiento de grupos también pequeños que operaban un poco más lejos del centro de actividades del contingente principal (como el de Juan Ubera en los alrededores de San Francisco Totimehuacán)-. Entre todos llegarían a cubrir -casi por completo- ambos distritos -desde Santa María Malacatepec (en el de Cholula) hasta Santa Rita Tlahuapan (en el de Huejotzingo).

Al mismo tiempo que el proceso precedente el “Tuerto” Morales reapareció en dos comunidades del distrito de Tepexi.

El 7 de agosto Juan M. Huerta -un vecino del pueblo de Atexcal- informó a Madero que “desde el mes de marzo las huestes de Morales [los habían] visitado siendo víctimas de saqueos, atropellos, incendios, préstamos, y acopio de armas y caballos”⁵⁹⁸. Enseguida comunicó el motivo de la particular (a saber una nueva incursión de Morales):

(...) ayer lunes 5 de los corrientes, llegó de nuevo, con 250 harapientos, todos indígenas de la tierra caliente, muy mal montados, con malas armas y sin parque. El viernes, sábado y domingo pernoctó y puso su cuartel general en San Vicente Coyotepec de donde destacó gente para Ixcaquixtla a un préstamo de \$1, 000 y otro piquete a la Hacienda de Barragán, donde mandó a descerrojar la troje de maíz y la saquearon con más de doscientas cargas, exigiendo además un préstamo de \$5, 000. El lunes como llevo dicho llegó muy temprano a esta población imponiendo un préstamo de \$1, 000 y patrullas, sacando zacate y maíz de los vecinos, habiéndose esparcido la demás gente por el monte, que acabaron con nuestros caballos que mandamos a esconder, y en las tiendas un saqueo disimulado, pidiendo con vales, y que el general pagaba, por las orillas del pueblos fueron más los abusos, pues en trapos menores dejaron a todos los pobres, porque todo se llevaron⁵⁹⁹.

Por un lado las palabras de Huerta -a mayores señas un “comerciante en ganados” y dueño de la finca “Santa Rosa” (una propiedad situada en la misma

⁵⁹⁸ Cfr. AGN, FM, caja 18, exp. 433- 1, folio 013989.

⁵⁹⁹ Ídem.

localidad⁶⁰⁰)- dejan ver la procedencia y la condición material de la mayor parte de los hombres de Morales: “250 harapientos, todos indígenas de la tierra caliente, muy mal montados, sin armas y sin parque”⁶⁰¹. A decir verdad casi por regla general Morales operaba junto con enormes muchedumbres mal provistas y desarrapadas: basta recordar que -según unos apuntes- “el cura de Santa María Totoltepec y San Jerónimo” informó a un agente maderista que “en los últimos días de febrero [había pasado] J. Morales con 1200 zapatistas de los cuales más de la mitad estaban bien armados y el resto no lo estaba”⁶⁰². Por otro señalan una de las rutas más asiduas entre todas las que Morales recorría: tal era el camino Atexcal-San Vicente Coyotepec-Ixcaquixtla. En verdad desde unos meses atrás los tres pueblos de la vía antecedente constituían otras tantas vetas de zapatistas⁶⁰³ (los cuales -la mayoría de las veces- ingresaban al contingente del “Tuerto” Morales⁶⁰⁴).

Más adelante Huerta lamentaba que “el jefe político de Tepexi no [les hubiera] dado auxilio a [sus] pueblos, que bien [hubiera] podido con los 120 que [tenía] de destacamento y los 50 federales que [andaban] en el tren carbonífero”⁶⁰⁵. A renglón seguido sostenía que “la gente de Morales [venía] tan desgraciada que [él y otros aseguraban] que con 80 los hubieran derrotado, si [ahí] les [caían] a tiempo, pues venían muy confiados”⁶⁰⁶. Por último el remitente solicitó auxilio a Madero:

Le rogamos a Ud. en obsequio de la humanidad, y de nuestras familias que libre sus respetables órdenes, a fin de que el auxilio llegue a tiempo, cada vez que se ofrezca, pues aquí hubiera sido seguro el golpe, y con la captura de este mal hombre, se quitaría el

⁶⁰⁰ Ídem.

⁶⁰¹ Ídem.

⁶⁰² Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004113, 00414 y 004115.

⁶⁰³ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folio 000918. Aquí vale la pena volver recordar un informe que el 27 de febrero Benjamín Balderas Márquez remitió a Madero. En el texto informativo Balderas notificó que “varios grupos de zapatistas que juntos [ascenderían] a doscientos” habían “invadido el distrito de Tepexi (...), los cuales y repartidos [visitaban] como en su casa los pueblos del contorno del Distrito citado, siendo estos pueblos (precisamente) Coyotepec, Ixcaquixtla, Atexcal, Atenayuca y otros más chicos”.

⁶⁰⁴ Por ejemplo: tras el sitio de Acatlán por parte de las fuerzas de Morales y Eufemio Zapata (el cual inició hacia la primera semana de marzo) un agente maderista transmitió un largo informe -del cual proviene el extracto subsecuente: “El día 1 por la tarde llegó el presidente municipal de San Vicente Coyotepec, Enrique Bonilla, con 1000 hombres, unos de dicho pueblo, otros de Ixcaquixtla, otros de Atoyatempa y demás pueblos del distrito de Tepexi y Tecali, estas gentes estaban muy mal armadas: el día 2 al medio día marcharon al pueblo inmediato Petlalcingo donde hasta ese día se hallaba Morales con su gente”. Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004113, 00414 y 004115.

⁶⁰⁵ Cfr. AGN, FM, caja 18, exp. 433- 1, folio 013989.

⁶⁰⁶ Ídem.

gobierno un bandido temible. Y que como se sabe, que ha sido la causa de la ruina de muchos pueblos. Por eso nos apresuramos a comunicárselo a Ud. porque estamos a merced de estos bandidos. Creemos que si no acuden los federales al acto mismo a conjurar el peligro, jamás terminarían estos atropellos y saqueos, pues ya no se puede soportar más⁶⁰⁷.

El clamor de Huerta refleja la magnitud del peligro que -a los ojos de un ganadero y propietario local- representaba la reaparición de Morales. A pesar de todo él no era el único en sentir el peligro del nuevo avance del zapatismo en la entidad. El 9 de agosto Jesús Gil Montaña -“cabo 1º del 23 Cuerpo Rural”⁶⁰⁸- transmitió a Madero una oferta conducente a “limpiar” el distrito de Acatlán “de la plaga de los zapatistas”.

Las hordas zapatistas que merodean en este distrito cometen infinidad de delitos atroces. No se limitan al robo, sino que asesinan, incendian, raptan y violan a las mujeres que están a su alcance. Soy oficial en depósito con el grado de cabo primero y por tanto mereceré a Ud. me diga los requisitos que debo cubrir para ponerme a la cabeza de 80 o 100 hombres que entre amigos puedo reunir. Estos, si no es posible que se les dé una gratificación, se conforman con que se les faciliten armas y parque por el superior gobierno; en el concepto de que nos comprometemos a que en el plazo de dos meses poco más o menos quede limpio este distrito de la plaga de los zapatistas. Tanto yo como los amigos que me acompañan tomamos parte en la revolución maderista, conocemos el terreno y a la mayor parte de los enemigos por cuyos motivos garantizamos el éxito⁶⁰⁹.

La transcripción literal del ofrecimiento de Gil Montaña no tiene desperdicio en tanto constituye un ejemplo muy elocuente de la terminología que un maderista de la época ocupaba al momento de describir la naturaleza criminal de las “hordas zapatistas” -compuestas (según el oferente) por unos auténticos y repulsivos monstruos: ladrones, asesinos y violadores piromaniacos-. Por todo ello merecían -igual que una “plaga”- el más cruel y absoluto de los exterminios.

Del mismo modo el párrafo de Gil Montaña descubre la intensa actividad de las partidas zapatistas que “merodeaban” por el distrito de Acatlán. Si bien el autor de la oferta no dilucidó la identidad específica de los “merodeadores” tal distrito era el campo

⁶⁰⁷ Ídem.

⁶⁰⁸ Cfr. AGN, FM, caja 13, exp. 329- 1, folio 010600.

⁶⁰⁹ Ídem.

de acción predilecto tanto del “Tuerto” Morales como de Eufemio Zapata y de una serie de jefes locales de menor relevancia -como Mariano Cuervo y Antonio Michaca-.

Alrededor de la segunda semana del mes Huerta -el vehemente vecino de Atexcal- volvió a tomar la pluma y de nueva cuenta pergeñó un breve aviso que -sin dilación- envió a Madero. En pocas palabras escribió que ya “[había] hecho las gestiones necesarias y hasta con certificado de [esa] presidencia municipal, para comprobar que [había sido] quemada en el saqueo de [su] casa que [había sufrido] a fines de febrero por los zapatistas que [habían ocupado] [esa] plaza por más de tres mil hombres”⁶¹⁰.

Por una parte el aviso en turno manifiesta la gran capacidad movilizadora que -desde muy temprano- logró alcanzar el “Tuerto” Morales (desde finales de febrero y principios de marzo de 1912 diversas noticias presentan un Morales a cargo de contingentes multitudinarios -unas veces compuestos por mil doscientos hombres y otras hasta por tres mil). Por otro lado confirma uno de los puntos más frecuentes en el itinerario de tal cabecilla: Atexcal -el cual (la mayor parte del tiempo) aparecía junto con un par de lugares circundantes (San Vicente Coyotepec e Ixcaquixtla)-.

La activación de líderes zapatistas locales (como Herlindo Silva en el área de San Martín Texmelucan) y la reactivación de jefes regionales (como Benigno Zenteno en la región de Huejotzingo y Cholula o Morales en la zona de Acatlán y Tepexi) volvió a despertar el temor y a remover el recelo de los maderistas poblanos. El 13 de agosto uno de ellos -Francisco Díaz- remitió a Madero la siguiente misiva (la cual entrelíneas contenía una sutil muestra del sentimiento que los envolvió a propósito del ímpetu renovado de los rebeldes en la entidad):

Una vez más, por desgracia, tenemos que lamentar un funesto acontecimiento ante las cultas naciones. Lo deploro. Creo, señor, que en estos momentos debemos aprovechar el estado psicológico de la prensa con motivo de los asesinatos de los dos reporteros para arrojar contra el zapatismo a toda la prensa nacional, como medio de aniquilarlo moralmente, buscando la unificación dentro de este criterio. Si esto se consigue de ese poder, que por patriotismo y honradez deberá ayudar al gobierno constituido, seguramente que el zapatismo tiene que desaparecer. Los acontecimientos son gravísimos, el país entero

⁶¹⁰ Cfr. AGN, FM, caja 18, exp. 433- 1, folio 013987.

se conmoverá cuando sean conocidos con todos sus espeluznantes detalles, y como un solo hombre, se pondrá en defensa del honor del gobierno⁶¹¹.

Para mayor información Díaz era el “acomodado agricultor de Atlixco”⁶¹² que - unos meses atrás- había recordado con una mezcla de terror y desprecio las “depredaciones” cometidas por Felipe Vaquero y Vicente Moradillo (los dos liderazgos zapatistas del polígono Tochimilco-Coyula). En términos generales la propuesta del autor de la anterior (“arrojar contra el zapatismo a toda la prensa nacional, como medio de aniquilarlo moralmente”) traslucía la impotencia de los maderistas del estado ante la aparente imposibilidad de someter o vencer a los rebeldes por la vía de las armas. Ya que no los podían exterminar en el campo de batalla tratarían de terminar con ellos por la vía “moral” a través de una campaña de desprestigio.

Un día después Díaz envió otra carta a Madero.

Hablé con el señor de la Vega para que inmediatamente suspendiera al comandante del 35º Cuerpo Rural Hilario Márquez. La situación en el distrito de Atlixco se agrava. Los ayuntamientos renuncian, pues se ha hecho insoportable la conducta de ese jefe, y conviene en estos momentos, prevenir una violencia de funestas consecuencias. El señor Jesús Z. Moreno, que está en depósito es el que, a juicio mío, tome el mando, pues ya otras veces lo ha tenido, lo desempeñó con actividad, honradez y lealtad, infligiendo a los zapatistas serias y continuas derrotas quitándoles toda la caballada de que ese cuerpo dispone, armas y pertrechos de guerra. Sólo deseo para esa importante región, que hasta Chiautla tengo controlada a favor de Ud., que sus habitantes tengan garantías. Acompaño un reporte de “El País” denunciando otro crimen más que el domingo pasado cometió el susodicho jefe del 35º⁶¹³.

No mucho antes -el 16 de febrero- el mismo Díaz había informado también a Madero que “el jefe político del Distrito y [el] coronel Hilario Márquez que[mandaba] el 35º Cuerpo Rural, [tomaban] toda clase de providencias para garantizar las vidas e intereses de los habitantes del distrito, pero esto no obstante la poca fuerza de que [disponía] y que con ella se [cuidaba] también el distrito de Huejotzingo (...)”⁶¹⁴. El

⁶¹¹ Cfr. AGN, FM, caja 13, exp. 310, folio 010018.

⁶¹² En tales términos Ernesto Mora -uno de los más importantes alfiles maderistas de Puebla- describió a Francisco Díaz. Cfr. AGN, FM, caja 41, exp. 1132, folios 031745, 031746 y 031747.

⁶¹³ Cfr. AGN, FM, caja 13, exp. 310, folio 010017.

⁶¹⁴ Cfr. AGN, FM, caja 13, exp. 310, folios 010008 y 010009.

contraste entre las dos opiniones refleja la crisis interna que padecía el maderismo local en contraste con el momento de auge que vivía el zapatismo en Puebla: en menos de seis meses Díaz había pasado de alabar el celo providencial de Márquez a denostar el trabajo y la figura del mismo personaje.

Una desesperación similar invadió a otros representantes del maderismo poblano. La mañana del día 16 del mes corriente Agustín del Pozo acudió a Chapultepec “con el objeto de platicar con [Madero] y someter a su consideración y sereno criterio el plan que [él se había] formado para lograr la captura y exterminio de Zapata y demás cabecillas”⁶¹⁵. La transcripción del plan en cuestión ofrece una muestra asaz ilustrativa de la euforia desaforada que acometió -cuando menos- el espíritu del artífice de una proposición tan incierta como temeraria:

Me levantaré en armas contra el Gobierno de este Estado (...) con el pretexto que de común acuerdo convengamos. Antes de salir de ésta, convocaré a los descontentos para que se me unen en el lugar más apropiado y que también convengamos con el Sr. Ministro de la Guerra y el Sr. Jefe de esta Zona. Para seguridad del Gobierno y para seguridad mía, el Sr. Ministro de la Guerra me proporcionará de 200 a 300 hombres de los cuerpos de línea, con oficialidad de absoluta confianza que hagan el papel de rancheros adictos a mi persona; por orden del Ministerio correspondiente se me unirán los cuerpos rurales de Hilario Márquez o sea el 35 que opera en Atlixco y el del 23 que está en Acatlán a las órdenes de Eduardo Reyes; ambos cuerpos sin jefes, aunque sí con su oficialidad; a los Jefes de estos cuerpos no los quiero, por ser muy conocidos entre los zapatistas. Con este núcleo de gente que calculo no bajará de 6 a 700 hombres, más algunos rancheros de mi absoluta confianza, me iré sobre Acatlán y pueblos importantes del propio distrito, para llamar la atención del Tuerto Morales y demás cabecillas que merodean por ese rumbo, así como de los hermanos Zapata, Vaquero, Mendoza. Al tomar la plaza de Acatlán, seguramente que la prensa armará un gran escándalo, mismo que sin duda alguna habrá de obrar en el ánimo de Zapata para que tenga confianza en mí. Para ir a tomar Acatlán, invitaré a Morales y una vez en mi presencia lo amonestaré para que no se cometan desórdenes y por conducto de alguno de los compañeros de mis confianzas se le aconsejará que cometa alguna depredación y con este motivo lo fusilaré, quedándome con su gente por la razón o por la fuerza. Cosa igual haré con todos los bandoleros y principales cabecillas. Antes de fusilar a Morales pediré el consentimiento a Zapata para hacerme de su confianza. Después me dirigiré a Chiautla y Matamoros, procurando acercarme a Zapata, hasta conseguir que se me una con su gente.

⁶¹⁵ Cfr. AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005146, 005147 y 005148.

Al tenerlo a mi lado, provocaré un disgusto a fin de poderme agarrar con él y darle muerte haciéndole la honra de que se defienda; pero si no logro esto, entonces, ya al simular un combate con las fuerzas de la federación, ya al dar la media vuelta al intentar huir, se le puede dar muerte o bien formándole consejo de guerra por desertión frente al enemigo. La ocasión se presentará; eso no hay que dudarlo, porque la característica de Zapata es la cobardía. Una vez que me haga de todos los grupos rebeldes y de haber fusilado a los principales cabecillas, simularemos los arreglos de paz, rendiremos a toda la gente y los desarmaremos. Con esto conseguiremos descubrir a los fomentadores de la revuelta; aunque en la actualidad ya son bien conocidos⁶¹⁶.

Enseguida salta a la vista la escasa viabilidad de un artificio ridículo que así como partía de tantas premisas falsas o presupuestos discutibles dependía de un gran número de contingencias o eventualidades⁶¹⁷. En cualquier caso el frenesí de Del Pozo sólo puede corresponder a la gravedad que para alguien como él (un terrateniente y empresario textil que había combatido a los zapatistas) revestía la impetuosa reactivación de los rebeldes.

A pesar de todo -o quizá precisamente por el peligroso cariz de la situación- los maderistas de la entidad trataron de reorganizar la estructura u organigrama del Estado (acaso con la esperanza de paliar el descontento general que permitía el crecimiento y el desarrollo de la rebeldía). En tales circunstancias el 18 de agosto Ernesto Mora comunicó a Juan Sánchez Azcona el mensaje subsecuente:

Me ordenó el viernes el señor Presidente que pusiera en manos de Usted lo más condensado posible mi proyecto para la supresión de Jefaturas y cumpliendo ese mandato lo acompaño a esta carta. No juzgo haber acertado con la mejor forma, pero sirva de excusa a mi trabajo la buena voluntad que me anima. Enemigo de ser inoportuno, no buscaré a Usted sino hasta mañana por la tarde, a la hora de audiencia por si tuviere tiempo de que hablemos, y para

⁶¹⁶ Cfr. Ídem.

⁶¹⁷ Para empezar ¿los jefes zapatistas creerían el ardid? ¿El “Tuerto” Morales aceptaría sin mayor recelo la invitación de Del Pozo? ¿Caería en el juego de la amonestación? ¿Cometería una “depredación”? Y en caso de cometer un desorden ¿Emiliano Zapata aceptaría -sin evaluar otra medida- el fusilamiento de uno de los líderes más importantes del movimiento rebelde? Además ¿Zapata caería en la trampa del “disgusto” y el duelo ulterior por el honor? ¿Hasta qué punto -sin caer en la obcecación- Del Pozo podía asegurar que Zapata huiría de un combate porque la “cobardía” constituía la “característica” del máximo líder de la revuelta? Por último ¿los seguidores de Zapata seguirían a Del Pozo en caso de que el segundo lograra “exterminar” al primero?

poner en sus manos el estudio referente a la reforma constitucional. Esto es si Usted no ordena otra cosa⁶¹⁸.

Mora -en efecto- presentó una “Iniciativa para la supresión de las jefaturas políticas en el Estado libre y soberano de Puebla, haciendo efectivo el poder de los ayuntamientos”. El primer punto del proyecto antedicho enunciaba que “se [reformularía] la División Territorial del Estado, creándose Departamentos de Administración, con sesenta mil habitantes, quedando al frente de ellos uno de los regidores propietarios del Ayuntamiento de cada cabecera, tomando el nombre de ‘Director del Departamento de Administración’”⁶¹⁹.

Por cuanto *vox populi* las jefaturas políticas representaban “el principal instrumento de la tiranía” la intención de eliminar tales cargos respondía (sin atisbo de dudas) a la necesidad imperiosa de implementar una suerte de válvula de escape *ad hoc* a la presión social que por entonces soportaba el maderismo de la entidad. Por otro lado la propuesta tampoco era nueva: a principios de junio Jenaro Amezcua ya había hecho la promesa de suprimir “también las Jefaturas Políticas (...), ejerciéndose los cargos políticos por los Presidentes municipales, electos libremente por el Pueblo (...)”⁶²⁰.

A pesar de los tímidos esfuerzos tendientes a despresurizar la atmosfera enrarecida que envolvía a las autoridades del estado los propios maderistas desconfiaban de sí mismos. Por ejemplo alrededor de un mes antes Celerino Rojas -uno de los vecinos de Tecali de Herrera⁶²¹- esbozó para Madero un perfil (breve pero nefasto) del autor de la iniciativa supracitada:

Tengo noticia que el Partido Constitucional Progresista ha designado en el 3° Distrito Electoral formado por los Distritos de Tepeaca y Tecali en el Estado de Puebla, a los señores José Beristain y Ernesto Mora para Diputados propietario y suplente respectivamente y aunque ambos candidatos no nos simpatizan en lo más mínimo, sin embargo nada diremos del señor Beristain, mas por lo que respecta al señor Mora, baste a Ud., señor Presidente, saber que fue el último Jefe Político que tuvimos de la odiosa

⁶¹⁸ Cfr. AGN, FM, caja 41, exp. 1132, folio 031742.

⁶¹⁹ Cfr. AGN, FM, caja 41, exp. 1132, folio 031743.

⁶²⁰ Cfr. AGN, FM, caja 2, exp. 26, folios 000895 y 000896.

⁶²¹ El mismo personaje que el 21 de julio transmitió al propio Madero un mensaje similar. Consultar nota al pie de página número 583.

Dictadura del General Díaz y que en ese tiempo se dio a conocer como déspota, arbitrario y amigo de medrar en el poder. Con estos antecedentes ya Ud. se supondrá que no sólo no merece nuestra confianza sino que por el contrario, nos engendra odio por haber sido uno de tantos parásitos de la pasada dictadura. Si digo a Ud. esto, es porque aquí se dice que el partido a que me refiero trabaja de acuerdo con Ud. Aquí nos hemos fijado en personas de la localidad, dignas de tan altos puestos no sólo porque nos inspiran confianza, sino porque entendemos que desempeñarán bien su papel, puesto que puedo garantizar a Ud. que son amigos del actual Gobierno, y de que poseen una instrucción no vulgar⁶²².

En Puebla Mora ostentaba el privilegio de concentrar una buena parte de la atención y la amistad del presidente de la República. No obstante desde la perspectiva de Rojas el hombre de confianza de Madero en la entidad no era más que un “parásito de la pasada dictadura” o -en términos no muy distintos- un antiguo jefe político “déspota, arbitrario y amigo de medrar en el poder”⁶²³.

Aun así nada cambió: Mora continuó gozando del favor de la figura cimera del maderismo nacional y de los principales pilares del régimen. La confianza irrestricta de los segundos hacia el primero llegó al punto de solicitar de él la confección de una lista selecta de personalidades locales que -a criterio del elaborador- merecían la consideración o el apoyo presidencial en el contexto de los próximos comicios electorales del estado. La importancia del encargo residía en que el resultado de dichas elecciones arrojaría al sustituto de Nicolás Meléndez -el gobernador en turno-. Al mismo tiempo la evidente relevancia de la encomienda manifiesta la gran relevancia política del receptor de la misión.

Finalmente el 22 de agosto Mora envió a Madero el catálogo de los candidatos potenciales:

Meditando después he pensado en algunos vecinos de los Distritos y aún de aquí, pero hijos del Estado, que podrían estudiarse y quizá convinieren, si ellos aceptan. En el Distrito de Chalchicomula tenemos a Don Octavio Couttolenc, millonario, hacendado, demasiado conocido en todos los círculos sociales que le estiman; hombre de experiencia, con aptitudes, que sería en mi concepto bien recibido por los distintos partidos políticos porque su carácter es de orden y conciliador. En esta capital, el Licenciado Eduardo Novoa,

⁶²² Cfr. AGN, FM, caja 47, exp. 1289, folio 35477.

⁶²³ Ídem.

prestigiado, de aptitudes, amigo del Centro, que gobernaría con acierto y se rodearía de hábiles colaboradores. Don Cristóbal Palacios de Tehuacán, también persona de peso, con dotes, lo mismo que el Licenciado Don Agapito Guarneros de Tecamachalco. A todos estos señores no los trato y apenas si les conozco personalmente, pero sí no han escapado a mi observación imparcial. Don Francisco Díaz, acomodado agricultor de Atlixco, con quien cultivo relaciones, amigo del Centro y uno de los más entusiastas revolucionarios. Reposado, de espíritu conciliador, estaría sostenido por los fabricantes y por los industriales. Tiene popularidad en los distritos del Sur y cuenta con buenos amigos que le ayudarían en los distritos más importantes del Estado⁶²⁴.

En conjunto la selección precedente presumía una pequeña colección de grandes propietarios (un “millonario y hacendado” al lado de un “acomodado agricultor” además de tres personas de “peso” o de prestigio). Por tanto lejos de encauzar la opinión del maderismo poblano delataba las preferencias de Mora -una figura afín al orden y proclive también a la condición previa del reposo “social”: la conciliación- y en el fondo representaba un episodio más de la efervescencia previa a las votaciones en ciernes.

En efecto muy temprano el proceso por venir produjo una suerte de incertidumbre política que conmovió las endeble bases del régimen maderista en Puebla. Entre otras cosas desde principios de agosto un rumor atizó el desasosiego original e incrementó la zozobra inicial: a saber el proyecto de diferir la “lid electoral” y -en consecuencia- la posibilidad de ampliar (por dos años más) el periodo de gobierno de Nicolás Meléndez⁶²⁵.

A propósito algún día del mes en curso un grupo de vecinos de Tepango -un pueblo del distrito de Atlixco- elevó a la “Honorable Cámara Legislativa del Estado de Puebla” la súplica que sigue:

Los que suscribimos miembros del Club Político establecido en este mismo pueblo del Distrito de Atlixco, poseídos plenamente del estado actual de nuestro Estado, venimos respetuosamente a suplicar a [esta] Honorable Cámara Legislativa, se sirva decretar que no

⁶²⁴ Cfr. AGN, FM, caja 41, exp. 1132, folios 031745, 031746, 031747.

⁶²⁵ El 10 de agosto Francisco Díaz transmitió a Madero el mensaje subsecuente: “Ya tuve la honra de comunicar a Usted que en Puebla esperan 52 delegados la resolución definitiva que usted se sirva dar a lo que ellos por mi conducto proponen. Esto es, dadas las circunstancias especiales por que atraviesa el Estado, sería muy conveniente, en primer lugar, decretar la reforma constitucional ampliando el periodo constitucional a seis años, quedando al frente del gobierno por dos años más el señor licenciado Meléndez”. Cfr. AGN, FM, caja 13, exp. 310, folio 010019.

se convoque a próximas elecciones de Gobernador sino por el contrario, que se prorrogue por dos años más o más las funciones del actual, debiendo detener a este mismo mandatario en su puesto a virtud de conocer ya nuestras deficiencias y virtudes y ser en nuestro concepto el más apto para concluir de raíz todas nuestras desgracias⁶²⁶.

A finales del mismo mes el propio Mora comunicó al presidente de la República que “la permanencia del señor Meléndez en el puesto los dos años de la ampliación del periodo, no [era] anticonstitucional, ni antipolítica y sí casi conveniente para el Estado (...)”⁶²⁷. Por cuanto varios de ellos mantenían la esperanza de ocupar el cargo electivo en juego la intención de prolongar la gestión del gobernador en funciones acrecentó la división intestina de los maderistas de la entidad.

En ciertos casos determinado interés personal en peligro de devenir en “agua de borrajas” motivó la inconformidad. Al respecto Agustín del Pozo constituye un ejemplo elocuente. Alrededor de la última semana de julio el susodicho trató de atraer hacia sí el aval de Madero y obtener así el título no oficial de candidato predilecto del gobierno central. A fin de lograr el plan en mente primer calculó los pasos a seguir y después dirigió al primer mandatario un ruego lastimero.

En la primera parte del lamento el remitente aseguraba que había “reflexionado maduramente acerca de [su] situación política como Candidato al Gobierno de [ese] Estado”⁶²⁸ y a renglón seguido argumentaba que “aunque [sabía] bien [que contaba] con el voto de la mayoría de los C. C.” de Puebla comprendía que “ello por sí sólo no [bastaba] para ser una garantía (...) del éxito definitivo de [sus] trabajos”⁶²⁹. Por ende - concluía- quería hablar con Madero “con absoluta franqueza, como [debía] hacerlo el amigo y correligionario leal, sincero y abnegado (...)”⁶³⁰.

Enseguida Del Pozo amagaba con un recurso que perseguía el objetivo de presionar el ánimo compensatorio del destinatario para obtener de él un pago o recompensa por los servicios que el primero había hecho a la “Causa”. Para ello efectuó el balance posterior:

⁶²⁶ Véase AGN, FM, caja 16, exp. 389-2, folio 012614.

⁶²⁷ Cfr. AGN, FM, caja 41, exp. 1132, folios 031745, 031746 y 031747.

⁶²⁸ Cfr. AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005143 y 005144.

⁶²⁹ Ídem.

⁶³⁰ Ídem.

Sabe Ud. [Madero] muy bien que al emprender sus trabajos políticos el año de 1910, mi posición era la de un industrial y agricultor medianamente acomodado, consistiendo mis bienes en una fábrica moderna de hilados y tejidos de algodón con 175 telares movida con fuerza hidráulica propia, que estimo en \$500, 000. 00 ¢ (hoy avaluada en rebeldía en \$401, 500. 00 ¢) y una finca de caña de azúcar cuya extensión es de 6, 000 hectáreas, siendo 716 H. de riego, 2, 000 H. de siembra temporal y 3, 284 H. de monte, cuya propiedad estimo en \$300, 000. 00 ¢. Total, \$800, 000. 00 ¢.; que simpatizador de los trabajos de Ud. abracé su causa y cuando encabezó Ud. la revolución y fui honrado con el nombramiento de Jefe de las Armas Insurgentes en el Estado de Puebla, no vacilé ni un solo momento en abandonarlo todo, inclusive mis intereses y mi familia, para servir a la causa que Ud. proclamaba. Procuré durante todo el tiempo de los azares y peligros mantener incólume mi lealtad a la Causa y honradez en los principios, de tal modo que cuando dejaron de ser útiles mis servicios al Supremo Gobierno, si bien es verdad que me encontré rodeado por el afecto y estimación de mis compañeros armas y generalmente de una mayoría de los hijos del Estado, en cambio, mis recursos e intereses personales estaban perfectamente quebrantados (...)⁶³¹.

En una palabra Del Pozo arguyó que el “quebranto” de “[sus] recursos e intereses personales” obedecía al hecho determinante de que -sin vacilar- había abandonado “todo” para servir a la “causa” maderista. Después de esgrimir el argumento antecedente expuso el meollo de la particular:

Ahora bien, para la campaña política de Gobernador, comprenderá Ud. que tengo que hacer fuertes gastos y para ello comprometer más aún el pequeñísimo patrimonio de mis hijos, lo cual, de no resultar electo, sería para mí el último e irremediable sacrificio. Para no hacerlo torpemente, me dirijo a Ud. con el objeto de saber, -y para ello invoco la leal amistad de Ud.-, si mi candidatura cuenta con la aprobación franca y el apoyo moral respecto de Ud. o que de otra suerte, me diga si tiene alguna combinación política previa, que sea en definitiva la que cooperará a la gestión del Primer Magistrado de la República en el Estado de Puebla⁶³².

En suma so pretexto de la ruina económica que padecía a raíz de haber apoyado los pasados trabajos revolucionarios el servidor “leal y honrado” de los principios de la

⁶³¹ Cfr. Ídem.

⁶³² Cfr. Ídem.

“Causa” pretendía obtener -antes de emprender cualquier clase de proselitismo- la venia y la preferencia formal del presidente de la República. La necesidad de ganar para sí mismo el apoyo oficial e irrestricto de Madero expresaba la frágil posición de Del Pozo en el escenario de la política local a la vez que revelaba la débil cohesión interna del maderismo poblano⁶³³.

Así pues en el decurso de agosto las actividades de los zapatistas poblanos (en especial las de Jesús el “Tuerto” Morales -el jefe regional más importante-) repuntaron al calor de la incertidumbre y la división que el advenimiento de las próximas elecciones introdujo en el seno del maderismo local.

A principios del mes posterior continuaron las pugnas intestinas. El primer día un grupo de “originarios y vecinos de Tepeaca” elevó un ocurso a Madero con el propósito exponer un “acto que [los había] impresionado en sumo grado por el carácter de injusticia”⁶³⁴. Según los signatarios del documento una jornada antes -el 31 de agosto- “[era] el caso que por orden del Gobierno del Estado [habían quedado] suspensos y detenidos en la cárcel el presidente municipal y cuatro regidores del Ayuntamiento de [esa] ciudad, porque los [habían juzgado] adeptos al zapatismo”⁶³⁵. A continuación los firmantes desmentían el presunto “zapatismo” de los acusados y por último pedían al “señor Presidente” que “[dictara] sus órdenes para que [fueran] puestos en libertad”⁶³⁶.

Mientras tanto en las semanas inmediatas los rebeldes locales cobraron mayor impulso e incluso despertaron el celo bélico de un joven⁶³⁷ militar foráneo. El 5 de septiembre Jesús P. Visconti -“soldado del 14° Regimiento, 1er Escuadrón, de la tercera sección (un cuerpo con sede en Guadalajara) solicitó a Madero “ la gracia de [obtener] alguna comisión en el estado de Morelos o en el estado de Chihuahua (...)” con la

⁶³³ La lista de candidatos potenciales que Ernesto Mora elaboró y sometió a la consideración de Madero excluyó a un maderista local tan importante -aunque quizá no tan influyente- como Del Pozo. La omisión parece apuntar en la misma dirección: un maderismo poblano dividido en vísperas de los comicios electorales. Cfr. AGN, FM, caja 41, exp. 1132, folios 031745, 031746 y 031747. El propio Del Pozo no mantenía una buena relación con el doctor Luis G. Unda -otro de los maderistas más influyentes de la entidad-, a quien calificaba de “intrigante”. Cfr. AGN, FM, caja 7, exp. 179, folios 005143 y 005144.

⁶³⁴ Véase AGN, FM, caja 62, exp.1389, s/f.

⁶³⁵ Ídem.

⁶³⁶ Ídem.

⁶³⁷ Apenas contaba veinte primaveras. Cfr. AGN, FM, caja 1, exp. 14-2, folios 000416 y 000417.

“única idea de hacabar (*sic*) con el Zapatismo, o (*sic*) Orozquismo”⁶³⁸ toda vez que -en opinión del solicitante- ambos movimientos “no [eran] más que una rémora para el País, y en lugar de Progresar [iban] como los cangrejos paratrás”⁶³⁹. Asimismo el impetuoso solicitante aseguró -“bajo palabra de honor”- que él podía acabar con “el zapatismo dentro de dos meses a más tardar”⁶⁴⁰.

Acaso el ímpetu de Visconti -a fin de cuentas un observador externo- no representa un indicador fiable de la magnitud del nuevo impulso de los zapatistas de Puebla. Por fortuna algunos testigos presenciales de los acontecimientos dejaron testimonios directos de los mismos. El 6 del mes corriente uno de ellos Luis Casarrubias Ibarra⁶⁴¹ -un empresario nativo de Chiautla (la cabecera del distrito homónimo) que radicaba en la capital del Estado- alertó a Juan Sánchez Azcona sobre el riesgo de subestimar la importancia de la zona y descuidar “las necesidades de [sus] paisanos”:

El señor Gobernador le da poca importancia al asunto, porque cree ser una discolería y lo mismo creo yo; pero de todas maneras el Distrito puede complicarse más de lo que ya está y quizá con perjuicio de todo el Estado; dada la circunstancia de que siempre ha sido el foco de las revoluciones pasadas. Hoy precisamente, según noticias, aprovechándose los zapatistas de la ausencia del Jefe Político, se encuentra amagada la población con temores de que de un momento a otro sea tomada la plaza, y todo, por la falta de los poderes que jamás se han separado de ahí⁶⁴². La mayoría de los vecinos está tan disgustada con la falta de la jefatura, que según noticias que he podido adquirir, van a formular una acusación contra el Jefe político, persona que les es del todo odiosa por la mala conducta que ha observado en su administración, y pronto vendrá una comisión a ver al Señor Gobernador, para pedirle la destitución del expresado funcionario⁶⁴³.

⁶³⁸ Véase Ídem.

⁶³⁹ Cfr. Ídem.

⁶⁴⁰ Cfr. Ídem.

⁶⁴¹ Luis Casarrubias Ibarra era propietario de Casarrubias y Compañía, una empresa local que-además de vender libros y diversos materiales de papelería- fabricaba -como presumían ellos mismos- el “mejor mobiliario escolar”. El establecimiento se encontraba ubicado en la capital del Estado. Cfr. AGN, FM, caja 26, exp. 687-3, folios 019975.

⁶⁴² La expresión “la falta de poderes que jamás se han separado de ahí” hacía referencia a un presunto traslado de la sede original de la jefatura política desde la sede original e histórica (Chiautla) a Chietla -una comunidad aledaña. Cfr. Ídem.

⁶⁴³ Cfr. Ídem.

Entre otras cosas el mensaje de alerta de Casarrubias llama la atención porque asume a Chiautla como “el foco de las revoluciones pasadas”. Unos meses antes (exactamente el 11 de abril) Jesús Quirós -el jefe político de la zona- había formulado un juicio parecido: en palabras de este último el distrito a su cargo constituía el “foco de la calamidad” zapatista⁶⁴⁴. La coincidencia entre una y otra opinión -amén de demostrar cierto interés personal por magnificar las dimensiones reales del problema a fin de atraer la atención de las autoridades maderistas del centro del país- refleja el realce de las operaciones de los zapatistas del rumbo.

No obstante adjudicar a Chiautla el calificativo de “foco de las revoluciones pasadas” o de la “calamidad” zapatista en Puebla sólo resulta legítimo y pertinente en tanto que la región en cuestión ofrecía un área de contacto con Morelos. Ciertamente en varias ocasiones Emiliano Zapata “asentó sus reales” ahí u operó por los alrededores⁶⁴⁵ y quizá por la misma razón tanto Quirós como Casarrubias elevaron al distrito a la categoría de vórtice del zapatismo de la entidad. Con todo si ni siquiera en abril -bajo circunstancias desfavorables- los rebeldes dependían de un centro único de operaciones mucho menos casi cinco meses después -en condiciones propicias-.

El 7 de septiembre Baraquiél M. Alatríste transmitió a Juan Sánchez Azcona un breve aviso que comprueba la simultaneidad operativa de los contingentes zapatistas locales y que contradice la presunta posición preponderante de Chiautla como punto focal de la revuelta en el estado. En escasas palabras Alatríste informó que “algunas noticias recibidas del rumbo de Acatlán [le hacían] comprender que varias partidas zapatistas se [dirigían] a esa plaza que [contaba] con muy poca guarnición, y no sería difícil que pretendieran atacarla”⁶⁴⁶. De modo que a principios del mes en curso los documentos de la época registran -cuando menos- un foco insurgente concomitante al que persistía dentro de los límites del distrito natal de Casarrubias.

Hacia la segunda semana del mismo periodo mensual las fuentes señalan la emergencia de un centro focal adicional. A propósito el 10 de septiembre el “abogado”

⁶⁴⁴ Cfr. AGN, FM, caja 52, exp. 1479-2, folios 39522, 39523 y 39524.

⁶⁴⁵ Respecto a la presencia de Emiliano Zapata en Chiautla el lector puede acudir -por mencionar sólo dos ejemplos concretos- a las siguientes referencias: AGN, FM, caja 6, exp. 140- 1, folios 004124 y 004125. También AGN, FM, caja 6, exp. 140-1, folios 004119 y 004120. Ambas pertenecen a marzo de 1912 y ubican en Chiautla al líder máximo del zapatismo.

⁶⁴⁶ Cfr. AGN, FM, caja 6, exp. 140-1, folios 004076 y 004077.

Ignacio García Morales remitió sendos mensajes a Madero⁶⁴⁷ y Sánchez Azcona⁶⁴⁸. Aparte de los saludos y las fórmulas de rigor ambos textos contenían “en pliego adjunto los medios congruentes de pacificación de los Distritos del Sur de Puebla”⁶⁴⁹. Aunque el título del anexo ofrece la impresión de tomar en cuenta a la totalidad de los distritos meridionales del estado el contenido -a fin de cuentas- únicamente hace referencia a uno de ellos: “Tepexi de la Seda”.

La hoja aneja incluía nueve puntos. Los dos primeros establecían la doble conveniencia de -por una parte- “nombrar Jefe Político de Tepexi de la Seda, E. de Puebla, al Teniente Coronel Don Antonio Camarillo, quien [era] miembro del Consejo de Guerra de la 7ª Zona Militar, residente en Puebla”⁶⁵⁰ y -por otra- de que “el mismo Teniente Coronel [fuera] el Jefe de las armas en el relacionado Distrito”⁶⁵¹. El quinto exponía el par de motivos “para hacer el nombramiento de Jefe Político a favor del Teniente Coronel Camarillo: PRIMERO, porque [era] originario de Tepexi y el vecindario lo [aceptaba] con preferencia a cualquiera, y SEGUNDO, porque [era] conocedor de la situación actual y del personal de los elementos sanos y [haría] por consiguiente renacer el respeto al principio de Autoridad y el restablecimiento de la Paz”⁶⁵².

El sexto y el séptimo resumían los presuntos beneficios que traería consigo el simple acto de llevar a la práctica la sugerencia antecedente. A juicio del rubricante en primer lugar “se [evitarían] la destrucción de las sementeras por las huestes revolucionarias; la destrucción de los archivos por incendio y el sacrificio de vidas”⁶⁵³ y en segundo término “[cesarían] por lo mismo los odios y los rencores que actualmente alejan a los mandatarios políticos de las colectividades de los Distritos del Sur de Puebla”⁶⁵⁴.

El cuarto sugería “recurrir al Prelado de Puebla para que [accediera] a trasladar al Señor Presbítero Don Roberto de la Vega de la Parroquia de Huehuetlán el Grande a

⁶⁴⁷ Cfr. AGN, FM, caja 33, exp. 903, folio 025717.

⁶⁴⁸ Cfr. AGN, FM, caja 33, exp. 903, folio 025719.

⁶⁴⁹ Cfr. AGN, FM, caja 33, exp. 903, folio 025717.

⁶⁵⁰ Cfr. AGN, FM, caja 33, exp. 903, folio 025718.

⁶⁵¹ Ídem.

⁶⁵² Ídem.

⁶⁵³ Ídem.

⁶⁵⁴ Ídem.

la de Tepexi, porque dicho párroco [conocía] la ingente necesidad de predicar sobre la extinción de la revolución”⁶⁵⁵. En relación con las supuestas ventajas aludidas en el párrafo anterior el octavo punto aseguraba que “en tal sentido [cooperaría] eficazmente el párroco aludido (...), quien [conocía] personalmente a los cabecillas revolucionarios por haberse comunicado con ellos en el ejercicio de su ministerio”⁶⁵⁶.

En tanto sólo definía la urgencia de “hacer el nombramiento de un agente especial para exigir el cumplimiento de las disposiciones del Timbre (...)”⁶⁵⁷ el punto noveno carece de relevancia para los propósitos específicos del presente trabajo. En cambio el tercero resulta valioso -entre otras cosas- por cuanto permite ubicar la razón de ser de los ocho artículos previos. En cinco renglones el tercer rubro refería la ventaja conveniente de “ofrecer y conceder la amnistía a los revolucionarios Jesús Morales, Alfonso Morales (hijo del anterior) Dolores Damián, Ignacio Tovón (sic), Marcelo Centeno y sus dos hijos, Ángel y Cutberto (...)”⁶⁵⁸. Sobre la misma línea el signatario aducía que “(...) los cinco últimos se [habían lanzado] a la revolución sin credo político y sólo agobiados por el personal de la Jefatura Política de Tepexi”⁶⁵⁹.

Ahora bien además de revelar la identidad de los principales liderazgos insurgentes de la zona (entre los cuales destacaban -aparte del “Tuerto” Morales-Dolores Damián e Ignacio Tobón) las nueve proposiciones del “licenciado” García Morales prueban que -hacia las primeras semanas de septiembre de 1912- el distrito de Tepexi figuraba -por derecho propio- entre los focos de la revolución zapatista en Puebla. Al propio tiempo demuestran que los contingentes de la región formaban un vórtice autónomo (paralelo e independiente) al que pervivía en Chiautla y el cual -según algunos- constituía el “foco de la calamidad” zapatista en la entidad (o bien de las “revoluciones pasadas”).

El impulso renovado de los rebeldes locales no sólo surtió efecto en distritos poblanos de la índole de Acatlán y Tepexi sino que incluso encontró eco en lugares más lejanos del núcleo “tradicional” del zapatismo de la entidad. Una carta coetánea a los

⁶⁵⁵ Ídem.

⁶⁵⁶ Ídem.

⁶⁵⁷ Ídem.

⁶⁵⁸ Ídem.

⁶⁵⁹ Ídem.

acontecimientos (objeto de análisis en los párrafos subsecuentes) hace patente el aserto anticipado.

El 12 del mes corriente Antonio Hernández -un vecino prominente del municipio veracruzano de Jalacingo- dirigió al presidente de la República los renglones sucesivos:

Honorable señor: De la manera más atenta ruego a Ud. se sirva perdonar que le distraiga la atención de sus numerosas ocupaciones para revelarles un episodio del que fue víctima ésta su casa el día 9 del que cursa a las 7:30 p.m. Fue el caso: que estando en mi dormitorio con visita de un yerno mío, Sr. Dn. Juan D. Burke de nacionalidad Americana al abrir una puerta que da a la calle y ya para despedirse se nos arrojaron una gavilla de bandidos que se dicen ser Zapatistas haciendo fuego sobre nosotros de cuya [sic] proyectiles [sic] escapamos y de los cuales seis de ellos están a la vista en distintos lugares del dormitorio en referencia [sic]. El Sr. Burke al sentirse herido de la frente se vio obligado a hacer uso de su revolver logrando dispersar la gavilla resultando muerto uno en la tragedia por parte de ellos, y yo, con una lesión en el dedo por arma de fuego, y otra en el cráneo. Las Autoridades locales de esta población prestaron auxilio aunque fuera de tiempo pudiendo haber aprehendido a los bandoleros esa misma noche pues se encontraban a cerca distancia. Ya el mismo Sr. Burke ha elevado su queja al Cónsul de su nación y yo lo hago a Ud. a reserva de que se digne concederme una entrevista en la que le revelaré asuntos de importancia que no puedo fiar a la pluma, y que entiendo hay tiempo para remediarlo, pues estoy dispuesto a ayudarlo como lo he hecho desde el principio de la revolución pasada⁶⁶⁰.

En las líneas finales el emisor enunció un lamento lastimero. Según él “no [era] justo que en [ese] Cantón del Estado de Veracruz se [empezaran] a desarroyar [sic] gavillas de tal naturaleza y que [de] dejarlas al tiempo [podían] tomar más incremento”⁶⁶¹. En una palabra la misiva de Hernández descubre la presencia de una partida zapatista inédita en una circunscripción no hollada todavía por los seguidores del Plan de Ayala. A pesar de que la misma epístola no define la identidad nominal del grupo emergente la revisión de un documento complementario permite establecer una conjetura legítima y pertinente.

Puesto que apareció en una página bastante separada de la actual no es inútil hacer un resumen del antedicho complemento documental: a grandes rasgos el 16 de abril Avelino Rodríguez -alcalde de Chichiquila (una municipalidad del distrito poblano

⁶⁶⁰ Cfr. AGN, FM, caja 36, exp. 966, folio 028068.

⁶⁶¹ Ídem.

de Chalchicomula) había informado al primer mandatario de la República que “se [encontraba] una gavilla de mal hombres rebeldes con título de zapatistas madrigados tanto en la jurisdicción de [su] cargo como en el municipio de Calchualco perteneciente al Estado de Veracruz capitaneados por un individuo llamado Trinidad Hernández y compañía [los cuales] asociados de otros de [ese] municipio de [su] cargo [cometían] disturbios y robos por [esos] rumbos...”⁶⁶².

El cruce de la fuente principal con la complementaria reporta dos preguntas fundamentales. Por un lado ¿existía un nexo (débil o fuerte) entre la banda zapatista de Trinidad Hernández y la “gavilla” zapatista que actuaba por los alrededores del cantón de Jalacingo o -por el contrario- formaban unidades independientes? Por otra parte en caso de que una y otra efectivamente mantuvieran cierto vínculo ¿una dependía de la otra o entre ambas imperaba y subsistía una relación de igualdad? De antemano la vaguedad de la información disponible descarta la posibilidad de responder el par de cuestiones. En cambio la lógica intrínseca de los acontecimientos favorece la oportunidad de colegir las raíces geográficas más verosímiles de la “misteriosa” cuadrilla rebelde de Jalacingo.

En tanto el avance del zapatismo siguió un curso predeterminado por la posición territorial del núcleo central del movimiento hacia el oeste la revuelta recaló en las regiones poblanas antes de incidir en las veracruzanas. No por otra cosa las huestes insurgentes de Trinidad Hernández discurrían tanto por Calchualco (en Veracruz) como por Chichiquila (en Puebla). Un documento contemporáneo demuestra que los zapatistas de Jalacingo mantenían una ambigüedad similar.

El 23 de septiembre el mismo Antonio Hernández dirigió a Madero una nueva carta. En ella identificó la procedencia de los insurgentes locales (aunque no ubicó la identidad de los liderazgos de la zona). En pocas palabras el remitente informó que “los sesenta bandidos que [había] por [esos] rumbos [eran] de las congregaciones siguientes: Cuautamingo, en Tezahuapan de Juárez, Municipio de Altotonga; Santa Anita, Ocotepc, Ahuacatán y los conquistados de algunos mineros bandidos que hay en los minerales”⁶⁶³ y agregó que los “60 hombres de esos vagos, y que [perteneían] a las

⁶⁶² Véase AGN, FM, caja 33, exp. 896- 1, folio 025458.

⁶⁶³ Cfr. AGN, FM, caja 36, exp. 966, folios 028069 y 028070.

congregaciones de [esa] municipalidad” acudían a “un Mineral cerca de [esa] población (Jalacingo) llamado la ‘Aurora’ adonde [iban] a conquistar pillos para que los [acompañaran]”⁶⁶⁴.

La información previa revela la doble raíz de la partida emergente. En efecto el signatario alude inequívocamente al filón de cobre que Vincenzo Lombardo Catti descubrió hacia 1890 “en la colina de Xocotitlán, cerca de Mexcalcuautla, en los alrededores de Teziutlán (...)”⁶⁶⁵ y que el mismo gambusino denominó “La Aurora”. El hallazgo anterior permite afirmar que el radio de influencia de la partida oriunda de Jalacingo (además de abarcar la región de Altotonga) incluía el área de Teziutlán. Así pues el grupo zapatista veracruzano reclutaba hombres entre los trabajadores de la mina teziuteca y por tanto presenta un nodo de origen poblano.

En resumen durante el mes en curso el zapatismo en Puebla sostuvo tres focos de actividades simultáneos (Chiautla y Acatlán además de Tepexi) e incursionó en una zona de operaciones inédita (la región de Teziutlán y Jalacingo) que -por otro lado- amplió los límites geográficos de la revuelta local.

A principios de octubre las acciones de los rebeldes mostraron un notable incremento. La ferocidad del ascenso despertó incluso la preocupación del gobernador de la entidad. El 9 de los corrientes Nicolás Meléndez reportó a Madero que tres días atrás “el destacamento también de rurales del Estado que [estaba] en Tepexi, compuesto de 12 hombres y [que] se encontraba en el pueblo de Coayuca [había sido] sorprendido por más de 200 hombres mandados por el Tuerto Morales, también fue destruido completamente y se [habían llevado] los rebeldes armas, parque y caballos”⁶⁶⁶. Además Meléndez informó que “según noticias que [tenía], todos esos rebeldes combinados: Morales, Ireneo Vázquez y Manuel Sánchez, [iban] sobre la plaza de Tecali que [distaba] cinco leguas de [la] Capital”⁶⁶⁷.

Por otro lado el propio gobernador anunció que “Tepeaca [estaba] también amenazada por numerosa partida de rebeldes que [estaban] concentrándose en la

⁶⁶⁴ Ídem.

⁶⁶⁵ Cfr. Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, siglo xxi editores, 2000. p. 22.

⁶⁶⁶ Cfr. AGN, FM, caja 3, exp. 77, folios 002232 y 002233.

⁶⁶⁷ Ídem.

montaña del Tenzo”⁶⁶⁸. Por último agregó que “los Distritos de Matamoros, Chiautla y Acatlán [seguían] igualmente invadidos por zapatistas” y enseguida recalcó que “no [había] manera de arrojarlos de ahí”⁶⁶⁹.

Las palabras de Meléndez resultan esclarecedoras por tres motivos. En primer término aclaran la identidad específica de los liderazgos locales. En segundo lugar delimitan una parte considerable del teatro de las operaciones zapatistas en Puebla. Por último denotan el estado de ánimo (una suerte de acre resignación) de la cabeza del régimen maderista poblano al momento de ponderar la situación: de facto los rebeldes controlaban tres distritos y -por encima de todo- “no había manera de arrojarlos de ahí”.

El 24 del mes en decurso José M. Camacho -coronel del 18° regimiento- transmitió a Juan Sánchez Azcona una breve comunicación. El documento procedía de Atencingo. A través del particular el emisor reportó que “desde hace dos meses [se mantenía] por el sur [del] Estado en persecución de los perversos Zapatistas, que [corrían] más que una liebre (...)”⁶⁷⁰. La expresión final del coronel persecutor refiere el carácter elusivo de los rebeldes y entre líneas manifiesta cierta impotencia frente a la rapidez evasiva de los mismos: igual que las liebres los zapatistas presumían una velocidad que superaba la lentitud del ejército maderista regular.

A últimos de la mensualidad corriente ocurrió un acontecimiento que ofrece un interés particular. El 28 de octubre “P. A. Martínez” remitió al presidente de la República una hoja mecanografiada al anverso y al reverso. El mensaje provenía del distrito de Chalchicomula y contenía la siguiente información:

El 21 del presente en la estación de bandera denominada “La Defensa” del ramal de Esperanza a Tehuacán, el cabecilla Higinio Aguilar acompañado de Gaudencio González de la Llave, Jr., Ernesto Muñoz, Gabriel Severiano García y 49 individuos más, pararon el tren que iba para Tehuacán cuyo conductor era el señor Rubín. Después de haberlo saqueado y cuando ya se iban con el botín, llegaba una fuerza de Rurales compuesta de 30 hombres pertenecientes al Uno y Noveno al mando del capitán Torrentera que iban rumbo a la Hda. del Carmen. Higinio Aguilar y los suyos al verlos hicieron cuatro disparos sobre los Rurales, los cuales no fueron contestados no obstante tenerlos a unos 60 metros de

⁶⁶⁸ Ídem.

⁶⁶⁹ Ídem.

⁶⁷⁰ Cfr. AGN, FM, caja 12, exp. 295- 2, folios 9358 y 9359.

distancia. La conducta de este capitán es inexplicable y quizá sirva para esclarecer cosas mayores⁶⁷¹.

Tiempo seguido el autor informó que “el 18 de [ese] mes Aguilar y los suyos ya referidos [habían asesinado] a Genaro Figueroa en un punto que se [hallaba] situado entre la Hda. de “La Magdalena”, el rancho de “Esperilla” y San Agustín del Palmar, puntos todos correspondientes a la Municipalidad del Palmar de Bravo, Tecamachalco”⁶⁷². Enseguida rogó al “Señor Presidente, se [sirviera] mandar pedir informes al molino de La Defensa, a donde [podrían] ratificar hechos y las depredaciones que los mismos vecinos [habían] sufrido de la gavilla que se [paseaba] por esos contornos sin ser molestada”⁶⁷³. Finalmente el remitente agregó “también que la gavilla de Aguilar por un disgusto entre ellos mismos, se [había] dividido en dos grupos; uno que [mandaba] él y González de la Llave y otro que [era] mandado por Muñoz y G. Severiano García”⁶⁷⁴.

Empero ¿por qué las peripecias de Aguilar y de la Llave Jr. atañen a la historia del desarrollo del zapatismo en Puebla? Aun no es el momento de aclarar la cuestión. Mientras tanto basta notar los límites del área geográfica de actividades de ambos cabecillas: entre ambos cubrían una vasta zona que comprendía una porción considerable de la jurisdicción de Tecamachalco más una parte de los distritos de Chalchicomula y Tehuacán.

La primera semana del mes posterior el nombre de Higinio Aguilar volvió a ocupar la atención de Madero. El 7 de noviembre el coronel Luis G. Pradillo remitió al primer mandatario una carta aclaratoria. La epístola venía de la capital poblana y resulta valiosa porque a través de ella el militar desmentía los informes que “un alto empleado del Gobierno de [ese] Estado había dado” al propio presidente de la República, “datándole que diariamente se [le comunicaba (a Pradillo) dónde se [encontraba] Higinio Aguilar, con el número de gente que [tenía] y que no se le [perseguía] activamente”⁶⁷⁵. A continuación el acusado relataba que había “[tomado] posesión de

⁶⁷¹ Cfr. AGN, FM, caja 39, exp. 1065-3, folio 030070.

⁶⁷² Ídem.

⁶⁷³ Ídem.

⁶⁷⁴ Ídem.

⁶⁷⁵ Cfr. AGN, FM, caja 46, exp. 1265, folio 35060.

[su] comisión el 7 del mes próximo pasado”⁶⁷⁶ y sostenía que “hasta [ahí] sólo dos veces [había] recibido aviso del lugar en que se decía encontrar el tránsito Aguilar”⁶⁷⁷:

Una de ellas, mi General Ángeles insertaba comunicaciones de las Secretarías de Hacienda, Gobernación y Guerra en la que le comunicaban que el Jefe de Hacienda en este Estado decía estar Higinio Aguilar con 600 hombres en determinado punto y dicho aviso lo daba en 5 de Octubre. El aviso de mi general Ángeles lo recibí el 3 del presente. El dato del Jefe de Hacienda era falso, pues el rebelde de referencia nunca ha contado con 600 hombres (...). El segundo aviso el Sr. Gobernador me lo dio ayer recibido por él de las autoridades de Tehuacán y en el acto se dictaron las medidas conducentes al Jefe del 1/er Cuerpo Rural.

Las líneas pergeñadas por Pradillo indican que hacia principios del penúltimo mes de 1912 Higinio Aguilar seguía muy activo y que actuaba en los alrededores de Tehuacán. No obstante resulta llamativo que en ellas no figure González de la Llave Jr. -el presunto compañero de armas de Aguilar-. Aun así otro documento testimonia los pasos del cabecilla ausente. El 17 de noviembre Maximiano Pérez -un agente gobiernista- dirigió a Madero el informe anunciado:

Me permito muy atentamente en contestar a Ud. su grata de fecha anterior poniéndole en conocimiento que la Ciudad de Puebla está toda muy tranquila pues sólo aconteció hace pocos días un encuentro con los Zapatistas que manda el Tuerto Morales con los del batallón de Zaragoza y dichos Zapatistas les pusieron dicha emboscada y parece haber sido consecuencia por haber sido menor el número que fue de federales a los contrarios, en Atlixco merodean gran número de alzados, en Portezuelo han desarmado a los Rurales y en la población según informes hay algo pero parece que la autoridad no hace nada de su parte para aprehenderlos, por San Martín Texmelucan anda otra partida de Zapatistas que manda Gaudencio de la Llave, Pradillo y Zenteno y bastante guerra que están dando al gobierno⁶⁷⁸.

Los renglones superiores aportan una serie de datos relevantes. En principio señalan la incesante actividad de Jesús el “Tuerto” Morales y dilucidan que el mismo personaje no sólo discurrió por los distritos de Acatlán y Tepexi sino que aun llegó a operar -aunque de manera menos regular- en las inmediaciones de la capital del estado.

⁶⁷⁶ Ídem.

⁶⁷⁷ Ídem.

⁶⁷⁸ Cfr. AGN, FM, caja 18, exp. 453, folio 014436.

Por consiguiente la influencia de Morales cubrió un vasto espectro territorial -mucho mayor al que cubrían los caudillos de menor alcance (como Ireneo Vázquez)-. En segundo término ayudan entrever la magnitud de la ebullición local. Si bien no es posible sostener que los “alzados” de Atlixco y Portezuelo formaran parte del bando zapatista la información disponible consiente advertir que el segundo de los dos lugares antedichos pertenecía a la zona de operaciones de la gavilla de Juan Ubera -el jefe zapatista que recorría el área de Malacatepec y Totimehuacán⁶⁷⁹-. En tercer lugar remarcan la persistencia del liderazgo rebelde de Benigno Zenteno en los contornos de San Martín Texmelucan.

Por otra parte el informe del agente maderista arroja luz en derredor del compañero de armas de Higinio Aguilar. Ahí Gaudencio González de la Llave Jr. aparece -junto con “Pradillo y Zenteno”- como el líder de “otra partida de Zapatistas” que “anda por San Martín Texmelucan”⁶⁸⁰. En el presente punto surgen las interrogantes y también la ulterior necesidad de acudir a un par de trabajos -únicos hasta la fecha- que investigan la trayectoria de ambos personajes⁶⁸¹. Las preguntas anticipadas persiguen el propósito cuestionar y establecer la verosimilitud de la filiación zapatista de uno y otro.

En primer término ¿hacia la mitad de noviembre de 1912 González de la Llave Jr. dirigía de verdad una partida zapatista? Al respecto un texto del historiador Javier Garciadiego puede ayudar a resolver la problemática (aunque el autor de la investigación no alude precisamente a la misma persona sino al padre de la figura en cuestión. A propósito cabe señalar que uno y otro compartían el nombre de pila).

De acuerdo con Garciadiego la vida adulta de Gaudencio González de la Llave padre (1852-1926) “correspondió al Porfiriato y su vejez a la Revolución, dedicando la primera a sostener denodadamente a Díaz, y la segunda a combatir, mediante cualquier procedimiento, a cuanto revolucionario pudo”⁶⁸². El mismo personaje “luchó en favor del Plan de la Noria, en 1871 y 1872, y luego por el de Tuxtepec, en 1876 y 1877”⁶⁸³ y

⁶⁷⁹ Cfr. con el siguiente rango de notas al pie de página: 353-356. Todas contienen información sobre Juan Ubera.

⁶⁸⁰ Cfr. AGN, FM, caja 18, exp. 453, folio 014436.

⁶⁸¹ Aunque uno de los dos sólo investiga de manera indirecta la trayectoria de Gaudencio González de la Llave Jr.

⁶⁸² Cfr. Javier Garciadiego, “Gaudencio González de la Llave: de porfirista a ‘contrarrevolucionario’”, en *Estudios*, México, ITAM, otoño 1993, vol. 34, p. 8.

⁶⁸³ Cfr. *Ibíd.*

en las dos ocasiones “operó en su región natal, entre Puebla y Veracruz”⁶⁸⁴. En una línea el autor indica un elemento a tomar en cuenta más adelante: “tal parece que “De la Llave peleó desde 1869 contra el gobierno de Benito Juárez, a las órdenes de Higinio Aguilar”⁶⁸⁵.

A juicio del propio Garciadiego “De la Llave había sido necesario durante la etapa pacificadora del Porfiriato, y había sido prescindible durante los años de estabilidad y crecimiento económico (...)”⁶⁸⁶. En suma “sufrió las consecuencias de no evolucionar cuando el Porfiriato pasó de ser un régimen de orden a uno de progreso”⁶⁸⁷. Por tanto “en 1910, durante la lucha armada maderista (...)” tuvo, “otra vez, la oportunidad de cierto protagonismo ‘histórico’”⁶⁸⁸. Así “por las alianzas que tenía en Puebla, especialmente con el gobernador Mucio Martínez y su grupo, participó en el ataque a la casa de Aquiles Serdán, el 18 de noviembre (...)”⁶⁸⁹. No obstante “el incremento de la rebelión lo obligaría a colaborar en la lucha contra los maderistas que se rebelaron un par de meses después en la zona de Córdoba, Orizaba y Zongolica”⁶⁹⁰. A fin de cuentas “no pudo impedir que la rebelión triunfara en la zona (...)”⁶⁹¹.

Por otra parte Garciadiego aduce que “la llegada de Madero a la presidencia dio lugar a problemas para De la Llave, quien mostró su furibundo antimaderismo desde poco después del triunfo de los rebeldes, pues junto con otros conocidos porfiristas y federales combatió a un grupo de maderistas victoriosos que se encontraba ‘acuartelado’ en la Plaza de Toros de Puebla”. Enseguida el mismo historiador asegura que...

(...) aunque Madero no atacó al Ejército Federal como corporación, sí se lanzó, individual y legalmente, contra algunos de sus peores miembros. Uno de ellos era Gaudencio de la Llave, quien fue acusado de haber hecho fraude con la creación y la disolución de las fuerzas que había organizado durante la lucha de 1911. Para colmo, De la Llave formaba parte de un grupo de conspiradores encabezado por el hijo del exgobernador Mucio Martínez y compuesto por políticos poblanos desplazados con la derrota de Díaz. Como

⁶⁸⁴ Cfr. Ídem.

⁶⁸⁵ Cfr. Ídem.

⁶⁸⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 13.

⁶⁸⁷ *Ibíd.* p. 11.

⁶⁸⁸ *Ibíd.* p. 13.

⁶⁸⁹ Ídem.

⁶⁹⁰ Cfr. *Ibíd.* p. 14.

⁶⁹¹ Cfr. Ídem.

consecuencia, De la Llave fue hecho prisionero a principios de 1912 junto con otros miembros del grupo, incluyendo un hijo suyo, aunque pronto fue liberado “por desvanecimiento de datos (...) pronto se le encarceló otra vez, ahora por las violencias que cometió con los pobladores de Calchahuaco y Alpatlahua durante la lucha maderista. Aunque fue liberado luego de un par de meses, pues se alegó que en aquellas fechas se había decretado la suspensión de garantías (...)”⁶⁹².

Así las cosas -aduce Garciadiego- “De la Llave prefirió levantarse en armas a seguir siendo acosado por el nuevo régimen”⁶⁹³. A renglón seguido sostiene que “en septiembre de 1912 [el multicitado militar] se encontraba operando contra el gobierno de Madero por Tehuacán y Orizaba, montañosa región limítrofe entre Puebla, Veracruz y Oaxaca”⁶⁹⁴ y agrega que “junto con él se rebelaron sus hijos Gaudencio Jr. y Porfirio”. Luego amplía los detalles y añade que “también estaba en rebelión su viejo jefe y compañero, Higinio Aguilar”⁶⁹⁵. Aunque el investigador reconoce que “no queda claro si operaron conjunta o paralelamente” al mismo tiempo señala que “es un hecho que entre ambos tenían una fuerza considerable y dominaban una zona respetable de Puebla y Veracruz”⁶⁹⁶. Por último aclara que “el fracaso de la rebelión de Félix Díaz, en octubre, a quien ambos iban a apoyar, condenó a De la Llave a permanecer en la región, haciendo una lucha guerrillera, la que lo obligó a fortalecer sus alianzas: Gaudencio Jr. fue designado como Jefe del Estado Mayor de Higinio Aguilar, y el padre firmó con Aguilar un ‘Plan’, llamando a todos los miembros del Ejército federal a rebelarse contra Madero”⁶⁹⁷.

Hasta aquí el texto de Garciadiego aclara una serie de puntos. Por un lado esclarece los límites geográficos del *hábitat* de González de la Llave padre (a saber una “montañosa región” limítrofe entre Puebla y Veracruz). Por otra parte discierne los principales hitos de la larga carrera político-militar del personaje antedicho. Asimismo dilucida el origen cronológico y la naturaleza persistente de la relación que el mismo

⁶⁹² *Ibíd.* p. 16.

⁶⁹³ *Ibíd.* p. 17.

⁶⁹⁴ *Ídem.*

⁶⁹⁵ *Ídem.*

⁶⁹⁶ *Ídem.*

⁶⁹⁷ *Ídem.*

individuo mantenía con Higinio Aguilar. Por último rastrea y ubica los movimientos de “Gaudencio Jr.”.

Las aclaraciones anteriores confirman la validez y la verosimilitud de los documentos que reportan las actividades subversivas del joven Gaudencio. En primer lugar explican el motivo del binomio o pacto que hacia los últimos días de octubre él mismo mantenía con Higinio Aguilar: por disposición paterna el primero cumplía a la sazón la tarea de encabezar el Estado Mayor del segundo. Enseguida corroboran la certeza temporal de la rebeldía de uno y otro: alrededor de septiembre del año en transcurso los dos tomaron las armas contra el gobierno de Madero. Aunque la investigación de Garciadiego nada dice acerca de la presunta filiación zapatista de los González de la Llave sí relata -en cambio- los pasos que ambos siguieron a comienzos del año siguiente:

A principios de 1913 Gaudencio González de la Llave se hacía llamar general y se decía Jefe en Veracruz y Puebla del Ejército Regenerado Constitucional, cuyo lema era ‘Orden, Paz y Justicia’ (...). En febrero ofreció su apoyo a Agustín del Pozo, quien no acató los resultados electorales en Puebla y se autoproclamó gobernador; más ilustrativo aún, días después respaldó, junto con Higinio Aguilar, al Comandante Militar en Puebla, quien buscó deponer a las autoridades locales en apoyo al cuartelazo de la Ciudad de México. Como el intento fue sofocado, los involucrados, amenazados con ser fusilados “por traidores”, tuvieron que permanecer como rebeldes. Sin embargo, como Victoriano Huerta y Félix Díaz triunfaron días después en la capital, Gaudencio de la Llave decidió reconocerlos inmediatamente y apoyarlos, por las afinidades ideológicas y profesionales y por las obvias posibilidades de beneficio⁶⁹⁸.

En suma la supuesta adscripción zapatista de los González de la Llave -en caso de resultar cierta- sólo pudo suceder entre el “fracaso de la rebelión de Félix Díaz” (en octubre de 1912) y “el triunfo del ‘cuartelazo’ en la capital” (en febrero de 1913). Por otra parte a partir de la mancuerna que los dos cabecillas anteriores establecieron con Higinio Aguilar ¿resulta posible colegir la afiliación zapatista del propio Aguilar? Otro texto de Javier Garciadiego ayuda a responder la pregunta previa.

⁶⁹⁸ *Ibíd.* pp. 17-18.

Según Garciadiego hacia los primeros días de septiembre de 1912 Higinio Aguilar “encabezaba ya una partida, como de 80 hombres, que merodeaba por Tehuacán”⁶⁹⁹. El autor agrega que “para mediados de octubre sus hombres ascendían a 1 000, y que se habían desplazado a la frontera con Veracruz, operando por Esperanza, Acultzingo y Maltrata”⁷⁰⁰. Además sostiene que “preso Bernardo Reyes y todavía en paz Félix Díaz, el alzamiento no pudo surgir en favor de alguno de ellos”⁷⁰¹ y aduce que “fue un típico movimiento militarista: firmado por Higinio Aguilar, Gaudencio de la Llave hijo, Benjamín Rodríguez y ‘tres generales y siete coroneles’ en ausencia, su ‘plan’ fue formalmente promulgado después por el Ejército Restaurador de la República, a pocas semanas de iniciado el movimiento aguilarista y días después del fracasado alzamiento de Félix Díaz”⁷⁰² y subraya que “el rasgo fundamental del ‘plan’ era su espíritu castrense”⁷⁰³.

Garciadiego indica que “consciente de su reducido prestigio y jerarquía, Aguilar no se autopostuló como jefe del movimiento sino que propuso para ello a Gerónimo Treviño, uno de los pocos caudillos auténticos que quedaban en el ejército”⁷⁰⁴ y refiere que “la respuesta a su llamado fue magra, lo que se confirma al constatar que en diciembre de 1912, a mes y medio de promulgar su ‘plan’, Higinio Aguilar insistió en convocar al ‘valeroso y abnegado’ Ejército Federal”⁷⁰⁵. Por último señala que “los acontecimientos de principios de 1913 en la ciudad de México influyeron directa e inmediatamente en la vida de Aguilar”⁷⁰⁶ ya que “fue uno de los primeros que reconoció el gobierno de Huerta (...)”⁷⁰⁷.

La información anterior revela que -cuando menos hasta la “llegada de Huerta al poder”- la rebeldía de Aguilar discurrió de acuerdo con el plan de acción que él mismo había formulado y promulgado cerca de cuatro meses antes. Por tanto parece correcto afirmar que nunca llegó a formar parte de las huestes zapatistas. Si un

⁶⁹⁹ Véase Javier Garciadiego, “Higinio Aguilar: milicia, rebelión y corrupción como *modus vivendi*”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, enero-marzo 1992, vol. XLI, núm. 163 (3), p. 446.

⁷⁰⁰ Ídem.

⁷⁰¹ *Ibíd.* p. 447.

⁷⁰² *Ibíd.* pp. 447- 478.

⁷⁰³ Ídem.

⁷⁰⁴ *Ibíd.* p. 448.

⁷⁰⁵ *Ibíd.* p. 450.

⁷⁰⁶ Ídem.

⁷⁰⁷ Ídem.

documento de la época presenta a “Gaudencio Jr.”-uno de los firmantes del plan sedicioso- como el jefe de una “partida de zapatistas” que operaba en las inmediaciones de San Martín Texmelucan sólo resta apuntar que la probable filiación zapatista de la cabeza del Estado Mayor aguilarista sólo sería concebible al nivel de una simple colaboración entre dos fuerzas insurgentes con un enemigo común (Madero) y no en los términos de una fusión absoluta entre ambas o de la sujeción irrestricta de una de ellas a la otra.

Al propio tiempo que las vicisitudes de Aguilar y el vástago del viejo González de la Llave los zapatistas no dejaron de circular por otros puntos de la entidad. El 15 de noviembre Luis García Nájera transmitió a Madero un mensaje. Las líneas procedían de la ciudad de Acatlán -la cabecera del distrito homónimo-. En pocas palabras el remitente reportaba al destinatario “los trabajos de fortificación que con ayuda de los buenos amigos de [ahí] y [su] humilde dirección se [habían] llevado a cabo; para estar siempre dispuestos a la defensa de [su] ciudad y gobierno”⁷⁰⁸. En una carta paralela el mismo García Nájera informó a Juan Sánchez Azcona que “por [ahí había] seguido con la guerrilla que se [había servido concederle] el señor presidente”⁷⁰⁹ y luego presumía que “susurrándoles con mucho éxito la badana a los infames zapatistas”⁷¹⁰.

A pesar de los alardes de las autoridades locales el zapatismo de la zona no dejó de prosperar. Todavía el primer día del último vez del año Aureliano Martínez comunicó al presidente de la República de “una expedición y algunos combates que tuvo el comandante Gumersindo del Pozo contra los zapatistas”⁷¹¹ en el distrito de Acatlán. Tres días más adelante Luis Casarrubias⁷¹² remitió a Sánchez Azcona una larga carta. En los primeros renglones el emisor destacó que “[acababa] de regresar del sur del Estado a donde [le habían llevado] algunos negocios de [su] casa y [había] podido [darse] cuenta exacta de la situación por que atraviesan los distritos de Chiautla y Matamoros, con relación al problema zapatista”⁷¹³. A continuación aseguro que “prácticamente los bandidos [eran] dueños de [esa] zona, al grado de que no se [podía]

⁷⁰⁸ AGN, FM, caja 33, exp. 888, folio 025180.

⁷⁰⁹ AGN, FM, caja 33, exp. 888, folio 025181.

⁷¹⁰ Ídem.

⁷¹¹ Cfr. AGN, FM, caja 18, exp. 429, folio 013884.

⁷¹² La nota al pie de página número 641 contiene información sobre la identidad social de Luis Casarrubias Ibarra.

⁷¹³ Cfr. AGN, FM, caja 26, exp. 687-3, folio 019988.

salir a los suburbios de las poblaciones, sin exponerse a que le roben y aun a que le asesinen”⁷¹⁴.

Los comentarios de Casarrubias develan la magnitud de la fuerza y el arraigo que los zapatistas ostentaban en los distritos de Chiautla e Izúcar de Matamoros. Más adelante el mismo personaje declaró que “las Haciendas [estaban] constantemente amagadas, con la agravante de que los facinerosos [entraban y salían] de los poblados de importancia”⁷¹⁵ y arguyó que “[le] llamaba la atención [esa] situación porque tanto Chiautla como la Haciendas [contaban] con un buen número de fuerzas regulares e irregulares, pero sin moverse, sin tomar la ofensiva”⁷¹⁶. Después adujo que “[creía] que de un momento a otro los zapatistas [iban] a cometer en alguno de [esos] lugares, principalmente en los ingenios, alguna hecatombe tremenda que [podía] traer al Gobierno grandes dificultades, produciendo enorme escándalo en todo la República”⁷¹⁷.

A renglón seguido Casarrubias expresó “[su] humilde opinión acerca de la manera de cómo se podrían [prevenir] [esas] desgracias”⁷¹⁸:

Si tanto en Matamoros como Chiautla, se ponen Jefes políticos militares, ya de los retirados ya de los que están en servicio activo, que obren de acuerdo enteramente con los Jefes de las guarniciones, de modo que ambos tengan la misma fuerza de autoridad sobre las tropas, se contará con un elemento importante para perseguir a los enemigos. Es de capital importancia que los militares nombrados sean hombres de empuje y valor, de iniciativa y de honradez, sin perder de vista que más que fuerzas de línea, lo que se necesita por estos rumbos es caballería para hacer una persecución tenaz y contante. Daría magníficos resultados el que se formara un cuerpo irregular con elementos del terreno, ocupando para policía secreta a las mujeres, porque esta manera de proceder siempre ha dado magníficos resultados en estos rumbos. Mis paisanos están dispuestos a ayudar al Gobierno en todo lo que puedan, siempre que encuentren apoyo en sus primeras autoridades. Sinceramente te manifiesto que este asunto es de gran importancia si se tiene en cuenta el desarrollo que puede tomar el zapatismo en toda esta región del Estado, si se le deja prosperar⁷¹⁹.

⁷¹⁴ Cfr. Ídem.

⁷¹⁵ Véase Ídem.

⁷¹⁶ Cfr. Ídem.

⁷¹⁷ Ídem.

⁷¹⁸ Véase Ídem.

⁷¹⁹ Cfr. Ídem.

En la parte final el remitente afirmó que los destinatarios “no se [arrepentirían] si [consagraban] un poco atención al asunto, porque no [veía] difícil que tomando cuerpo el zapatismo en Chiautla, se [uniera] con los elementos de Andrew Almazán”⁷²⁰.

La cláusula anterior remarca la presencia de un nuevo liderazgo. ¿Quién era Juan Andrew Almazán y qué clase de relación mantenía con los zapatistas? De acuerdo con un pequeño artículo de la historiadora Marie Musgrave “la tozudez de Almazán y su declarada oposición a Madero lo condujeron a la cárcel en 1911, donde permaneció entre seis y nueve meses, hasta julio de 1912”⁷²¹. La autora sostiene que cuando Almazán “salió de la cárcel (...) se fue del Distrito Federal hacia Guerrero” y afirma que “una vez que volvió a Guerrero con sus propios hombres y se libró del riesgo de Zapata lo fusilara, escribió el 19 de septiembre de [1912] al caudillo suriano para ponerse a sus órdenes”⁷²². También relata que “Zapata respondió sometiendo a Almazán y a todo el estado de Guerrero bajo las órdenes de Julio Gómez, un jefe de jerarquía menor” y subraya que “Almazán interpretó [esa] decisión de Zapata como algo humillante ‘para castigar una falta que [él] no había cometido’”⁷²³.

Musgrave señala que “Almazán luchaba contra las fuerzas maderistas en Guerrero cuando se enteró del principio de los acontecimientos de lo que fue la Decena Trágica”⁷²⁴ y aduce que “el coronel Martín Vicario llegó a Guerrero con un mensaje para las fuerzas maderistas que había allí para informarles que Madero había renunciado y que la Cámara de Diputados de la Ciudad de México había designado como presidente a Victoriano Huerta, quien los invitaba a que enviaran a la Ciudad de México una comisión para negociar”⁷²⁵. La misma historiadora arguye que “la mayoría de los generales de Guerrero intuyeron los potenciales peligros que les esperaban en la capital y se mostraron indispuestos, pero Almazán, que tenía una novia en el Distrito Federal, se ofreció como voluntario, junto con Chon Díaz y otro jefe guerrerense, quienes se embarcaron de Acapulco a Salina Cruz, donde se fueron por tren a Veracruz y de allí a

⁷²⁰ Ídem.

⁷²¹ Marie Musgrave, “Las aventuras y desventuras de Juan Andreu Almazán. Último gran general de la Revolución mexicana”, en *Mexico and the World*, Profmex, 2004, vol. 9, núm. 3.

⁷²² Ídem.

⁷²³ Ídem.

⁷²⁴ Ídem.

⁷²⁵ Ídem.

la Ciudad de México”⁷²⁶. A fin de cuentas “al llegar a la capital, Almazán se incorporó a las filas huertistas con el grado de general y fue enviado al norte bajo las órdenes del general José Refugio Velazco (...)”⁷²⁷.

Así pues hacia los últimos meses (noviembre-diciembre) de 1912 “Almazán estaba luchando contra los maderistas al lado de Zapata, aunque sin la aprobación de éste, quien abrigaba dudas respecto a la lealtad de Almazán”⁷²⁸. En una palabra los temores de Casarrubias no carecían de fundamento: en efecto existía la posibilidad de que “el zapatismo en Chiautla, se [uniera] con los elementos de Andrew Almazán”⁷²⁹.

A primera vista las advertencias del susodicho cayeron en “saco roto”. Así parece por la misiva que el 11 de diciembre volvió a enviar a Sánchez Azcona. En el nuevo mensaje recordó que “hace algunos días (...) [le había escrito] una carta con relación al problema zapatista en Chiautla y Matamoros”⁷³⁰ y sin más preámbulo manifestó que “como las cosas realmente [seguían] tomando incremento, [había] creído de [su] deber volver a dirigirle la presente para que, si lo [estimaba] conveniente, [interpusiera su] influencia a fin de que se [limpiara esa] zona de [su] Estado de esa plaga de bandidos”⁷³¹.

Los términos de la comunicación precedente ilustran con elocuencia el notable desarrollo de los zapatistas en Puebla. A finales de 1912 los rebeldes constituían una “plaga” que abarcaba una extensa zona geográfica de la entidad. De alguna manera la expresión despectiva de Casarrubias representa la confirmación del “vaticinio” o “profecía” patética que casi diez meses antes había enunciado Benjamín Balderas Márquez: “Veo a veo a mi pesar que es una yesca empezada a arder a merced de un ventarrón que costará mucha sangre apagarla (...)”. En efecto la yesca había provocado un enorme incendio y el fuego ardería todavía durante largo tiempo...

⁷²⁶ Ídem.

⁷²⁷ Ídem.

⁷²⁸ Ídem.

⁷²⁹ Cfr. AGN, FM, caja 26, exp. 687-3, folio 019988.

⁷³⁰ Cfr. AGN, FM, caja 26, exp. 687-3, folio 019990.

⁷³¹ Ídem.

3.2. Epílogo (1913-1914)

En términos generales el proceso de desarrollo del zapatismo en Puebla culminó en 1912. En los estertores del año sobredicho los rebeldes del estado alcanzaron a cubrir el área geográfica que recorrerían en los años subsecuentes y también definieron la plataforma de liderazgos que los encabezaría de ahí en adelante. Sin embargo el presente documento toma en cuenta los dos años posteriores por una razón fundamental de orden metodológico: el Fondo documental Francisco I. Madero del Archivo General de la Nación (AGN) constituyó la fuente de información del capítulo más importante y a la vez más extenso de la investigación. No obstante el alcance temporal del mismo acervo documental restringe la posibilidad de conocer la evolución de las partidas zapatistas poblanas en el decurso de 1913.

Al respecto resulta mejor acudir al Fondo Emiliano Zapata (FEZ) que resguarda el propio AGN y al Fondo Gildardo y Octavio Magaña (FGM) del Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (AHUNAM). Aun así ambos contienen tan sólo una pequeña cantidad de documentos que aluden de manera directa al desarrollo de los grupos zapatistas locales en el decurso del régimen huertista. En cambio el flujo documental de los dos fondos precedentes aumenta a partir de los últimos días de agosto de 1914. Sin embargo la prodigalidad informativa coincide con los límites cronológicos de la actual indagación histórica.

A propósito el autor decidió establecer el principio de que casi todos los contingentes y gavillas zapatistas que actuaron en Puebla durante el huertismo continuaron operando ahí mismo después de los Tratados de Teoloyucan. En otras palabras la tarea de esbozar los movimientos de los rebeldes locales durante 1913 y la primera mitad del año posterior encontró una solución en la determinación de extrapolar los datos relativos al segundo semestre de 1914: sólo así fue posible conocer la identidad de los jefes que dirigieron a los zapatistas poblanos en el transcurso del periodo que comprende el ascenso y la caída del gobierno huertista además de ubicar el área geográfica o la zona de operaciones que recorrieron.

En términos generales el liderazgo autóctono conservó la misma raíz bífida. A la cabeza de los rebeldes del estado permanecieron los antiguos integrantes de la coalición de Tejalpa y los primeros seguidores locales de la revolución zapatista. Aun así el

zapatismo poblano experimentó un par de cambios de una importancia insoslayable. Acaso Jesús “el Tuerto” Morales protagonizó el más importante de todos.

En las postrimerías de 1912 el susodicho era uno de los jefes zapatistas más prominentes del estado. El mismo personaje recorría una amplia zona de operaciones (que incluía los distritos de Acatlán y Tepexi aparte una extensa región de refugio en Huajuapán de León y Silacayoapan) y mantenía un vasto *hinterland* que subsumía el área de actividades de varios cabecillas de menor rango. Sin embargo poco después del “asalto al poder por Victoriano Huerta” Morales defecionó de las filas insurgentes⁷³². A fin de cuentas cayó preso y murió fusilado.

Según Hoyos Hernández el propio Emiliano Zapata “liberó” a los hombres del liderazgo caído: “Dolores Damián se separó con 150 hombres, otros se fueron con Cleotilde Sosa y el resto pasó a engrosar las filas de Eufemio Zapata, operando en los distritos de Tepexi, Acatlán y Matamoros, todos perteneciendo al ‘Ejército Libertador del Sur’”⁷³³. En suma la disgregación de las huestes de Morales provocó el ascenso de los mandos medios de la fuerza descompuesta (a partir de ahí Damián y Sosa⁷³⁴ tomarían mayor relevancia al interior de los tres distritos precedentes). Por otra parte la desaparición de una figura regional tan importante fortaleció la presencia del hermano mayor del líder principal de la revolución zapatista: desde entonces la participación de Eufemio en la entidad cobró mayor relieve.

Asimismo los documentos de la época revelan la presencia de viejos liderazgos que permanecían activos desde los primeros días de la revolución. El 10 de marzo de 1913 Emiliano Zapata transmitió al “c. coronel Jenaro Amezcua” una orden urgente. La disposición procedía del Cuartel General y establecía la apremiante necesidad de que el destinatario “se [trasladara] desde luego con sus fuerzas a operar al Estado de Oaxaca, designándole la zona de la Mixteca, que comprende los distritos de Huajuapán de León,

⁷³² Al respecto se pueden consultar los siguientes artículos: Felipe Arturo Ávila Espinosa, “Guerra y política contra el cuartelazo. La revolución zapatista durante el régimen de Huerta”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 31, no. 31, México, UNAM, 2006; Salvador Rueda, “1913. El repunte zapatista”, en *Historias*, no. 89, México, INAH, 2014. No obstante, ambos sólo contienen una breve información a propósito de la defeción de Morales.

⁷³³ Cfr. Hoyos Hernández, *op. cit.*, pp. 90-91. En realidad la información del autor procede de Miguel Ángel Sánchez Lamego, *Historia militar de la revolución zapatista bajo el régimen de Huerta*, México, INEHRM, 1980, p. 245.

⁷³⁴ Cleotilde Sosa figura en la lista de los asistentes a la coalición de Tejalpa. Cfr. página número 53 y nota al pie de página número 172.

Tlaxiaco y Silacayoapan, para que con auxilio de los jefes Bravo, Salas y demás que [operaban] por esos rumbos, se [ampliara su] campo de acción”⁷³⁵. No mucho tiempo después -el 16 de mayo- Gumersindo del Pozo (jefe de las armas en la zona) informó al jefe político que “[había] sido aprehendido en Guadalupe Oyeras el cabecilla Jenaro Amezcua”⁷³⁶. La actividad del rebelde anterior demuestra que los rebeldes poblanos siempre mantuvieron una estrecha relación con el zapatismo de Oaxaca.

Las fuentes primarias también denotan que el 3 de julio José María Vargas seguía operando alrededor de la localidad de Ixcamilpa. Vargas presumía una larga e incesante trayectoria de rebeldía. En las dos últimas semanas de noviembre de 1910 había asistido al acto fundacional de la gran coalición regional de Tejalpa⁷³⁷ y más adelante -en los suspiros de 1911- había figurado en la lista de los jefes oriundos de la entidad que renegaron del maderismo y que luego pasaron a formar parte del contingente zapatista⁷³⁸.

De igual manera los documentos registran la persistencia tanto de Francisco Mendoza como de Dolores Damián. El 18 de junio del año corriente el primero permanecía en la región de Atzitzihuacán e incluso dirimía los conflictos internos que surgían entre los cabecillas del rumbo. Todavía el 2 de noviembre Manuel Palafox dirigió a Mendoza el mensaje consecuente: “Esta superioridad ha tenido a bien disponer que el c. Coronel Ignacio Maya pase a la zona militar del Distrito de Chiautla a hacerse cargo de ella, a fin de que active la campaña que se emprende en contra de los defensores del mal gobierno ilegal de Huerta”⁷³⁹. Las líneas previas prueban que el destinatario aun discurría por el distrito citado.

En los primeros meses de 1914 Damián transcurría por el distrito de Acatlán. El 13 de febrero él y “ocho firmas más” levantaron un acta para “ampliar el Plan de Ayala y repartir la hacienda ‘El Boquerón’”⁷⁴⁰. Así los rebeldes de la región hacían realidad

⁷³⁵ Cfr. AHUNAM, FGM, caja 78, exp. 77, fs. 10.

⁷³⁶ Cfr. AHUNAM, FGM, caja 78, exp. 77, fs. 11.

⁷³⁷ Cfr. nota al pie de página número 172.

⁷³⁸ Cfr. nota al pie de página número 320.

⁷³⁹ Cfr. AHUNAM, FGM, caja 71, exp. 12, s/f.

⁷⁴⁰ Cfr. AGN, FEZ, caja 17, exp. 2, fs. 1.

uno de los diagnósticos de Benjamín Balderas Márquez en relación con el carácter agrario- socialista de la revolución zapatista⁷⁴¹.

Empero poco a poco el zapatismo de la entidad experimentó el advenimiento de nuevos jefes regionales y cabecillas. Entre los primeros destacó Rafael Espinoza. Él operó en los contornos de San Antonio Tlatenco (muy cerca de la zona de influencia de Benigno Zenteno)⁷⁴². Sin embargo los datos respectivos pertenecen a los dos primeros meses de 1914. La mayor parte de los recién llegados ostentó una jerarquía menor en el escalafón del movimiento local y abarcó un radio de acción mucho más reducido que el teatro de operaciones regular de los grandes liderazgos de alcance regional⁷⁴³.

Al parecer Emiliano Zapata trató de extender el alcance geográfico del zapatismo local. El 16 de diciembre de 1914 Miguel Arriaga⁷⁴⁴ informó “de la comisión que recibió para formar una brigada en un distrito de Zacapoaxtla, Pue.”. Al respecto el remitente reportó que “[había tenido] el apoyo del teniente coronel Alejandro Denis, jefe en Huauchinango, Pue., pero [había sido] rechazado por el coronel Emilio Márquez, quien no [quería] someter a las fuerzas de la Sierra al Cuartel General de Cuernavaca, Mor.”⁷⁴⁵. En suma el zapatismo en Puebla no logró incidir ni arraigar en los distritos de la Sierra Norte de la entidad. La sobrevivencia de liderazgos serranos muy antiguos dificultó la empresa de difundir el zapatismo en la zona septentrional del estado⁷⁴⁶.

Al fin y al cabo hacia los últimos días de 1914 el zapatismo autóctono alcanzó a abarcar el área de Puebla que recorrería en los años sucesivos hasta el fin definitivo de la etapa armada de la revolución mexicana. Sin embargo dentro del “país zapatista” poblano “la plaga” no dejaría de crecer y marcaría para siempre la historia ulterior de los pueblos de la región.

⁷⁴¹ Cfr. nota al pie de página número 400.

⁷⁴² Cfr. AGN, FEZ, caja 1, exp. 10, fs. 1.

⁷⁴³ Por ejemplo el coronel Francisco Alarcón, el cual sólo actuó en las cercanías de la comunidad de Cualotla. Cfr. Cfr. AGN, FEZ, caja 1, exp. 7, fs. 4. A pesar de todo el rastro de Alarcón desaparece en los meses subsecuentes. También Crescenciano Vaquero: él sólo operó en los límites de la municipalidad de Atzitzihuacán. Cfr. Cfr. AHUNAM, FGM, caja 71, exp. 13, fs. 10.

⁷⁴⁴ Según David G. LaFrance Miguel Arriaga y su hijo, eran ambos “exoficiales federales” que en los últimos meses de la revolución maderista se convirtieron en rebeldes y tomaron Zacapoaxtla. Cfr. LaFrance, *op. cit.*, p. 93.

⁷⁴⁵ Cfr. AGN, FEZ, caja 2, exp. 5, fs. 72.

⁷⁴⁶ A propósito vale la pena consultar Guy P. C. Thomson, *El liberalismo popular mexicano. Juan Francisco Lucas y la sierra de Puebla, 1854-1917*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego", Ediciones de Educación y Cultura, 2011.

Conclusiones

La investigación antecedente obtuvo los siguientes resultados: por una parte estableció las vicisitudes del proceso genético del zapatismo en Puebla y por otra definió la línea de desarrollo de la revuelta local. Los párrafos sucesivos exponen las conclusiones correspondientes a los dos rubros anteriores.

En relación con el primer punto la revisión crítica de las fuentes secundarias resultó crucial para establecer que la formación del zapatismo autóctono respondió a la abrupta desaparición de “la dirección del ala sureña de la revolución”⁷⁴⁷. El 13 de diciembre de 1910 Alfredo Robles Domínguez -el agente de Madero en la ciudad de México- “fue detenido y encarcelado en la capital”⁷⁴⁸. Cinco días más tarde “desapareció también la dirección de la ciudad de Puebla. Su jefe, Aquiles Serdán, fue atacado en su hogar por la policía municipal y federal y fue muerto con su hermano y varios otros partidarios”⁷⁴⁹. La doble contrariedad no sólo determinó el curso independiente y original de la revolución morelense sino también marcó la suerte subsecuente del movimiento revolucionario poblano⁷⁵⁰.

En otras palabras el deceso de Serdán generó un vacío directivo que afectó el curso de la rebelión en Puebla por cuanto ocasionó cambios determinantes al interior de la estructura revolucionaria de la entidad. En primer lugar provocó el fracaso de la estrategia militar básica del rebelde occiso que -*grosso modo*- consistía en atacar las áreas urbanas (ocupar la Angelópolis y después marchar hacia la capital de la República)⁷⁵¹. En segundo término implicó el cambio del teatro de operaciones de los rebeldes desde las ciudades a las áreas rurales del estado⁷⁵².

El cuadro anterior ayuda a entender cómo y por qué surgió el zapatismo en Puebla. En términos generales la ausencia imprevista y definitiva del jefe oficial de la junta revolucionaria local explica la gran influencia que el zapatismo logró ejercer

⁷⁴⁷ La expresión pertenece a Womack. Cfr. Womack, *op. cit.*, p. 67.

⁷⁴⁸ Cfr. Womack, *op. cit.*, p. 67.

⁷⁴⁹ Cfr. *Ibíd.* p. 68.

⁷⁵⁰ Al respecto Womack asegura que la desaparición del control central permitió el desarrollo propio de los grupos locales, los cuales “podían ahora dedicarse a ventilar sus diferencias internas, y desarrollarse o encogerse por sí mismos”. Cfr. *Ídem.*

⁷⁵¹ Cfr. LaFrance, *Madero y la revolución mexicana en Puebla, op. cit.*, p. 64.

⁷⁵² Cfr. *Ibíd.* p. 69. En palabras de La France “la pérdida de Serdán” obligó a los rebeldes “a cambiar su teatro de operaciones al campo”.

ahí⁷⁵³. Por supuesto que la eventualidad en cuestión representó el fin de la posibilidad de mantener una dirección central capaz de sujetar y coordinar las actividades de los numerosos grupos rebeldes poblanos. Al propio tiempo la muerte de Serdán conllevó un cambio en el escenario de las actividades bélicas: a partir de entonces los rebeldes comenzaron a operar en el campo. A decir verdad el traslado de un teatro de guerra a otro favoreció el temprano contacto de los insurgentes locales con los revolucionarios de Morelos. Así pues la acefalía apuró la emergencia de una insurrección rural desconcentrada que conectó a unos con otros.

En síntesis parece claro que el origen inmediato del zapatismo en Puebla obedeció al fracaso de la rebelión prematura del 18 de noviembre de 1910. Entre otras cosas la revuelta zapatista pudo aflorar ahí en virtud de que encontró una entidad que un par de meses atrás -en un golpe único- había perdido a los principales organizadores de la revolución autóctona y con la cual -por otro lado- compartía una cultura similar. Asimismo cabe notar que los principales líderes de la rebelión en Morelos mantenían antiguos lazos de amistad o viejos enlaces comerciales y añejos compadrazgos estratégicos con algunos de los habitantes de los distritos poblanos limítrofes. Aunque por sí solos no llegan a explicar el profundo arraigo que alcanzó al interior de Puebla hasta cierto grado los contactos previos propiciaron el origen casi “natural” del zapatismo en la entidad.

Naturalmente el factor geográfico constituyó una condición necesaria e indispensable para encender el pábulo del zapatismo nativo. No obstante la cercanía espacial entre un estado y otro no desempeñó un papel determinante: la vecindad física no explica la singularidad del zapatismo que afloró en Puebla. A propósito sirve señalar que Morelos también compartía frontera con Guerrero y que también entre los pobladores de ambas entidades prevalecían viejos vínculos comerciales y políticos o culturales. Aun así el zapatismo guerrerense no presentó el origen semiautomático ni la clase de arraigo que mostró el zapatismo que habría de brotar al interior del territorio poblano⁷⁵⁴.

⁷⁵³ Cfr. *Ibíd.* p. 60.

⁷⁵⁴ Una explicación convincente de la diferencia entre los zapatismos poblano y guerrerense se puede leer en Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Tierra y Libertad. Breve historia del zapatismo*, *op. cit.*, pp. 37-40. De manera

Empero aquí el término “formación” pretende expresar “un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento”⁷⁵⁵. La definición del historiador inglés E. P. Thompson representó un punto de partida de carácter metodológico. En efecto igual que el proletariado inglés el zapatismo en Puebla “no surgió como el sol, en un momento determinado”: más bien “estuvo presente en su propia formación”⁷⁵⁶. En otros términos el zapatismo vernáculo surgió sobre la base de una vieja plataforma de liderazgos de la oposición regional y local. Así pues el mismo no resultó ni de la importación de un producto endémico de Morelos ni representó el trasplante artificial de una “fruta exótica” a un ambiente hostil. Por el contrario representó un fenómeno histórico que unificó “una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia”⁷⁵⁷.

Toda vez que el zapatismo en Puebla “tuvo lugar de hecho en las relaciones humanas” y revistió el carácter de una relación histórica que “encarnó en gente real y en un contexto real”⁷⁵⁸ cobró existencia “cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes -heredadas o compartidas- “sintieron y articularon “la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses [eran] distintos -y habitualmente opuestos- a los suyos”⁷⁵⁹. En la entidad los integrantes de la coalición regional de Tejalpa (una alianza compuesta por líderes populares y figuras tradicionales de autoridad de la región de Acatlán de Osorio y Tepexi de Rodríguez) formaron el receptáculo original y el suelo nutricional del zapatismo aborígen. Junto con los primeros seguidores de Emiliano Zapata (Jesús Morales, Fortino Ayaquica y Francisco Mendoza) los seguidores del grupo opositor de Tehuiztzingo constituyeron la raíz bífida del zapatismo poblano.

Sin embargo sólo hasta el advenimiento del interinato y la ruptura de Zapata con Francisco I. Madero los partidarios de Magdaleno Herrera -el jefe principal de los coligados de Tejalpa- pasaron a formar parte del contingente zapatista. Antes de

breve el autor asegura que la distinción entre uno y otro residía en la particularidad de que “en Guerrero fue mucho más fuerte el liderazgo local de los hermanos Rómulo, Anselmo y Francisco Figueroa (...)”.

⁷⁵⁵ Véase E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, España, Capitán Swing Libros, 2012, p. 27.

⁷⁵⁶ Cfr. Ídem.

⁷⁵⁷ Cfr. Ídem.

⁷⁵⁸ Ídem.

⁷⁵⁹ Ídem.

entonces formaban un movimiento independiente que aunque podía recibir ayuda -y de hecho la recibía- de los jefes morelenses no obedecía las órdenes ni dependía de los avatares de la revolución agraria. La ruptura zapatista con el régimen maderista significó un punto de inflexión en la trayectoria de los jefes de la coalición de Tejalpa. A partir de ahí casi todos resolvieron tomar partido por uno u otro de los dos bandos en pugna: si bien la mayoría decidió ingresar a las huestes de Zapata los hermanos Herrera -entre ellos Magdaleno- y otros más decidieron apoyar al maderismo. La escisión de la coalición de Tejalpa simbolizó el último episodio del proceso de gestación del zapatismo poblano. En suma el “parto” del zapatismo local tuvo lugar en los albores del régimen maderista.

Hacia los mismos días comenzó el proceso de desarrollo de las partidas zapatistas del estado. En el curso de 1912 los rebeldes de Puebla abarcaron una extensa área geográfica de la entidad. Al respecto las fuentes primarias (sobre todo los documentos del Fondo Francisco I. Madero y en menor medida la información de los fondos Emiliano Zapata y Gildardo Magaña) indican que el zapatismo autóctono integró una compleja estructura militar articulada en derredor de grandes jefes regionales y múltiples liderazgos de menor alcance y jerarquía. Por regla general los primeros recorrían amplios *hinterland* (unas veces yuxtapuestos y otras veces encima uno del otro) que subsumían las pequeñas subáreas de influencia de los líderes locales. A pesar de que los segundos dependían de los primeros ellos también podían mantener cotos de autonomía e independencia.

De igual manera las fuentes revelan que el zapatismo en Puebla no sólo incidió en los distritos del estado más cercanos al núcleo morelense central (Izúcar de Matamoros, Chiautla, Atlixco y Acatlán) sino que manifestó una fuerza notable en jurisdicciones mucho más lejanas (por ejemplo Chalchicomula) y que incluso llegó a incursionar en los estados vecinos: así las partidas zapatistas de Veracruz y Oaxaca dependían de los grupos rebeldes poblanos. No obstante nunca rebasó la franja central de la entidad. Emiliano Zapata trató de ganar adeptos en la Sierra Norte de Puebla (en específico en Huauchinango y Zacapoaxtla) pero los liderazgos serranos no quisieron depender de la autoridad de un jefe foráneo.

En términos generales el desarrollo del zapatismo nativo transcurrió al calor del conflicto con el régimen maderista. En el curso de la pugna anterior el zapatismo en Puebla alcanzó a cubrir la región geográfica del estado que recorrería en los años por venir. A juicio de las élites locales los zapatistas de la entidad merecían una retahíla de adjetivos zahirientes (como “forajidos”, “bandidos” o “facinerosos”). Para ellos el zapatismo constituía una “plaga” aborrecible que crecía de una forma irrefrenable y que era preciso exterminar a toda costa. No obstante en los estertores de 1912 y los primeros días del año subsiguiente la “plaga” controlaba una parte considerable de la geografía poblana y constituía una fuerza tan importante que el propio gobernador Meléndez declaró que “no [había] forma de arrojarlos de ahí”⁷⁶⁰.

A fin de cuentas las expresiones despectivas sólo manifiestan el temor y el odio que “los de arriba” sienten cuando “los de abajo” irrumpen violentamente en la historia. Empero en los procelosos años por venir “la plaga” seguiría activa... a pesar de todo.

⁷⁶⁰ Cfr. AGN, FM, caja 3, exp. 77, folios 002232 y 002233.

Fuentes Consultadas

Archivos

- AGN. Archivo General de la Nación
Fondo Francisco I. Madero
Fondo Emiliano Zapata
- AHUNAM Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México
Fondo Gildardo y Octavio Magaña

Bibliografía

- Anderson, Perry, *El Estado absolutista*, México, siglo xxi editores, 1998.
- Ávila Espinosa, Felipe Arturo y Pedro Salmerón Sanginés, *Historia breve de la revolución mexicana*, México, INEHRM/Secretaría de Cultura, siglo xxi editores, 2015.
- _____, “Guerra y política contra el cuartelazo. La revolución zapatista durante el régimen de Huerta”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 31, no. 31, México, UNAM, 2006
- _____, “La historiografía del zapatismo” en Horacio Crespo (dir.), *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*, tomo 7, Congreso del Estado de Morelos-L Legislatura/ Universidad Autónoma del Estado de Morelos/ Ayuntamiento de Cuernavaca/ Instituto de Cultura de Morelos, México, 2009.
- _____, *Entre el porfiriato y la Revolución: el gobierno interino de Francisco León de la Barra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2005.
- _____, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México, UNAM, 2001.
- _____, *Tierra y Libertad. Breve historia del zapatismo*, México, Crítica, 2018.

- Boron, Atilio A., "Teoría política marxista o teoría marxista de la política" en *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.
- Castro Zapata, Édgar y Francisco Pineda Gómez (comp.), *A cien años del Plan de Ayala*, México, Fundación Zapata y los Herederos de la Revolución, A. C./Ediciones Era, 2013.
- Espejel, Laura, "El movimiento campesino en el oriente del Estado de México: el caso de Juchitepec", *Cuicuilco*, v. 1, año 2, n. 3, México, 1981
- Estadísticas sociales del porfiriato (1877-1910)*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956.
- Esteva, Cayetano, *Nociones elementales de geografía histórica del estado de Oaxaca*, Oaxaca, Tipografía San Germán Hermanos, 1913.
- Falcón, Romana y Raymond Buve (comp.), *Don Porfirio presidente..., nunca omnipotente: hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911*, México, Universidad Iberoamericana, 1998.
- Falcón, Romana, "La desaparición de jefes políticos en Coahuila. Una paradoja porfirista" en *Historia Mexicana*, XXXVII, 3, 1998. p. 425.
- Fuentes Bazán, María Eugenia, "Los pastores metodistas Ángel y Benigno Zenteno y su incorporación al zapatismo (1912- 1916)", en Laura Espejel (coordinadora), *Estudios sobre el zapatismo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000.
- Gamboa Ojeda, Leticia, *Camerino Z. Mendoza. Líder radical de la revolución maderista*, México, H. Ayuntamiento de Ciudad Mendoza/Ediciones de Educación y Cultura, 2011.
- Garciadiego, Javier, "Gaudencio González de la Llave: de porfirista a 'contrarrevolucionario'", en *Estudios*, México, ITAM, otoño 1993, vol. 34.
- Garciadiego, Javier, "Higinio Aguilar: milicia, rebelión y corrupción como *modus vivendi*", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, enero-marzo 1992, vol. XLI, núm. 163 (3).
- Gómez Carpinteiro, Francisco Javier, *Gente de azúcar y agua. Modernidad y posrevolución en el suroeste de Puebla*, México, El Colegio de Michoacán/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades BUAP, 2003.

- González, Luis, “La dictadura de Díaz” en Julio Labastida Martín del Campo (coord.), *Dictaduras y dictadores*, México, siglo xxi/ UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1986.
- Gramsci, Antonio, *La política y el Estado moderno*, España, Diario Público, 2009.
- Günter Mertens, Hans, *Atlixco y las haciendas durante el Porfiriato*, México, BUAP, 1988.
- Hernández Amezcua, Roberto, *Jenaro Amezcua Amezcua. Un protagonista olvidado de la revolución agraria zapatista*, Palibrio, 2012.
- Herrera Feria, María Lourdes, “Trabajadores prófugos y endeudados en la región de Atlixco, durante la segunda mitad del siglo XIX”, en María Teresa Jarquín Ortega, Juan Felipe Leal, Patricia Luna Marez, Ricardo Rendón Garcini y María Eugenia Romero Ibarra (coords.), *Origen y evolución de la hacienda en México: siglos XVI al XX*, Memorias del Simposio realizado del 27 al 30 de septiembre de 1989, Estado de México, El Colegio Mexiquense, Universidad Iberoamericana, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.
- Hoyos Hernández, Luis, *Tehuizingo. Vida rural y conflictos sociales, 1895-1920*, México, Ayuntamiento Municipal de Tehuizingo, 2015.
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, siglo xxi editores, 2000.
- LaFrance, David G., *Francisco I. Madero y la revolución mexicana en Puebla*, Puebla, BUAP, 1987.
- LaFrance, David G., *La revolución mexicana en el estado de Puebla, 1910-1935*, México, BUAP, 2010.
- Lomelí Vanegas, Leonardo, *Puebla: historia breve*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Lomnitz, Claudio, “II. Preguntas sobre el porfiriato” en Nexos, México, 2015.
- López Gómez, Valentín, *Los compañeros de Zapata*, México, Ediciones del Gobierno del Estado de Morelos, 1980.
- Lund Montaña, Camilo Eugenio, “Fuego en la cima del mundo: la revolución mexicana en el noroeste del estado de Morelos (1910- 1920)”, tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2010.

- Magaña, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México (tomo I)*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.
- Martínez Vázquez, Raúl, “Noticias sobre el zapatismo en Izúcar de Matamoros y su región”, Ponencia presentada en la Segunda reunión Regional del Consejo de la Crónica del Estado de Puebla, Puebla, 2014.
- Marx, Carlos, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, 1984.
- Marx, Carlos, *El Capital I*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Marx, Carlos, *Formaciones económicas precapitalistas*, México, siglo xxi editores, 1989.
- Meyer, Jean, “Haciendas y ranchos, peones y campesinos en el Porfiriato. Algunas falacias estadísticas”, en *Historia Mexicana*, México, vol. 35, no. 3, 1986.
- Morales Moreno, Humberto y Miguel S. Reyes Hernández, “Índice de precios y salarios en la Puebla porfirista: 1876-1910”, en “Terceras Jornadas de Historia Económica, Asociación Mexicana de Historia Económica, México, 2015
- Musgrave, Marie, “Las aventuras y desventuras de Juan Andreu Almazán. Último gran general de la Revolución mexicana”, en *Mexico and the World*, Profmex, 2004, vol. 9, núm. 3.
- Pansters, Wil G., *Política y poder en Puebla. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista, 1937-1987*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Pavía, Lázaro, *Ligeros apuntes biográficos sobre los jefes políticos de los partidos en los estados de la república mexicana*, Tipografía y Litografía de Joaquín Guerra y Valle, 1891.
- Pavía, Lázaro, *Los estados y sus gobernantes. Ligeros apuntes históricos, biográficos y estadísticos*, México, Tipografía de Las Escalerillas, 1890.
- Pineda Gómez, Francisco *La revolución del sur, 1912-1914*, México, Era, 2005.
- Pineda Gómez, Francisco, *La irrupción zapatista, 1911*, México, Era, 1997.
- Pineda Gómez, Francisco, *Ejército Libertador, 1915*, México, Era, 2013.
- Ravelo Lecuona, Renato, *La revolución zapatista de Guerrero*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1990.

- Rueda, Salvador, "La zona armada de Genovevo de la O", *Cuicuilco*, año 2, n. 3, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1981.
- Rueda, Salvador, "1913. El repunte zapatista", en *Historias*, no. 89, México, INAH, 2014.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Villegas, Abelardo, *Positivismo y porfirismo*, México, SEP/SETENTAS, 1972.
- Weber, Max, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, Editorial, 1998.
- Womack Jr., John, *Zapata y la revolución mexicana*, México, siglo xxi editores, 1974.